



EN OTRO
LUGAR

Gabrielle Zevin

Lectulandia

Estar muerto no es fácil para nadie. Y menos si, como Liz, tienes todavía quince años, y no has tenido tiempo de sacarte el permiso de conducir ni de enamorarte. Pero, desde luego, es mejor estar en algún lugar antes que en ninguna parte. Aunque este Otro Lugar no se parezca en nada al cielo que todos hemos imaginado. Este otro mundo significa encontrar una nueva profesión, nuevos amigos, nuevos amores... pero sobre todo significa «vivir» al revés, rejuvenecer cada día en vez de envejecer. Lo que menos desea Liz en el mundo es volver a ser una niña y, además, este Otro Lugar tiene sus especiales leyes: intentar contactar con la Tierra está absolutamente prohibido, pero ¿qué te puede pasar cuando ya estás muerta?

Lectulandia

Gabrielle Zevin

En Otro Lugar

ePub r1.0

Titivillus 21.06.15

Título original: *Elsewhere*
Gabrielle Zevin, 2005
Traducción: Núria Martí Pérez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A HCC

Prólogo: En el final



«Murió rápidamente y no sintió ningún dolor», le susurra algunas veces el padre a la madre y, otras, la madre al padre. Desde lo alto de las escaleras *Lucy* lo oye todo y no dice nada.

Lucy desea creer, por el bien de *Lizzie*, que murió rápidamente y sin sentir ningún dolor: un rápido final es un buen final. Pero no puede evitar preguntarse: ¿cómo lo saben? La colisión debió de resultarle dolorosa, razona *Lucy*. ¿Y si no murió tan rápidamente como creen?

Se dirige a la habitación de *Lizzie* y la inspecciona abatida. La vida de una adolescente es una colección de cosas sueltas: un sujetador turquesa arrojado sobre el monitor del ordenador, una cama sin hacer, un acuario lleno de lombrices, un globo de Mylar deshinchado que le regalaron el día de San Valentín, un cartel de «Prohibido entrar» en la manilla de la puerta, un par de entradas para el concierto de Machine bajo la cama. En el fondo, ¿qué es lo que todo esto significa? ¿Y acaso importa? ¿Es una persona un montón de chismes?

Cuando *Lucy* se siente así, lo único que puede hacer es escarbar. Escarbar hasta olvidarse de todo y de todos. Escarbar en la alfombra rosa. Escarbar hasta que llegue al techo de la habitación del piso de abajo. Escarbar hasta que se caiga por él. Escarbar, escarbar, escarbar y escarbar.

Cuando por fin consigue olvidar un poco su profundo dolor escarbando en la alfombra, *Alvy* (el hermano de siete años de *Lizzie*) la coge en brazos y la pone en su regazo.

—No te preocupes —le dice con dulzura—, aunque fueras de *Lizzie* siempre habrá alguien que te alimentará, te lavará y te sacará a pasear al parque. Ahora si quieres incluso puedes dormir en mi habitación.

Lucy, sentada remilgadamente en el regazo demasiado pequeño de *Alvy*, imagina

que Lizzie sólo se encuentra en la universidad. Estaba a punto de cumplir dieciséis años y habría ido de todos modos a la universidad al cabo de dos. Ya había empezado a amontonar una pila de folletos de papel satinado de distintas universidades en el suelo de su habitación. De vez en cuando *Lucy* se meaba en uno de ellos o mordisqueaba la esquinita de otro, pero sabía que por más que hiciera, no podría evitarlo. Un día Lizzie acabaría yendo a la universidad y en los dormitorios de las universidades no dejaban tener perros.

—¿Dónde crees que está ella? —le pregunta Alvy.

Lucy ladea la cabeza.

—¿Crees que está... —hace una pausa— ahí arriba?

Por lo que *Lucy* sabe, lo único que hay ahí arriba es el desván.

—Pues yo creo —dice Alvy levantando la barbilla hacia el cielo con una actitud desafiante— que está ahí arriba. Y que en ese lugar hay ángeles, y arpas, y montones de nubes algodonosas, de sedosos pijamas blancos y de todo lo que te puedas imaginar.

Bonita historia, piensa *Lucy*. Pero ella no cree en un paraíso lleno de piezas para cazar ni en el puente del arco iris, sino que cuando un doguillo se muere, se muere y punto, eso es todo. Le gustaría volver a ver a Lizzie algún día, pero no cree que su sueño se cumpla. Y aunque hubiera un mundo en el más allá, ¿quién sabe si habría en él comida, o siestecitas, o agua fresca para beber, o cómodos regazos en los que sentarse, o incluso perros! Y lo peor de todo es que ella no está allí.

Lucy se pone a gemir, sobre todo de pena, pero en parte (todo hay que decirlo) también de hambre. Cuando unos padres pierden a su única hija, ya no se acuerdan de alimentar al perro de la familia con tanta regularidad como antes. *Lucy* maldice su traidor estómago: ¿qué clase de bestia es que sigue teniendo hambre incluso cuando su mejor amiga acaba de morir?

—Ojalá pudieras hablar —le dice Alvy—. Estoy seguro de que debes estar pensando algo interesante.

—Ojalá pudieras escucharme —responde *Lucy* ladrando, pero Alvy no puede entenderla.

Al día siguiente la madre saca a *Lucy* a pasear al parque canino. Es la primera vez que se ha acordado de hacerlo desde que Lizzie murió.

Por el camino *Lucy* puede oler la tristeza de la madre a su alrededor. Intenta averiguar a qué le recuerda ese olor. ¿A la lluvia? ¿Al perejil? ¿Al *bourbon*? ¿A los libros viejos? ¿A los calcetines de lana? Huele a plátano, decide *Lucy*.

Al llegar al parque, se echa sobre un banco sintiéndose sin amigos, deprimida y un poco hambrienta (¿es que esta sensación no desaparecerá nunca?). Un caniche enano llamado *Coco* pregunta a *Lucy* qué le pasa y ella se lo cuenta lanzando un suspiro. Como el caniche es un bocazas, la noticia vuela rápidamente por el parque canino.

Bandido, un perro tuerto de lo más vulgar al que en los círculos menos refinados

llamarían chucho, le da el pésame.

—¿Te han abandonado en la calle? —pregunta a *Lucy*.

—No —le responde ella—, sigo viviendo con la misma familia.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —insiste *Bandido*.

—Que sólo tenía quince años.

—¡Y qué! Nosotros sólo vivimos diez o quince años como máximo y tanto nos da.

—Pero ella no era un perro —ladra *Lucy*—, sino un ser humano, el mío, y un coche la atropelló.

—¡Y qué! A nosotros nos están atropellando todo el tiempo. Anímate, doguilla. Te preocupas demasiado. Por eso tienes tantas arrugas.

Lucy, que ya había oído esta broma en muchas otras ocasiones, piensa, aunque *Bandido* no se lo haya dicho con mala intención, que nunca ha conocido un chucho con buen sentido del humor.

—Te aconsejo que te busques a otro bípedo. Si hubieras llevado la clase de vida que yo llevo, sabrías que en el fondo todos son iguales. Cuando la comida se acaba, yo me voy a otra parte —tras pronunciar estas palabras, *Bandido* se une a otros perros que están jugando con un Frisbee.

Lucy lanza un suspiro y se compadece de sí misma. Observa a los otros perros jugando en el parque canino. Al ver cómo se olfatean el trasero unos a otros, persiguen pelotas y corren en círculos, piensa: ¡Qué inocentes parecen!

—Normalmente los perros se mueren antes que sus amos —aúlla *Lucy*—. Como no han vivido esta experiencia, no comprenden el dolor que siento. ¡Ni tampoco parece importarles! —exclama sacudiendo su redonda cabecita—. ¡Qué deprimente! Ni siquiera me apetece levantar la cola.

En el fondo, la muerte de una persona sólo le importa a los amigos, a la familia y a quienes la conocían —se queja la perrita tristemente—, porque para todos los demás no es más que el fin de otra vida.

El Nilo

En el mar



Elizabeth Hall se despierta en la extraña cama de una extraña habitación con la extraña sensación de que las sábanas la están intentando envolver.

Liz (Elizabeth para sus maestros; Lizzie en casa, salvo cuando se mete en problemas, y Liz para el resto del mundo) al enderezarse en la cama se golpea la cabeza con una litera. Desde lo alto una voz exclama protestando: «¡Ah, jolín!»

Al inspeccionar la litera de arriba, ve que hay una chica durmiendo en ella, o al menos intentando dormir. La chica, de casi su misma edad, lleva un camisón blanco y tiene una larga melena negra peinada en un montón de elaboradas trencitas adornadas con cuentas.

—Perdona —le dice Liz—, pero ¿tienes alguna idea de dónde estamos?

La chica bosteza y se frota los ojos para lograr abrirlos. Primero mira a Liz y después al techo, al suelo, a la ventana y a Liz de nuevo. Pasándose la mano por las trenzas, lanza un suspiro.

—En un barco —le responde volviendo a bostezar.

—¿A qué te refieres al decir que estamos «en un barco»? —pregunta Liz.

—A que aquí hay mucha agua, montones y montones de agua. Si miras por la ventana, la verás —responde antes de volver a arroparse con las sábanas—. ¡Si lo hubieras hecho, no habrías necesitado despertarme!

—Lo siento —susurra Liz.

Al mirar por la portilla que hay a la altura de su cama, descubre la oscuridad que antecede al alba extendiéndose a cientos de millas de distancia y el océano envuelto en una buena capa de niebla. Al entrecerrar los ojos, divisa en la lejanía un paseo marítimo. En él ve las siluetas de sus padres y la de Alvy, su hermanito. Tienen un aspecto fantasmal y se van empequeñeciendo por momentos: su padre está llorando desconsoladamente y su madre lo sujeta para que no se desplome. Pese a la distancia, Alvy parece estar mirándola y diciéndole adiós con la mano. Diez segundos más tarde, la niebla se traga a su familia.

Liz vuelve a echarse en la cama. Aunque se siente como si estuviera despierta, sabe que está soñando por varias razones: en primer lugar, porque no puede estar viajando en un barco, ya que se supone que está acabando el décimo curso del instituto; en segundo lugar, porque si se hubiera ido de vacaciones, sus padres y Alvy, por desgracia, estarían con ella; y en tercer lugar, porque sólo en sueños puedes ver cosas que no tienen ni pies ni cabeza: como a tu familia en un paseo marítimo desde cientos de millas de distancia. Cuando Liz llega a la cuarta razón, decide levantarse de la cama, porque piensa que es un desperdicio seguir durmiendo cuando estás soñando.

Se dirige a la cómoda cruzando de puntillas la habitación para no despertar a la otra chica. Al fijarse en el mueble, descubre que es verdad que se encuentra en un barco, porque está atornillado al suelo. Aunque la habitación no le resulta desagradable, piensa que tiene un aire solitario y triste, como si muchas personas la hubieran visitado pero ninguna hubiera decidido quedarse en ella.

Al abrir los cajones de la cómoda ve que están vacíos. No hay nada en ellos: ni siquiera una Biblia. Aunque intenta no hacer ruido, el último cajón se le escapa de las manos cerrándose de golpe con tan mala suerte que aquella chica se vuelve a despertar.

—¡Eh, que hay gente durmiendo! —le grita la joven.

—Lo siento. Estaba revisando los cajones. Por si no lo sabías, están vacíos —se disculpa Liz sentándose en la litera de abajo—. Me gusta tu pelo.

—Gracias —le contesta la otra chica acariciándose las trenzas.

—¿Cómo te llamas? —pregunta Liz.

—Thandiwe Washington, pero me llaman Thandi.

—Yo soy Liz.

Thandi bosteza.

—¿Tienes dieciséis años?

—Los cumplo en agosto.

—Yo los cumplí en enero. Liz —dice mirando hacia su litera y alargando la «i» de su nombre con un ligero acento sureño—, ¿te importa si te hago una pregunta personal?

—No.

—Pues quería saber... —Thandi hace una pausa antes de proseguir— si eres una cabeza rapada o algo parecido.

—¿Una cabeza rapada? ¡No, claro que no! —responde ella arqueando una ceja. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque apenas tienes pelo —contesta Thandi señalando su pelada cabeza, cubierta sólo por un incipiente pelo rubio claro que le está empezando a crecer.

Liz se acaricia la cabeza con la mano disfrutando de su extraña suavidad. El tacto del pelo que le está creciendo le recuerda el del plumón de un polluelo. Se levanta de la cama y contempla su reflejo en el espejo. Ve a una chica delgada de casi dieciséis

años con una piel muy pálida y unos ojos de color azul verdoso. La chica tiene la cabeza rapada.

—¡Qué extraño! —exclama Liz. En la vida real tiene una larga y lacia melena rubia que se le enreda fácilmente.

—¿No lo sabías? —inquire Thandi.

Ella analiza la pregunta. En el fondo de su mente recuerda estar tendida en una cama en medio de una habitación iluminada con una cegadora luz mientras su padre le afeita la cabeza. No. Liz se acuerda ahora de que no era su padre. Le había parecido que era él porque tenía su misma edad. Recuerda estar llorando y oír a su madre decir: «No te preocupes, Lizzie, te volverá a crecer». No, eso tampoco fue así. No era ella sino su madre la que lloraba. Durante un momento intenta recordar si este episodio ocurrió de verdad. Decide que no quiere seguir pensando en ello.

—¿Quieres ver qué más hay en el barco? —le pregunta a Thandi.

—¿Por qué no? De todos modos ya estoy despierta —responde ella bajando de la litera.

—Me pregunto si puedo encontrar una gorra en alguna parte —dice Liz. Aunque no sea más que un sueño, no quiere ir por ahí dando la impresión de ser una cabeza rapada. Abre el armario y mira bajo la cama: no hay nada, como en la cómoda.

—No te sientas mal por tu pelo, Liz —dice Thandi dulcemente.

—No me siento mal. Sólo que me parece extraño —le responde ella.

—¡Eh, a mí también me ha pasado algo muy raro! —admite Thandi levantándose la cubierta de trencitas como si fuera el telón de un teatro—. ¡Tachán! —exclama mostrando una pequeña aunque profunda y reciente herida en la base del cráneo.

La herida tiene poco más de un centímetro de diámetro, pero Liz se da cuenta de que es una lesión sumamente grave.

—¡Caramba, Thandi!, espero que no te duela.

—Al principio me dolía un montón, pero ahora ya no. En realidad creo que está curándose —dice Thandi cubriéndola de nuevo con las trencitas.

—¿Cómo te la hiciste?

—No me acuerdo —responde ella frotándose la cabeza como si quisiera estimularse la memoria con las manos—. Puede que me la hiciera hace mucho tiempo, pero también podría habérmela hecho ayer. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

Liz asiente con la cabeza. Aunque en realidad no lo ha entendido, pero no cree que valga la pena discutir con la clase de absurdas personas con las que uno se encuentra en un sueño.

—Tenemos que irnos —dice Liz.

Al salir de la habitación Thandi se mira por un instante en el espejo.

—¿Crees que importa que las dos vayamos en pijama? —pregunta.

Liz contempla el camisón blanco de Thandi. Ella también lleva un pijama blanco de hombre.

—¿Por qué tendría que importarnos? —responde, pensando que es mucho peor ir

con la cabeza rapada que con pijama—. Además, Thandi, ¿acaso no llevas esta clase de ropa mientras duermes? —Liz está a punto de girar el pomo de la puerta. Alguien en alguna parte le dijo que nunca debía, bajo ninguna circunstancia, abrir una puerta en sueños. Como no se acuerda de quién era o de por qué no debía abrirlas, decide ignorar el consejo.

Curtis Jest



Liz y Thandi se descubren en un pasillo con cientos de puertas como la que acaban de cerrar a sus espaldas.

—¿Cómo crees que vamos a encontrarla de nuevo? —le pregunta Thandi.

—Dudo que tengamos que hacerlo —responde Liz—. Probablemente me despertaré antes, ¿no crees?

—Pues por si no es así, el número de nuestra habitación es el 130002 —le recuerda Thandi.

Liz le señala un letrero pintado a mano al final del pasillo.

ATENCIÓN

A TODOS LOS PASAJEROS DEL BUQUE A VAPOR *NILO*
EL COMEDOR SE ENCUENTRA TRES PISOS MÁS ARRIBA
EN LA CUBIERTA LIDO

—¿Te apetece ir a desayunar? —pregunta Thandi.

—¡Me muero de hambre! —Liz se sorprende de su propia respuesta. No recuerda haber estado hambrienta antes en sueños.

Lo más asombroso del comedor del barco son los pasajeros que hay en él: todos son personas mayores. Algunos pocos tienen la edad de sus padres, pero la mayoría son incluso mayores que ellos. Lo que abunda son las canas o la calvicie, las manchas propias de la vejez y los colgajos. Es la mayor cantidad de personas mayores que Liz ha visto reunidas en toda su vida, incluyendo las visitas que hizo a su abuela en Boca. La joven echa un vistazo al comedor.

—¿Nos habremos equivocado de lugar? —pregunta.

Thandi se encoge de hombros.

—¡Qué raro!, se están acercando a nosotras —exclama Thandi al ver a tres

mujeres yendo directas hacia ellas. A Liz le recuerdan las brujas de *Macbeth*, una obra de teatro que acaba de leer al ser una de las lecturas obligatorias de la clase de inglés.

—Hola, queridas —les saluda una mujer tan bajita como un pigmeo con acento neoyorquino—. Yo soy Doris y ésta es Myrna, y ella, Florence. —Doris, poniéndose de puntillas, le da a Liz unas palmaditas en su pelada cabeza—. ¡Santo Dios!, ¡venid a ver lo joven que es!

Liz le sonrío amablemente, aunque da un paso atrás para que no le dé más palmaditas.

—¿Cuántos años tienes? —pregunta Doris la pigmea entrecerrando los ojos y levantando la cabeza para verla mejor—. ¿Doce?

—Quince —corrige Liz—. Pero pronto cumpliré dieciséis. Con cabello parezco mayor.

—¿Qué os ha ocurrido, chicas? —inquire de súbito la que se llama Florence. Su áspera voz es la de una fumadora empedernida.

—¿A qué se refiere? —pregunta Liz.

—A mí me pegaron un tiro en la cabeza —confiesa Thandi.

—Habla más alto —observa Myrna, que tiene un bigotito que parece una oruga blanca peluda. No oigo bien.

—¡QUE ME PEGARON UN TIRO EN LA CABEZA!

—Creía que me habías dicho que no te acordabas de cómo te hiciste ese agujero —exclama Liz volviéndose hacia ella.

—Acabo de recordarlo —se disculpa Thandi.

—¡Un tiro en la cabeza! —repite Florence con su áspera voz—. ¡Es increíble!

—No, es de lo más normal. Donde yo vivo pasa muy a menudo —observa Thandi.

—¿QUÉ HAS DICHO? —pregunta Myrna, la del bigotito—. Dímelo cerca del oído bueno, el izquierdo.

—HE DICHO QUE ES DE LO MÁS NORMAL —grita Thandi.

—Quizá tendrías que ir a la enfermería —sugiere Florence—. Hay una en la cubierta Portofino. Myrna ya ha estado en ella dos veces.

—No hace falta. Creo que la herida se está curando —le responde Thandi sacudiendo la cabeza.

Liz no entiende esta extraña conversación. De pronto, le gruñe el estómago.

—¡Lo siento! —se disculpa.

—Id a comer algo —dice Doris señalándoles a la gente haciendo cola para el bufé libre—. Recordad que si queréis comer los mejores platos tenéis que venir temprano.

Para desayunar Liz elige crepes y pudín de tapioca. Thandi se sirve *sushi*, trufas y judías en salsa de tomate.

—¡Qué combinación tan interesante! —observa Liz mirando con curiosidad el menú que ha elegido Thandi.

—En casa nunca comemos ni la mitad de los platos que hay en este bufé —dice Thandi—, y pienso probarlos todos antes de que lleguemos a ese lugar.

—Thandi —le pregunta Liz con un aire indiferente—, ¿dónde crees que está «ese lugar»?

Ella pondera un momento la pregunta.

—Estamos en un barco —responde— y los barcos han de ir a alguna parte.

Las chicas se instalan en una mesa junto a una ventana salediza, alejada de los demás comensales. Liz se zampa los crepes en un tiempo récord. Se siente como si se hubiera pasado semanas sin comer.

—Es la primera vez que conozco a alguien a quien le han pegado un tiro en la cabeza —observa mirando a Thandi mientras rasca con la cuchara el fondo del bol del pudín.

—¿Podemos hablar de ello cuando haya acabado de desayunar? —dice Thandi.

—Lo siento —responde Liz—. Sólo estaba intentando sacar un tema de conversación.

Se queda mirando por la ventana. La niebla se ha disipado y el agua es más clara que cualquier otra que ella haya visto. Qué extraño, piensa, el cielo se parece al mar. En realidad, el mar es como un cielo empapado y el cielo es como un mar escurrido. Se pregunta adónde se dirige el barco y si ella despertará antes de llegar a su destino y qué le dirá su madre sobre lo que este sueño probablemente significa. Su madre es psicóloga infantil y sabe de esas cosas. Una voz de hombre interrumpe su ensoñación.

—¿Os importa si comparto vuestra mesa? —les pregunta con acento inglés—. Parecéis ser las únicas personas de menos de ochenta años que hay en este lugar.

—¡Claro que no! Ya hemos terminado... —la voz de Liz se apaga al fijarse en él por primera vez. Tiene unos treinta años y unos chispeantes ojos azules que hacen juego con su cabello azul en punta. Liz, como la mayoría de chicas de su edad, reconocería esos ojos en cualquier parte.

—¡Eres Curtis Jest!, ¿verdad?

—Supongo que solía serlo —responde sonriendo el hombre de pelo azul. Curtis le tiende la mano—. ¿Y tú cómo te llamas?

—Liz y ella Thandi, no puedo creer que esté hablando contigo. De todos los grupos musicales que hay en el mundo, ¡Machine es mi favorito! —exclama efusivamente Liz.

Curtis echa un poco de sal a sus patatas fritas.

—¡Caramba, me halaga oírlo! —observa Curtis sonriendo—, porque el mundo es un lugar muy grande. Yo en cambio siempre he preferido los Clash.

—¡Es el mejor sueño que he tenido en toda mi vida! —añade Liz complacida porque su subconsciente le ha hecho soñar con Curtis Jest.

—¿Has dicho sueño? —inquire el hombre ladeando la cabeza.

—Ella aún no lo sabe. Yo lo he comprendido por mí misma —le susurra Thandi a Curtis.

—¡Qué interesante! —observa él—. ¿Dónde crees que estás, Lizzie? —le pregunta volviéndose hacia ella.

Liz se aclara la garganta. Sus padres también la llaman Lizzie. De pronto, sin saber por qué, los echa desesperadamente de menos.

—¿Te encuentras bien? —dice Curtis con una expresión preocupada.

—No, yo... —Liz dirige la conversación hacia un tema más tranquilizador—. ¿Cuándo saldrá tu nuevo álbum?

—Nunca —responde comiéndose una patata frita.

—¿Se ha separado el grupo? —Liz había oído rumores de que los componentes de Machine quizás iban a separarse, pero nunca se habían materializado.

—Es una forma de verlo —responde Curtis.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta Liz.

—Lo he dejado.

—Pero ¿por qué? Si lo hacías fenomenal —ella tenía unas entradas para ir el día de su cumpleaños al concierto que daban en Boston—. No lo entiendo.

Curtis se sube la manga izquierda de la chaqueta del pijama blanco, revelando la parte interior del antebrazo. Desde el codo hasta la muñeca tiene unas profundas cicatrices que se extienden como un sendero, varios morados y unas heridas con costra. Cerca de la línea que separa el bíceps del antebrazo hay un orificio de sesenta milímetros. Es totalmente negro. Liz al verlo piensa que el brazo parece muerto.

—Porque era un idiota, Lizzie —le responde Curtis.

—¿Liz? —inquire Thandi.

Ella sigue mirando enmudecida el brazo de Curtis.

—Liz, ¿te encuentras bien? —le pregunta Thandi.

—Estoy... —empieza a decir ella. Odia contemplar el horrible aspecto del brazo, pero no puede apartar la vista de él.

—¡Por Dios!, ¿puedes cubrirte el brazo? —le ordena Thandi a Curtis—. La estás poniendo enferma. Sinceramente, Liz, su herida no es peor que el agujero de mi cabeza.

—¿Tienes un agujero en la cabeza? —pregunta Curtis—. ¿Puedo verlo?

—¡Claro! —Thandi, sintiéndose halagada, se olvida del estado de su nueva amiga y se levanta las trencitas.

Liz no soporta la idea de ver el agujero y el brazo al mismo tiempo.

—Perdonadme —dice disculpándose. Sale corriendo a la cubierta principal del barco. Descubre que está rodeada de ancianos, todos ellos vestidos con distintos tipos de pijamas blancos, jugando al tejo. Se apoya sobre la barandilla del barco y contempla el mar. El agua está demasiado lejos como para verse reflejada en ella, pero al inclinarse lo suficientemente sobre el mar, le parece ver su sombra: una pequeña y vaga mancha oscura en medio de una extensión azul.

Estoy soñando, piensa, y en cualquier momento sonará la alarma del despertador y me despertaré.

Despierta, despierta, despierta, se ordena a sí misma. Se pellizca el brazo con todas sus fuerzas.

—¡Ay! —exclama. Se propina un bofetón para despertarse. Nada. Vuelve a darse otro. Aún nada. Cierra los ojos con todas sus fuerzas y vuelve a abrirlos, esperando descubrirse de nuevo en su cama de Carroll Drive en Medford, Massachusetts.

Liz empieza a ser presa del pánico. Los ojos se le empañan, se los seca furiosamente con la mano.

Tengo quince años, soy una persona madura con un permiso de principiante, y de aquí a tres meses me darán el carné de conducir, piensa. Ya soy demasiado mayor como para tener pesadillas.

—¡MAMÁ! ¡MAMÁ! ¡ESTOY TENIENDO UNA PESADILLA! —grita cerrando los ojos con fuerza. Liz espera que su madre venga a despertarla.

En cualquier momento.

En cualquier momento su madre estará al lado de su cama ofreciéndole un vaso de agua para tranquilizarla.

En cualquier momento.

Liz abre un ojo. Sigue estando en la cubierta principal del barco, y los pasajeros empiezan a mirarla fijamente.

—Señorita —le dice un anciano con unas gafas con montura de concha y el aire de un profesor suplente—, está molestando a los pasajeros.

Ella se sienta junto a la barandilla y se cubre la cara con las manos. Respira hondo y se dice que debe calmarse. Decide que la mejor estrategia es intentar recordar los máximos detalles posibles del sueño para contárselos a su madre por la mañana.

Pero ¿cómo empezó el sueño? Liz se devana los sesos. Es extraño intentar recordar un sueño mientras estás soñando. ¡Ah, sí! Ahora se acuerda.

El sueño empezó en su casa de Carroll Drive.

Se dirigía en bicicleta a la Cambridgeside Galleria. Allí iba a encontrarse con Zooey, su mejor amiga, porque ésta necesitaba comprarse un vestido para el baile de gala del instituto. (A Liz aún no la habían invitado.) Recordaba haber llegado al cruce que había junto al centro comercial, al otro lado se encontraban las barras para aparcar las bicicletas. De pronto, vio un taxi dirigiéndose hacia ella a toda velocidad.

También recordaba la sensación de haber estado volando por el aire durante lo que a ella le había parecido una eternidad. Recordaba haberse sentido imprudente, feliz y sentenciada al mismo tiempo, y haber pensado «la fuerza de gravedad ya no me afecta».

Liz suspira. Al observar las cosas con objetividad supone que ha muerto en el sueño. Se pregunta qué significa soñar que te mueres y decide preguntárselo a su madre por la mañana. De pronto se plantea si la solución está en volver a dormirse. Quizá si logra conciliar el sueño a la mañana siguiente, al despertarse, todo volverá a ser como antes. Se siente agradecida hacia Thandi por haberle hecho memorizar el número de su camarote.

Mientras Liz cruza de nuevo rápidamente la cubierta, advierte un salvavidas del *Nilo*. Sonríe al ver el nombre del barco. La semana anterior había estado estudiando el antiguo Egipto en la clase de historia de la señorita Early. Aunque las lecciones eran bastante entretenidas (guerras, pestilencia, plagas, asesinatos), piensa que eso de las pirámides no es más que una pérdida de tiempo y de recursos. En su opinión, una pirámide es como una caja de madera de pino o una lata de avena Quaker; de todos modos, cuando el faraón conseguía disfrutar de su pirámide, ya estaba muerto. Liz pensaba que los egipcios deberían haber vivido en las pirámides y ser enterrados en sus cabañas (o dondequiera que los habitantes del antiguo Egipto hubieran vivido).

En la última clase sobre este tema, la señorita Early leyó al final un poema sobre Egipto que empezaba diciendo: «Me he encontrado con un viajero de la antigua tierra». Por alguna razón la estrofa le producía un agradable escalofrío y no dejó de repetírsela durante todo el día: «Me he encontrado con un viajero de la antigua tierra». Liz supone que la lección de la señorita Early es lo que le ha hecho soñar con un barco a vapor llamado *Nilo*.

En memoria de Elizabeth Marie Hall



Noche tras noche Liz se va a dormir, pero nunca se despierta en Medford; el tiempo va transcurriendo, pero ella no sabe cuánto ha pasado. A pesar de haber registrado a fondo el barco, ni ella ni Thandi han descubierto un solo calendario, televisor, teléfono, ordenador o ni siquiera radio. Lo único que Liz sabe con seguridad es que ya no está calva: su cabeza está cubierta por unos pelitos de sesenta milímetros. ¿Cuánto tiempo tarda el pelo en crecer?, se pregunta. ¿Cuánto tiempo necesita un sueño para convertirse en la vida de uno?

Mientras está tendida en la cama, mirando fijamente la litera de arriba, oye de pronto que su amiga está sollozando.

—Thandi —le pregunta estirando el cuello para oírla mejor—, ¿te encuentras bien?

La chica se echa a llorar con más fuerza.

—E-e-echo de menos a mi novio —logra al fin balbucear.

Liz tiende a Thandi un pañuelo de papel. Aunque en el *Nilo* no hay aparatos electrónicos modernos, está lleno de pañuelos de papel.

—¿Cómo se llama? —pregunta Liz.

—Reginald Christopher Doral Monmount Harris el Tercero —responde ella—, pero le llamo Flaco aunque no lo sea para nada. ¿Sales con algún chico?

Liz se toma un momento para meditar la respuesta. Su vida romántica por desgracia no ha llegado a tanto. Cuando iba al segundo curso Raphael Annuncio le regaló una caja de dulces en forma de corazones parlantes el Día de San Valentín. Aunque parecía un gesto prometedor, Raphael le pidió a la mañana siguiente que le devolviera las golosinas. Era demasiado tarde: ella se había comido todos los corazones menos el que ponía (ERS DMSDO DLCE).

Y en el octavo curso se inventó un novio para que las chicas más populares del instituto creyeran que era una joven moderna. Liz afirmaba haber conocido a Steve Detroit (¡así era cómo llamaba a su supuesto novio!) cuando fue a ver a su prima en

Andover. Steve Detroit quizá fuera un novio ficticio, pero Liz lo convirtió en un verdadero gilipollas. La engañó, la llamó gorda, la obligó a hacerle los deberes e incluso le pidió diez dólares que nunca le devolvió.

En el verano que precedió al noveno curso, conoció a un chico en el campamento de verano. Era un monitor llamado Josh, que en una ocasión le sostuvo el codo en un gesto que a Liz le pareció inexplicablemente encantador y asombroso. Al volver a casa le escribió una apasionada carta, pero por desgracia él no se la contestó. Más tarde Liz se preguntó si Josh se habría dado cuenta siquiera de que le estaba sujetando el codo. ¿Quizá había creído que el codo formaba parte del brazo de la silla?

En realidad su relación más seria fue con Edward, un corredor de campo a través. Iban a la misma clase de mates. Liz había cortado con él en enero, antes de que empezara la temporada de primavera. No soportaba ir a una prueba más. Según su opinión, era el deporte más aburrido del mundo. Se preguntaba si a Edward le importaría que ella estuviera muerta.

—¿Qué me dices? ¿Tienes novio o no? —insiste Thandi.

—Pues no —admite Liz.

—¡Qué suerte tienes! No creo que Flaco me eche en falta.

Liz no le responde. No sabe si puede considerarse afortunada.

Se levanta de la cama y se mira en el espejo que hay sobre la cómoda. Salvo por su actual corte de pelo, no es fea y, sin embargo, los chicos de su clase nunca parecen interesarse por ella. Lanzando un suspiro examina el nuevo pelo que le crece en la cabeza. Estira el cuello para ver el aspecto de su nuca. Y entonces es cuando lo descubre: una larga hilera de puntos en forma de arco sobre la oreja izquierda. La herida está empezando a curarse y el cabello está empezando a crecer sobre los puntos. Pero siguen ahí. Liz se los toca con cuidado. Dan la impresión de que tan sólo al rozarlos han de doler, pero no es así.

—Thandi, ¿me los habías visto antes?

—Sí, cuando te conocí ya los tenías.

Liz se maravilla de no haberlos advertido.

—¿No te parece extraño que tú tengas un agujero detrás de la cabeza y yo estos puntos por encima de la oreja, y que las dos nos encontremos bien? —le pregunta—. Me refiero a que los puntos no me duelen.

—¿Te acuerdas de cómo te hiciste la herida?

Liz se queda pensando en la pregunta unos momentos.

—En el sueño... —empieza a decir y luego se detiene—. Creo que me la hice al tener... una especie de accidente cuando iba en bicicleta.

De pronto Liz necesita sentarse. Está helada y sin aliento.

—Quiero saber cómo te hiciste el agujero en la cabeza —añade.

—Ya te lo he dicho. Me pegaron un tiro.

—Sí, pero ¿cómo pasó? Cuéntame cómo pasó todo.

—Lo único que recuerdo es que iba por la calle con Flaco. A propósito, vivimos

en Washington D. C. De pronto, una estúpida bala sale de no sé dónde. «¡Agáchate!», me grita Flaco y luego se pone a chillar: «¡ESTÁ SANGRANDO! ¡OH, DIOS, ESTÁ SANGRANDO!» Y lo siguiente que recuerdo es que me despierto en este barco cuando tú me preguntas dónde estás —dice enroscando una de sus trencitas alrededor de su dedo—. ¿Sabes?, al principio yo tampoco me acordaba de todo, pero luego empecé a recordar cada vez más cosas.

Liz asiente con la cabeza.

—¿Estás segura de que no lo estás soñando? —le pregunta.

—Ya sé lo que tú piensas sobre ello, pero yo sé que no estoy soñando. Los sueños tienen una atmósfera especial y esto que estoy viviendo no me produce la sensación de ser un sueño.

—Pero ¿cómo es posible entonces? A ti te pegan un tiro en la cabeza y yo tengo un grave accidente de bicicleta y las dos nos vamos paseando por ahí más frescas que una rosa, como si nada hubiera ocurrido.

Thandi se lo niega con la cabeza, pero prefiere no decir nada.

—Además, ¿cómo sino podría Curtis Jest estar aquí? ¿No crees que sólo podemos encontrarnos con una famosa estrella del rock en sueños? —pregunta ella.

—Pero, Liz, ¿sabes de qué son las marcas que tiene en el brazo?

—Sí.

—En Baltimore vivía mi prima Shelly. Ella también tenía unas marcas parecidas. Son la clase de marcas que salen cuando te inyectas...

—¡No quiero saberlo! —le interrumpe Liz—. Curtis Jest no se parece en nada a tu prima Shelly de Baltimore. ¡En nada!

—Está bien, pero no te cabrees conmigo. Has sido tú la que ha sacado el tema.

—¡Lo siento, Thandi! —se disculpa Liz—. Sólo estoy intentando esclarecer todo este misterio.

Thandi lanza un largo y lastimero suspiro.

—Tía, no quieres aceptar la realidad —observa.

Antes de que Liz tenga tiempo de preguntarle a qué se refiere, alguien desliza por debajo de la puerta del camarote un gran sobre beis. Aliviada por la distracción, Liz lo recoge. El sobre, escrito con letras azul marino, va dirigido a:

Pasajera Elizabeth M. Hall
En el pasado, de Medford, Massachusetts, en
Estados Unidos
En el presente, en el Nilo, camarote 130002,
litera inferior

Liz abre la puerta. Recorre el pasillo de arriba abajo con la mirada, pero no hay nadie en él.

Vuelve a su litera y abre el sobre. En el interior hay una tarjeta de papel vitela y

una extraña moneda hexagonal con un orificio redondo en el centro. La moneda le recuerda las fichas del metro de su país. En una de sus caras hay grabadas las palabras UN ETERNIM, y en la otra, MONEDA OFICIAL DE EN OTRO LUGAR. La tarjeta parece ser una invitación, pero no especifica el acontecimiento en cuestión:

Querida pasajera **Hall**,
Se solicita su presencia:
Cubierta de Observación
Prismáticos **no 219**
Hoy
¡AHORA MISMO!

—¡A quién se le ocurre enviar una invitación de un acontecimiento que está sucediendo «ahora mismo»! Es imposible llegar a tiempo —dice Liz mostrando la invitación a su amiga.

—En realidad, Liz, es imposible llegar tarde. «Ahora mismo» es un término muy relativo —responde Thandi.

—¿Quieres venir conmigo? —pregunta Liz.

—Probablemente será mejor que vayas sola.

—¡Como quieras! —le contesta Liz, que aún está enfadada con Thandi y en el fondo se alegra de que no la acompañe.

—Además, yo ya he ido —admite la chica.

—¿Cuándo fuiste sin mí? —inquire Liz.

—En una ocasión —responde Thandi con vaguedad—. ¡No importa!

Liz sacude la cabeza. Tal como puede ver, ya va a llegar tarde y no tiene tiempo para hacerle más preguntas.

—Es por la heroína —dice Liz girando el rostro hacia Thandi mientras sale del camarote—. Esas marcas en el brazo de Curtis se deben a la heroína, ¿verdad?

Thandi asiente con la cabeza.

—Creía que no lo sabías —observa ella.

—En las revistas siempre salían rumores de que Curtis Jest era un yonqui —señala Liz—, pero no todo lo que se publica es verdad.

La Cubierta de Observación se encuentra en el último piso del barco. Aunque Liz y Thandi exploraron el *Nilo* a fondo, nunca llegaron hasta arriba de todo. (Al menos juntas, piensa Liz.) Ahora se pregunta por qué nunca fueron hasta el último piso. De súbito siente el imperioso deseo de ir allí. Intuye que cuando llegue a la Cubierta de Observación ocurrirá algo decisivo.

Sube corriendo los numerosos tramos que hay entre su camarote y la Cubierta de Observación. Se descubre recitando la estrofa del poema que la señorita Early les leyó en clase: «Me he encontrado con un viajero de la antigua tierra; me he encontrado con un viajero de la antigua tierra; me he encontrado con un viajero de la

antigua tierra». Cuando por fin llega al último piso, está empapada en sudor y sin aliento.

La Cubierta de Observación consiste en una larga hilera de prismáticos, como los que se parecen a la delgada figura de una persona sin brazos o a un parquímetro. Los prismáticos están unidos a un taburete de metal de incómodo aspecto. En la cubierta hay un montón de pasajeros mirando por ellos totalmente absortos, aunque las reacciones de cada uno son muy diferentes. Algunos ríen, otros lloran, otros ríen y lloran al mismo tiempo o tienen la mirada perdida, con una expresión vacía.

Los prismáticos están numerados. Liz, llena de miedo y curiosidad, localiza los prismáticos nº 219 y se sienta en el taburete de metal. Se saca la extraña moneda del bolsillo y la introduce en la ranura. Al pegar los ojos a los prismáticos, el objetivo se abre emitiendo un chasquido. Liz ve por ellos lo que casi podría describirse como unas imágenes tridimensionales.

La película tiene lugar en una iglesia. Liz la reconoce como la iglesia a la que iba siempre que su madre sentía de pronto la necesidad de «mejorar la vida espiritual de su hija». En los bancos de atrás ve a varios chicos de su instituto vestidos de negro. Al moverse la cámara hacia delante enfocando el resto de la iglesia, Liz ve a otras personas, de más edad, que sólo conoce de haberlas visto en las comidas que sus padres organizaban en los días festivos, de las que ni siquiera se acordaba, y de las cenas que había contemplado desde lo alto de la escalera cuando se suponía que ya debía estar en la cama. Sí, esas personas eran familiares suyos y los amigos de sus padres. Finalmente la cámara se detiene en la parte delantera de la iglesia. Su madre, su padre y su hermano están sentados en la primera fila. Su madre va sin maquillar y se aferra a la mano de su padre. Su hermano lleva un traje azul marino que ya le queda demasiado pequeño.

El doctor Frederick, el director de su instituto, con el que Liz nunca ha hablado personalmente, se encuentra en el púlpito.

—Era una estudiante que sacaba sobresaliente en todo —dice el doctor Frederick en un tono que Liz reconoce como el que emplea para las reuniones—. Elizabeth Marie Hall fue un orgullo tanto para sus padres como para el instituto.

Liz se echa a reír. Aunque sus notas oscilaban de aceptables a muy buenas, nunca sacó sobresaliente en todo. Normalmente sacaba notables, salvo en matemáticas y en ciencias.

—Pero ¿qué podemos aprender de la muerte de una persona tan joven con tanto potencial? —dice el doctor Frederick golpeando el atril con el puño para dar más énfasis a sus palabras—. Lo que podemos aprender de ella es lo importante que es la seguridad vial.

En este punto el padre de Liz prorrumpe en unos entrecortados e histéricos sollozos. En toda su vida Liz nunca lo había visto llorar así.

—En memoria de Elizabeth Marie Hall —prosigue el doctor Frederick— tenéis la obligación de mirar hacia un lado y hacia el otro antes de cruzar la calle, de poner

el casco al ir en bicicleta, de abrocharos el cinturón, de adquirir sólo automóviles que incluyan *airbags* en los asientos de los pasajeros...

El doctor Frederick parece tener cuerda para rato. ¡Qué cotorra!, piensa Liz.

Enfoca los prismáticos hacia la izquierda. Junto al atrio, advierte una caja blanca rectangular lacada con unas cutres rosas de color rosa talladas en los lados. A estas alturas Liz ya se imagina qué, o más bien quién, se encuentra en la caja. Sin embargo, sabe que ha de verlo con sus propios ojos. Echa un vistazo por encima de la tapa: una chica exánime con una peluca rubia y un vestido de terciopelo marrón yace en un lecho de satén blanco. Siempre odié ese vestido, piensa Liz. Se acomoda en el incómodo taburete de metal y lanza un suspiro. Ahora sabe con certeza lo que hasta entonces sólo había sospechado: está muerta. Está muerta y, de todos modos, no siente nada, al menos de momento.

Liz echa un último vistazo con los prismáticos para comprobar si están todas las personas que debían haber asistido a su funeral. Edward, el corredor de campo a través se encuentra allí, sonándose valientemente la nariz con la manga. Su profesora de inglés también, así como su entrenadora personal. Recibe una agradable sorpresa al ver que la de historia universal también ha asistido. Pero ¿qué ha ocurrido con el de segundo de álgebra y el de biología?, se pregunta Liz. (Eran sus asignaturas preferidas.) Y tampoco logra ver a su mejor amiga por ninguna parte. ¿Acaso no fue por culpa de Zoey que se dirigió al centro comercial? ¿Dónde diantres está? Indignada, deja de mirar por los prismáticos antes de que haya finalizado el tiempo que le corresponde. Ya ha visto bastante.

Estoy muerta, piensa. Y luego lo repite en voz alta para escuchar cómo suena:

—Estoy muerta. ¡*Muerta!*

¡Qué extraño!, no le da la sensación de que su cuerpo esté muerto. Lo siente como siempre.

Mientras pasa por delante de la larga hilera de prismáticos de vuelta al camarote, ve a Curtis Jest. Está mirando con poco entusiasmo por sus prismáticos utilizando sólo un ojo. Con el otro reconoce enseguida a Liz.

—Hola, Lizzie. ¿Cómo te está tratando la vida en el más allá? —le pregunta.

Ella intenta encogerse de hombros con indiferencia. Aunque no sabe exactamente qué es lo que «la vida en el más allá» comporta, está absolutamente segura de una cosa: nunca volverá a ver más a sus padres, a su hermano ni a sus amigas. En cierto modo, se siente más bien como si siguiera con vida y fuera la única invitada en el funeral colectivo de toda la gente que ha conocido.

—¡Es aburrida! —decide responderle, aunque esta contestación no refleje para nada lo que está sintiendo.

—¿Y qué te ha parecido el funeral? —le pregunta Curtis.

—Fue sobre todo una ocasión para que el director de mi instituto hablara de la seguridad vial.

—¿De la seguridad vial? Suena divino —responde él ladeando la cabeza

ligeramente desconcertado.

—Y además dijo que era una estudiante que siempre «sacaba sobresalientes» —añade Liz—. Lo cual no es cierto.

—¿Que no miras las noticias? Todos los jóvenes se convierten en unos perfectos estudiantes cuando estiran la pata. Es de lo más común.

Liz se pregunta si su muerte ha salido en las noticias locales. ¿Acaso a alguien le importa que una chica de quince años muera atropellada por un coche?

—El gran Jimi Hendrix dijo: «Todo el mundo te adora cuando estás muerto: en cuanto te mueres, te hacen inmortal», o algo por el estilo. Pero probablemente no sabes quién es Jimi Hendrix.

—Sí que lo sé —contesta Liz—. Es el guitarrista.

—¡Le pido mil disculpas, señorita! —dice Curtis haciendo el gesto de sacarse el sombrero—. En ese caso, ¿te gustaría echar una miradita a mi funeral?

Liz no está segura de si le apetece ver otro funeral, pero no quiere ser descortés. Mira por los prismáticos de Curtis. Su funeral es mucho más elaborado que el suyo: los otros miembros de Machine están ahí; un famoso cantante interpreta su canción más famosa con una nueva letra escrita para la ocasión; una famosa modelo de lencería solloza en la primera fila y, por extrañamiento que parezca, sobre el ataúd de Curtis hay un oso haciendo malabarismos.

—¿Por qué hay un oso en tu funeral? —pregunta sorprendida Liz.

—Se supone que iba a salir en nuestro nuevo vídeo. Se llama *Bartolomeo* y me dijeron que es el mejor oso malabarista que hay en el mercado. Uno de los chicos de la banda probablemente pensó que me gustaría la idea.

Liz se aparta un poco de los prismáticos.

—¿Cómo te moriste, Curtis?

—Al parecer, de sobredosis, supongo.

—¿Al parecer? —inquire Liz.

—Sí, al menos eso es lo que dijeron en las noticias: «Curtis Jest, el cantante de Machine, murió al parecer de una sobredosis en la madrugada del domingo en su residencia de Los Ángeles. Tenía treinta años». Por lo visto es una gran tragedia —comenta riéndose—. ¿Y tú, Lizzie? ¿Lo sabes ahora?

—Me arrolló un coche mientras iba en bicicleta.

—¡Ah!, ahora entiendo por qué se habló de la seguridad vial en tu funeral.

—Supongo que fue por eso. Mamá siempre estaba intentando hacer que me pusiera el casco —observa Liz.

—Las mamás siempre saben qué es lo que más nos conviene.

Liz sonríe. Al cabo de un momento se sorprende al descubrir varias lágrimas rodando por sus mejillas. Se las seca rápidamente con la mano, pero pronto son reemplazadas por otras.

—Toma —dice Curtis ofreciéndole la manga de su pijama para que se las seque.

Liz la acepta. Advierte que el brazo cubierto de cicatrices de Curtis se está

curando.

—¡Gracias! —exclama ella agradecida—. A propósito, tu brazo tiene mejor aspecto.

Él se baja la manga del pijama.

—Mi hermana pequeña tiene tu misma edad —observa él—. Y además se parece un poco a ti.

—Estamos muertos, ¿sabes? Todos estamos muertos. Y no volveremos a ver a nuestra familia nunca más —exclama Liz echándose a llorar.

—¡Quién sabe!, Lizzie. Quizá volvamos a verla.

—¡Claro, a ti te resulta fácil decirlo! ¡Como en el fondo te querías morir! —en cuanto acaba de decir estas palabras, se arrepiente de haberlas pronunciado.

Curtis reflexiona unos momentos antes de responder.

—Era un drogadicto, pero no quería morir.

—Lo siento.

Él asiente con la cabeza sin mirar realmente a Liz.

—Lo siento mucho —vuelve a disculparse ella—. He dicho una estupidez. Sólo lo creí porque muchas de tus canciones son más bien melancólicas. Pero no debí suponerlo.

—Acepto tus disculpas. Es bueno saber disculparse como Dios manda. Hay muy pocas personas que sepan hacerlo —observa Curtis sonriendo. Liz le devuelve la sonrisa—. En realidad, la verdad es que algunos días deseaba morirme, quizá un poco. Pero no la mayoría de ellos.

Ella está a punto de preguntarle si ahora que está muerto siente aún la necesidad de drogarse, pero decide que no es una pregunta adecuada.

—La gente debe de estar muy triste por tu partida —observa Liz.

—¿Tú crees?

—Al menos yo lo estoy.

—Pero ahora me encuentro en el mismo lugar que tú. O sea que a ti no te he dejado, ¿verdad?

—No, supongo que no —admite ella riendo—. ¡Qué extraño que me esté riendo! ¿Cómo puede ahora hacerme gracia algo? ¿Crees que estaremos en este barco para siempre? Quiero decir que si piensas que esto es todo lo que hay.

—Sospecho que no, Lizzie.

—Pero ¿cómo lo sabes?

—Quizá mi mente me esté haciendo una jugarreta, pero creo que veo la costa, cariño —dice Curtis.

Liz se pone en pie para intentar divisarla por encima de los prismáticos. En la lejanía le parece ver una costa. La imagen la tranquiliza por el momento. Si no puedes evitar estar muerta, es mejor estar en algún lugar, sea cual sea, que en ninguno, piensa.

El libro de los muertos

Bienvenida a En Otro Lugar



—¡Ya hemos llegado! —exclama Thandi mirando por la portilla superior al ver que Liz acaba de entrar en el camarote. Después salta de la litera para abrazarla con sus fuertes brazos y hacerla girar por el camarote hasta que las dos se quedan sin aliento.

Liz se sienta para coger aire.

—¿Cómo puedes estar tan feliz cuando estamos...? —su voz se apaga.

—¿Muertas? —responde Thandi esbozando una ligera sonrisa—. De modo que por fin lo has descubierto.

—Acabo de ver mi funeral, pero creo que antes ya me lo imaginaba.

Thandi asiente solemnemente con la cabeza.

—Cada uno necesita su tiempo —observa—. Mi funeral fue horrible; a propósito, gracias por preguntármelo. Me vistieron como un payaso. Por no hablar del peinado que me hicieron —añade levantándose las trencitas para examinar en el espejo el agujero de detrás de la cabeza—. Sin duda se está volviendo más pequeño —deduce antes de dejarlas caer.

—¿No estás triste? —le pregunta Liz.

—¿De qué me serviría? No puedo cambiar las cosas. Y lo siento, pero estoy harta de estar en este pequeño camarote.

Por el sistema de megafonía del barco se escucha un anuncio: «Les habla el capitán. Espero que hayan tenido un buen viaje. La tripulación del *Nilo* les da la bienvenida a En Otro Lugar. La temperatura local es de veinte grados y hace un tiempo soleado con algunas nubes y una brisa procedente del oeste. Ahora son las tres y cuarenta y ocho de la tarde, hora local. Rogamos a todos los pasajeros que desembarquen. Ésta es la última y única parada.»

—¿No te preguntas cómo será? —inquieta Liz.

—El capitán acaba de decirlo. Hace un tiempo cálido con una ligera brisa.

—No me refiero al tiempo, sino a todo lo demás.

—Pues no. Eso es lo que hay, y por más preguntas que me haga, la situación no

cambiará —observa Thandi tendiéndole la mano para ayudarla a levantarse de la cama—. ¿Vienes?

Liz le dice que no con la cabeza.

—El barco probablemente está abarrotado de gente. Prefiero esperar un poco, hasta que los pasillos estén despejados.

—No tengo prisa —dice su amiga sentándose junto a ella en la cama.

—No hace falta que me esperes —responde Liz—. Quiero estar sola un rato.

Thandi se la queda mirando a los ojos.

—Vale, pero no te quedes aquí para siempre.

—No, te lo prometo.

Thandi asiente con la cabeza. Cuando está a punto de salir, Liz la llama y le dice:

—¿Por qué crees que nos han puesto juntas?

—¡No tengo ni idea! —exclama Thandi encogiéndose de hombros—. Probablemente éramos las únicas chicas de dieciséis años que murieron ese día de traumatismo craneal.

—Yo tengo quince —le recuerda Liz.

—Supongo que es lo mejor que se les ocurrió —añade Thandi dándole un fuerte abrazo—. Me alegro de haberte conocido, Liz. Quizá volvamos a vernos algún día.

Liz desea confirmarle la profunda experiencia que las dos han compartido en el barco, pero no encuentra las palabras adecuadas.

—Sí, hasta pronto —acaba diciendo.

Al cerrar Thandi la puerta, siente el impulso de llamarla y pedirle que se quede con ella. Ahora es su única amiga, aparte de Curtis Jest. (Y no está segura de poder contar con él como amigo.) Al irse Thandi, se siente más sola e infeliz que nunca.

Se echa en la litera de abajo. A su alrededor puede oír el sonido de los pasajeros abandonando los camarotes y saliendo por los pasillos. Decide esperar hasta que no oiga a nadie, sólo entonces se aventurará a salir. En el intervalo entre el abrir y cerrar de puertas, oye fragmentos de conversaciones.

—Es un poco embarazoso ir en pijama al no tener nada más que ponernos... —dice un hombre.

—Espero que haya algún hotel decente... —observa una mujer.

—¿Crees que me encontraré con Hubie? ¡No te imaginas cuánto lo he echado de menos! —dice otra mujer.

Liz se pregunta quién es Hubie. Supone que probablemente esté muerto, como los otros pasajeros del *Nilo*, como lo está ella. Quizás estar muerto no sea tan malo después de todo si eres muy viejo, piensa, porque por lo que ha visto, la mayoría de las personas muertas son muy ancianas. Por eso lo más posible es que conozcan a otras personas de su edad. Incluso puede que en este nuevo sitio, En Otro Lugar, o sea como sea como se llame, también estén las personas que conocían y que murieron antes que ellas. Y quizá si eres lo bastante viejo conocerás a más gente muerta que viva, de modo que para esas personas morir se ser algo bueno, o al menos no

debe tratarse de un episodio demasiado malo. Ya que tal como Liz lo ve, para los ancianos la muerte se parece a vivir jubilado en Florida.

Pero ella tiene quince años (casi dieciséis) y no conoce personalmente a ninguna persona que haya muerto. Salvo ella misma y los pasajeros del barco. La idea de estar muerta le parece una perspectiva en la que se sentirá terriblemente sola.

Mientras se dirige con el coche al paseo marítimo de En Otro Lugar, Betty Bloom, un mujer que suele hablar en voz alta consigo misma, observa:

—¡Ojalá hubiera estado con Elizabeth aunque sólo fuera una vez! Entonces podría decirle: «¿Te acuerdas de cuando nos conocimos?» Ahora en cambio sólo puedo decir: «Soy tu abuela. Nunca llegamos a conocernos, porque yo fallecí prematuramente de un cáncer de mama». Y francamente, el cáncer no es una forma de empezar una conversación. En realidad, es mejor que no mencione lo del cáncer. Basta con decirle que me morí. Al menos las dos tenemos esto en común. —Betty lanza un suspiro. Un coche le pega un bocinazo. En lugar de acelerar, sonrío al conductor, le saluda con la mano y le deja pasar—. Sí, me gusta conducir a esta velocidad. Si quieres ir más deprisa, adelante —añade ella.

»Me hubiera gustado tener más tiempo para preparar la llegada de Elizabeth. La idea de ser abuela de alguien me resulta extraña y además no me siento como una abuela. No me gusta hacer pasteles, de hecho no me gusta cocinar, ni hacer tapetes ni batas. Y aunque me gustan mucho los niños, me temo que no soy demasiado hábil con ellos.

»Por el bien de Olivia prometo no ser estricta ni crítica. No trataré a Elizabeth como a una niña sino como a una persona adulta. Y también prometo apoyarla. Y no le haré demasiadas preguntas. A cambio, espero que yo le guste un poco, a pesar de todo lo que Olivia pueda haberle dicho de mí. —Betty se queda callada y se pregunta cómo estará Olivia, su única hija.

Al llegar al paseo marítimo se mira en el retrovisor y se sorprende de lo que ve en él: una mujer ni demasiado vieja, ni demasiado joven. Lo cual es más bien extraño.

Pasa una hora. Y luego otra. Los pasillos se quedan vacíos y silenciosos. Liz empieza a concebir un plan. ¿Quizá podría viajar como polizón? En algún momento dado el barco tendrá que volver al lugar del que ha venido, ¿verdad? Y si ella se queda a bordo, quizá podrá volver a la vida de antes. Tal vez sea así de sencillo, piensa. Quizá cuando oyó historias de personas que habían tenido experiencias cercanas a la muerte, que habían muerto clínicamente y después habían vuelto a la vida, esas personas «afortunadas» en el fondo no lo eran tanto, sino que sólo habían sido lo bastante inteligentes como para quedarse en el barco.

Liz se imagina volviendo a casa. Todo el mundo exclamaría: «¡Es un milagro!» Y

los periódicos hablarían de ella: UNA JOVEN DEL LUGAR HA VUELTO A LA VIDA; AFIRMA QUE LA MUERTE ES UN VIAJE EN BARCO EN LUGAR DE UNA LUZ BLANCA AL FINAL DE UN TÚNEL. Le propondrían escribir un libro (*La joven muerta*, de Liz Hall) y hacer una película basada en su vida que se emitiría por la tele (*Decidió vivir: la historia de Elizabeth M. Hall*), y además aparecería en el programa de Oprah Winfrey para promocionar ambos proyectos.

Liz ve que el pomo se mueve y la puerta empieza a abrirse. Sin pensarlo dos veces se esconde debajo de la cama. Desde el lugar en que se encuentra puede ver a un niño de la edad de su hermano, vestido con un uniforme blanco de capitán con unas charreteras doradas y una gorra haciendo juego. El niño se sienta en la litera de abajo sin que parezca haberse percatado de la presencia de Liz.

Permanece en ella casi totalmente inmóvil, salvo por el leve balanceo de sus piernas. Ella advierte que los pies apenas le llegan al suelo. Desde donde está, puede ver perfectamente las suelas de sus zapatos. Alguien ha escrito con un rotulador negro una *I* en la suela izquierda y una *D* en la derecha.

—Estaba esperando que te presentaras —dice al cabo de varios minutos con una voz inusualmente madura para un niño de su edad—, pero no tengo todo el día.

Liz no responde.

—Soy el capitán —precisa el niño— y se supone que no debías seguir en el camarote.

Ella sigue sin responder. Aguanta la respiración e intenta no hacer el menor ruido.

—Sí, es el capitán el que está hablando contigo, con la joven escondida debajo de la cama.

—¿El capitán de qué? —le susurra Liz.

—¡El capitán del *Nilo*, por supuesto!

—Pareces un poco joven para ser capitán.

—Te aseguro que mi experiencia y mi currículum son ejemplares. Soy el capitán desde hace unos cien años.

¡Qué comediante!, piensa Liz.

—¿Cuántos años tienes?

—Siete —responde el capitán con dignidad.

—¿Y no crees que eres un poco pequeño para ser capitán?

Él asiente con la cabeza.

—Sí —admite—. Ahora tengo que hacer siestas por la tarde. Probablemente me retire el año que viene.

—Quiero hacer el viaje de vuelta —dice Liz.

—Estos barcos sólo hacen el trayecto de ida, no de vuelta.

—¡Esto no tiene ningún sentido! —exclama ella sacando la cabeza de debajo de la cama—. Han de volver a la Tierra de algún modo.

—Yo no soy el que dicta las reglas —observa el capitán.

—¿Qué reglas? ¡Si estoy muerta!

—Si crees que estar muerta te permite actuar como te plazca, estás muy equivocada —responde el capitán—. No podrías estarlo más, ni muerta —añade un segundo después y luego se ríe del chiste tan malo que acaba de hacer. Pero de súbito vuelve a ponerse serio—. Supongamos por un momento que fuera posible y que consiguieras volver a la Tierra en este barco. ¿Qué crees que ocurriría entonces?

—Supongo que volvería a mi antigua vida, ¿verdad? —dice Liz saliendo de su escondite.

—No —responde el capitán sacudiendo la cabeza—. No tendrías un cuerpo con el que regresar. Serías un fantasma.

—¡Y qué! Quizá convertirse en un fantasma no sea tan malo.

—Créeme. Sé de algunos que lo han sido y no es una buena vida. Acabas enloqueciendo y haciendo enloquecer a todos tus seres queridos. Hazme caso: desciende del barco.

A Liz se le vuelven a empañar los ojos. La muerte te convierte en una llorona, piensa mientras se seca las lágrimas con el dorso de la mano.

El capitán se saca un pañuelo del bolsillo y se lo ofrece. Está hecho del algodón más suave y fino, parece más de papel que de tela, y está bordado con las palabras *El capitán*. Liz se suena la nariz con él. Su padre también lleva pañuelos encima. Al acordarse de este detalle ha de sonarse de nuevo.

—No llores. Este lugar no está mal después de todo —señala el capitán.

Liz sacude la cabeza.

—Es por el polvo que hay bajo la cama. Me ha entrado en los ojos —responde devolviéndole el pañuelo.

—Quédatelo. Probablemente volverás a necesitarlo —dice él poniéndose en pie y adoptando la perfecta postura de un militar veterano, pero la cabeza del capitán a ella sólo le llega hasta el pecho—. Confío en que dentro de unos pocos minutos ya habrás desembarcado —añade—. No creo que quieras quedarte en el barco —y después de pronunciar estas palabras, cierra la puerta tras de sí.

Liz reflexiona en lo que este extraño niño le ha dicho. Aunque se muera de ganas de estar con su familia y con sus amigas, no quiere ser un fantasma. Y sin duda no desea causar más dolor a sus seres queridos. Sabe que sólo puede hacer una cosa.

Mira por la portilla por última vez. El sol casi se ha puesto y se pregunta por un momento si es el mismo sol que se ve desde su casa.

La única persona que hay en el muelle es Betty Bloom. Aunque Liz nunca la haya visto antes, hay algo en aquella mujer que le recuerda a su madre. Betty saluda a Liz agitando la mano y se dirige hacia ella con resolución, dando grandes zancadas.

—¡Bienvenida, Elizabeth! He estado esperando este momento desde hace mucho —exclama su abuela dándole un fuerte abrazo, Liz intenta liberarse de él—. ¡Eres igual que Olivia!

—¿Cómo es que conoces a mi madre? —pregunta Liz.

—Soy su madre, Betty, tu abuela, pero nunca llegaste a conocerme porque me morí antes de que nacieras —dice abrazándola de nuevo—. Te pusieron mi nombre, yo también me llamo Elizabeth, pero siempre he sido Betty.

—Pero ¿cómo es posible? ¿Cómo puedes ser mi abuela si pareces tener la edad de mi madre? —pregunta Liz desconcertada.

—¡Bienvenida a En Otro Lugar! —exclama riendo la abuela Betty al tiempo que señala con naturalidad la gran bandera que ondea en el paseo marítimo.

—No lo entiendo.

—Aquí nadie envejece, todo el mundo se vuelve más joven cada día que pasa. Pero no te preocupes, te explicarán todo esto en la cita de aclimatación.

—¿Me estoy volviendo más joven? ¡Pero si tardé mucho tiempo en poder tener quince años!

—No te preocupes, querida, al final todo saldrá bien. Este lugar te va a encantar. Como es lógico, Liz no está tan segura de ello.

El largo viaje al nuevo hogar



En el descapotable rojo de su abuela, Liz contempla el paisaje por la ventanilla y deja que Betty monopolice la conversación.

—¿Te gusta la arquitectura? —le pregunta su abuela.

Liz se encoge de hombros. Si ha de ser sincera, nunca ha pensado demasiado en ello.

—Desde una de las ventanas de mi casa se puede ver la biblioteca que construyó Frank Lloyd Wright. Los que saben de arquitectura afirman que es mejor que cualquier edificio de la Tierra. Y no sólo ocurre con los edificios, Elizabeth. Aquí también descubrirás nuevas obras de tus artistas favoritos. Libros, cuadros, música, ¡cualquier tema que te guste! Precisamente acabo de ir a ver una exposición de nuevos cuadros de Picasso, ¿a que parece increíble?

Liz piensa que el entusiasmo de su abuela parece forzado, como si estuviera intentando convencer a una niña para que se comiera el brécol del plato.

—He conocido a Curtis Jest en el barco —dice en voz baja.

—¿Quién es?

—El cantante de Machine.

—No creo que haya oído hablar nunca de ese grupo. Pero como me morí hace varios años, es lógico. Quizá Curtis Jest edite un nuevo álbum aquí.

Liz vuelve a encogerse de hombros.

—Aunque algunos artistas no siguen aquí su carrera —añade su abuela—. Supongo que con una vida artística ya tienen bastante. Los artistas no son las personas más felices del mundo, ¿verdad? ¿Conoces a Marilyn Monroe, la gran estrella de cine? Pues ahora es una psiquiatra. O más bien lo era, porque ya es demasiado joven como para ejercer. Mi vecina Phyllis solía ir a verla. ¡Ah, Elizabeth! ¿Ves ese edificio tan alto a lo lejos de la carretera? ¿El que tiene una extraña forma? Es el Registro. Allí es donde tendrás que ir mañana para la cita de aclimatación.

Liz contempla el paisaje por la ventanilla. De modo que esto es En Otro Lugar,

piensa. Le parece un sitio como cualquier otro de la Tierra. Incluso le duele ver que sea tan normal, lo mucho que se parece a la vida real. En él hay edificios, casas, tiendas, calles, coches, puentes, gente, árboles, flores, hierba, lagos, ríos, playas, aire, estrellas y cielo. ¡Qué poco original!, piensa. En Otro Lugar podía haber sido una ciudad como cualquier otra a una hora de camino a pie, a una hora de viaje en coche, o a una noche de viaje en avión. Mientras su abuela sigue conduciendo, Liz advierte que todas las carreteras son curvas y que incluso cuando parecen ser rectas, en realidad se extienden describiendo una especie de círculo.

Al cabo de un rato la abuela Betty se da cuenta de que Liz no la está escuchando.

—¿Estoy hablando demasiado? Sé que suelo...

—¿A qué te referías al decirme que me estaba volviendo más joven? —la interrumpe Liz.

—¿De verdad quieres saberlo ahora? —inquire su abuela mirándola.

Liz asiente con la cabeza.

—Aquí todo el mundo se va volviendo más joven desde el día que muere. Cuando yo llegué tenía cincuenta años. Ahora hace ya unos dieciséis que estoy en él y tengo treinta y cuatro. Para la mayoría de ancianos esto es una buena noticia, Lizzie. Pero supongo que a una chica de tu edad la idea no le resulta demasiado atractiva.

Liz tarda un poco en asimilar las palabras de su abuela. Nunca tendré dieciséis años, piensa.

—¿Qué ocurre cuando llegas a los cero años? —dice Liz.

—Vuelves a convertirte en un bebé. Y cuando tienes sólo siete días, te envían, junto con otros bebés, al barco que navega por el Río rumbo a la Tierra para volver a nacer en ella. Se llama la «liberación».

—¿Así que sólo estaré aquí quince años y después me enviarán a la Tierra para empezar de nuevo desde cero?

—Estarás aquí casi dieciséis —puntualiza su abuela—, pero básicamente así es.

Liz no puede creer lo injusto que es todo eso. No sólo se ha muerto antes de haber tenido la oportunidad de pasárselo bien en la Tierra, sino que además ahora ha de volver a repetir su vida al revés hasta convertirse de nuevo en un estúpido y llorón bebé.

—¿O sea que nunca seré una persona adulta? —dice Liz.

—Yo no lo vería de ese modo, Liz. Tu mente sigue adquiriendo experiencia y recuerdos, aunque tu cuerpo...

—¿O SEA QUE NO PODRÉ IR A LA UNIVERSIDAD, NI CASARME, NI TENER UNAS GRANDES TETAS, NI VIVIR SOLA, NI ENAMORARME, NI OBTENER EL CARNÉ DE CONDUCIR, NI HACER CUALQUIER OTRA COSA? ¡ES INCREÍBLE! —estalla Liz.

La abuela Betty detiene el coche en el arcén.

—Ya verás cómo no lo pasarás tan mal como crees —le dice dándole unas

palmaditas en la mano para consolarla.

—¿Que no lo pasaré tan mal? La situación no podría ser peor. Tengo quince años y estoy muerta. ¡Muerta! —durante un minuto las dos se quedan en silencio.

—¡Elizabeth, se me acaba de ocurrir una maravillosa idea! —exclama su abuela dando una palmada—. Tienes el permiso para hacer prácticas con el coche, ¿no es así?

Liz asiente con la cabeza.

—¿Por qué no conduces tú entonces hasta que lleguemos a casa?

Liz vuelve a asentir con la cabeza. Aunque tenga todo el derecho a estar disgustada por el giro que ha dado su vida, no quiere perderse esta oportunidad. Después de todo, lo más probable es que nunca obtenga el carné de conducir en este estúpido lugar, y quién sabe cuántos meses le quedan hasta que también le quiten el carné de principiante. Liz abre la puerta y sale del coche para ponerse al volante, al tiempo que su abuela salta al asiento del pasajero.

—¿Sabes cómo funciona este cambio de marchas? Me temo que mi coche es tan viejo como un dinosaurio —observa su abuela.

—Lo que no sé hacer es aparcar en paralelo y hacer la ele —dice Liz con calma—. Me lo iban a enseñar en las siguientes clases de conducir, pero por desgracia estiré la pata.

El camino hacia la casa de su abuela no es complicado y las dos permanecen en silencio durante el viaje, salvo por las ocasionales indicaciones que Betty le da en la carretera. Su abuela no quiere distraerla mientras conduce, y Liz no tiene ganas de hablar y deja vagar su mente. Pero dejar vagar la mente no siempre es lo mejor si acabas de morirte y nunca es una buena idea para un conductor novato.

Liz piensa por qué tardó tanto en descubrir que estaba muerta. Otras personas, como Curtis y Thandi, parecieron darse cuenta de ello enseguida o al cabo de poco. Se siente como una perfecta inútil. En el instituto siempre había estado orgullosa de su habilidad para captar y aprender rápidamente lo que le enseñaban. Pero este nuevo episodio demostraba que no era tan lista como creía.

—Elizabeth, cariño, ¿no crees que deberías reducir un poco la velocidad? —observa su abuela.

—Vale —responde Liz echando un vistazo al velocímetro, que marca ciento veinte kilómetros por hora. No se había dado cuenta de que estaba conduciendo tan deprisa y levanta un poco el pie del acelerador.

¿Cómo es posible que esté muerta? Se pregunta. ¿No soy demasiado joven para estarlo? Cuando alguien de su edad se muere, suele ser porque se ha pasado la infancia luchando contra un cáncer o alguna otra clase de horrible y rara enfermedad. Y a esta clase de niños les regalan viajes y les organizan encuentros con las estrellas del pop mundialmente famosas. Se pregunta si su viaje en barco y su encuentro con Curtis Jest también cuentan.

El primer año que Liz fue al instituto, dos estudiantes del último curso se mataron

al conducir bajo los efectos del alcohol mientras se dirigían al baile de gala. El instituto les había rendido tributo publicando en el anuario del colegio un artículo de una página entera acompañado con fotografías a todo color. Liz se preguntaba si habrán tenido el mismo gesto con ella. A no ser que sus padres pagasen por él, lo dudaba, porque esos dos chicos pertenecían al equipo de fútbol del instituto y aquel año habían ganado el campeonato estatal de Massachusetts. En cambio ella no jugaba al fútbol, sino que sólo era una estudiante de segundo año, y había sido la única víctima del accidente. (A la gente siempre le parecen más trágicas las muertes en grupo.) Liz pisa un poco más el acelerador.

—Elizabeth, para ir a casa has de tomar la siguiente salida. Te sugeriría que disminuyeras la velocidad y te colocaras en el carril derecho —dice su abuela.

Liz lo hace sin mirar por el retrovisor. Al ponerse en el carril derecho, le corta el paso a un deportivo negro y ha de acelerar para que el coche no le dé por detrás.

—¡Elizabeth!, ¿habías visto ese coche? —dice su abuela.

—¡No te preocupes, está todo bajo control! —responde ella con tirantez. ¿Y qué más da si soy una mala conductora? Se dice a sí misma. ¿Acaso cambiará la situación? Ya no puedo morirme. Cuando estás muerta, ya no puedes estarlo más, ¿verdad?

—Ésta es la salida. ¿Estás segura de que te encuentras bien para conducir?

—Me encuentro perfectamente —responde Liz. Sin reducir la velocidad, se dirige con torpeza hacia la salida.

—Te aconsejaría que fueras más despacio, esta salida es un poco traicionera...

—¡Me encuentro bien! —grita Liz.

—¡CUIDADO!

En ese momento Liz choca contra la valla protectora de cemento que había en la salida. El coche, al ser un pesado animal prehistórico, emite un fuerte ruido al colisionar.

—¿Te has hecho daño? —le pregunta su abuela.

Liz no responde. Cuando ve la parte frontal del vehículo, no puede evitar echarse a reír. El coche apenas ha sufrido daños, sólo se ha abollado un poco, eso es todo. Un milagro, piensa Liz amargamente. ¿Por qué las personas no serán tan resistentes como los coches?

—Elizabeth, ¿te encuentras bien? —le pregunta su abuela.

—No —le responde ella—. Estoy muerta, ¿o no te habías enterado?

—Quiero decir si te has hecho daño.

Liz se toca los restos de los puntos que tiene por encima de la oreja. Se pregunta a quién ha de ir a ver para que se los quiten. Ya le habían dado puntos en otra ocasión (cuando se cayó mientras patinaba a los nueve años, la lesión más grave que había tenido aparte de ésta) y sabía que las heridas sólo están totalmente curadas después de que te quitan los puntos. De pronto, no quiere que se los saquen. Por extraño que parezca, esos pequeños restos de hilo la tranquilizan. Es lo último que le queda de la

Tierra y la única prueba de que estuvo alguna vez en ella.

—¿Te has hecho daño? —le pregunta de nuevo su abuela mirándola con expresión preocupada.

—¿Acaso la situación sería diferente?

—Sí, porque si te lo hubieras hecho te llevaría al hospital —responde Betty.

—¿Aquí la gente también se hace daño?

—Sí, aunque cualquier lesión se cura a medida que vas volviéndote más joven.

—O sea que aquí nada importa, ¿verdad? Quiero decir que nada cuenta. Todo desaparece. Nos volvemos más jóvenes y estúpidos, eso es todo. —Liz tiene ganas de llorar, pero no quiere hacerlo delante de Betty, a quien ni siquiera conoce.

—Supongo que puedes verlo de ese modo. Pero en mi opinión creo que sería un punto de vista muy aburrido y limitado. Me gustaría que no vieras las cosas de una forma tan pesimista, al menos antes de haber pasado un día en este lugar. ¿Estabas intentando que nos matásemos? —le pregunta rodeándole la barbilla con la mano y haciéndole girar la cabeza para poder mirarla directamente a los ojos.

—¿Podría conseguirlo?

—No, querida —responde su abuela negándose con la cabeza—, pero no has sido la primera en intentarlo.

—¡No quiero vivir aquí! —grita ella—. ¡No quiero estar aquí! —pese a que intenta contenerse, vuelve a echarse a llorar.

—Ya lo sé, ya lo sé, cielo —le consuela su abuela abrazándola y acariciándole el pelo.

—Mi madre también me lo acariciaba así —dice Liz apartándose. Sabe que su abuela lo hace para tranquilizarla, pero no puede evitar sentir una horrible sensación, como si su madre le estuviera tocando el pelo en el más allá.

La abuela Betty lanza un suspiro y abre la puerta del asiento del pasajero.

—Yo conduciré durante el trayecto que nos queda —dice. Su voz suena cansada y tensa.

—Vale —responde Liz con frialdad—. ¿Sabes? Normalmente no conduzco tan mal ni suelo ser tan hipersensible —añade al cabo de un momento con una voz más dulce.

—Lo entiendo perfectamente —responde su abuela—. Ya lo suponía.

Mientras se acomoda en el asiento del pasajero, Liz sospecha que pasará un cierto tiempo antes de que su abuela le deje conducir de nuevo. Pero no la conoce y se equivoca.

—Si quieres, te enseñaré a hacer la ele y a aparcar en paralelo —dice en ese momento su abuela volviéndose hacia ella—. No estoy segura, pero creo que aquí puedes sacarte el carné de conducir.

—¿Aquí? —pregunta Liz con incredulidad.

—Sí, aquí, En Otro Lugar —le responde dándole unas palmaditas en la mano antes de poner en marcha el coche—. Cuando quieras que te enseñe, dímelo.

Liz aprecia el gran esfuerzo que su abuela debe haber hecho para ofrecerse a enseñarla a aparcar y a hacer la ele, pero lo que ella de verdad quiere no es aprender a hacer la ele ni a aparcar en paralelo, sino terminar las clases de conducir. Sacarse el carné expedido en Massachusetts. Conducir sin rumbo fijo con sus amigas los fines de semana y descubrir las misteriosas y desconocidas carreteras de Nashua y Watertown. Poder ir a cualquier parte sin su abuela o sin ninguna otra persona. Pero sabe que nunca podrá hacerlo. Porque se encuentra aquí, En Otro Lugar, ¿y de qué sirve un carné de conducir si el único lugar donde puedes utilizarlo es éste?

El despertar



Un taxi aparece de pronto a toda pastilla y Liz vuela por los aires. Seguro que voy a morir, piensa ella.

Se despierta en la habitación del hospital, su visión es borrosa y lleva la cabeza vendada. Sus padres están de pie junto a su cama con unas oscuras ojeras.

—¡Oh, Lizzie! Creíamos que te habíamos perdido —exclama su madre.

Dos semanas más tarde, el médico le retira el vendaje. Aparte de los puntos en forma de arco que lleva sobre la oreja izquierda, se siente como nueva. El médico cree que es la recuperación más increíble que ha visto en toda su vida.

Liz vuelve al instituto. Todo el mundo quiere oírle contar su experiencia cercana a la muerte.

—No me resulta fácil hablar de ella —dice Liz.

Sus compañeras piensan que se ha vuelto más «profunda» desde que ha tenido el accidente, pero la verdad es que ni siquiera se acuerda de él.

El día que cumple dieciséis años aprueba el examen de conducir sin cometer ningún fallo. Sus padres le compran un coche nuevo. (No quieren que vaya más en bicicleta.) Liz rellena la solicitud de ingreso a la universidad. Escribe el ensayo que piden para ser admitido en ella, trata sobre el accidente que ha tenido con el taxi y el giro que su vida ha dado a raíz de él. La aceptan en el Instituto de Tecnología de Massachusetts, el lugar donde ella prefería estudiar. Liz se gradúa en él como bióloga y luego se inscribe en la Facultad de Veterinaria de Florida. Un día conoce a un chico, la clase de chico con el que se imagina pasando el resto de su vida e incluso...

—¡Despierta, Elizabeth, ya es hora de levantarte! —le dice su abuela a las siete de la mañana siguiente, interrumpiendo la bonita historia con la que estaba soñado.

—Déjame dormir —susurra Liz en voz baja para que su abuela no pueda oírle tapándose la cabeza con las mantas.

—Hoy va a hacer un día precioso —observa Betty abriendo las cortinas.

Liz bosteza bajo las mantas.

—Si estoy muerta, ¿por qué diantres he de levantarme? —exclama.

—¡Qué forma más negativa de ver las cosas, Liz! En Otro Lugar hay un montón de cosas para hacer —dice su abuela abriendo las otras cortinas. La habitación en la que Liz se encuentra (si es que puede considerar como «suya», ya que su habitación está en la Tierra) tiene cinco ventanas. Le recuerda a un invernadero. En realidad lo que ella quiere es una habitación pequeña y oscura con pocas ventanas (mejor si no tiene ninguna) y paredes negras, algo más adecuado para su situación actual. Bosteza mientras observa a su abuela dirigiéndose hacia la tercera ventana.

—No hace falta que abras todas las cortinas —observa Liz.

—¡Me gusta que entre un montón de luz! ¿A ti no? —responde su abuela.

Liz pone los ojos en blanco. No puede creer que haya de pasar el resto de su vida viviendo con su abuela, que es, sin duda, una persona mayor. Aunque por fuera parezca joven, piensa que probablemente esconde toda clase de raras costumbres típicas de las personas mayores.

Liz se pregunta a qué se refería su abuela al decir que En Otro Lugar había «un montón de cosas para hacer». En la Tierra ella estaba constantemente ocupada estudiando, buscando una universidad, eligiendo una carrera y haciendo todas esas otras cosas que los adultos que había en su vida consideraban tan importantes. Pero ahora, desde que había muerto, todo lo que había estado haciendo en la Tierra le parecía absurdo. Desde su punto de vista, ahora ya sabía la respuesta a la pregunta de cómo sería su vida. La historia de su vida es breve y absurda: había una vez una chica que fue arrollada por un coche y que murió. Y colorín colorado este cuento se ha acabado.

—Tienes la cita de aclimatación a las ocho y media —le recuerda su abuela.

—¿De qué va? —le pregunta Liz sacando la cabeza de debajo de las mantas.

—Es una especie de orientación para los que acaban de morir —dice su abuela.

—¿Puedo ir con él? —pregunta Liz señalando su pijama blanco. Ha estado llevándolo durante tanto tiempo que más bien habría que llamarlo gris—. Como supondrás no tuve tiempo de hacer las maletas.

—Puedes ponerte mi ropa. Creo que usamos la misma talla, aunque tú probablemente seas un poco más pequeña que yo —observa su abuela.

Liz echa un breve vistazo a su abuela: tiene unos pechos más grandes que los de ella, pero es delgada y de su misma altura. ¡Qué extraño es utilizar la misma talla que mi abuela!, piensa.

—Elige lo que quieras del armario, y si necesitas que te lo acorte o te lo ciña un poco, dímelo. No sé si te he dicho que aquí soy modista —le comenta.

Liz niega con la cabeza.

—Pues así es, me ayuda a distraerme. Como aquí la gente suele empequeñecer a medida que se vuelve más joven, siempre necesita que le arreglen la ropa.

—¿Es que no pueden comprarse ropa nueva? —inquire Liz con el ceño fruncido.

—¡Claro que sí, cielo!, no quería decir eso. Sin embargo, he observado que aquí

se aprovechan más las cosas, en todas partes. Y también confecciono nuevas prendas de vestir. De hecho, esta actividad me gusta más que arreglar la ropa. Es más creativa.

Liz, aliviada, asiente con la cabeza. La idea de llevar la misma ropa el resto de tu vida es una de las cosas más deprimentes en las que ha pensado últimamente.

Después de darse una ducha (que a ella le parece tan maravillosamente agradable como las de la Tierra), se envuelve en una toalla y se dirige al armario de su abuela.

El armario es grande y está bien ordenado. Las ropas de su abuela parecen caras y bien hechas, pero son un poco teatrales para su gusto: casquetes de fieltro, vestidos pasados de moda, capas de terciopelo y broches, bailarinas, plumas de avestruz, zapatos de charol de tacón alto, medias de malla y prendas de piel. Liz se pregunta adónde va su abuela con esas prendas. Y luego si tendrá algún tejano por ahí, ya que lo único que le apetece ponerse son unos tejanos y una camiseta. Al buscar por el armario, lo más parecido que encuentra a unos tejanos son unos pantalones tipo marinero de color azul marino.

Totalmente frustrada, se sienta bajo el estante de los jerseys. Recuerda el desordenado armario que tenía en casa con sus doce tejanos. Se pasó mucho tiempo recorriendo las tiendas para encontrarlos. Antes de dar con ellos, se tuvo que probar muchos otros. Al pensar que ya no los tiene, le entran ganas de llorar. Se pregunta qué les ocurrirá ahora a esos tejanos. Se cubre el rostro con las manos y se toca los puntos que lleva encima de la oreja. En este lugar incluso resulta difícil vestirse, piensa.

—¿Has encontrado algo que te guste? —le pregunta su abuela acercándose al armario al cabo de varios minutos. En todo este tiempo Liz no se ha movido del lugar en el que está sentada.

Levanta la cabeza mirando a su abuela, pero no le responde.

—Sé cómo te sientes —señala su abuela.

¡Sí, claro!, piensa Liz.

—Estás pensando que no es así, pero de algún modo sí que lo sé. Morir a los cincuenta no es tan distinto de morir a los quince como crees. A los cincuenta aún te puede gustar hacer muchas cosas y tener un montón de actividades de las que ocuparte.

—¿De qué falleciste? —inquire Liz.

—De cáncer de mama. En aquella época tu madre te llevaba en su seno.

—Ya lo sé.

Su abuela esboza una triste sonrisa.

—Por eso me alegro de poder conocerte ahora. Me entristeció mucho no llegar a conocerte. Ojalá nos hubiéramos conocido en unas circunstancias algo distintas —añade sacudiendo la cabeza—. Creo que quedarás muy guapa con este vestido —dice mostrándole uno estampado de flores que no es para nada del estilo de ropa de Liz.

Ésta le dice que no con la cabeza.

—¿Y éste? —pregunta su abuela señalando un jersey de cachemir.

—Si te da lo mismo, prefiero ponerme mi pijama.

—Lo comprendo y sin duda no serás la primera que ha ido a la cita de aclimatación vestida con un pijama —le asegura su abuela.

—Tu ropa, sin embargo, es muy bonita.

—Podemos ir a comprar ropa nueva —añade su abuela—. Te la iba a comprar yo, pero no conocía tus gustos. La ropa es algo muy personal, al menos para mí.

Liz se encoge de hombros.

—Cuando te apetezca ir a comprarla, te daré el dinero. Sólo tienes que pedírmelo —dice su abuela.

Pero ahora a Liz la ropa ya no le hace ilusión y decide cambiar de tema.

—A propósito, me he estado preguntando cómo debía llamarte. Me parece raro llamarte abuela.

—¿Qué te parece Betty?

—Vale —responde ella asintiendo con la cabeza.

—¿Y cómo quieres que te llame yo? —le pregunta su abuela.

—Mamá y papá me llaman Lizzie... Bueno, me llamaban —puntualiza ella—, pero creo que prefiero que ahora me llames Liz.

—De acuerdo —dice su abuela sonriendo.

—No me encuentro bien. ¿Puedo quedarme en la cama y cambiar la cita de aclimatación para mañana? —pregunta Liz. Le duele un poco la clavícula debido al tirón que le produjo el cinturón al chocar contra la valla, pero sobre todo se lo dice porque no tiene ganas de hacer nada.

—Lo siento, cielo, pero todo el mundo ha de ir a la cita de aclimatación al día siguiente de llegar a este lugar —señala su abuela sacudiendo la cabeza—. Nadie se libra de ello.

Liz se aleja del armario y mira por la ventana del dormitorio de su abuela, que da a un asilvestrado jardín. En él reconoce rosas, lirios, espliego, girasoles, crisantemos, begonias, gardenias, un manzano, un naranjo, un olivo y un cerezo. Liz se pregunta cómo puede haber tanta variedad de flores y frutas en tan poco espacio.

—¿Es tu jardín? —pregunta Liz.

—Sí —responde su abuela.

—A mamá también le gusta la jardinería.

Betty asiente con la cabeza.

—Olivia y yo solíamos ocuparnos del jardín, pero una de las cosas en las que nunca nos poníamos de acuerdo era en lo que queríamos plantar en él. Ella prefiere plantas útiles como las coles, las zanahorias y los guisantes. Y a mí en cambio me encantan los aromas dulces y los colores vivos.

—Es muy bonito —dice Liz contemplando una mariposa monarca posándose en un hibisco rojo—. Es asilvestrado, pero es bonito —la mariposa bate las alas y se

aleja.

—Ya sé que probablemente tendría que podar todas las plantas e instaurar un poco de orden en él, pero nunca consigo podar un rosal o cortar un capullo, me da pena hacerlo, ¡la vida de una flor es tan corta! Me temo que mi bonito jardín es un desastre —añade Betty riendo.

—¿Estás segura de que no quieres llevar tú el coche? —le pregunta su abuela mientras se dirigen al Registro para asistir a la cita.

Liz le dice que no con la cabeza.

—No dejes que el pequeño accidente que tuviste ayer con el coche te quite las ganas de conducir.

—Prefiero que lo lleves tú —dice Liz con terquedad—, de todos modos voy a volverme más joven cada día. Es mejor que me acostumbre a viajar en el asiento del pasajero.

Betty la observa por el retrovisor. Liz está sentada en el asiento trasero vestida con el pijama y con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Siento la visita guiada de ayer por la noche —dice su abuela.

—¿A qué te refieres? —le pregunta Liz.

—A que me excedí. Quería que te gustara este lugar. Pero creo que hablé demasiado y que me comporté como una idiota.

Liz lo niega con la cabeza.

—Lo hiciste muy bien. Sólo que... —su voz se apaga—, no te conozco, eso es todo.

—Ya lo sé —responde su abuela—, pero yo sí te conozco un poco. He estado viendo gran parte de tu vida desde las CO.

—¿Qué son las CO?

—Las Cubiertas de Observación. Los lugares desde los que puedes contemplar la Tierra. Durante unos espacios de tiempo limitados, claro. ¿Te acuerdas de cuando viste tu funeral desde el barco?

—Sí, a través de los prismáticos —contesta Liz. Mientras ella esté viva (¿muerta?), nunca lo olvidará.

—Pues En Otro Lugar hay Cubiertas de Observación en distintos puntos. En la cita de aclimatación de hoy te lo explicarán.

Liz asiente con la cabeza.

—Por curiosidad, ¿hay alguna persona en especial a la que desees ver? —pregunta su abuela.

Claro, Liz echa de menos a su familia. Pero en cierto modo a quien más echa en falta es a Zooey, su mejor amiga. Se pregunta cómo será el vestido que se ha comprado para el baile de gala del instituto. ¿Iría aunque ella haya muerto? Zooey ni siquiera se había preocupado de acudir a su funeral. Ahora que lo piensa, le parece

una grosería que su mejor amiga no haya asistido a él, sobre todo dadas las circunstancias. Después de todo, si Zooey no le hubiera pedido que la acompañara al centro comercial para ir a ver los estúpidos vestidos, el taxi nunca la habría atropellado. Y si el taxi no la hubiera atropellado, no habría muerto, y... Si sigues con los síes vas a volverte loca, piensa Liz lanzando un suspiro.

—Aquí es donde tienes la cita —dice de pronto Betty sacando el brazo por la ventanilla para indicarle el lugar y provocando que el coche se desvíe un poco—. Se llama el Registro. Ayer ya te lo señalé, pero no sé si me estabas escuchando.

Al mirar por la ventanilla Liz ve una construcción gigantesca más bien feúcha. Es el edificio más alto que ha visto en toda su vida, parece elevarse hasta el infinito. Pese a su tamaño, el Registro parece haber sido construido por un niño: las paredes, las escaleras y las otras incorporaciones sobresalen en unos inverosímiles ángulos, el edificio da la impresión de haberse construido sin planearse, es casi como los fuertes improvisados que ella solía construir con su hermano.

—Es bastante feo —observa Liz.

—Antes era más bonito —afirma Betty—, pero en el edificio hay tanta actividad que ha de ir ampliándose sin cesar. Los arquitectos tienen que estar ideando constantemente cómo hacerlo y los que trabajan en las ampliaciones deben llevar a cabo sin cesar esos cambios. Hay quien dice que el edificio parece estar creciendo ante nuestros propios ojos.

Betty gira hacia la izquierda para dirigirse a la zona del parking del Registro. Aparca el coche delante de una de las muchas entradas del edificio.

—¿Quieres que te acompañe? Es muy fácil perderse en una mole como ésta —le pregunta su abuela.

—No, prefiero ir sola, si no te importa —responde Liz.

Betty asiente con la cabeza.

—Vendré a recogerte hacia las cinco. Intenta pasártelo bien, cariño.

Un círculo y una línea



Aunque Liz ha llegado al Registro con quince minutos de antelación, tarda casi venticinco en encontrar la oficina de aclimatación. Los planos que hay junto al ascensor hace mucho que han quedado obsoletos y ninguno de los empleados del edificio parece ser capaz de indicarle bien el camino. Cada vez que Liz intenta volver sobre sus pasos, descubre nuevas puertas a pesar de que juraría que no estaban ahí hace cinco minutos.

Elige al azar (ya que ahora cree en el poder del azar, como todos los que mueren de forma súbita) una de las nuevas puertas. Al abrirla se encuentra con un pasillo que da a otra puerta. Al leer el informal letrero que cuelga de ella, ve que detrás de la puerta se halla con carácter provisional la oficina de aclimatación.

Liz abre la puerta. En el interior descubre una zona de recepción de lo más común llena de gente. (Tal como Betty le había dicho, muchas personas han ido en pijama.) Si no fuera por el descolorido y más bien macabro póster que hay en la pared, habría creído encontrarse en la consulta de un médico. En el póster aparece una sonriente mujer con el pelo canoso incorporada en un ataúd de caoba. En él pone:

SÍ, ESTÁ MUERTO, ¿Y AHORA QUÉ?

La oficina de aclimatación está aquí para ayudarle.

La mujer de aspecto desagradable del mostrador de enfrente le recuerda a la del póster: también tiene un aspecto descolorido, anticuado y deprimente. Va peinada con un moño alto al estilo de la década de 1960 y su piel tiene un tono verdoso. En el mostrador hay una placa que pone YETTA BROWN.

—Perdone, tengo una cita a... —dice Liz.

Yetta Brown se aclara la garganta y le indica con la cabeza una campana que hay sobre el escritorio. Junto a la campana hay un letrero que dice: ¡Si desea que lo

atiendan, toque la campana!

Liz obedece. Yetta Brown se aclara de nuevo la garganta y muestra una sonrisa de lo más forzada.

—Sí, ¿en qué puedo ayudarla?

—Tengo una cita a las ocho...

La falsa sonrisa de Yetta se transforma en un ceño fruncido.

—¿Por qué no me lo ha dicho antes? ¡Llega cinco minutos tarde para el vídeo!
¡Apresúrese, apresúrese, apresúrese!

—Lo siento —se disculpa Liz—, no pude encontrar...

—¡No tengo tiempo para sus disculpas! —la interrumpe Yetta.

A Liz no le gusta que la interrumpan.

—No tenía por qué inter...

—¡No tengo tiempo para sandeces! —exclama Yetta.

La mujer acompaña a Liz a una polvorienta y oscura habitación en la que se distingue un maltrecho vídeo y un televisor. En la habitación, que más bien parece un armario para material de oficina, apenas hay espacio para una silla.

—Vendré a buscarla cuando se haya terminado el vídeo —dice Yetta—. ¡Ah! ¡Y espero que disfrute de él! —añade de manera mecánica al salir.

Liz se sienta en la única silla. El vídeo es como uno de esos áridos vídeos informativos que de vez en cuando les pasaban en el noveno curso o en las clases de conducir del décimo, sobre temas como la «educación sexual» y la «seguridad vial».

La cinta se inicia con un loro parlante de dibujos animados. «Soy Polly —exclama el loro—. Si estás viendo este vídeo significa que estás ¡muerto, muerto, muerto! ¡Bienvenido, difunto! ¿Cómo estás?» Liz piensa que la animación es de baja calidad y Polly, un pelmazo.

El vídeo, con el detestable Polly como guía, cubre parte de lo que Liz y Betty ya han hablado: de cómo todos los habitantes de En Otro Lugar van volviéndose cada vez más jóvenes hasta convertirse en unos bebés, y cómo los bebés, cuando tienen siete días, viajan en el barco que desciende por el Río para regresar a la Tierra. «En la Tierra —grazna Polly—, la gente va envejeciendo desde el día que nace hasta que, en un momento indeterminado del futuro, muere, muere, muere.» En ese instante aparece en el vídeo un bebé de dibujos animados que, tras convertirse en un niño, en un adulto y en un anciano, acaba al final muriendo. «En cambio, En Otro Lugar —prosigue Polly—, la vida es más limitada: al llegar aquí después de morir, vas haciéndote más joven cada vez hasta convertirte en un bebé.» El anciano de los dibujos animados se convierte ahora en un adulto, en un niño y después en un bebé. «Cuando el adulto se vuelve un bebé de nuevo, está listo para ser enviado de vuelta a la Tierra, donde el proceso empieza de nuevo», grazna Polly. El bebé de dibujos animados se convierte entonces en un niño, en un adulto y en un anciano. Liz imagina el transcurso de su vida ilustrado en forma de dibujos animados. Mi vida sólo daría para los fotogramas que hay entre el niño y el adulto, piensa. Y luego se pregunta si

en este proceso los chicos siguen siendo siempre chicos, si las chicas siguen siendo siempre chicas y si los perros siguen siendo siempre perros.

El vídeo también aborda un tema sobre el que Liz y Betty no han hablado con mucho detalle.

Liz aprende a calcular ahora la edad que tiene: ha de añadir a su edad actual la cantidad de años que lleva En Otro Lugar. De modo que ahora tiene 15-0 años. Y a aprender también a calcular por medio de un lioso cálculo que su nuevo cumpleaños es el 4 de enero, al sumar la cantidad de días que han pasado desde la fecha de su último cumpleaños al día de su muerte.

También aprende que En Otro Lugar no nace ni muere nadie. Sus habitantes a veces enferman y se lesionan, pero aquí el tiempo todo lo cura. Por eso las enfermedades no son ningún problema.

Y se entera de que está prohibido entrar en contacto con los habitantes de la Tierra («¡No puedes contactar con ellos! ¡De ninguna manera!», grazna Polly sacudiendo enérgicamente su pico amarillo de un lado a otro), pero uno puede, si lo desea, contemplar la Tierra desde las Cubiertas de Observación en cualquier momento. Las Cubiertas de Observación, como las que hay en el *Nilo*, que no sólo sirven para ver el funeral de uno, se encuentran en los barcos del puerto y en los faros que hay esparcidos por el lugar. Por sólo un eternim Liz puede ver durante cinco minutos a quienquiera o sea lo que sea lo que desee ver en la Tierra. Decide pedirle a Betty que la lleve esta misma noche a la Cubierta de Observación más cercana.

También aprende que aquí todo el mundo ha de elegir un pasatiempo. Por lo que ha podido deducir, un pasatiempo viene a ser como un trabajo, la única diferencia es que se supone que lo haces porque te gusta. Liz sacude la cabeza en esta parte del vídeo. ¿Cómo puede saber ella lo que desea hacer? ¡Y además sólo tiene quince años, aún no ha elegido una profesión!

Polly prosigue explicando a gritos la definición oficial de la palabra *aclimatación*: «Aclimatación es el proceso a través del cual los que acaban de morir se convierten en residentes de En Otro Lugar. Así que ¡bienvenido, bienvenido, bienvenido, difunto!»

Y Liz aprende muchas, muchas, muchas otras cosas de las que está segura se olvidará.

El final del vídeo trata sobre todo de algunas cuestiones metafísicas de En Otro Lugar. Habla acerca de que la existencia humana es como un círculo y una línea al mismo tiempo. Es un círculo porque todo lo que era viejo se vuelve nuevo y todo lo que era nuevo se vuelve viejo. Y una línea, porque el círculo se extiende indefinidamente, con una infinita continuidad. La gente muere. Nace. Y vuelve a morir. Cada nacimiento y cada muerte son como un pequeño círculo, y la suma de todos esos círculos constituyen una vida y una línea. Durante la explicación sobre la existencia humana Liz se queda dormida sin querer.

Se despierta sobresaltada al cabo de pocos minutos al oír la voz de Yetta Brown

amonestándola:

—¡Espero que no haya estado dormida todo el tiempo! ¡Vamos, levántese! ¡Levántese ahora mismo!

—Lo siento —se disculpa Liz poniéndose en pie de un salto—. Es que el hecho de haber muerto me ha dejado agotada y...

—¡No soy yo sino usted la que se está perjudicando con su conducta! —la interrumpe Yetta Brown y luego lanza un suspiro—. Ahora tiene la cita de aclimatación con Aldous Ghent, su orientador. El señor Ghent es un hombre muy importante, así que es mejor que no se quede dormida durante su entrevista con él.

—No creo que me haya perdido demasiada información del vídeo, de verdad —se disculpa Liz.

—¡Muy bien! Entonces, dígame por qué la existencia humana es como un círculo y una línea —le exige Yetta.

Liz se estruja los sesos.

—Es un círculo porque, mmm... La Tierra es una esfera, una especie de, mmm... ¿círculo tridimensional?

Yetta sacude indignada la cabeza.

—¡Ya me lo suponía!

—Mire, siento haberme quedado dormida —dice Liz hablando muy deprisa para evitar ser interrumpida—. ¿Quizá podría ver el final del vídeo de nuevo?

Yetta Brown la ignora.

—Nos queda mucho por hacer hoy, señorita Hall. Las cosas le irán mucho mejor si consigue mantenerse despierta.

—Ésta es Elizabeth Marie Hall, señor Ghent —dice Yetta pronunciando el nombre de Liz como si fuera tan desagradable como la palabra *gingivitis*. Aldous Ghent levanta la mirada al verlas entrar en su despacho.

—Gracias, señorita Brown —Yetta prácticamente le da con la puerta en las narices sin dignarse responderle—. ¿Quizá no me ha oído? Creo que está un poco sorda. Siempre me está interrumpiendo.

Liz ríe amablemente.

—Hola, Elizabeth Hall. Soy Aldous Ghent, tu orientador de aclimatación. Siéntate, por favor —dice señalándole una silla frente a su escritorio. Pero la silla está cubierta de papeles. En realidad, todo su despacho sin ventanas está rodeado de papeles.

—¿Puedo sacar estos expedientes de la silla? —pregunta Liz.

—¡Oh, sí, por favor! —responde Aldous sonriendo y luego echa una triste mirada a su abarrotado despacho—. Tengo demasiado trabajo administrativo. Me temo que estos papeles están llenos de papeleo.

—Quizá necesita un despacho más grande —sugiere Liz.

—Hace mucho que me están prometiendo uno nuevo. Es lo que con más ansias espero, aparte de que me vuelva a crecer el pelo —observa dándose unas cariñosas palmaditas en su pelada calva—. Empecé a perderlo a los veinticinco años, o sea que supongo que aún habré de esperar unos treinta y seis años más para que vuelva a crecerme del todo. Pero lo triste del caso es que al convertirnos en bebés volvemos a perder el pelo casi por completo. O sea que, por lo que veo, sólo disfrutaré de él durante veinticuatro años antes de que se me vuelva a caer. ¡Qué se le va a hacer! —exclama Aldous lanzando un suspiro.

Liz se pasa los dedos a modo de peine por el nuevo pelo que le está creciendo.

—El año pasado me volvieron a salir los dientes. ¡Fue una auténtica tortura! Mi mujer no podía pegar ojo por las noches por culpa de mis lloriqueos y gemidos —le confiesa Aldous mostrándole los dientes—. Esta vez los voy a cuidar bien. Las dentaduras postizas son un asco. Un coñazo. Son mmm...

—¿Una mierda? —sugiere Liz.

—Sí, una mierda —dice Aldous echándose a reír—, de veras. El ruido que haces cuando comes con ellas es como el de una ventosa.

En medio del escritorio hay una pila de papeles, Aldous coge con cuidado el expediente de encima. Lo abre y pregunta a Liz leyéndolo en voz alta:

—¿Eres de las islas Bermudas y falleciste allí en un accidente marítimo?

—Mmm..., pues no —dice Liz.

—¡Disculpa! —exclama Aldous eligiendo otro dossier—. Entonces, eres de Manhattan y tuviste, ¡oh!, un cáncer de mama. ¿Verdad?

Liz se lo niega con la cabeza. ¡Si apenas tiene pecho!

Aldous elige un tercer expediente.

—¿Eres de Massachusetts? ¿Falleciste de un traumatismo craneal al tener un accidente cuando ibas en bicicleta?

Liz asiente con la cabeza. Ésta sí que es ella.

—Bueno —dice Aldous encogiéndose de hombros—, al menos fue una muerte rápida. Salvo por los días en que estuviste en coma, aunque probablemente no te acuerdas de ello.

No, no recuerda nada.

—¿Cuánto tiempo estuve en coma?

—Cerca de una semana, pero ya estabas clínicamente muerta. De modo que tus pobres padres tuvieron que decidir desconectarte de la máquina. Mi mujer Rowena y yo también tuvimos que hacer lo mismo con Joseph, nuestro hijo, cuando estábamos en la Tierra. Su mejor amigo le pegó un tiro sin querer mientras jugaba con una vieja escopeta que yo tenía guardada. Fue el peor día de mi vida. Si alguna vez tienes hijos... —Aldous se detiene de golpe.

—Si alguna vez tengo hijos, ¿qué?

—Lo siento. No sé por qué lo he dicho. En Otro Lugar nadie puede tener hijos —observa él.

Liz tarda unos momentos en asimilar la información. Por el tono de voz de Aldous, sabe que él cree que esta noticia la entristecerá. Pero ella ni siquiera ha pensando en tenerlos.

—¿Ves a tu hijo ahora? —pregunta Liz.

Aldous lo niega con un movimiento de cabeza.

—No, cuando Ro y yo llegamos aquí, él ya había regresado a la Tierra. Me hubiera gustado volver a verlo, pero no pudo ser —dice Aldous sonándose la nariz—. Es por la alergia —se disculpa.

—¿Qué clase de alergia? —inquire Liz.

—¡Oh! —responde Aldous—, soy alérgico a los recuerdos tristes. Es de lo peorcito que hay. ¿Te gustaría ver una fotografía de Rowena, mi mujer?

Liz asiente con la cabeza.

—Ésta es mi Rowena —dice con orgullo mostrándole una fotografía con un marco de plata de una encantadora señora japonesa de la edad de Aldous.

—Es muy elegante —observa Liz.

—Sí, ¿verdad? Fallecimos el mismo día al estrellarse el avión en el que viajábamos.

—Es horrible.

—No —dice Aldous—, en realidad tuvimos mucha, muchísima suerte.

—Yo tardé mucho tiempo en comprender que había muerto —le confiesa Liz—. ¿Es normal?

—¡Claro que sí! —responde Aldous tranquilizándola—, cada persona tarda su tiempo en aclimatarse. Algunas, al llegar a En Otro Lugar, aún creen estar soñando. Conozco a un hombre que estuvo aquí durante cincuenta años y luego regresó a la Tierra sin saber que había muerto en todo ese tiempo —añade encogiéndose de hombros—. Depende de cómo uno muera, de la edad que tenga... Depende de muchos factores y todo ello forma parte del proceso. A los jóvenes sobre todo os cuesta daros cuenta de que habéis muerto.

—¿Por qué?

—Porque tendéis a creer que sois inmortales. A muchos de vosotros, Elizabeth, ni siquiera os cabe en la cabeza que podáis morir.

Aldous se dispone a explicarle todas las cosas que deberá hacer en los siguientes meses. Al parecer, el hecho de morir se comporta mucho más trabajo del que Liz había creído. En cierto modo, no es tan distinto de ir al instituto.

—¿Tienes alguna idea de cuál podría ser tu pasatiempo? —le pregunta Aldous.

—Pues no —dice Liz encogiéndose de hombros—. En la Tierra aún no ejercía ninguna profesión porque todavía iba al instituto.

—¡Oh, no, no, no! —exclama Aldous—. Un pasatiempo no es un trabajo. ¡El trabajo tiene que ver con el prestigio! ¡El dinero! En cambio un pasatiempo es algo que haces para que tu alma se sienta completa.

Liz pone los ojos en blanco.

—Por tu expresión ya veo que no me crees —dice Aldous—. Por lo visto estoy tratando con una cínica.

Ella se encoge de hombros. ¿Quién no sería un cínico en su situación?, piensa.

—¿Había en la Tierra alguna actividad que te apasionara?

Liz se encoge de hombros de nuevo. En la Tierra se le daban bien las matemáticas, las ciencias y la natación (incluso el verano pasado se había sacado el carné de buceo), pero no se podía decir que sintiera pasión por estas actividades.

—¿Cualquier cosa, alguna en especial?

—Los animales. Quizá algo que tenga que ver con los animales o los perros — responde al fin Liz pensando en *Lucy*, la querida perrita que tenía en la Tierra.

—¡Estupendo! —exclama Aldous—. ¡Estoy seguro de que encontraremos alguna fabulosa actividad para ti relacionada con los perros!

—He de pensar un poco en ello —observa Liz—. Aún tengo que asimilar muchas cosas.

Aldous le pide que le explique un poco cómo era su vida en la Tierra. Al disponerse a contarle su antigua vida, Liz tiene la sensación de estar hablando de otra persona. Había una vez una joven llamada Elizabeth que vivía en Medford, Massachusetts.

—¿Eras feliz? —inquire Aldous.

Liz reflexiona un momento antes de contestar.

—¿Por qué quieres saberlo?

—No te preocupes. No es ningún test. Sólo es algo que he de preguntaros a todos.

En realidad, Liz nunca había pensado en ello hasta ahora. Y al no habérselo planteado, supone que debía ser feliz, porque cuando eres feliz no necesitas preguntarte si lo eres o no, ¿verdad? Eres feliz y punto, piensa ella.

—Supongo que debía serlo —responde ella. Y en cuanto acaba de decirlo, sabe que es cierto. En ese momento una absurda lagrimita errante se desliza por el rabillo de uno de sus ojos. Liz se la seca rápidamente con el dorso de la mano. Y luego aparece otra, y otra, y al cabo de un instante descubre que está llorando.

—¡Vaya, por Dios! ¡Vaya, por Dios! —exclama Aldous—. Lo siento si mi pregunta te ha hecho llorar —dice excavando bajo una de las pilas de papeles buscando su cajita de pañuelos desechables. Iba a darle uno, pero decide ofrecerle la cajita entera.

Liz contempla la cajita de pañuelos decorada con dibujos de muñecos de nieve realizando varias actividades navideñas. Uno de los muñecos está metiendo felizmente en el horno una bandeja de galletas de jengibre en forma de sonrientes hombrecitos. Hornear esta clase de galletas, o cualquier otra cosa, es un suicidio para un muñeco de nieve, piensa Liz. ¿Por qué lo hace si sabe que se derretirá al acercarse al horno? ¿Puede un muñeco de nieve incluso comer? Se queda mirando pensativamente la cajita.

Aldous saca un pañuelo y, poniéndolo en la nariz de Liz, le ordena como si fuera

una niña pequeña de cinco años:

—Suénate.

Liz obedece.

—Últimamente lloro por nada —se disculpa ella.

—Es normal.

Ha sido feliz en la Tierra. ¡Qué asombroso!, piensa Liz. Durante todo el tiempo que había estado en ella, nunca se había imaginado ser una chica especialmente feliz. Como muchas jóvenes de su edad, se había sentido malhumorada y triste por unas razones que ahora le parecían totalmente absurdas: por no ser la más popular del instituto, por no tener novio, por su hermano que a veces la molestaba y por sus pecas. En muchos sentidos ahora veía que había estado esperando que le ocurriera la mejor parte de la vida: vivir sola, ir a la universidad y conducir su propio coche. Pero por fin había visto la verdad. Había sido feliz en la Tierra. Feliz, feliz, feliz. Sus padres la habían querido mucho, su mejor amiga había sido la chica más comprensiva y maravillosa del mundo, en el instituto no había tenido ningún problema, su hermano no se había portado tan mal con ella, a *Lucy* le encantaba dormir junto a su cama y, sí, sus compañeros la habían considerado una chica guapa. Liz se da cuenta de que, hasta una semana antes, su vida había sido un camino de rosas. Había tenido una existencia feliz y sencilla, pero ahora todo había cambiado.

—¿Te encuentras bien? —le pregunta Aldous en un tono preocupado.

Ella asiente con la cabeza, aunque no esté bien.

—Echo de menos a *Lucy*, mi perra —dice preguntándose junto a quién estará durmiendo ahora.

—Por suerte los perros viven mucho menos que las personas —observa él sonriendo—. Tal vez vuelvas a verla algún día.

Aldous se aclara la garganta.

—Quería decírtelo antes. Las personas que mueren, como en tu caso, a los dieciséis años o a una edad más temprana, pueden ser enviadas antes a la Tierra.

—¿A qué te refieres? —inquire Liz.

—A los jóvenes a veces os cuesta mucho el proceso de adaptaros a la vida de En Otro Lugar y no lográis aclimataros. Así que, si quieres, puedes volver antes a la Tierra. Sólo has de exponer tu intención de hacerlo durante el primer año en que estés aquí. Se llama la Cláusula del Evasor.

—¿Podría entonces volver a mi antigua vida?

Aldous se echa a reír.

—¡Oh, no, no, no! —exclama él—. Tendrías que empezar de nuevo como un bebé. Como es natural, quizá vuelvas con tus padres, pero ellos no te reconocerán ni tampoco tú te acordarás de ellos.

—¿Hay algún modo de volver a mi antigua vida?

—Escucha, Elizabeth —le dice Aldous mirándola con dureza—. Ya no puedes volver a tu antigua vida ni tampoco debes intentar hacerlo. Tu antigua vida ha

terminado y nunca podrás recuperarla. Quizás oigas hablar de un lugar llamado el Pozo...

—¿Qué es el Pozo? —le interrumpe Liz.

—Está terminantemente prohibido ir a él. Y ahora deja que te hable de la Cláusula del Evasor —añade Aldous.

—¿Por qué está prohibido?

Aldous sacude la cabeza negándose a darle más explicaciones.

—Lo está y punto. En cuanto a la Cláusula del Evasor...

—No creo que esté hecha para mí —le interrumpe Liz. Por más que eche de menos la Tierra, ahora comprende que lo que más echa en falta son las personas que ha conocido en ella. Pero si no van a reconocerla, no tiene ningún sentido regresar. Y además todavía no quiere ser un bebé.

Aldous asiente con la cabeza.

—Por supuesto, aún tienes un año para decidirte.

—Lo entiendo —Liz hace una pausa—. Mmm... Aldous, ¿puedo preguntarte una cosa más?

—¿Quieres saber si Dios tiene algo que ver con todo esto, verdad? —inquire él.

Liz se queda muy sorprendida. Aldous le ha leído el pensamiento.

—¿Cómo sabías que era eso lo que iba a preguntarle?

—Digamos que ya llevo varios años en este trabajo —dice él sacándose las gafas con montura de carey y frotándolas en sus pantalones para limpiarlas—. Dios sigue siendo tal como tú antes te lo imaginabas. Nada ha cambiado.

¿Cómo puede Aldous decir eso?, se pregunta Liz, ya que para ella todo ha cambiado.

—Creo que acabarás descubriendo —prosigue él— que morir forma parte de vivir, Elizabeth. Con el tiempo quizá llegues a ver tu muerte como un nacimiento. Considéralo simplemente como *Elizabeth Hall: la continuación* —observa volviéndose a poner las gafas—. ¡Santo Dios! —exclama—. ¿Sabes la hora que es? He de llevarte a tiempo al Departamento de las Últimas Palabras, si no Sarah me va a cortar la cabeza.

Las Últimas Palabras



En el Departamento de las Últimas Palabras Liz se encuentra con una eficiente mujer que le recuerda a la monitora de un campamento de verano.

—¡Hola, señorita Hall! —le dice la mujer—. Soy Sarah Miles y sólo necesito confirmar cuáles fueron tus últimas palabras.

—No sé si podré recordarlas. Me he pasado mucho tiempo sin saber siquiera que había muerto —se disculpa Liz.

—¡Oh, no te preocupes! No es más que una formalidad —responde Sarah consultando un libro del tamaño de una enciclopedia que huele a viejo—. Pues aquí pone que tus últimas palabras, o más bien tu última palabra, fue «mmm...»

Liz espera que Sarah termine de hablar. En realidad siente una gran curiosidad por saber cuáles fueron sus últimas palabras. ¿Fueron profundas? ¿Tristes? ¿Patéticas? ¿Desgarradoras? ¿Iluminadoras? ¿Airadas? ¿Horrorizadas? Después de unos momentos de silencio, Liz se da cuenta de que Sarah la está mirando.

—¿Y? —inquire Liz.

—¿Y? —repite Sarah—. ¿Fue «mmm...»?

—¿Si fue mmm... qué? —pregunta Liz.

—¿Fue «mmm...» la última palabra que dijiste?

—¿Me estás diciendo que lo último que dije fue «mmm...»?

—Eso es lo que aquí pone y el libro nunca se equivoca —contesta Sarah dando unas cariñosas palmaditas al volumen.

—¡Dios, no puedo creer que fuera tan patética! —exclama Liz sacudiendo la cabeza.

—¡Oh!, no es tan mala —dice Sarah sonriendo—. He oído peores.

—Ojalá hubiera dicho algo más... —Liz hace una pausa—. Algo más, mmm... —su voz se apaga.

—¡Muy bien! —exclama Sarah después de compadecerse de Liz durante exactamente tres segundos—. De modo que sólo necesito que me eches una firmita.

—Si ya sabes lo que dije, ¿por qué he de firmar que ésas fueron mis palabras? — pregunta Liz mosqueada porque lo último que dijo en la Tierra fue «mmm...».

—No lo sé. Son los trámites que hay que seguir aquí.

Liz lanza un suspiro.

—¿Dónde tengo que firmar?

Mientras se va, reflexiona sobre sus últimas palabras. Si lo último que dices al morir en cierto modo refleja toda tu existencia, entonces *mmm...* le parece una palabra extrañamente adecuada, porque no significa nada. *Mmm...* es lo que dices mientras estás pensando en lo que vas a decir. *Mmm...* sugiere a alguien a quien han interrumpido antes de empezar a hablar. *Mmm...* es una chica de quince años arrollada por un taxi delante del centro comercial cuando se disponía a elegir un vestido para una fiesta a la que ni siquiera iba a ir, ¡por Dios! *Mmm...* Liz sacude la cabeza, haciéndose la promesa de sacar *mmm...* y todas las otras palabras sin sentido (*esto...*, *espero*, *¿qué?*, *pues*, *supongo*, *oh*, *eh*, *quizá*) de su vocabulario.

Cuando vuelve al vestíbulo de la Oficina de Aclimatación, Liz se alegra al ver una cara conocida.

—¡Thandi!

Ésta se da la vuelta y esboza una gran sonrisa.

—¿Tú también acabas de confirmar tus últimas palabras?

Liz asiente con la cabeza.

—Por lo visto todo cuanto dije fue «mmm...», aunque estaba demasiado hecha polvo como para recordarlo. ¿Y tú que dijiste?

—Pues... —dice Thandi dudando—, no sé si debo repetir las.

—Venga —la anima Liz—, yo te he dicho la mía, que por cierto no podía ser más ridícula.

—¡Vale, te lo diré! Dije: «¡Santo Dios!, ¡Flaco, creo que me han pegado un tiro en la cabeza!» Sólo que además exclamé «joder» un par de veces. Y luego la palmé.

Liz suelta unas risitas.

—Al menos fuiste descriptiva y precisa.

Thandi sacude la cabeza negándolo.

—Ojalá no lo hubiera dicho. Normalmente no suelo hablar así, pero ahora esta palabra quedará archivada para siempre en el libro.

—Venga, Thandi, no te pases. ¡Te acababan de pegar un tiro en la cabeza! Creo que en estas circunstancias es correcto decir «joder».

—¡No me lo recuerdes! —exclama su amiga interrumpiéndola.

En ese momento Aldous Ghent irrumpe en el vestíbulo.

—¡Oh!, siento interrumpir vuestra conversación —dice—, pero he de hablar un momento con Elizabeth.

—¡No te preocupes! —exclama Thandi—, yo ya estaba a punto de irme. Me he alegrado mucho de verte —le susurra a Liz—. Me quedé preocupada pensando que quizá te habías quedado en el barco para siempre.

Liz lo niega con un movimiento de la cabeza.

—¿Dónde vives ahora? —le pregunta Liz cambiando de tema.

—Vivo con mi prima Shelly... Creo que ya te he hablado de ella.

—¿Se encuentra... —Liz hace una pausa— mejor ahora?

—Sí, gracias por preguntarlo —responde Thandi sonriendo—. Has de venir a vernos. Le he contado a Shelly todo sobre ti. Ven a vernos cuando quieras. Ella es casi de nuestra misma edad y siempre es agradable que alguien te haga una visita.

—Lo intentaré —dice Liz.

—Espero que sea más que eso —responde Thandi dirigiéndose hacia la salida.

—¡Bonito pelo! —observa Aldous contemplando a Thandi mientras se aleja.

—Sí —asiente Liz.

—Elizabeth, acabo de tener una fantástica idea —dice él—. Antes me mencionaste que te gustaría trabajar con animales, ¿verdad?

—Sí.

—Hay un puesto libre de trabajo y en cuanto me enteré pensé en ti. «¡Caramba, Aldous, es providencial!», me dije. ¿Lo aceptarás? —inquire plantado ante ella con una sonrisa de oreja a oreja.

—Mmm... ¿de qué se trata? —¡Otra vez he pronunciado esa palabra!, piensa Liz.

—¡Oh, sí, claro! Deja que me ocupe de enganchar el caballo a la carreta. O más bien, la carreta al caballo. Supongo que el caballo va delante de la carreta y no detrás. Tengo tan poca experiencia con los caballos y las carretas. ¡Ah, sí, el trabajo! Pues es un puesto en la sección de animales domésticos del Departamento de Aclimatación.

—¿Y en qué consiste?

—En realidad se parece al trabajo que hago yo —dice Aldous Ghent—, sólo que habrás de ocuparte de las mascotas de la Tierra que acaban de morir. Estoy seguro de que eres perfecta para ese puesto.

—Mmm... —murmura Liz. ¿Es que no puedo dejar de decir «mmm»? —piensa de nuevo—. Mmm..., parece interesante.

—A propósito, hablas canino, ¿verdad?

—¿Canino? —inquire ella—. ¿Qué significa «canino»?

—El lenguaje de los perros. ¡Santo cielo! ¿Aún no lo enseñan en las escuelas de la Tierra? —Aldous parece realmente horrorizado ante tamaña posibilidad.

Liz mueve la cabeza negativamente.

—¡Qué lástima! —exclama él—, porque es una de las lenguas más bellas que existen. ¿Sabías que tiene más de trescientas palabras para referirse al «amor»?

Liz piensa en su dulce *Lucy* que dejó atrás en la Tierra.

—No, pero no me sorprende para nada —responde.

—Siempre me ha parecido un defecto de la educación de la Tierra el que sólo se enseñe a los niños a comunicarse con los de su propia especie, ¿no crees? —observa Aldous.

—¿El no saber hablar, esto..., canino significa que ya no puedo trabajar en el

Departamento de...? ¿Cómo dijiste que se llamaba?

—Departamento de Aclimatación, en la sección de animales domésticos. No necesariamente. ¿Se te dan bien los idiomas, Elizabeth?

—¡Muy bien! —miente Liz. El español era la asignatura en la que peores notas sacaba.

—¿Estás segura? —le pregunta él ladeando la cabeza pensativamente.

—Sí, y por si te interesa saberlo, cuando estaba en la Tierra quería ser veterinaria.

—Una maravillosa profesión, pero por desgracia, o quizá por suerte, aquí no es necesaria. En este sitio el tiempo y el descanso lo curan todo. Es uno de los muchos beneficios de vivir en una cultura en la que uno se va volviendo cada vez más joven. En Otro Lugar tampoco hay médicos. Aunque sí hay enfermeras, tanto para los animales como para las personas, y una buena cantidad de psicólogos, terapeutas, psiquiatras y otros profesionales de la salud mental. Aunque el cuerpo esté sano, descubres que la mente... La mente tiene sus propias ideas —dice Aldous riendo—. Pero me estoy apartando del tema. ¿Qué me dices? ¿Te gusta el trabajo? —le pregunta sonriendo.

Al principio Liz creyó que disfrutaría con ese trabajo, pero ahora ya no está tan segura. ¿De qué le sirve prepararse para un nuevo trabajo (y aprender además una nueva lengua) si ha de volver a la Tierra al cabo de quince años?

—No estoy segura —admite por fin.

—¿No estás segura? Pero si hace un momento parecías tan...

—Tiene pinta de ser un buen trabajo —le interrumpe Liz—, pero... —se aclara la garganta—. Estoy pensando que antes necesito un poco de tiempo para mí. Aún no he acabado de asimilar la idea de estar muerta.

Aldous asiente con la cabeza.

—Es lógico —observa él volviendo a asentir con la cabeza, pero Ella se da cuenta de que los cabeceos de Aldous ocultan en realidad su decepción.

—No he de decidirlo hoy, ¿verdad? —pregunta Liz.

—No —responde él—. No tienes por qué hacerlo. Podemos volver a hablar de ello la próxima semana. Pero no olvides que quizás el puesto ya no esté vacante entonces.

—Lo comprendo —dice Liz.

—He de avisarte, Elizabeth. Cuanto más tardes en empezar tu nueva vida, más te costará hacerlo.

—¿Mi nueva vida? ¿Qué nueva vida? —la voz de Liz se vuelve de pronto dura y su mirada fría.

—Pues ésta —dice Aldous—, la nueva vida que tienes.

Liz se echa a reír.

—Estás bromeando, ¿verdad? Aunque la llares vida, no es más que la muerte.

—Si esto no es vida, ¿qué es entonces? —le dice Aldous.

—Mi vida está en la Tierra y no aquí —dice ella—. Con mis padres y mis amigas.

Mi vida ya no existe.

—No, Elizabeth, estás muy equivocada, no puedes estarlo más.

—Estoy muerta, ¡MUERTA! —grita ella.

—La muerte no es más que un estado mental —observa Aldous—. Hay mucha gente en la Tierra que vive su vida estando muerta, pero tú probablemente eres demasiado joven para entender lo que quiero decir.

Sí, piensa Liz, ¡eso mismo! Oye el reloj anunciando las cinco.

—He de irme. Mi abuela me está esperando.

—Prométeme que te plantearás lo del trabajo —le grita Aldous mientras ella se va corriendo.

Liz no le responde. Ve el coche de su abuela aparcado delante del Registro. Abre la portezuela y entra en él. Antes de que a su abuela le dé tiempo de decir algo, Liz le pregunta:

—¿Podríamos ir ahora a una de las Cubiertas de Observación?

—¡Oh, Liz, es tu verdadera primera noche aquí! ¿No prefieres hacer alguna otra cosa? Podemos hacer lo que a ti te apetezca.

—Lo que de veras quiero es ver a mamá, a papá y a Alvy. Y a Zooey, mi mejor amiga. Y también a algunas otras personas. ¿Me llevarás?

Betty lanza un suspiro.

—¿Estás segura, cariño?

—Sí, es lo que más deseo del mundo.

—De acuerdo —dice Betty—. Hay una cerca de casa.

La visita turística



—Si quieres que te acompañe, dímelo —dice Betty deteniendo el coche en la estrecha carretera que se extiende a lo largo de la costa.

—Hace mucho tiempo que no veo a Olivia.

—Mamá es mayor ahora —responde Liz—. Mayor que tú.

—¡Qué increíble! ¡Cómo pasa el tiempo! —observa Betty suspirando—. Siempre odié esta expresión, porque parece como si el tiempo se hubiera ido de vacaciones y pudiera regresar en cualquier momento. Y la de «el tiempo pasa volando» también. Aunque por lo visto el tiempo viaja bastante —añade suspirando de nuevo—. ¿De verdad no quieres que te acompañe?

Lo último que Liz desea es ir con su abuela.

—Estaré un buen rato en la Cubierta de Observación —responde ella.

—Estos lugares pueden ser peligrosos, cielo.

—¿Por qué?

—Porque la gente se obsesiona con ellos. Son como una droga.

Liz contempla el faro rojo, rodeado en la punta por una hilera de ventanas de cristal iluminadas con una potente luz. Las ventanas le recuerdan unos dientes. No sabría decir si el faro parece estar sonriendo o gruñendo.

—¿Dónde se encuentra la entrada? —pregunta Liz.

—Sigue el caminito hasta que llegues a ella —dice Betty sacando la mano por la ventanilla para señalárselo: un paseo marítimo entablado, cuya madera está ya gris por el efecto del agua y el tiempo, une delicadamente el faro rojo con la costa—. Cuando llegues a la puerta, toma el ascensor hasta el último piso. Allí es donde está la Cubierta de Observación.

Betty saca el monedero de la guantera. Coge cinco eternims del compartimento de las monedas y se los da a Liz.

—Con este dinero podrás usar los prismáticos durante veinticinco minutos. ¿Te bastará?

Liz se queda pensativa, no tiene ni idea de cuánto tiempo va a necesitar. ¿Cuánto tiempo necesita uno para despedirse de todo y de todas las personas a las que ha conocido? ¿Venticinco minutos, poco más de lo que dura una comedia sin contar los anuncios? ¡Quién sabe!

—Sí, gracias —dice cerrando la mano alrededor de las monedas.

En el ascensor Liz se fija en una esbelta rubia con un vestido negro suelto que también se dirige a la Cubierta de Observación. La mujer solloza silenciosamente, pero de un modo que en el fondo es para llamar la atención.

—¿Se encuentra bien? —le pregunta Liz.

—No, en absoluto —responde la mujer mirándola con sus enrojecidos ojos.

—¿Hace poco que acaba de morir?

—No lo sé —responde la mujer—, pero prefiero estar sola, si no te molesta.

Liz asiente con la cabeza. Se arrepiente incluso de haberle preguntado si se encontraba bien.

—Estoy llorando por mi vida y soy más infeliz de lo que nunca podrías imaginar —prosigue la mujer al cabo de unos momentos cubriéndose los ojos con unas gafas de sol estilo ojos de gato. Con este aspecto tan cuidado, sigue llorando hasta que llegan al último piso.

La Cubierta de Observación, o CO, es casi como la del *Nilo*, sólo que más pequeña. La sala, con ventanas por todos lados, está rodeada por una hilera de prismáticos muy bien cuidados. Liz advierte que no todos los visitantes de la CO están tan tristes como la mujer del ascensor que lloraba.

Junto al ascensor hay una taquilla de cristal en la que está sentada una mujer regordeta de mediana edad con una horrible permanente. Al pasar la mujer que llora por el torniquete que separa el ascensor de la CO, la empleada la saluda con la mano. La mujer asiente con la cabeza de manera cortante al tiempo que contempla con coquetería su propio reflejo en la taquilla acristalada.

—Esa mujer está enamorada de su sufrimiento —comenta la encargada de los prismáticos sacudiendo la cabeza—. A algunas personas les encanta todo ese drama. Como veo que eres nueva —añade volviéndose hacia Liz— te soltaré mi pequeño rollo. Nuestro horario es de siete de la mañana a diez de la noche, de lunes a viernes; de diez a doce de la mañana, los sábados; y de las siete de la mañana a las siete de la noche, los domingos. Abrimos todos los días del año, incluyendo los festivos. Con un eternim tienes derecho a usar los prismáticos cinco minutos y puedes utilizarlos todo el tiempo que desees. No hacemos descuentos. Tanto si desees usarlos cinco minutos como quinientos, el precio es el mismo. Estos prismáticos son como los que ya utilizaste antes. Sólo has de pulsar el botón lateral para cambiar de escena, girar los oculares para enfocar los prismáticos y moverlos hacia un lado o el otro si es necesario. A propósito, me llamo Esther.

—Y yo, Liz.

—Acabas de llegar hace poco, ¿verdad, Liz? —le pregunta Esther.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque tienes la traumatizada expresión de los recién llegados. No te preocupes, cariño. Se te pasará, créeme. ¿De qué falleciste?

—Un coche me atropelló. ¿Y tú? —le pregunta Liz cortésmente.

—De Alzheimer, pero supongo que lo que de veras acabó conmigo fue la pulmonía que contraí —responde Esther.

—¿Sufriste mucho?

—Pues la verdad es que no me acuerdo, como es de suponer —observa ella echándose a reír.

Liz elige los prismáticos número 15, que miran hacia la tierra firme. Después de estar tanto tiempo en el *Nilo*, está cansada de ver agua. Se sienta en el duro taburete de metal y mete un eternim por la ranura.

Liz contempla primero a su familia. Sus padres están sentados uno frente al otro en la mesa del comedor. Su madre parece como si hiciera días que no hubiera dormido. Está fumando un cigarrillo, a pesar de haberlo dejado desde que se quedó embarazada de Liz. Su padre parece estar haciendo el crucigrama del *New York Times*, pero no es así. No hace más que trazar la misma respuesta (CHOVINISMO), hasta que agujerea el papel con el bolígrafo y sigue escribiéndola en el tapete de la mesa. En la sala de estar Alvy mira dibujos animados en la tele, y eso que mañana tiene que ir al colegio. Antes sus padres nunca dejaban a Liz ni a su hermano mirar la tele por la noche los días de escuela bajo ningún pretexto. El teléfono suena. La madre de Liz se apresura a cogerlo. En ese momento las lentes de los prismáticos se cierran emitiendo un chasquido.

Cuando Liz acaba de meter el segundo eternim en la ranura, su madre ya ha colgado el teléfono. Alvy entra en el comedor con un tiesto de cerámica sobre la cabeza.

—Soy un cabeza-de-tiesto —anuncia con orgullo.

—¡Sácatelo ahora mismo! —le grita su madre—. ¡Arthur, haz que tu hijo se comporte!

—Alvy, sácate el tiesto de la cabeza —dice el padre de Liz en un tono mesurado.

—¡Pero si soy un cabeza-de-tiesto! —insiste Alvy, aunque sus padres no le sigan el juego.

—¡Alvy, quieres hacerme caso de una vez! —exclama el padre de Liz poniéndose serio.

—¡Ah, vale! —responde el niño sacándose el tiesto de la cabeza y saliendo del comedor.

Treinta segundos más tarde, vuelve a entrar en él. Esta vez lleva colgada de la boca la cesta de mimbre que utilizaron en Pascuas.

—Zzzoy ula chhessa —dice Alvy.

—¿Y ahora qué? —le pregunta la madre de Liz.

—Zzzoy ula chhesta —repite el pequeño con una mejor pronunciación.

—Alvy, sácate la cesta de la boca —dice el padre de Liz—. Nadie te entiende. El niño obedece.

—Soy una cesta, ¿me entiendes ahora? —dice.

Alvy sólo se topa con miradas vacías.

—Como la llevo agarrándola con la boca, soy una cesta...

El padre de Liz le quita la cesta con una mano y le alborota el pelo con la otra.

—Todos echamos de menos a Lizzie, pero ésta no es una forma de rendir homenaje a tu hermana.

—¿Por qué? —pregunta Alvy.

—Porque la comedia de objetos siempre se ha considerado la peor clase de humor, hijo —dice el padre de Liz en el tono que emplea con sus estudiantes.

—¡Pero si soy una cesta! —exclama Alvy lastimeramente—. Como mamá —añade.

Las lentes se cierran con un chasquido antes de que Liz pueda ver la reacción de su madre. Decide usar la siguiente moneda para ver a alguna otra persona. Elige contemplar a Zooey.

Su amiga está sentada en su cama, hablando por teléfono. Tiene los ojos enrojecidos de llorar.

—No puedo creer que nos haya dejado —dice Zooey por el auricular.

Eso ya me gusta más, piensa Liz. Al menos alguien sabe cómo llorar su pérdida adecuadamente. Liz no puede oír a la persona que está al otro lado de la línea, pero el dolor de Zooey la complace lo suficiente como para desear seguir escuchando la conversación.

—He roto con John. Porque si no me hubiera pedido que le acompañara al baile del instituto, no habría quedado con Liz en el centro comercial y ella no estaría... —su voz se apaga—. ¡No! —exclama Zooey tajantemente—. ¡No quiero ir! Y además no tengo nada que ponerme... —añade al cabo de un momento con una voz más calmada, enroscándose con el pie el cordón del teléfono en el tobillo—. Aunque he visto un vestido negro sin tirantes... —en ese instante las lentes se cierran con un chasquido.

Liz acaba de gastarse sus dos últimos eternims. No está segura de si Zooey irá o no al baile. Durante el tiempo que la ha estado escuchando, su amiga ha llorado dos veces. Las lágrimas de Zooey la satisfacen. (Sólo se siente un poco avergonzada de ello.)

Al principio Liz se siente mal por escuchar las conversaciones de sus seres queridos, pero esta sensación le dura poco. Se justifica a sí misma diciéndose que en el fondo lo está haciendo por ellos. Se imagina como un ángel hermoso, bondadoso y generoso contemplando a todo el mundo desde..., ¿desde dondequiera que esté!

Al irse esa noche del faro sabe que va a necesitar más eternims si quiere seguir viendo lo que sus amigas y su familia hacen. (Sólo escuchar la breve conversación de su amiga por teléfono ya le ha costado tres eternims.) Calcula que para ponerse al día

necesitará al menos veinticuatro eternims diarios, o dos horas de CO, lo cual equivale a cinco minutos por cada hora de la vida real.

—Me harán falta algunos eternims más —anuncia Liz a Betty durante el corto trayecto de vuelta a casa—, ¿crees que me los podrás prestar?

—¡Claro que sí! ¿Para qué los necesitas? —le pregunta su abuela.

—Es que me gustaría ir cada día a la CO un rato.

—¿De veras crees que es una buena idea? —inquire su abuela mirándola con una expresión preocupada. A Liz le molesta esta reacción—. ¿No te parece que aprovecharías mejor el tiempo si pensaras en cuál puede ser tu pasatiempo?

Pero como ya se había preparado la respuesta que iba a darle, le responde con un convincente argumento.

—¿Sabes, abuela?, como me morí de una forma tan repentina, creo que si pudiera hacer las paces con las personas de la Tierra, me sentiría mejor. Te prometo que sólo va a ser por un tiempo —la expresión «hacer las paces» le parece de lo más cursi, pero sabe que los adultos responden a esta clase de palabras.

Su abuela asiente con la cabeza. Y luego vuelve a asentir en silencio. Sus cabeceos parecen ayudarla a sopesar lo que Liz acaba de decir.

—Ve a la CO todo el tiempo que te haga falta —dice por fin su abuela. Y además acepta darle más dinero.

Con los veinticuatro eternims diarios que recibe de Betty, Liz establece una rutina. La CO se encuentra lo bastante cerca de la casa de su abuela como para ir andando. Cada mañana llega al faro a la hora de abrir y se queda hasta que lo cierran por la noche.

Liz sigue llevando el pijama que usó en el *Nilo*. Lo sigue odiando, pero no quiere ponerse ninguna otra cosa. También duerme con él, sólo se lo quita dos veces a la semana para que su abuela pueda lavárselo.

Cada día reparte las dos horas de CO a lo largo de la jornada, pero a veces decide derrochar un par de eternims de golpe. Y si está pasando algo muy interesante en la Tierra, se gasta todos los eternims de una tirada.

Normalmente así es como pasa el día: por la mañana mira a sus padres y a su hermano durante quince minutos (tres eternims), luego a sus amigas en el instituto y a su clase durante cuarenta y cinco (nueve eternims), a Zooley al salir del instituto durante media hora (seis eternims) y, por último, usa la media hora que le queda (seis eternims) dependiendo de lo que le apetezca ver en ese momento.

A Liz le encanta cuando alguien la menciona en el instituto. Al principio sus compañeras de clase hablaban de ella muy a menudo, pero a medida que van pasando los días (no demasiados) cada vez hablan menos de ella. Sólo Edward, su ex novio, y Zooley hablan de ella con regularidad. Zooley y Edward no eran amigos cuando Liz vivía, Zooley incluso la animó a dejar a Edward. Ahora la complace ver que se han vuelto tan buenos amigos.

Liz sabe que su familia no la ha olvidado, pero pocas veces hablan de ella. Aunque le gustaría que lo hicieran más a menudo. Su madre normalmente duerme en la cama de Liz y a veces incluso se pone la ropa de su hija, aunque le vaya un poco estrecha. Su padre, un profesor de antropología en la Universidad de Tufts, ha pedido una excedencia. Y ahora se dedica a mirar los programas de entrevistas día y noche. Justifica su desenfrenado deseo diciéndole a su esposa que está documentándose para escribir un libro sobre por qué los programas de entrevistas tienen tanta audiencia. Pese a la aplastante evidencia de que nadie se divierte con sus bromas, Alvy sigue intentando entretener a la familia con su críptico y peculiar estilo humorístico. Liz contempla a su hermano representando «saliendo del armario», «pescando peces a tiros en un barreño» y «contemplando cómo no pasa el tiempo». Ella disfruta sobre todo con la representación de «cabeza-de-melón» una variación de «cabeza-de-tiesto», en la que Alvy sale con un cantalupo vaciado en la cabeza y sin pantalones.

Un día Liz contempla a sus padres haciendo el amor. La escena le parece asquerosa y fascinante al mismo tiempo. Al terminar, su madre grita y su padre enciende el televisor para ver la última media hora de *Montel*. Esta escena le cuesta menos de un eternim.

Después de haber visto a sus padres, Liz piensa que probablemente nunca va a hacer el amor y que se va a pasar los siguientes quince años sola.

En los intermedios, después de contemplar los segmentos de cinco minutos de su antiguo mundo, a veces juguetea con los puntos que tiene encima de la oreja. No se decide a preguntarle a su abuela dónde puede ir para que se los saquen. Le gusta sentir que siguen ahí.

Va tan a menudo a la CO que acaba conociendo a los clientes asiduos.

Las ancianas que echan a cada hora más o menos una miradita por los prismáticos mientras tejen un jersey.

Las frenéticas madres jóvenes con su al parecer inacabable cantidad de monedas. A Liz le recuerdan a las aficionadas a las máquinas tragaperras que vio en Atlantic City durante unas vacaciones de verano.

Los empresarios que miran por los prismáticos gritando instrucciones a sus antiguos empleados como si éstos pudieran oírles desde la Tierra. A Liz le recuerdan a su padre cuando mira los partidos de fútbol por la tele y se pone a gritar como un poseso.

Un joven (algo mayor que ella) que acude una vez a la semana, los jueves por la noche. Aunque sea de noche, no deja por ello de llevar gafas de sol. Siempre se sienta ante los mismos prismáticos, los número 17. E invariablemente acarrea una bolsita de piel que contiene doce eternims y los usa durante una hora exacta, ni más ni menos.

Una noche Liz decide hablar con él.

—¿A quién vienes a ver? —le pregunta ella.

—¿Cómo dices? —inquire el joven sorprendido volviéndose hacia Liz.

—Como acudes a la CO cada jueves, me preguntaba a quién venías a ver —le

confiesa ella.

El joven asiente con la cabeza.

—A mi esposa —responde al cabo de un momento.

—¿No eres demasiado joven para estar casado? —pregunta ella.

—No siempre fui tan joven —responde sonriendo con tristeza.

—¡Qué suerte! —dice Liz mientras contempla cómo él se aleja—. Hasta el jueves que viene —susurra de modo que no pueda oírla.

Como Liz visita ahora a diario la CO y se pasa todo el día en este lugar, se da cuenta de lo incómodos que son los taburetes de metal de los prismáticos. Una noche, al salir, le pregunta a Esther sobre ellos.

—Liz —responde la empleada—, cuando una silla le parece incómoda a uno es porque ha estado sentado demasiado tiempo en ella.

El tiempo pasa con lentitud y rapidez a la vez. Las horas, los minutos y los segundos parecen durar una eternidad y, sin embargo, ya ha transcurrido un mes. Durante este tiempo Liz se ha vuelto una experta en echar las monedas por la ranura para interrumpir el mínimo posible los espacios de cinco minutos a que tiene derecho con cada eternim. Como ha estado un montón de tiempo con los ojos pegados a los prismáticos, tiene unas profundas ojeras.

Su abuela le pregunta de vez en cuando si se ha planteado en algún momento lo de su pasatiempo.

—Todavía necesito un poco más de tiempo para mí —responde siempre Liz.

Betty lanza un suspiro. No quiere presionarla.

—Thandiwe Washington te ha vuelto a llamar. Y Aldous Ghent también.

—Gracias. Intentaré llamarlos esta semana —miente Liz.

Esa noche ve a Betty arrodillada junto a la cama. Está rogando a la madre de Liz:

—Olivia —susurra su abuela—, no quiero ser una carga para ti, ya que sospecho que tu vida ya es demasiado difícil en este momento, pero no sé cómo ayudar a Elizabeth. Te ruego que me envíes una señal diciéndome qué puedo hacer.

—Elizabeth, hoy vamos a salir —le anuncia Betty a la mañana siguiente.

—Yo tenía otros planes —protesta Liz.

—¿Qué planes?

—Ir a la CO —masculla ella.

—Puedes ir mañana. Hoy vamos a hacer una visita turística por el lugar.

—Pero, Betty...

—No hay peros que valgan. Llevas aquí cuatro semanas y todavía no has visto nada.

—Sí que he visto algunas cosas —afirma Liz.

—¿Ah, sí? ¿Como qué? Y las escenas de la Tierra no cuentan.

—¿Por qué no? —le pregunta Liz.

—Porque no —responde su abuela con firmeza.

—¡No quiero ir a hacer una visita turística! —protesta la chica.

—¡Mala suerte! —le espeta su abuela—. Hoy no voy a darte dinero para la CO, o sea que no te queda otra elección.

La joven lanza un suspiro.

—Y si no fuera demasiado pedir, ¿podrías ponerte alguna otra cosa que no sea ese viejo y sucio pijama? —añade su abuela.

—Pues no.

—Ponte algo mío o si lo prefieres podemos ir a comprar ropa para ti de...

—No —la interrumpe Liz.

Betty sale fuera y baja la capota del coche.

—¿Quieres conducir tú? —le pregunta a su nieta.

—No —responde ella abriendo la puerta del asiento del pasajero y sentándose en él.

—De acuerdo —dice Betty abrochándose el cinturón—. ¿Por qué no? —le pregunta al cabo de un momento—. Debería gustarte conducir.

—Pues no es así —responde Liz encogiéndose de hombros.

—No estoy enfadada contigo por lo que te pasó la primera noche, si eso es lo que piensas —observa su abuela.

—Betty, no quiero conducir simplemente porque no quiero. No es por ninguna otra razón. Además, si vas a llevarme a ver este lugar, no podré ver el paisaje si estoy concentrada conduciendo, ¿no te parece?

—Es cierto, supongo que tienes razón —admite Betty—. ¿No vas a ponerte el cinturón?

—¿Por qué he de ponérmelo? —pregunta Liz.

—Por la misma razón que en la Tierra: para evitar que te des de bruces contra el salpicadero.

Liz pone los ojos en blanco, pero se abrocha el cinturón.

—He pensado que podíamos ir a la playa. ¿Qué te parece? —dice Betty.

—Lo que tú digas —responde Liz.

—En Otro Lugar hay unas playas maravillosas.

—¡Fantástico! Despiértame cuando lleguemos. —Para evitar tener que conversar más, Liz cierra el ojo izquierdo y finge estar durmiente. Pero con el derecho contempla el paisaje por la ventana.

Piensa que este lugar se parece mucho a la Tierra y esto le hace quedarse sin respiración. Pero hay algunas diferencias, y esas diferencias se suelen manifestar en los detalles. Por la ventana ve un autocine, nunca había visto ninguno, salvo en las fotografías antiguas. En la autopista ve a una niña de seis o siete años llevando un traje chaqueta y conduciendo un todoterreno moderno. A lo lejos contempla unos arbustos recortados en forma de la Torre Eiffel y la Estatua de la Libertad. Junto a la carretera, ve una serie de cartelitos de madera, a unos diez metros de distancia unos

de otros. En cada uno pone una de estas líneas:

QUIZÁS USTED ESTÉ MUERTO,
PERO SU BARBA SIGUE CRECIENDO,
Y LAS SEÑORAS ODIAN LOS ROSTROS SIN AFEITAR,
INCLUSO EN EL MÁS ALLÁ.
BURMA SHAVE.

—¿Qué es Burma Shave? —pregunta Liz a su abuela.

—Una clase de crema de afeitar. Cuando yo vivía, en Estados Unidos había esta clase de carteles en las autopistas —observa Betty—. Pero al nacer tú ya los habían reemplazado en su mayoría por vallas publicitarias, sin embargo hubo una época en que fueron muy populares, bueno tan populares como un cartel puede llegar a serlo —añade riendo—. Descubrirás que En Otro Lugar es donde muchas modas pasajeras van a parar también al morir.

—¡Ah!

—Creía que estabas dormida —le dice su abuela.

—Lo estoy —responde Liz volviendo a cerrar el ojo izquierdo.

Liz advierte que En Otro Lugar es más silencioso que la Tierra. Y también que es un sitio muy bello a su manera. Tiene una atmósfera encantadora de forma natural. Pero por más encantadora que sea, ella sigue odiando este lugar.

Al cabo de una hora Betty despierta a su nieta, que esta vez se había dormido de verdad.

—¡Ya hemos llegado! —exclama.

Liz abre los ojos y mira por la ventanilla.

—Vaya, parece una playa —observa—, es como la que había al lado de casa.

—Lo importante es hacer un poco de turismo —dice Betty—. ¿Quieres que vayamos a dar una vuelta?

—No me apetece —responde Liz.

—Al menos salgamos del coche para ir a la tienda de regalos y estirar un poco las piernas —le suplica Betty—. ¿Quieres que te compre un *souvenir*?

Liz contempla dudosa la cabaña con techo de paja que hay en la playa. Por el lugar en el que está y su frágil aspecto, parece como si se la pudiera llevar el viento en cualquier momento. En cambio, curiosamente el cartel de metal que cuelga en la entrada es de lo más sólido:

OJALÁ ESTUVIERAS AQUÍ
BARATIJAS, NONADAS, BAGATELAS,
CHUCHERÍAS, MINUCIAS, TONTERÍAS, CAPRICHOS, FRUSLERÍAS
Y OTROS ARTÍCULOS DIVERSOS PARA EL COMPRADOR EXIGENTE

—¿Qué me dices? —pregunta Betty sonriendo.

—¿Y a quién le voy a regalar el *souvenir*?

—Es para ti.

—Pero los *souvenirs* son para regalárselos a alguien como recuerdo —gruñe Liz—. Y yo aquí no conozco a nadie, ni tampoco voy a volver a la Tierra.

—No siempre es así, y además un día volverás a la Tierra —responde Betty—. ¡Venga entremos, te compraré lo que quieras!

—¡No quiero nada! —exclama Liz mientras sigue a su abuela que se dirige hacia la cutre tienda de regalos. En el interior no hay nadie. Sobre el mostrador de la caja registradora hay una lata de sopa con una nota: «He ido a comer. Deje el dinero en la lata. Hágase usted mismo una buena rebajita, pero que quede entre nosotros».

Para complacer a su abuela, Liz elige un paquete de seis postales de En Otro Lugar y un globo de nieve de plástico. El globo de nieve contiene el *Nilo* en miniatura sumergido en una pegajosa agua azul. En la base del globo pone en letras rojas: OJALÁ ESTUVIERAS AQUÍ.

—¿Quieres una toalla para playa de En Otro Lugar? —le pregunta su abuela mientras ella deja los dos artículos que ha elegido en el mostrador.

—No, gracias.

—¿Estás segura?

—Sí —dice Liz algo tensa.

—¿Y una camiseta?

—¡No! —grita—. ¡No quiero ninguna maldita camiseta! ¡Ni una toalla para la playa! ¡Ni ninguna otra cosa! ¡Sólo quiero irme a casa!

—De acuerdo, cariño —dice su abuela lanzando un suspiro—. Espérame fuera que ahora voy. Sólo he de calcular cuánto dinero tengo que dejar.

Liz sale furiosa de la tienda con su globo de nieve. Entra en el coche y espera a Betty en él.

Sacude el globo de nieve. El diminuto *Nilo* se zarandea violentamente dentro de la bola de plástico. Liz vuelve a sacudirlo incluso con más fuerza aún. Un agua azul vieja y pegajosa se desliza por su mano. Hay una pequeña grieta en las juntas de la bola. Abre la puerta del coche y arroja el globo de nieve al pavimento. En lugar de romperse o resquebrajarse, rebota por el parking como una pelotita de goma y se detiene a los pies de una niña pequeña con un bikini rosa a topes.

—La has tirado —le dice gritando la niña.

—Sí —admite Liz.

—¿La quieres? —le pregunta recogéndola del suelo.

Liz le dice que no con la cabeza.

—¿Me la puedo quedar? —inquire la niña.

—¡Adelante, es toda tuya!

—Aquí el cielo no cae casi nunca —observa la niña dando la vuelta al globo para que toda la nieve se concentre en la bóveda celeste y tapando la fuga de la junta con

el meñique.

—¿A qué te refieres al decir cielo? —pregunta Liz.

—A esto —responde la niña dándole la vuelta a la bola.

—¡Ah, a la nieve! Quieres decir que aquí no nieva —dice Liz.

—No demasiado, no demasiado, no demasiado —canturrea la niña acercándose a ella—. ¡Qué grande eres!

Liz se encoge de hombros.

—¿Cuántos años tienes? —pregunta la niña.

—Quince.

—Yo tengo cuatro —dice ella.

—Eres una niña pequeña de verdad o una niña pequeña falsa —inquire Liz contemplándola.

—¿Qué quieres decir? —le pregunta la niña abriendo los ojos desmesuradamente.

—Que si tienes cuatro años de verdad o sólo finges tenerlos —le pregunta Liz.

—¿Qué quieres decir? —insiste la niña alzando la voz.

—¿Siempre tuviste cuatro años o antes fuiste mayor?

—No lo sé. Tengo cuatro años. ¡Cuatro! —grita la niña—. ¡Eres mala! —exclama arrojando el globo de nieve a los pies de Liz y echando a correr.

Ella lo recoge del suelo y vuelve a agitarlo hasta que lo vacía del líquido azul y sólo queda en él un montón de falsos cristales de nieve.

Betty sale de la tienda con una bolsita de papel en la mano.

—Te he comprado esto —le dice su abuela entregándole la bolsa. Dentro hay una camiseta con el lema MI ABUELA FUE A EN OTRO LUGAR Y ME COMPRÓ ESTA HORRIBLE CAMISETA.

Liz sonrío por primera vez en todo el día.

—No es horrible, me gusta —reconoce poniéndosela sobre el pijama.

—Pensé que te gustaría —dice su abuela—. Me dije a mí misma que no iba a tener demasiadas oportunidades para poder regalar esta camiseta a alguien —añade echándose a reír.

Por primera vez Liz contempla realmente a Betty. Su abuela tiene el pelo de color castaño oscuro y unas arruguitas de reír alrededor de los ojos. Piensa que su abuela es guapa, que se parece a su madre, a ella. Que tiene sentido del humor... De pronto comprende que su abuela puede que tenga mejores cosas que hacer que preocuparse por una hosca adolescente. Quiere pedirle perdón por su comportamiento de hoy y por el de los otros días. Quiere decirle que no tiene la culpa de esta situación.

—Betty —dice Liz en voz baja.

—¿Sí, cariño?

—Yo... Yo estoy... —empieza a decir—. El globo de nieve que me has regalado gotea.

Aquella noche Liz escribe las seis postales de En Otro Lugar: una a sus padres, otra a Zoey, otra a Edward, otra a *Lucy* y otra a *Alvy*. La última se la escribe a su

profesor de biología, que no asistió a su funeral.

Querido doctor Fujiyama:

A estas alturas probablemente ya se habrá enterado de que he muerto. Por eso no podré ir a la feria regional de ciencias de este año, lo cual es una gran decepción para mí y estoy segura de que para usted también lo es. En la época en que fallecí sentía que estaba progresando de verdad con esas lombrices.

Me gustaban mucho sus clases y las continué siguiendo desde el lugar donde ahora estoy. La disección de aquel cerdo me pareció muy interesante y pensé que yo también iba a intentar hacer una, pero por desgracia aquí no hay ningún cerdo muerto para diseccionar.

Este lugar no está mal. La mayor parte de los días hace un tiempo agradable. Vivo con mi abuela Betty, que es mayor, aunque parece joven. (Una larga historia.)

Me decepcionó no haberle visto en mi funeral, ya que usted era mi profesor preferido incluso en la escuela primaria y en los otros cursos. Aunque no se lo digo para que se sienta mal ni nada parecido.

Su alumna,

Elizabeth Marie Hall

Liz pega un sello a las seis postales y las echa al buzón sabiendo que nunca llegarán a su destino. Al no incluir un remitente, al menos tampoco se las devolverán. Piensa que sería bonito escribirle una postal a alguien que de veras pudiera recibirla.

Al reanudar su rutina de ir cada día a la CO y contemplar su vida en cortos espacios de cinco minutos, empieza a sentirse frustrada. En cuanto comienza a disfrutar con una historia, los prismáticos se cierran con un chasquido. Siente como si siempre se estuviera perdiendo algo. Por ejemplo, el baile del instituto está a punto de celebrarse. Zooey hace poco que ha decidido ir a él con John. Y ya que su amiga va a asistir al baile, Liz prefiere verlo de una tirada, sin interrupciones. ¿Quizá si tuviera cuarenta y ocho eternims en lugar de veinticuatro podría seguirlo mejor? Decide pedirle a su abuela más eternims.

—Betty, ¿podrías darme algunos eternims más cada día?

—¿Como cuántos más? —pregunta su abuela.

—Pues quizá unos cuarenta y ocho al día.

—Esto ya empieza a ser una buena cantidad, cielo.

—Te los devolveré —le promete Liz.

—No es por los eternims. Sólo me preocupa que vayas a pasar tanto tiempo en la Cubierta de Observación.

—Betty, ya sabes que no eres mi madre.

—Sí, Liz, lo sé, pero esto no significa que no me preocupe por ti.

—¡Dios, odio esta situación! —grita Liz saliendo furiosa de la habitación y echándose en la cama. Mientras está tumbada en ella, decide no ir a la CO durante tres días para tener más eternims para el baile. Lo cual es un gran sacrificio. Al no tener amigas ni ninguna otra diversión, se pasa todo el día en la habitación, preocupada por lo que se debe estar perdiendo en la Tierra. Los tres días se le hacen eternos, pero consigue ahorrar el suficiente dinero como para ver todo el baile.

Liz también convence a Esther para que la deje quedarse después de cerrar. La mujer no le dice que sí abiertamente, pero le muestra dónde están los interruptores para apagar la luz.

En la noche del baile Liz contempla cómo Zooney come fresas bañadas en chocolate, se hace una foto-llavero para conservarla como recuerdo, y baila un baile lento al compás de una sensiblera balada. Al cabo de poco, ve a su amiga perdiendo la virginidad en una lujosa habitación del mismo hotel donde se había celebrado el baile. Por respeto a su amiga, Liz sólo la mira durante treinta segundos y luego se cubre el ojo derecho con la mano. Se fija sobre todo en el vestido de Zooney, aquel que ella tenía que ayudarle a elegir, hecho ahora un ovillo en un rincón de la habitación.

Liz se va antes de que los prismáticos se cierren con un chasquido, incluso dos horas antes de que la CO cierre. Como no tiene ganas de ver a su abuela pero no tiene ningún otro lugar al que ir, decide sentarse en el parque que hay cerca de la casa de Betty.

Al cabo de un rato un bichon frisé blanco y lanudo se sienta en el banco junto a ella.

—Hola —parece decirle el perro.

Liz le da unas palmaditas en la cabeza para recibirlo. Siempre se lo hacía a *Lucy* y ahora añora incluso más aún que antes su antiguo hogar.

—Me parece que estás un poco triste —observa el perro ladeando la cabeza.

—Quizás un poco.

—¿Qué te preocupa? —inquire el perro.

Liz piensa en la pregunta antes de responder.

—Me siento sola. Y además odio este lugar.

El perro asiente con la cabeza.

—¿Podrías rascarme por favor el pescuezo, debajo del collar? No llego con mis patas.

Liz se lo rasca con gusto.

—Gracias. ¡Ahora me siento mucho mejor! —exclama el perro resoplando de placer—. ¿Así que te sientes sola y odias este lugar?

Liz asiente de nuevo con la cabeza.

—Te aconsejo que dejes de sentirte triste y de odiar este lugar. A mí este método siempre me funciona —observa el can—. ¡Ah, y sé feliz! Es más fácil estar contento que triste. Estar triste da mucho trabajo. Es agotador.

—¡*Arnold!* —grita una mujer llamándolo desde el otro lado del parque.

—¡He de irme! ¡Mi bípedo me está llamando! —exclama él saltando del banco—.

¡Hasta pronto!

—¡Hasta pronto! —dice Liz, pero el perro ya se ha ido.

El taxi de la buena suerte



Después de seguir el baile, Liz deja de contemplar a Zooey o a cualquier otra persona del instituto. Ahora sólo se dedica a mirar a su familia.

Una noche, cuando la CO está a punto de cerrar, le pregunta a Esther:

—¿Cómo funcionan los prismáticos?

Esther pone mala cara.

—A estas alturas ya deberías saberlo. Echas una moneda y entonces...

—Me refiero a cómo funcionan realmente —la interrumpe Liz—. Me paso la mayor parte del día aquí y ni siquiera sé nada sobre ellos.

—Supongo que funcionan como cualquier otro par de prismáticos. Una serie de lentes convexas en dos tubos cilíndricos se combinan para formar una imagen...

—¡Sí, ya conozco esta parte! —la interrumpe Liz de nuevo—. Me enseñaron todo eso en el... quinto curso.

—Pues si lo sabes todo acerca de los prismáticos, no entiendo por qué me preguntas sobre ellos.

Liz ignora el comentario de Esther.

—Pero la Tierra está muy lejos y estos prismáticos no parecen ser demasiado potentes. ¿Cómo es posible que pueda ver con ellos las escenas que suceden allí?

—Quizá ahí esté el secreto. Tal vez la Tierra no se encuentre tan lejos como crees.

Liz se muestra sorprendida.

—¡Qué idea más bonita, Esther!

—Sí, ¿verdad? —observa la mujer sonriendo—. Para mí es como un árbol, porque cada árbol es en realidad dos árboles: las ramas que todos podemos ver y la raíz, el otro árbol invertido, creciendo en el sentido contrario. Así que las ramas creciendo hacia el cielo son la Tierra, y las raíces creciendo hacia la dirección opuesta son En Otro Lugar, aunque en una perfecta simetría. Las ramas no piensan demasiado en las raíces, y quizá las raíces tampoco piensan demasiado en las ramas, pero están unidas en todo momento por el mismo tronco, ¿sabes? Aunque las raíces parezcan

estar lejos de las ramas, no es así. Tú sigues conectada a las ramas, lo único que no eres consciente de ello...

—¡Esther! —la interrumpe Liz por tercera vez—. Pero ¿cómo funcionan los prismáticos? ¿Cómo saben qué es lo que yo quiero ver?

—Es un secreto —responde Esther—. Podría decírtelo, pero entonces tendría que matarte.

—Eso no tiene gracia —dice Liz empezando a alejarse.

—De acuerdo, Lizzie, te lo diré. Si te acercas, te lo susurraré al oído.

Liz obedece.

—Pídemelo de nuevo diciendo por favor —dice Esther.

—Esther, por favor, ¿cómo funcionan los prismáticos?

—Es... por arte de magia —le susurra ella al oído echándose a reír.

—¡No sé por qué te lo he preguntado! —exclama Liz.

—Porque no tienes ninguna amiga y te sientes muy sola.

—¡Gracias! —le suelta Liz saliendo hecha una furia de la CO.

—Hasta mañana —le grita Esther alegremente.

Llega el 12 de agosto, el día que Liz habría cumplido dieciséis años en la Tierra. Y, al igual que los otros días, se lo pasa en la CO.

—Hoy Lizzie cumpliría dieciséis años —dice la madre de Liz a su marido.

—Lo sé —responde él.

—¿Crees que encontrarán al hombre causante del accidente?

—No lo sé —responde él—. Pero espero que así sea —añade.

—¡Fue un taxi! —grita Liz mirando por los prismáticos—. ¡UN VIEJO TAXI AMARILLO CON UN AMBIENTADOR EN FORMA DE TRÉBOL DE CUATRO HOJAS COLGADO DEL RETROVISOR!

—No pueden oírte —le dice una mujer mayor con aspecto de abuelita.

—¡Ya lo sé! —le suelta ella—. ¡Chsss...!

—¿Por qué no se detuvo? —pregunta la madre de Liz a su marido.

—No lo sé. Pero al menos llamó a la policía desde una cabina, aunque ya no hubiera nada que hacer.

—¡Pero aun así debería haberse detenido! —exclama ella echándose a llorar—. Quiero decir que cuando atropellas a una chica de quince años te paras, ¿verdad? Es lo que cualquier persona decente haría, ¿no crees?

—No lo sé, Olivia. Es lo que yo creía —responde el padre de Liz.

—¡Y me niego a creer que nadie viera nada! Me refiero a que alguien debe haber visto el accidente, alguien debe saber quién ha sido, alguien debe...

El tiempo de Liz se acaba y las lentes se cierran con un chasquido. Pero ella no se mueve. Sigue con los ojos pegados a ellas, aunque las lentes se hayan cerrado, con la mente en blanco.

Está furiosa porque ahora sabe que fue víctima de un conductor que se dio a la fuga. Quienquiera que lo haya hecho debe pagar por ello, piensa. Quienquiera que me

haya atropellado ha de pasar una buena temporada entre rejas. En ese momento decide encontrar el taxi y descubrir una forma de decírselo a sus padres. Mete un eternim por la ranura y empieza a registrar la gran zona de Boston para localizar taxis amarillos antiguos con ambientadores en forma de trébol de cuatro hojas colgando del retrovisor.

Liz se dedica a buscar sistemáticamente el taxi de la buena suerte (el nombre que ella le ha puesto) revisando todos los garajes y las compañías de taxis que trabajan en la zona que cae cerca de la Cambridgeside Galleria. Aunque haya sólo cuatro compañías que trabajan en esta zona, ha de invertir toda una semana —y más de quinientos eternims— para lograr dar con el taxi de la buena suerte. Liz consigue los eternims que le faltan pidiéndole a Betty dinero para comprarse ropa. Su abuela está feliz de poder complacerla y no le hace demasiadas preguntas. Sólo cruza los dedos y desea que a su nieta se le esté pasando ya la depre.

En la licencia del taxista pone que se llama Amadou Bonamy. Conduce el taxi número 512 para una compañía de taxis llamada Tres Ases. Liz reconoce el taxi enseguida. Tiene el ambientador en forma de trébol de cuatro hojas y el automóvil es más viejo que Alvy, e incluso que Liz. Al contemplar el coche ella se sorprende de que incluso haya aguantado el impacto que recibió al chocar con su cuerpo.

Al día siguiente de haber localizado el taxi, se dedica a contemplar al taxista. Amadou Bonamy es alto y tiene el pelo negro y rizado. Su piel es del color de la cáscara de coco. Su mujer está embarazada. Él va a las clases nocturnas de la Universidad de Boston. Cuando lleva a algún pasajero al aeropuerto, siempre le ayuda con las maletas. Nunca toma el trayecto más largo a propósito, aunque los pasajeros no sean de la ciudad. Liz advierte que no va a demasiada velocidad y que además parece respetar las normas de tráfico religiosamente. A pesar de que el taxi está en las últimas, lo cuida mucho y pasa cada día el aspirador por los asientos. Cuenta estúpidos chistes a los pasajeros. Escucha la Radio Pública Nacional. Compra el pan en la misma panadería a la que va su madre. Tiene un hijo que va al mismo colegio que su hermano. Él...

Liz se aparta de los prismáticos. Se da cuenta de que no quiere saber más cosas de Amadou Bonamy. ¡Amadou Bonamy es un criminal! La persona que la ha asesinado, piensa. Y ha de pagar por ello. Tal como su madre ha dicho, no está bien atropellar a una persona con un destartado taxi y dejarla tirada en el suelo para que se muera en la calle. A Liz se le acelera el pulso. Tiene que descubrir la forma de decir a sus padres que ha sido Amadou Bonamy. Se levanta del taburete y se va de la Cubierta de Observación, su deseo de venganza hace que se sienta más viva de lo que se ha sentido en una buena temporada.

Al salir del edificio, pasa por delante de Esther.

—Me alegra ver que por una vez te vas de aquí cuando aún es de día —observa la mujer.

—Sí —responde ella deteniéndose—. Esther, ¿sabes cómo se puede entrar en

«contacto» con los vivos? —añade.

—¿Entrar en «contacto»? —pregunta Esther—. ¿Por qué diantres quieres saberlo? Sólo los locos intentan hacerlo. No sacarás nada bueno de hablar con los vivos. Sólo te causará sufrimiento y preocupaciones. Y Dios sabe que ya hemos tenido bastante de ambas cosas.

Liz lanza un suspiro. Por la respuesta de Esther sabe que no puede hacerle esta pregunta a cualquiera. Ni tampoco a Betty, que ya está bastante preocupada por ella. Ni a Thandi, que probablemente está enfadada porque no ha contestado a sus llamadas. Ni a Aldous Ghent, que no la ayudaría ni loco a entrar en «contacto» con los vivos. La única persona que quizá la ayudaría es Curtis Jest. Pero por desgracia Liz no ha vuelto a verlo desde el día que contemplaron sus propios funerales en el *Nilo*.

Al llegar Curtis a En Otro Lugar, empezaron a circular varias nuevas historias sobre su muerte. Como era una estrella de rock y una celebridad, la gente se interesó por él. Pero lo curioso del caso es que la mayoría de las personas de En Otro Lugar nunca habían escuchado su música. Curtis era popular en la generación de Liz, pero En Otro Lugar había muy pocas personas que fueran de su generación. O sea que el interés por Curtis se esfumó rápidamente. Desde el día de su cumpleaños ya no había oído hablar más de él.

Liz decide armarse de valor y llamar a Thandi, que ahora trabaja como locutora en una cadena de televisión y se encarga de leer los nombres de las personas que llegan a En Otro Lugar, para que la gente pueda ir al muelle a recibirlas. Liz piensa que Thandi debe tener noticias del paradero de Curtis Jest.

—¿Por qué quieres hablar con él? —le pregunta. Su voz es hostil.

—Porque me pareció una persona muy interesante —responde Liz.

—Dicen que se ha hecho pescador —dice Thandi—. Probablemente lo encontrarás en el muelle.

¿Pescador?, piensa Liz. Parece un trabajo tan corriente que no entiende por qué lo ha elegido.

—¿Por qué Curtis Jest trabaja como pescador? —pregunta Liz.

—No tengo ni idea. ¿Quizá le gusta pescar? —sugiere Thandi.

—Pero En Otro Lugar hay músicos. ¿Por qué no sigue siendo músico?

Thandi lanza un suspiro.

—En la Tierra ya lo fue, Liz. Y es obvio que esta profesión no le hizo demasiado feliz.

Liz recuerda las largas marcas y los morados de los brazos de Curtis. No está segura de poder llegar a olvidarlos nunca. Pero sigue pensando que él se ha equivocado al dejar su carrera musical. Quizá cuando lo vea le pregunte por qué lo ha hecho, piensa.

—Gracias por la información —dice Liz.

—De nada —responde Thandi—. Pero ¿sabes, Elizabeth?, no está bien que no me

devuelvas las llamadas durante meses y meses y que cuando por fin me llames sea para preguntarme por otra persona. Sin disculparte. Sin tan siquiera decirme «¿Cómo estás, Thandi?»

—Lo siento, Thandi. ¿Cómo estás? —inquire Liz más bien por compromiso, ya que pese a todo no se siente culpable por haber ignorado a su amiga.

—Muy bien —responde ella.

—He estado pasando una mala temporada —se disculpa Liz.

—¿Y tú crees que para mí ha sido fácil? ¿Crees que lo es para cualquiera de nosotros? —pregunta Thandi y luego le cuelga el teléfono.

Liz coge el autobús que lleva al muelle. Localiza allí a Curtis enseguida, con una caña de pescar en una mano y una taza de café en la otra. Lleva una descolorida camiseta roja y su pálida piel de antes tiene ahora un sano tono dorado. El color de su cabello apenas es ya azul, pero sus ojos celestes siguen siendo tan vivos como siempre. Liz no sabe si se acordará de ella, pero por suerte él le sonrío en cuanto la ve.

—Hola, Lizzie —dice Curtis—. ¿Cómo te está tratando la vida en el más allá? —añade vertiendo en una taza café de un termo rojo y ofreciéndosela. Le hace una señal para que se siente a su lado en el muelle.

—Quería preguntarte algo —dice Liz.

—Parece un asunto serio —observa Curtis enderezando la espalda—. Intentaré responderte lo mejor que sepa, Lizzie.

—En el barco fuiste muy sincero conmigo —empieza Liz.

—Dicen que un hombre siempre debe ser lo más sincero posible.

—Necesito entrar en «contacto» con alguien de la Tierra —le confiesa Liz en voz baja—. ¿Podrías ayudarme?

—¿Estás segura de saber lo que estás haciendo?

Ella ya se había preparado para esta pregunta y se había inventado varias mentiras convincentes.

—No es que esté obsesionada ni nada parecido, sino que tengo un asunto pendiente en la Tierra que debo resolver.

—¿De qué se trata? —pregunta él.

—Tiene que ver con mi muerte —dice Liz dudando por un momento de si debe contarle a Curtis la historia del taxista que se dio a la fuga.

Después de escuchar la historia, él se queda en silencio un momento.

—No sé por qué pensaste que yo podría ayudarte.

—Porque pareces ser una persona que se entera de las cosas —responde Liz—. Además no puedo preguntárselo a nadie más.

Curtis sonrío.

—He oído decir que hay dos formas de comunicarse con los vivos. La primera es

intentar encontrar un barco que te lleve a la Tierra, aunque dudo de que esta solución sea demasiado práctica para ti, ya que por lo que he oído se tarda mucho en llegar a ella y tiende a alterar el proceso de volverse cada vez más joven. Además, no creo que quieras convertirte en un fantasma, ¿verdad?

Liz sacude la cabeza acordándose de que ya se había planteado esta elección el día de su llegada a En Otro Lugar.

—¿Cuál es la segunda opción?

—He oído hablar de un lugar que se encuentra a una milla de la playa y a varias de profundidad. Por lo visto es el lugar más profundo del océano. La gente lo llama el Pozo.

Liz recuerda que Aldous Ghent mencionó el Pozo durante la cita de aclimatación. Y también que le dijo que estaba prohibido ir a ese lugar.

—Creo que he oído hablar de él —dice ella.

—Al parecer si consigues llegar al Pozo, lo cual es muy difícil, encuentras una ventana por la que puedes penetrar en la Tierra.

—¿En qué se diferencia de las Cubiertas de Observación? —pregunta Liz.

—Con los prismáticos sólo tú puedes ver a los vivos, en cambio dicen que en el Pozo ellos también pueden sentirte, verte, oírte.

—¿O sea que puedo hablar con ellos?

—Sí, eso es lo que he oído decir —contesta Curtis—, pero les costará entenderte, ya que tu voz no se oye con claridad al estar tú dentro del agua. Necesitarás un buen equipo para bucear y ser además una buena nadadora.

Liz reflexiona sobre lo que Curtis acaba de contarle bebiendo un sorbo de café. Sabe que es una experta nadadora. El pasado verano ella y su madre se sacaron juntas el carné de buceo en Cape Cod. ¿Cómo es posible que sólo haya pasado un año y no una eternidad?, se pregunta.

—No estoy seguro de si he hecho bien dándote esta información, pero probablemente la habrías conseguido de cualquier otra persona. Me temo que nunca se me ha dado bien el saber qué debía hacer. O al menos no lo he sabido ni lo he hecho.

—Gracias —dice Liz.

—Ten cuidado —responde Curtis dándole un abrazo y sorprendiéndola con este cálido gesto—. Perdona, pero ¿estás segura de que debes hacerlo? Quizá lo mejor sería olvidarte del Pozo.

—Sí, Curtis. No tengo otra elección.

—Lizzie, cariño, uno siempre puede elegir.

Ella no quiere discutir con Curtis, sobre todo después de que ha sido tan amable con ella, pero no puede evitar decirle:

—Yo no elegí morir, o sea que en este caso no tuve otra opción.

—No, claro que no —responde él—. Supongo que me refería a que siempre puedes elegir en las situaciones en que puedes hacerlo, si es que esto tiene algún

sentido.

—Pues no —dice Liz.

—Entonces tendré que perfeccionar mi filosofía y volver a verte cuando lo haya hecho. He descubierto que el trabajo de pescador te deja mucho tiempo para pensar.

Liz asiente con la cabeza. Mientras se aleja del muelle se acuerda de que ha olvidado preguntarle por qué ha decidido convertirse en pescador.

La gran inmersión



Liz se entrega por completo a prepararse para la gran inmersión. Aunque no se haya dado cuenta, la rutina diaria de ir a la Cubierta de Observación cada vez la satisface menos: cada día se mezcla con el anterior, las borrosas imágenes parecen nublarse cada vez más y tiene los ojos cansados y la espalda dolorida. Ahora siente la renovada energía que uno experimenta al tener una misión. Liz camina con un paso más ligero. El corazón le late con más fuerza. Su apetito ha aumentado. Se levanta más temprano y se acuesta tarde. Por primera vez desde que llegó a En Otro Lugar se siente casi viva, bueno, si es que puede llamarse así.

Curtis le había dicho que el Pozo quedaba a «una milla de la playa», pero no había especificado dónde se encontraba exactamente. Después de haberse pasado dos días escuchando en la Cubierta de Observación las conversaciones de otros e intentando averiguarlo preguntándose indirectamente a Esther, Liz descubre que el Pozo está relacionado de algún modo con los faros de las Cubiertas de Observación y que para llegar a él ha de seguir nadando la trayectoria que marca con su luz uno de los faros.

Para comprar el equipo de buceo Liz le pide a su abuela que le «preste» otros setecientos cincuenta eternims.

—¿Para qué los quieres? —pregunta Betty.

—Para comprarme ropa —miente Liz, aunque piensa que en parte es verdad, porque un traje de buzo es en el fondo ropa, ¿no es así?—. Si voy a ejercer mi vocación, necesitaré tener varias piezas de ropa.

—¿Qué hiciste con los últimos quinientos eternims que te di?

—Aún los tengo —vuelve a mentir Liz—. No me los he gastado, pero probablemente necesitaré más, porque no tengo nada que ponerme, salvo el pijama y la camiseta que me regalaste.

—¿Quieres que te acompañe? —pregunta Betty.

—No, gracias, prefiero ir sola —dice Liz.

—Si quieres puedo hacerte algún vestido ahora que soy costurera —dice su abuela.

—Mmm..., gracias por ofrecérmelo, pero prefiero comprarme la ropa en las tiendas.

Así que Betty cede, aunque está segura de que Liz miente acerca de los últimos quinientos eternims. Betty está haciendo todo lo posible por (1) ser paciente, (2) dar a Liz el espacio que necesita para recuperarse y (3) esperar que recurra a ella. Al menos eso es lo que se dice en *Cómo hablar con una adolescente que acaba de morir*, el libro que está leyendo. Betty sonrío de manera forzada.

—Te llevaré en coche al centro comercial de la parte este.

Liz acepta (la tienda de buceo está en ese centro de todos modos), pero por unas razones que son obvias le dice que cogerá el autobús para volver a casa.

La botella de oxígeno que Liz adquiere es más pequeña y ligera que cualquier otra que ella y su madre hayan tenido nunca en la Tierra. Se llama Tanque Infinito y el vendedor le asegura que con él nunca se le acabará el oxígeno. Para demostrar a su abuela que ha invertido bien su dinero, también se compra unos tejanos y una camiseta de manga larga.

Liz esconde el equipo de buceo bajo la cama. Se siente culpable por mentir a Betty, pero considera que es una mentira piadosa. Había pensado contárselo, pero sabe que ella se quedaría muy preocupada por la inmersión. Y su abuela no necesita estar más preocupada de lo que ya está.

Ha pasado un año desde la última vez que buceó en la Tierra. Se pregunta si se habrá olvidado de alguno de los pasos que se tienen que realizar para bucear. Se plantea hacer antes una inmersión para comprobar que se acuerda de todos ellos, pero al final decide no llevarla a cabo. Quiere ir al Pozo lo antes posible.

Como ir al Pozo está prohibido, Liz decide salir de casa después de ponerse el sol. Mete el equipo de buceo en una bolsa de la basura, se pone el traje de buzo, y luego, encima, los nuevos tejanos y la camiseta de manga larga.

—¿Es la ropa que te has comprado hoy? —le pregunta su abuela.

Liz asiente.

—Me alegro de que ya no lleves el pijama —Betty se acerca para observarla mejor—, pero creo que la camiseta de manga larga te va un poco justa —añade intentando arreglársela, pero Liz se aparta de ella.

—¡Me va perfecta! —dice.

—¡De acuerdo, de acuerdo! ¿Me enseñarás las otras piezas de ropa que te compraste por la mañana?

Liz asiente con la cabeza, pero mira hacia otra parte.

—¿Adónde vas a estas horas? —le pregunta Betty.

—A una fiesta que ha organizado Thandi, la chica que me llamó el otro día —miente Liz.

—¡Diviértete mucho! —responde su abuela sonriéndole—. ¿Qué llevas en esa

bolsa?

—Comida para picar en la fiesta —ahora que Liz ha empezado a mentir, le resulta fácil seguir haciéndolo. El único problema (como ya había descubierto antes) es que, una vez empiezas, cada vez tienes que decir más y más mentiras.

Después de que Liz se ha ido, Betty decide ir a su habitación para ver la ropa nueva que se ha comprado. Al abrir el armario, descubre que está vacío, pero debajo de la cama encuentra una caja de cartón en la que pone: TANQUE INFINITO. Al recordar que la ropa que vestía Liz le iba muy justa y la voluminosa bolsa de plástico que llevaba, decide ir a buscar a su nieta. En *Cómo hablar con una adolescente que acaba de morir* también se dice que uno debe saber cuándo ya no debe darle *más espacio* a una adolescente.

Antes de ir al Pozo, Liz vuelve a la Cubierta de Observación para echar un vistazo a Amadou Bonamy. Quiere verlo por última vez antes de hacer que lo metan en la cárcel.

—Hacía ya varios días que no venías —observa Esther frunciendo el ceño desde el interior de la taquilla acristalada—. Esperaba no volver a verte más por aquí —añade.

Liz pasa por delante de ella sin responderle.

Como alguien está sentado ante los prismáticos número 15, los que ella siempre usa, utiliza los del número 16.

Introduce un solo eternim por la ranura y se pone a mirar a Amadou Bonamy. Ve que el taxista se dirige a toda pastilla hacia un lugar. Aparca delante de un colegio de enseñanza primaria, el mismo al que va el hermano de Liz. Se apresura a salir del coche. Entra en el edificio. Recorre el recinto. Al final del pasillo le espera un maestro con un niño pequeño con gafas.

—Ha vomitado en la papelera —dice el maestro—. No quería que le llamásemos.

—¿Te duele la barriguita, cielo? —le pregunta Amadou a su hijo doblando una rodilla para quedar a su altura. Habla con un dulce acento francés haitiano.

El niño asiente con la cabeza.

—Te llevaré a casa, *wi bébé?*

—¿Hoy no tienes que trabajar con el taxi? —pregunta el niño.

—*Non, non*, ya recuperaré mañana el dinero que no he podido ganar hoy —responde Amadou cogiéndolo en brazos y haciendo un guiño al profesor—. Gracias por haberme llamado.

Los prismáticos se cierran con un chasquido.

El corazón le late con fuerza. Liz tiene ganas de dar un puñetazo a alguien o de romper algo. Pero debe irse de la Cubierta de Observación, si no se le hará tarde.

Al salir ve que la playa está desierta. Se saca los tejanos y la camiseta, pero en lugar de meterse en el agua y empezar a sumergirse en el mar, se sienta en la arena,

con las rodillas pegadas al pecho, y se pone a pensar en Amadou y su hijo pequeño. Cuanto más piensa en ellos, más confundida se siente y más desea dejar de pensar en ambos.

Oye que alguien la llama por su nombre.

—¡Liz!

Es Betty.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —pregunta sin atreverse a mirarla a los ojos.

—No lo sabía. Pero estaba segura de que no te encontraría en la fiesta de Thandi.

Liz asiente con la cabeza.

—¡Era una broma! —dice su abuela observando el traje de neopreno de su nieta—. En realidad, encontré la caja del tanque de oxígeno bajo tu cama y pensé que quizá estabas planeando establecer «contacto».

—¿Estás enfadada conmigo? —pregunta Liz.

—Al menos ahora sé en qué te has gastado el dinero —dice Betty—. ¡Estaba bromeando de nuevo! En el libro que estoy leyendo dice que es bueno afrontar una situación difícil con sentido del humor.

—¿Qué libro? —pregunta Liz.

—Se titula *Cómo hablar con una adolescente que acaba de morir*.

—¿Y te está ayudando?

—Pues la verdad es que no —responde Betty meneando la cabeza—. Y ahora hablando en serio, me gustaría que no me hubieras mentido, pero no estoy enfadada contigo. Ojalá me hubieras pedido consejo, pero sé que no te resulta fácil hacerlo. Probablemente tengas tus razones.

Liz, conmovida por las palabras de su abuela, piensa que Amadou seguramente también tuvo sus razones para no detenerse.

—Vi al hombre que conducía el taxi. Me refiero al coche que me atropelló —dice Liz.

—¿Cómo es?

—Parece una buena persona —hace una pausa—. ¿Sabías que se dio a la fuga?

—Sí —responde Betty.

—¿Por qué no se detuvo? Una buena persona lo habría hecho. Y él tiene pinta de serlo.

—Estoy segura de que lo es, Liz. Las personas que conocemos no son buenas ni malas. Algunas veces son un poco buenas y bastante malas. Y otras, un poco malas y bastante buenas. Y la mayoría de nosotros caemos en un término medio.

Liz rompe a llorar y su abuela la abraza. De pronto sabe que no le dirá a nadie — hoy ni cualquier otro día— que Amadou era el conductor del taxi de la buena suerte. Sabe que no serviría de nada. Sospecha que Amadou es una buena persona. Debe haber una buena razón por la que no se detuvo. Y aunque no la hubiera, Liz se acuerda de repente de un detalle, de algo que no había querido recordar en todo ese tiempo.

—Betty —dice entre sollozos—, el día que fui al centro comercial no miré a ambos lados de la calle al cruzar. La luz del semáforo ya estaba en verde, pero yo no la vi porque estaba pensando en otra cosa.

—¿En qué pensabas? —inquire Betty.

—¡En una estupidez! Pensaba en mi reloj de bolsillo, en que había olvidado cogerlo para llevarlo a arreglar al centro comercial. Ya me lo había dejado en casa en varias ocasiones. Estaba pensando si me quedaba tiempo para dar media vuelta e ir a buscarlo, pero no acababa de decidirme, porque al no llevar ningún reloj encima, no sabía la hora que era. Fue un gran círculo vicioso. ¡Oh, Betty, fue por mi culpa! ¡Sólo por mi culpa, y ahora estoy atrapada aquí para siempre!

—Aunque te parezca que vaya a ser para siempre, sólo serán quince años —dice dulcemente su abuela.

—El que él vaya a la cárcel no me devolverá la vida —susurra Liz—. No hay nada que pueda hacerlo.

—Entonces, ¿le perdonas?

—No lo sé, quiero hacerlo, pero... —su voz se apaga. Se siente vacía. La ira y el deseo de venganza le daban fuerzas. Pero al no tener a sus antiguas amigas para que la apoyen, ahora sólo le queda una sola pregunta: ¿qué va a hacer?

—Volvamos a casa —dice su abuela cogiendo la bolsa de plástico con una mano y sacudiendo la arena del traje de neopreno de Liz con la otra.

Toman el camino más largo para volver a casa. El aire estival es cálido y el traje de neopreno se le pega a la piel.

En un jardín un niño y una niña corretean por el césped entre los aspersores aunque ya sea de noche.

En un porche un hombre muy anciano, encorvado y enjuto, sentado en una mecedora, agarra de la mano a una bella joven pelirroja. Liz piensa que el anciano debe ser el abuelo de la joven, hasta que los ve besarse. «Te amo», susurra la mujer al oído del anciano. Lo contempla como si fuera la persona más maravillosa del mundo.

En otro jardín otros dos niños más o menos de la misma edad juegan a lanzarse la pelota con un desgastado guante de béisbol.

—¿Quieres que entremos ya en casa? —le pregunta uno de los niños al otro haciendo una pausa.

—No, papá, sigamos jugando —responde el otro.

—¡Sí, juguemos toda la noche! —exclama el primero.

Liz contempla realmente la calle de Betty por primera vez.

Se detienen en la entrada de la casa de piedra rojiza de su abuela, pintada en un vivo tono púrpura. (Por extraño que parezca, Liz no se había dado cuenta de ello hasta ahora.)

El aire estival está cargado del perfume de las flores de Betty. El aroma, piensa Liz, es dulce y melancólico. Se parece un poco a la muerte y al enamoramiento al mismo tiempo.

—No voy a ir más a las Cubiertas de Observación, Betty, voy a buscar mi vocación, y cuando la encuentre te devolveré todo el dinero que me has prestado, te lo prometo —dice Liz.

—Te creo —responde su abuela mirándola a los ojos—. Y te lo agradezco mucho —añade tomando la mano de su nieta entre las suyas.

—Siento mucho lo del dinero —dice Liz sacudiendo la cabeza—. No sé si te has dado cuenta, pero todo este tiempo... Creo que estaba un poco deprimida.

—Lo sé, cielo —replica su abuela—, lo sé.

—Betty, ¿cómo has podido aguantarme todo este tiempo? —inquire Liz.

—Supongo que, al principio, por Olivia —responde Betty después de reflexionar unos momentos—. Te pareces mucho a ella.

—No creo que a nadie le guste que le digan que le aprecian porque se parece a su madre —observa Liz.

—He dicho, «al principio» —puntualiza su abuela.

—¿Así que no lo hiciste sólo por mamá?

—¡Claro que no, cariño! Lo hice por ti. Y por mí. Sobre todo por mí. Durante todo este tiempo me he sentido muy sola.

—¿Desde que llegaste a En Otro Lugar?

—Me temo que ya lo estaba mucho antes —confiesa Betty lanzando un suspiro—. ¿Te contó alguna vez tu madre por qué discutimos ella y yo?

—Tuviste una aventura amorosa —afirma Liz—, y durante mucho tiempo mamá no te lo perdonó.

—Sí, es cierto. En aquella época me sentía muy sola y desde entonces me he sentido así.

—¿Te has planteado volver a salir con alguien? —inquire Liz con delicadeza.

Betty sacude la cabeza y se echa a reír.

—Ya he tenido bastante con el amor, me refiero al amor romántico. He vivido demasiados años y he visto demasiadas cosas.

—Mamá te perdonó, ¿sabes? De lo contrario no me habría puesto tu nombre.

—Quizá. Creo que se sintió triste cuando yo fallecí. Y ahora te sugiero que nos vayamos a acostar.

Por primera vez Liz duerme profundamente, sin soñar. Antes siempre soñaba con la Tierra por las noches.

Al despertarse por la mañana, llama a Aldous Ghent para preguntarle si aún está libre el trabajo del Departamento de Animales Domésticos.

Sadie



—¡Tu primer trabajo verdadero! —exclama orgullosa Betty—. ¡Qué maravilloso, cariño! Recuérdame que te haga una foto cuando llegemos. Esta mañana estás muy callada —añade echándole una rápida ojeada al ver que Liz, sentada en el asiento del pasajero, no le responde.

—Sólo estaba pensando —dice ella esperando que no la despidan al primer día.

Aparte de hacer de canguro, Liz nunca había tenido un «verdadero trabajo» antes. No es que no quisiera, incluso quería trabajar en el centro comercial cuando a Zooey le salió un trabajo en él, pero sus padres no la dejaban. «Tu trabajo es el instituto», solía decirle su padre.

Y su madre también era de la misma opinión: «Ya tendrás tiempo de trabajar», le decía. Pero ahora Liz piensa sonriendo burlescamente que su madre se había equivocado de lleno esta vez.

Pero lo que más le preocupaba era lo de aprender canino. ¿Y si no era capaz de entender esta lengua y acababan despidiéndola tarde o temprano?

—Me acuerdo de mi primer empleo —dice su abuela—, cuando trabajé en el guardarropa de un club nocturno de la ciudad de Nueva York. En aquella época tenía diecisiete años y tuve que mentir y decirles que tenía dieciocho. Ganaba cincuenta y dos dólares a la semana, lo cual me parecía entonces un dineral —sonríe al acordarse de ello.

Cuando Liz sale del coche, Betty le hace una foto con una antigua Polaroid.

—¡Sonríe, cielo! —le ordena su abuela. Liz fuerza los músculos de su boca en un gesto que espera que parezca una sonrisa—. ¡Qué te lo pases muy bien, cariño! ¡Vendré a recogerte a las cinco! —añade Betty despidiéndose con la mano.

Liz, tensa, asiente con la cabeza. Contempla cómo el coche rojo de su abuela se aleja y tiene que reprimir su deseo de echar a correr tras él. El Departamento de Animales Domésticos se encuentra en un gran edificio de forma triangular, en la acera opuesta en la que está el Registro. El edificio se conoce como el Granero. Liz

sabe que debe entrar en el edificio, pero se ha quedado paralizada. Está sudando y tiene una extraña sensación en el estómago. Se siente como el primer día que fue al instituto. Respira hondo y se dirige a la entrada, porque si llegas tarde a una cita seguro que las cosas te irán mal.

Abre la puerta. Ve a una apresurada mujer con unos afectuosos ojos verdes y una masa de pelo rizado pelirrojo. Viste un peto tejano cubierto de pelo de perro y de gato, y de algo que parecen ser plumas verdes.

—Soy Josey Wu, la directora del DAD —dice tendiéndole la mano—. ¿Eres Elizabeth, la amiga de Aldous?

—Liz —puntualiza ella.

—Espero que no te moleste el pelo de perro.

—¡Qué va!, no es más que un regalito que dejan.

Josey sonríe.

—Hoy nos tenemos un montón de trabajo que hacer, Liz, o sea que puedes empezar poniéndote esta ropa —dice lanzándole un peto tejano.

Cuando Liz va al cuarto de baño para ponerse el pantalón, ve a una perra delgada y larguirucha, de talla mediana y pelaje rubio, de una raza indeterminada (es decir, un chucho), bebiendo del váter.

—¡Eh, preciosa! —le dice Liz—, no bebas de ahí.

La perra levanta la mirada y ladea la cabeza contemplándola con curiosidad.

—¿Acaso no es el bebedero? —le pregunta a Liz—. ¿Para qué serviría sino este chisme tan bajo lleno de agua? Incluso puedes conseguir agua fresca tirando de este asidero, ¿verdad? —dice haciendo una demostración y tirando de la cadena con su pata izquierda.

—No —le dice Liz con suavidad—. En realidad es un váter.

—¿Un váter? —pregunta el can—. ¿Qué es eso?

—Pues es un lugar al que va la gente.

—¿Al que va la gente? ¿Para qué?

—Pues ya te lo puedes imaginar —dice Liz con delicadeza.

La perra contempla asombrada la taza del váter.

—¡Rayos! ¿Quieres decir que todo este tiempo he estado bebiendo de un lugar donde los humanos hacen pis y...? —exclama asqueada, a punto de vomitar—. ¿Por qué nadie me lo ha dicho hasta ahora? ¡He estado bebiendo del váter durante años! No sabía lo que era, porque siempre cerraban la puerta al entrar en él.

—Te pondré agua de la pila —dice Liz localizando un pequeño cuenco y llenándolo de agua—. ¡Toma, preciosa!

La perra lame el agua con fruición. Después de beber le da a Liz un lametón en la pierna.

—Gracias —exclama agradecida—. Ahora que lo pienso, creo que mis bípedos intentaron evitar que bebiera del váter. Billy, mi amo, siempre procuraba cerrar la tapa —admite dándole un lametón, y después otro, y otro—. Si lo hubiera sabido,

habría dejado de hacerlo hace mucho. Por cierto, me llamo *Sadie*. ¿Y tú cómo te llamas?

—Liz.

—Encantada de conocerte, Liz —responde *Sadie* ofreciéndole la pata para que se la estreche—. La palmé la semana pasada. Este lugar es muy extraño.

—¿Cómo perdiste la vida?

—Mientras corría tras una pelota un coche me atropelló —cuenta *Sadie*.

—A mi también me atropelló un coche —explica la chica—, lo único es que yo iba en bicicleta.

—¿Tenías un perro? —inquire *Sadie*.

—¡Oh, sí! *Lucy*. Era mi mejor amiga.

—¿Quieres tener un nuevo perro? —pregunta *Sadie* ladeando la cabeza.

—¿Te refieres a que si quiero adoptarte, preciosa? —dice Liz.

Sadie baja la cabeza tímidamente.

—No sé si mi abuela me dejará, pero se lo preguntaré esta noche, ¿vale?

Josey entra en el cuarto de baño.

—¡Estupendo, Liz, me alegro de ver que ya os conocéis! —exclama rascándole a *Sadie* la zona entre las orejas—. Es el primer perro del que te ocuparás.

Sadie asiente con su suave y rubia cabecita.

—Por cierto, Aldous no me dijo que hablaras canino —señala Josey.

—Es que... —tartamudea—, en realidad no lo hablo.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Josey—. Si acabo de oírte mantener una conversación con *Sadie*.

Y entonces Liz se da cuenta. ¡Estaba hablando con *Sadie*!

Sonríe.

—Nunca lo había hablado antes. O al menos no sabía que pudiera hablar canino.

—Pues parece que lo hablas sin haberlo aprendido. ¡Qué increíble! En toda mi vida sólo he conocido un puñado de personas con esta facultad innata. ¿Estás segura de que no te enseñaron esta lengua en alguna parte?

Liz niega con la cabeza.

—Siempre he entendido a los perros y ellos me han entendido a mí —admite ella pensando en *Lucy* y en el perro del parque—. Aunque no sabía que fuera una lengua, una habilidad que debía aprenderse.

—Pues parece que estás destinada a trabajar aquí, Liz —observa Josey dándole unas palmaditas en la espalda—. Ven, vamos a ir a mi oficina. Discúlpanos, *Sadie*.

—Te acordarás de preguntárselo a tu abuela, ¿verdad? —dice *Sadie* mirando a Liz.

—Te lo prometo —responde ella rascándole entre las orejas antes de salir del lavabo.

—Como orientadora del Departamento de Animales Domésticos, tu cometido consiste básicamente en explicarle a cada nuevo perro que llegue todo sobre la vida de En Otro Lugar y en encontrarle un nuevo hogar. Ten en cuenta que para algunos perros será la primera conversación que mantendrán con un ser humano. Puede resultar un poco hirsuto, en ambos sentidos de la palabra —señala Josey, obviamente no era la primera vez que hacía esta broma a alguien.

—¿Es un trabajo muy difícil? —pregunta Liz.

—No. Los perros son mucho más flexibles que los humanos y aunque nosotros no siempre los entendamos, ellos nos entienden la mar de bien —responde Josey—. Lo más importante es hablar canino y tú ya sabes hablarlo. O sea que no te preocupes, Liz. Todo lo demás puedes aprenderlo sin ningún problema.

—¿Y qué hay de los otros animales? —inquire Liz.

—Como orientadora del Departamento de Animales Domésticos, tratarás sobre todo con perros, pero aquí también nos ocupamos de todos los otros animales domésticos: gatos, algunos cerdos, y de vez en cuando una serpiente, conejillos de Indias o algún otro animal. Aunque los peores son los peces, porque se mueren tan deprisa que se pasan la mayor parte del tiempo nadando de un mundo al otro.

En ese momento *Sadie* asoma la cabeza por la puerta de la oficina.

—¿No te olvidarás de preguntárselo, verdad?

—No, pero ahora estoy ocupada, *Sadie* —responde Liz. La perrita baja la cabeza y se va.

Josey se echa a reír y le susurra a Liz:

—¿Sabes? No puedes llevarte todos los perros que conozcas a casa.

—¡He oído lo que has dicho! —grita *Sadie* desde la otra habitación.

—Y también descubrirás que tienen un oído muy fino —añade Josey—. Ven, mostraré tu oficina.

Después de *Sadie*, Liz se ocupa de un inseguro y pequeño chihuahua llamado *Paco*.

—Pero ¿dónde está Pete? —pregunta *Paco* mirando con sus intensos ojitos la oficina sin ventanas de Liz.

—Lo siento, pero probablemente no lo verás durante una buena temporada. Él todavía está en la Tierra —le explica ella.

—¿Crees que Pete está enojado conmigo? —inquire *Paco*—. A veces me meo en sus zapatos cuando se va de casa y me deja solo mucho tiempo, pero no sé si se da cuenta. ¿Quizá ni lo nota? ¿Crees que se da cuenta? Soy un perro malo, muy malo.

—Estoy segura de que Pete no está enfadado contigo. No puedes verle porque has muerto.

—¡Oh! —exclama *Paco* en voz baja.

Por fin lo ha comprendido, piensa Liz.

—¿Lo entiendes ahora? —pregunta ella.

—Creo que sí —responde *Paco*—, pero ¿dónde está Pete?

Liz lanza un suspiro. Unos momentos después vuelve a explicárselo una vez más.

—¿Sabes, *Paco*?, yo durante mucho tiempo tampoco estaba segura de dónde me encontraba...

Cuando Liz sale de trabajar por la noche, *Sadie* la sigue hasta el coche.

—¿Qué hace este perro aquí? —pregunta Betty.

—Es *Sadie* —responde Liz—. ¿Puedo llevármela a casa? —añade ella en voz baja.

Sadie contempla expectante a Betty.

La abuela de Liz sonrío.

—Por lo que parece, *Sadie* ya ha tomado la decisión —la perra lame el rostro de Betty loca de alegría—. ¡Ay! —exclama ella—, bienvenida a la familia, *Sadie*, me llamo Betty.

—¡Hola, Betty! —le saluda *Sadie* saltando al asiento trasero—. ¿Sabías que me pusieron el nombre de una canción de los Beatles? Mi nombre entero es *Sexy Sadie*, pero no tienes por qué llamarme así, a no ser que quieras. Quiero decir que es un nombre un poco presuntuoso, ¿no crees?

—¿Qué está diciendo? —pregunta Betty a Liz.

—*Sadie* dice que le pusieron el nombre de una canción de los Beatles —traduce Liz.

—¡Oh, sí, la conozco! La canción dice «*Sexy Sadie*, ¿qué has hecho?» o algo parecido, ¿verdad?

—¡Sí, exactamente! Ésa es la canción! —grita *Sadie* poniendo una de sus patitas sobre el hombro de Betty—. ¡Eres un genio! —exclama mientras interpreta ladrando la canción.

Liz vuelve a reír con una bonita y fresca risa.

—¡Qué risa más preciosa tienes, cariño! —dice su abuela—. Creo que es la primera vez que la oigo.

El Pozo



Pese al modesto sueldo que cobra en el Departamento de Animales Domésticos, Liz le devuelve rápidamente a su abuela los eternims que le debía. Pronto descubre que aún le sobran unos cuantos y que en realidad no hay nada en lo que pueda gastárselos. Vive con su abuela y le paga una pequeña cantidad por la habitación y la comida; pero no necesita un seguro médico, ni un seguro para el coche (por desgracia), ni un seguro contra todo riesgo, ni ninguna otra clase de seguro; tampoco tiene que ahorrar para pagar la entrada de una casa, ni para la jubilación, ni para la universidad, ni para los estudios de sus hijos, ni para celebrar una espléndida boda o un nacimiento, ni para ninguna otra cosa. Tampoco ha vuelto a ir a la Cubierta de Observación. Le gustaría comprarse un coche, pero ¿de qué le serviría si no tiene el carné de conducir? Cuando no te estás preparando para la vejez, la senilidad, las enfermedades, la muerte ni los hijos, hay relativamente pocas cosas en las que puedes gastarte el dinero, piensa Liz lanzando un suspiro.

—Aldous ¿qué se supone que debo hacer con todos esos eternims? —le pregunta Liz a su orientador durante una de las reuniones que hacen cada mes para hablar de sus progresos.

—Comprarte algo que te guste —sugiere él.

—¿Como qué?

—¿Como una casa? —pregunta Aldous encogiéndose de hombros.

—No necesito una casa. Ya tengo la de Betty —responde ella—. ¿De qué me sirve ir a trabajar si no necesito realmente los eternims?

—Vas a trabajar... —Aldous hace una pausa— porque te gusta. Por eso se llama una vocación.

—¡Ah, entiendo!

—A ti Elizabeth te gusta tu trabajo, ¿no es cierto?

—No me gusta —responde Liz tras reflexionar unos momentos—, me encanta.

Hace sólo un mes que ha empezado a poner en práctica su vocación y ya se ha

convertido en una de las mejores orientadoras del Departamento de Animales Domésticos. Se encuentra en una inusual y envidiable situación: es excelente en su trabajo y le encanta hacerlo. El trabajo le ha ayudado a que su primer verano En Otro Lugar pasara rápidamente. Le ha hecho olvidarse de que está muerta.

Liz trabaja muchas horas y el poco tiempo libre que le queda lo pasa con Betty, *Sadie* o Thandi. (Al cabo de poco de empezar a trabajar en el Departamento de Animales Domésticos, le pidió disculpas a su amiga y ésta la perdonó rápidamente.) Intenta no pensar en sus padres ni en su hermano allá en la Tierra. Y la mayor parte del tiempo, lo consigue.

Incluso logra convencer a Thandi para que adopte a *Paco*, el confundido chihuahua. Al principio ella dudaba.

—¿Estás segura de que es un perro? A mí me parece más bien una rata —dice Thandi a Liz.

Paco también tiene sus dudas.

—No quiero ser grosero, pero ¿quién eres? Tú no eres Pete —pregunta el chihuahua a la chica.

—No, soy Thandi, pero si quieres puedes considerarme tu nuevo Pete.

—¡Ah! —exclama *Paco* pensativamente—. Creo que por fin lo entiendo. Estás queriéndome decir que Pete ha muerto, ¿verdad? —El chihuahua se había ahogado en una piscina infantil, pero por lo visto se había vuelto a olvidar de ello.

—Puedes verlo de esa forma, si lo prefieres —dice Thandi palmeándole con suavidad la cabeza.

Cada noche, después de salir de trabajar, las dos van a pasear con *Paco* y *Sadie* por el parque que hay cerca de la casa de Betty. Una de esas noches Liz le pregunta a Thandi:

—¿Eres feliz?

—Estar triste no sirve de nada —responde su amiga encogiéndose de hombros—. Aquí hace un clima muy agradable y me gusta trabajar en la tele.

—¿Te acuerdas de cuando yo creía que todo era un sueño? —dice Liz—. Me cuesta creer que llegara a pensar algo parecido, porque ahora todo me parece como la vida en la Tierra, y todo cuanto me ocurrió antes... a veces me parece como un sueño.

Thandi asiente con la cabeza.

—Algunos días —dice Liz— me pregunto si esto es todo lo que hay. Si la vida consiste sólo en trabajar y sacar a pasear al perro y nada más.

—Y si fuera así, ¿qué tiene de malo? —pregunta Thandi.

—¿Es que no echas en falta un poco de aventura? ¿O una relación amorosa?

—¿Morir no fue para ti una aventura lo suficientemente excitante? —dice Thandi sacudiendo la cabeza—. A mí ya me basta y me sobra con ello.

—Sí —responde Liz al fin—. Supongo que tienes razón.

—Creo que tú ya estás viviendo una aventura, pero ni siquiera te das cuenta —

señala su amiga.

Y, sin embargo, hay algo que Liz no puede sacarse de la cabeza. Dentro de dos semanas su padre cumplirá cuarenta y cinco años. Varios meses antes de su cumpleaños Liz había estado en la sección masculina de Lord & Taylor con Zooey. Mientras su amiga había estado comprando unos boxers de seda que quería regalarle a John, su novio, el día de San Valentín (no sabía si comprarle unos con unos diminutos cupidos que brillaban en la oscuridad o unos con un par de osos polares besándose abrazados para toda la eternidad), Liz había visto un jersey de cachemir de color verdemar que era del mismo tono que los ojos de su padre. El jersey costaba ciento cincuenta dólares, pero era perfecto para él. Ella había ahorrado esta cantidad trabajando de canguro durante varios meses. Su parte lógica del cerebro había empezado a protestar. «Aún falta mucho para el cumpleaños de tu padre —le decía—. El jersey es un poco extravagante —insistía—. Quizá puedas convencer a tu madre para que lo compre.» Pero ella había ignorado la voz. Sabía que si no compraba el jersey ahora, al volver a la tienda probablemente ya no lo encontraría. (Nunca se le ocurrió que podía ser ella la que desaparecería del mapa.) Además, no quería que lo comprara su madre sino regalárselo ella con su propio dinero. Así sería un regalo más auténtico. Después de respirar hondo, había dejado el dinero sobre el mostrador y lo había comprado. En cuanto llegó a casa, había envuelto el jersey con un bonito papel y había escrito una tarjeta de cumpleaños para su padre. Después había escondido el regalo en el estrecho espacio que quedaba debajo de una plancha de madera suelta de su armario, donde estaba segura que nadie lo encontraría.

De todas las cosas por las que se podía preocupar, la idea de que su padre nunca iba a recibir el jersey que ella le había comprado la torturaba de una manera irracional. Su padre nunca sabría que ella se había gastado ciento cincuenta dólares en él. Quizá su familia acabara yéndose a vivir a otro lugar y su padre nunca encontrase el regalo ni sabría que ella lo amaba tanto que incluso le había comprado el perfecto suéter de color verdemar. Seguiría oculto en aquel lugar, hasta atraer a las polillas y acabar convirtiéndose en unas inidentificables hebras de lana de cachemir de color verdemar. Liz piensa que un jersey tan bonito no se merece un final tan trágico.

Sabe que establecer «contacto» es ilegal, pero se niega a creer que un insignificante jersey pueda causarle grandes problemas. Si de algo está segura es de que al regalárselo ayudará a su padre a aceptar mejor su muerte.

Así que por segunda vez Liz decide ir buceando al Pozo. Ya tiene el equipo y esta vez lo hará por una buena razón. Además, la vida es mejor con un poco de aventura.

Llega a la playa al ponerse el sol. Bucear hasta el Pozo es el proyecto más ambicioso que ha emprendido hasta ahora. No sabe la profundidad que tendrá, ni qué es lo que encontrará al llegar al punto más profundo. Pero decide olvidarse de todas esas

preocupaciones. Comprueba el indicador de oxígeno de su Tanque Infinito por última vez y se lanza al agua.

Cuanto más desciende, más oscura está el agua. Liz siente a su alrededor la presencia de otras personas. Seguramente también están yendo al Pozo, piensa. Durante su descenso, distingue de vez en cuando vagas formas y misteriosos susurros que le producen una extraña y casi espeluznante sensación.

Por fin llega al Pozo. Es el lugar más triste y silencioso de todos los que ha conocido. Da la impresión de ser el desagüe de un fregadero. De la abertura emana una intensa luz. Liz mete la cabeza en ella, dentro de la luz. De pronto ve su casa en Carroll Drive. La imagen de su hogar aparece borrosa, como una acuarela abandonada al sol. En la cocina, su familia está sentada a la mesa para cenar.

Liz habla con la cabeza dentro del Pozo. Su voz suena distorsionada al estar bajo el agua. Sabe que debe elegir las palabras cuidadosamente para que puedan entenderla. «SOY LIZ. BUSCAD DEBAJO DE LAS TABLAS DE MADERA DEL ARMARIO. SOY LIZ. BUSCAD DEBAJO DE LAS TABLAS DE MADERA DEL ARMARIO.»

De pronto, todos los grifos de la casa de Liz se abren de golpe: el agua empieza a salir a borbotones de las duchas y las pilas, del lavavajillas e incluso del váter. Su padre, su madre y su hermano se miran unos a otros perplejos. *Lucy* se pone a ladrar con insistencia.

—¡Qué extraño! —dice su madre levantándose para cerrar el grifo de la cocina.

—Debe haber algún problema con las tuberías —añade su padre antes de ir al baño para cerrar la ducha y el grifo del lavabo.

Sólo Alvy sigue sentado en la mesa. De pronto, oye un débil y agudo sonido saliendo del grifo, pero aún no sabe a qué se debe. Liz ve desde el Pozo cómo su hermano se recoge el pelo detrás de las orejas. ¡Qué largo lo lleva!, piensa. ¿Por qué no se lo habrá cortado?

Después de cerrar los grifos, sus padres se sientan de nuevo a la mesa. Al cabo de cinco segundos, el agua vuelve a salir a borbotones.

—¡Malditas cañerías! —exclama su padre levantándose para cerrar los grifos por segunda vez.

Cuando su madre está también a punto de levantarse, Alvy aparta de pronto su silla de la mesa y grita:

—¡CALLAD!

—¿Qué pasa? —pregunta alarmada la madre.

—No hagáis ruido —ordena Alvy con una seguridad que no es habitual en un niño de ocho años—, y por favor no cerréis los grifos.

—¿Por qué? —preguntan sus padres al unísono.

—Es Lizzie —dice Alvy en voz baja—. Creo que puedo oírla.

En ese instante su madre prorrumpe en sollozos. El padre mira atónito a Alvy.

—¿Es alguna clase de broma? —le pregunta.

El niño pega la oreja al grifo. Logra entender la voz de Liz.

«ALVY, SOY LIZ. HAY ALGO PARA PAPÁ DEBAJO DE LAS TABLAS DE MADERA DE MI ARMARIO.»

Él asiente con la cabeza.

—Se lo diré, Lizzie. ¿Estás bien?

Liz no puede contestarle, porque en ese instante alguien le echa una red encima y empieza a sacarla del agua.

Intenta zafarse de la red moviendo frenéticamente los brazos y los piernas. Pero sus esfuerzos son en vano. Cuanto más intenta librarse, con más fuerza le aprieta la red. Liz comprende rápidamente que es inútil intentar escapar. Lanza un suspiro, aceptando con elegancia su momentánea derrota. Al menos saldrá más deprisa a la superficie que si lo hubiera hecho buceando.

La red la saca del agua con una asombrosa velocidad, casi como si fuera la escena de una inmersión vista al revés. Al principio le preocupa que pueda contraer la enfermedad del buzo. Pero pronto descubre que la red parece protegerla con su propio sistema de presurización. ¡Qué extraño, piensa ella, que En Otro Lugar las redes tengan un mecanismo tan avanzado! ¿Por qué una civilización querría desarrollar unas redes tan sofisticadas? Quizá sea para... Liz intenta olvidarse de todos estos pensamientos para concentrarse en la situación en la que se encuentra.

Aunque la hayan atrapado in fraganti, su estado de ánimo es bueno. Está casi segura de que su misión ha sido todo un éxito. Por supuesto, nadie la había avisado de la extraña forma en la que se comunicaría con los vivos desde el Pozo: su voz distorsionada se había oído por el ruidoso grifo como una airada tetera. ¿Ser un fantasma era eso en el fondo?

Liz se agarra a la red. Se pregunta adónde la están llevando. Sin duda su viaje al Pozo la ha metido en problemas. Pero al pensar en ello, se alegra de haber ido.

Al llegar a la superficie, se prepara para afrontar el frío aire nocturno. Aunque su traje de neopreno sea de buena calidad, se pone a temblar. Al sacarse las gafas de buceo, ve un remolcador blanco en medio del agua y la borrosa figura de un hombre de pelo negro de pie en la cubierta. Cuando se encuentra ya más cerca del barco, Liz ve que esa persona lleva gafas de sol, aunque sea de noche. Calcula que probablemente es mayor que ella y más joven que Curtis Jest. (Aunque En Otro Lugar calcular la edad de alguien es un asunto muy peliagudo.) Su cara le es familiar, pero no recuerda dónde la ha visto.

La red se abre y Liz es arrojada sin miramientos a la embarcación. En cuanto entra en contacto con la dura cubierta, el hombre le suelta con voz severa:

—Elizabeth Marie Hall, soy el detective Owen Welles, del Departamento de Delitos y Contactos Sobrenaturales. ¿Sabes que al intentar establecer «contacto» con los vivos has violado la ley de En Otro Lugar?

—Sí —responde Liz con seguridad.

Owen Welles parece sorprendido por la respuesta. Esta mujer, o más bien esta

chica, admite de buen grado haber violado la ley, cuando la mayoría de la gente al menos intenta fingir no saberlo, piensa.

—¿Podrías, por favor, quitarte las gafas? —le pide Liz.

—¿Por qué?

—Porque quiero verte los ojos. Quiero comprobar hasta qué punto me he metido en un problema —explica ella sonriendo.

Al detective Owen Welles no le gusta la idea de sacarse las gafas. Nunca va a ninguna parte sin ellas, porque cree que le dan un aspecto más autoritario. ¿Y por qué sonrío ella al pedírselo?

—A estas horas ya no las necesitas. Después de todo, es de noche —añade Liz.

Owen está empezando a irritarse. Odia que alguien le pregunte por qué lleva gafas de sol por la noche. Ahora sí que no piensa quitárselas.

—Owen Welles —repite Liz en voz alta—. O. Welles suena como ¡Oh, Pozos! —dice riéndose de su propia broma, aun sabiendo que no es demasiado buena.

—Exactamente, ya me lo habían dicho antes —observa él sin reírse.

—¡Oh, Pozos! —repite ella y luego se ríe de nuevo—. ¿No te parece extraño que una persona con un apellido que significa «Pozos» en inglés se ocupe de vigilar el Pozo?

—¿Qué tiene de extraño? —pregunta Owen.

—Que es una rara coincidencia, supongo —alega Liz—. Mmm..., ¿podrías decirme cuál es el castigo que merezco, o la multa, lo que sea, para que pueda irme a casa?

—Antes he de mostrarte algo. Sígueme —le dice él.

Owen cruza con Liz la cubierta principal para acompañarla a un telescopio que hay en la popa.

—Mira por él —le ordena.

Ella obedece. El telescopio funciona de una forma similar a los prismáticos de las Cubiertas de Observación. Al mirar por él, ve el interior de su casa de nuevo. Su hermano está arrodillado frente al armario de sus padres buscando frenéticamente unas planchas de madera sueltas. Alvy no deja de murmurarse a sí mismo «Me dijo que estaba en el armario».

—¡Oh, no! —exclama Liz—. Lo está buscando en el armario equivocado. ¡Alvy, está en mi armario!

—No puede oírte —le recuerda Owen.

Liz puede ver a través del telescopio a su padre gritando al pobre Alvy.

—¡Sal de ahí! —grita su padre tirando a su hijo por el cuello de la camisa con tanta fuerza que se lo desgarr—. ¿Por qué te inventas estas historias sobre Lizzie? ¡Ella está muerta y no quiero que te inventes esos cuentos!

Alvy se echa a llorar.

—¡No se la ha inventado! ¡Sólo me ha entendido mal! —grita Liz con el corazón acelerado.

—¡No me la he inventado! —protesta Alvy—. Liz me lo ha dicho. Ella me dijo... —se interrumpe al ver que su padre levanta la mano para darle un bofetón.

—¡NO! —grita Liz.

—Elizabeth Hall, no pueden oírte —le recuerda Owen.

En ese momento su padre se detiene de golpe. Respira hondo y baja lentamente la mano. Liz ve cómo se desploma y se echa a llorar en el suelo.

—¡Oh, Lizzie! —exclama sollozando inconsolablemente—. ¡Lizzie! ¡Mi pobre Lizzie! ¡Lizzie!

La imagen del telescopio se desdibuja y luego desaparece. Liz se aparta de él.

—Mi padre nunca nos ha pegado —dice con un hilo de voz—, y sin embargo ha estado a punto de darle un bofetón a Alvy.

—¿Lo ves ahora? —pregunta Owen con suavidad.

—¿Si veo el qué?

—Que no es una buena idea hablar con los vivos, Liz. Crees que los estás ayudando, pero sólo empeoras las cosas.

Ella se vuelve de pronto hacia Owen.

—¡Es por tu culpa! —exclama.

—¿Por mi culpa?

—Habría hecho que Alvy entendiera lo que le estaba diciendo si tú no me lo hubieras impedido capturándome con la red —Liz se acerca a Owen—. ¡Quiero que me lleves de vuelta al lugar!

—¡Ni lo sueñes! Es increíble, ¡qué morro!

—Si no me ayudas, lo haré yo misma —dice ella corriendo al extremo del remolcador. Owen la persigue para evitar que se lance al agua.

—¡SUÉLTAME! —grita ella. Pero él es más fuerte que Liz y ésta ya ha tenido un largo día. De súbito se siente muy cansada.

—Lo siento —se disculpa Owen—. Lo siento mucho, pero así es cómo tiene que ser.

—¿Por qué? —pregunta Liz—. ¿Por qué debe ser así?

—Porque los vivos tienen que seguir con su vida y los muertos con la suya.

Liz mueve la cabeza mostrando incredulidad.

Owen, comprensivo, se quita las gafas de sol revelando unos ojos negros enmarcados por unas largas pestañas.

—Por si te sirve de ayuda —dice—, sé cómo te sientes. Yo también fallecí joven.

Liz contempla su rostro. Al no llevar las gafas de sol, ve que él sólo es algo mayor que ella, probablemente tiene unos diecisiete o dieciocho años.

—¿Cuántos años tenías cuando llegaste aquí?

Owen hace una pausa.

—Veintiséis —responde al fin.

Veintiséis, piensa Liz amargamente. Tener veintiséis años es muy distinto de tener quince. A los veintiséis estás haciendo todo aquello con lo que soñabas a los quince.

Cuando por fin Liz habla, lo hace con la melancólica voz de una persona mucho más madura de lo que le corresponde para su edad.

—Yo tengo quince años, señor Welles. Nunca cumpliré dieciséis, y dentro de poco tiempo volveré a tener catorce. No iré al baile del instituto, ni a la universidad, ni a Europa, ni a ningún otro lugar. Ni siquiera me podré sacar el carné de conducir en Massachusetts ni terminar el instituto. Nunca viviré con alguien que no sea mi abuela. No creo que puedas saber lo que yo siento.

—Tienes razón —admite él en voz baja—. Sólo quería decir que a ninguno de los que estamos aquí nos resulta fácil seguir con nuestra vida.

—Yo ya estoy siguiendo adelante con la mía —dice Liz—. Sólo necesitaba dar este último mensaje a mis padres. Dudo que hubiera hecho que las cosas cambiaran, salvo para mí, pero necesitaba hacerlo.

—¿De qué se trataba? —pregunta Owen.

—¿Por qué tendría que decírtelo?

—Es por el informe que tengo que redactar —responde él. Aunque por supuesto, esto sólo es verdad en parte.

Liz lanza un suspiro.

—Pues se trata de un jersey de cachemir, de color verdemar, que había escondido debajo de unos listones de madera sueltos de mi armario. Quería regalárselo a mi padre el día de su cumpleaños. El color del jersey hace juego con sus ojos.

—¿Un jersey? —pregunta Owen incrédulo.

—¿Qué hay de malo en ello? —pregunta a su vez Liz.

—No quiero ofenderte, pero la mayoría de la gente decide ir al Pozo porque tiene unos asuntos más importantes que resolver —explica él moviendo la cabeza con incredulidad.

—Pues para mí era importante —insiste Liz.

—Me refiero a un asunto de vida o muerte. Como la localización de unos cuerpos enterrados, el nombre de un asesino, un testamento, dinero. ¿Entiendes lo que quiero decirte?

—Lo siento, pero para mí es lo más importante que me ha pasado en toda mi vida —confiesa Liz—. Sólo soy una chica que se olvidó de mirar a un lado y a otro antes de cruzar la calle.

Los pitidos de una sirena en medio de la niebla indican que el remolcador ha llegado al puerto.

—¿Estoy ahora metida en un problema? —pregunta intentando que su voz suene animada.

—Como ha sido tu primer delito, no te pasará nada. Pero tendré que comunicárselo a tu consejero de aclimatación. ¿Es Aldous Ghent, verdad?

Liz asiente con la cabeza.

—Ghent es un buen hombre. Durante las seis próximas semanas no podrás ir a las Cubiertas de Observación y además tengo que confiscarte el equipo de buceo durante

ese tiempo.

—¡De acuerdo! —dice Liz altiva—. ¿Puedo irme ya a casa?

—Si vuelves a ir al Pozo, te meterás en un serio problema. Espero no volver a verte por ahí, Elizabeth Hall.

Liz asiente con la cabeza.

Mientras se dirige andando a la parada del autobús, piensa en Alvy y en su padre, y en todos los problemas que le ha causado a su familia. Abatida y con la ropa ligeramente mojada, se da cuenta de que probablemente Owen Welles tiene razón. Debe pensar que soy una estúpida, se dice Liz.

Pero Owen Welles no tiene en absoluto esta opinión de ella.

Las personas que trabajaban para el Departamento de Delitos y Contactos Sobrenaturales eran, la mayoría de las veces, las que más problemas tenían para aceptar su propia muerte. Aunque simpatizaran mucho con los violadores de la ley, comprendían demasiado bien que habían de mantenerse firmes con los que intentaban establecer «contacto» por primera vez. Intentar contactar con los vivos era un juego muy peligroso.

Por extraño que parezca, Owen Welles se descubre pensando en ese jersey de cachemir de color verdemar. No sabe por qué, pero no puede sacárselo de la cabeza. Supone que se debe a que Liz le ha pedido algo muy concreto. La mayoría de las personas que visitaban el Pozo necesitaban que se les impidiera hacerlo por su propio bien, si no acabarían obsesionándose con los de la Tierra. Pero el caso de Liz era distinto.

¿Qué hay de malo en que el padre de Liz reciba su jersey?, se pregunta Owen. Tal vez tras haber perdido a su encantadora hija que falleció en la flor de la vida sus padres se sientan un poco mejor al tenerlo.

Un pedacito de hilo



Cuando se sentía estresada Liz acariciaba instintivamente los puntos de encima de su oreja y la noche que había ido al Pozo había acabado siendo una experiencia muy estresante para ella. Al meterse en la cama, descubre que el hilo de los puntos ha desaparecido. Por primera vez en meses, llora y llora desconsoladamente.

Supone que debe haberlo perdido durante la inmersión, probablemente a causa de la intensa presión y de la gran cantidad de agua. Liz está desesperada, porque ha perdido para siempre el último objeto que le quedaba de la Tierra. Incluso se plantea ir a buscarlo. Pero rechaza enseguida la idea. En primer lugar, porque le han prohibido bucear, y en segundo, aunque no se lo hubieran prohibido, porque sería una locura intentar encontrar un hilo (que en realidad era de poliéster) de menos de ocho centímetros de largo y de un milímetro de grosor en medio del mar.

Se toca la cicatriz con el dedo meñique. Apenas puede sentirla. Sabe que también desaparecerá pronto. Y cuando esto ocurra, será como si nunca hubiera estado en la Tierra.

Liz se echa a reír al pensar en el mar de lágrimas que ha derramado por un pedacito de hilo, en el drama que ha montado por un jersey. Su vida se reduce a un carrete de hilo. Ahora que lo piensa, no está segura de cuándo lo perdió. La verdad es que no ha necesitado tocárselo demasiado desde que ha empezado a dedicarse a su vocación. En realidad, ni siquiera se acuerda de cuándo se lo tocó por última vez antes de esta noche. Quizá ya hiciera un tiempo que lo había perdido (¿o tal vez los puntos estaban cosidos con ese hilo que se disuelve y ni siquiera lo había advertido?). Liz se echa a reír de nuevo.

Al oírla reír, Betty asoma la cabeza por la habitación.

—¿De qué te ríes? Dímelo, así yo también me puedo reír un poco.

—Hoy me han detenido —comenta ella riendo.

Betty se echa a reír, pero luego se pone seria de golpe y enciende la luz de la habitación de Liz.

—¿Es una broma?

—No. Me han detenido por ir buceando hasta el Pozo. Estaba intentando entrar en «contacto» con papá —confiesa ella encogiéndose de hombros.

—¡Liz!

—¡No te preocupes, Betty!, he aprendido la lección. El viaje ha salido mal. Si quieres te contaré toda la historia —dice ella.

Betty se sienta en la cama de Liz. Después de haberla escuchado, le dice:

—¿Sabías que algunas personas se ahogan en ese lugar? Nadie vuelve a encontrarlas. Se quedan en el fondo del océano, medio muertas.

—No te preocupes, yo no voy a ahogarme porque no pienso volver —le asegura Liz con firmeza—. Lo peor de todo es que el último recuerdo que Alvy tendrá de mí es que le he mentado y le he metido en problemas. Si hubiera sabido que no iba a encontrar el jersey, sólo le habría dicho: «¡Hola, Alvy!, eres un gran hermano y te quiero».

—Él ya sabe que le quieres —dice Betty.

Liz vuelve a tocarse los puntos, pero ya no están ahí.

—Betty, ¿cómo puedo dejar de añorar la Tierra?

—No puedes —responde su abuela.

—O sea que no tengo remedio —dice ella lanzando un suspiro.

—¡Liz, yo no he dicho eso! —exclama amonestándola su abuela—. Tengo una idea. Haz una lista con todo lo que más echas de menos de la Tierra. Piénsalo bien antes de escribirla. No incluyas en ella un montón de nombres, sino sólo los de las personas que más echas en falta, porque aquí también hay un montón de gente.

—Vale, y después ¿qué hago con ella?

—La arrojas a la basura y aceptas que nunca vas a recuperar todo eso o intentas recuperarlo.

—¿Y cómo puedo recuperarlo? —pregunta Liz.

—¡Ojalá lo supiera! —responde Betty.

—¿Cuántas cosas puede contener la lista?

—De tres a cuatro. Cinco como máximo.

—Betty, no es cierto que pueda recuperar lo que escriba en la lista, ¿verdad?

—¡Recuerda que acabas de pedirme consejo! —dice su abuela—. Y ahora es mejor que nos vayamos a dormir.

Su abuela apaga la luz y sale de la habitación.

—¡Eh, Betty! —grita Liz—. ¡Gracias!

—¿Por qué, cariño?

—Por... —su voz se apaga—. Por no estar haciéndolo nada mal como abuela —susurra Liz.

Al día siguiente Liz hace la lista.

- 1) *Los bollos y el salmón ahumado que tomaba con mamá, papá y Alvy los domingos por la mañana.*
- 2) *La sensación de que pronto va a pasarme algo muy bueno.*
- 3) *Varios olores: el dulce olor a galletas de mamá, el acre y penetrante olor a jabón de papá, el olor a pan de levadura de Alvy.*
- 4) *Mi reloj de bolsillo.*

Liz lee la lista. Al ver lo que ha escrito, no está segura de lo que debe hacer con ella. ¿La tiro o intento recuperar todo cuanto hay en la lista? ¿No podría ser una combinación de ambas cosas?

¿O quizá Betty sólo estaba bromeando conmigo al decirme que podía recuperarlo?

Liz da con la respuesta. Se echa a reír y tira la lista.

Por un momento piensa en su reloj de bolsillo. ¡Qué extraño que apenas se haya acordado de él desde que está En Otro Lugar! Había pertenecido a su padre y ella había estado soñando con él durante años antes de obtenerlo. En la parte frontal había grabada la figura de dos amantes en una góndola, y en el interior, las iniciales de su padre: A. S. H. El reloj de plata hacía un peculiar y agradable sonido, casi como el de una tenue campanita y su padre lo pulía tan a menudo que tenía el color de la luna. Al cumplir trece años su padre le había dicho que ya era lo bastante mayor como para tener el reloj y se lo había regalado. Ella le había prometido que siempre lo limpiaría y lo mantendría en buen estado. Pero un mes antes de morir, el reloj había dejado de funcionar y ahora ella se siente culpable por no haberlo llevado a reparar. Odia imaginar que su padre lo encuentre estropeado y piense que no se ha preocupado de cuidarlo como es debido.

La inmersión de Owen Welles



La madre de Owen Welles era profesora universitaria y el padre un pintor de la ciudad de Nueva York. La pareja adoraba a este niño tan sonriente, parlanchín y guapo, su único hijo. Owen tuvo una infancia agradable y sin traumas. A los trece años conoció a Emily Reilly, una niña pelirroja de su misma edad. Emily vivía en la puerta de al lado. Owen residía en el piso 7C y Emily en el 7D. Los dormitorios de ambos tenían una pared en común, de modo que por la noche, cuando se suponía que estaban durmiendo, se enviaban mensajitos en morse. Al cabo de poco a Owen le pasó lo que les ocurre a muchos chicos que entablan amistad con la vecina de la puerta de al lado: se enamoró de Emily. Fueron juntos a los bailes del instituto y a otras oportunidades ideales para sacarse una bonita foto, hasta que terminaron el instituto.

Después Emily fue a la Universidad de Massachusetts y Owen a la de Nueva York. Tras cuatro años de estar pagando unas exorbitantes facturas telefónicas por las interminables conversaciones que mantenían, se casaron a los veintidós años.

En un arrebato de tradicionalismo que sorprendió a todos los implicados, Emily incluso adoptó el apellido de Owen. Emily Reilly se convirtió por tanto en Emily Welles.

Para ahorrar dinero, Owen y Emily se fueron a vivir a Brooklyn. Ella fue a la Facultad de Medicina y él se convirtió en bombero. No estaba seguro de querer ser siempre bombero, pero le gustaba este trabajo y era bueno en él.

En el año que Owen cumplía veintiséis años falleció mientras combatía un incendio de lo más común. Una mujer de ochenta y un años se había dejado el fogón de la cocina encendido y su piso acabó ardiendo. Owen localizó tres de los gatos de la anciana fácilmente, pero no pudo dar con el cuarto, un joven gato blanco llamado *Koshka*, que se había quedado dormido en un armario sin advertir el fuego. No pudo encontrar a *Koshka* hasta la mañana siguiente. El gato se estaba lamiendo felizmente las patas a los pies de la litera de Owen mientras viajaban en el *Nilo*. Tanto él como

Koshka habían muerto asfixiados. «Tengo sed», maulló el gato. Pero por desgracia Owen no hablaba gatuno.

No se tomó su muerte nada bien. Cuando estás enamorado te resulta mucho más difícil morirte.

A causa de Emily, Owen hizo todo lo posible por volver a la Tierra. Intentó regresar con el barco, pero lo descubrieron antes de que zarpara.

No fue la primera persona en volverse adicta a los prismáticos de la Cubierta de Observación. Gastó una enorme cantidad de eternims que le habían prestado contemplando a Emily hasta que los ojos se le ponían vidriosos.

Intentó ir al Pozo ciento diecisiete veces, batiendo el récord de inmersiones ilegales. A veces conseguía comunicarse con Emily, pero lo único que logró es hacerla casi enloquecer. Ella lo echaba muchísimo de menos y sus visitas semirregulares sólo hicieron que las cosas empeoraran. Emily dejó de ir a la Facultad de Medicina. Se quedaba en casa esperando a que Owen regresara. Al final él comprendió que estaba haciendo daño a su mujer y que debía dejar de verla. No quería arruinar la vida de Emily. Como era un experto en establecer «contactos» ilegales, le pareció de lo más natural era trabajar en el departamento que se ocupaba de ellos.

Owen tenía ahora diecisiete años y hacía ya nueve que trabajaba en este departamento. No tenía demasiados amigos y sólo contaba con algunos parientes que raras veces veía. Una vez a la semana (ni más, ni menos) se permitía ir a contemplar a Emily con los prismáticos. Cada jueves por la noche veía cómo ella envejecía mientras él se volvía cada día más joven. Ella tenía treinta y cinco años y se había especializado en quemaduras. (El otoño que siguió a la muerte de Owen volvió a la Facultad de Medicina.) Nunca se casó de nuevo y aún seguía llevando la alianza. Owen también llevaba una. La había comprado En Otro Lugar para reemplazar la que había dejado en la Tierra.

En un determinado momento comprendió que probablemente nunca volvería a ver a Emily. Había hecho los cálculos. Lo más seguro era que para cuando Emily llegara a En Otro Lugar, él ya habría regresado a la Tierra. Había aprendido a vivir con esta certeza, pero aunque hubieran transcurrido diez años, Emily Reilly seguía siendo la persona más importante que había en su vida.

Cuando la gente le preguntaba si estaba casado, él respondía que sí. Al hacerlo le daba la sensación de estar mintiendo y diciendo la verdad al mismo tiempo. Como es lógico Owen tenía a menudo la sensación de ser un farsante. ¿Cómo podía aconsejar a los demás que hicieran lo que él había sido incapaz de hacer? Al conocer a alguien como Liz, se sintió muy avergonzado. En su opinión ella deseaba de veras seguir con su vida y él le había frenado en ese proceso. Owen sentía que debía subsanar el daño que le había causado.

Así que decidió ir buceando al Pozo, la primera inmersión que iba a realizar por una razón personal en muchos años.

Al echar un vistazo desde el borde del Pozo, localiza rápidamente la casa de Liz en Medford, Massachusetts. Descubre a Alvy sentado a la mesa de la cocina, bebiendo un vaso de zumo de manzana.

Como Owen ha hecho ya tantos viajes al Pozo, tiene mucha experiencia en cómo establecer «contacto». Por eso cuando habla a través del Pozo, sólo se abre el grifo de la cocina.

—Hola —dice Owen.

Alvy lanza un suspiro.

—¡Te has equivocado de casa! La única persona muerta que conozco es mi hermana Lizzie.

—Yo también conozco a Liz.

—¿Ah, sí? —exclama Alvy—. Cuando la veas dile que estoy muy enfadado con ella porque no encontré nada en el armario y me metió en un gran problema.

—Lo buscaste en el armario equivocado —dice Owen—, está debajo de los listones de madera sueltos del armario de Liz.

Alvy deja el vaso sobre la mesa.

—¡Qué bien! ¿Y quién eres tú?

—Supongo que un amigo de Liz. Por cierto, ella siente mucho haberte metido en problemas.

—Pues dile que la echo de menos —responde Alvy—. Y que la mayor parte del tiempo fue una buena hermana. ¡Ah!, y dile también ¡feliz día de Acción de Gracias! de mi parte.

El padre de Liz entra en la cocina. Cierra el grifo.

—¿Por qué has vuelto a abrir el grifo? —le pregunta.

—Se abrió solo —le responde Alvy—. Papá, no te enfades conmigo, pero he de mostrarte algo en el armario de Liz.

Owen se queda para ver a Alvy subiendo las escaleras y conduciendo a su padre hasta la habitación de Liz. Observa cómo aparta un listón de madera suelto que había en la parte izquierda del armario y saca una caja envuelta en papel de regalo y con una tarjeta que pone: PARA PAPÁ.

Cuando Owen sale a la superficie una hora más tarde, sus colegas del departamento le están esperando.

—Pensé que te gustaría saber que tu padre ya tiene el jersey —explica algo incómodo Owen por la noche frente al escritorio de la oficina de Liz, antes de la cena del día de Acción de Gracias. Aunque En Otro Lugar no sea un día festivo, muchos americanos siguen celebrando este día de todos modos.

—¿Fuiste al Pozo por mí?

—Tu hermano... ¿Se llama Alvy, verdad?

Liz asiente con la cabeza.

—Alvy me ha dicho que te desee «feliz día de Acción de Gracias» de su parte —añade Owen volviéndose para irse.

—¡Espera! —exclama Liz sujetándolo por el brazo—. Espera un minuto, aún no puedes irte —añade ella dándole un abrazo—. ¡Gracias!

—De nada —responde él con brusquedad.

—¿Le gustó mi jersey? —pregunta Liz.

—Le encantó. Hacía juego con sus ojos tal como dijiste —al pronunciar estas palabras Owen se da cuenta de que el jersey también hace juego con los ojos de Liz.

Ella se sienta en la silla de su escritorio.

—No sé cómo agradecértelo.

—Sólo he hecho mi trabajo.

—¿Darle a mi padre un jersey forma parte de tu trabajo?

—Bueno, técnicamente no —admite Owen.

—¿Qué más te dijo Alvy?

—Me dijo que fuiste una buena hermana. Que lo fuiste la mayor parte del tiempo.

Liz se echa a reír y coge a Owen de la mano.

—Ven a cenar a mi casa para celebrar con nosotras el día de Acción de Gracias. Bueno, no es mía, sino de Betty. Betty es mi abuela.

—Yo... —empieza a decir él mirando a otra parte.

—¡Claro! —exclama Liz—, como es tan tarde ya debes tener otros planes.

Owen lo piensa durante un momento. Nunca tiene otros planes. Siempre suele evitar las fiestas como el día de Acción de Gracias, las celebraciones en las que la gente se reúne con sus seres queridos. Aunque hayan transcurrido ya diez años, tener cualquier otro plan le parece traicionar a Emily. Normalmente suele pasar las fiestas especiales cenando solo en casa.

—¡Esto del día de Acción de Gracias es muy extraño! —dice Owen por fin—. ¿Por qué tantos de nosotros lo seguimos celebrando aquí? ¿Lo hacemos sólo por inercia? ¿O simplemente porque se ha hecho siempre?

—Escucha, no tienes por qué venir si...

—Y la gente —le interrumpe Owen—, apenas piensa en el significado de la fiesta para los del país, y en realidad esta celebración no tiene nada que ver con lo que ocurre aquí. Y, sin embargo, cuando llega el día de Acción de Gracias, siempre, pese a todo, me apetece celebrarlo y quiero tener buenos propósitos y comer pastel. Es algo que está grabado en mi cabeza. ¿Por qué?

—Sé lo que quieres decir. Este último mes de septiembre yo aún seguía queriendo comprar los libros de texto del instituto, aunque sabía que ya no iba a ir más a él —confiesa Liz—. Sin embargo, este caso es un poco distinto del que estamos hablando. Yo creo que lo hacemos para seguir siendo como las personas de la Tierra. O para sentirnos cerca de ellas. Comemos pastel porque sabemos que ellas están haciendo lo mismo.

Owen asiente con la cabeza. La conversación sobre pasteles le ha abierto el

apetito y ¡ahora le han entrado ganas de comerse uno!

—¿A qué hora voy entonces a tu casa? —le pregunta con toda tranquilidad.

El día de Acción de Gracias



—Espero que no te importe, pero he invitado a una persona más —le anuncia esa noche a su abuela. Liz ya había invitado a Aldous Ghent y a su esposa Rowena; a Thandi y Shelly, la prima de su amiga; a *Paco*, el chihuahua, y a varios consejeros del Departamento de Animales Domésticos. También había invitado a Curtis Jest, pero él declinó su oferta alegando que era inglés y que la fiesta le parecía «más bien sensiblera».

—¡Cuantos más seamos, más reiremos! —exclama Betty. En la Tierra siempre le habían gustado las fiestas y ahora, en el más allá, incluso le gustaban más aún—. ¿Quién es? —pregunta.

—Owen Welles.

—¿Has invitado a ese desagradable joven que te creó todos esos problemas en el Pozo? —inquire su abuela. El «episodio que Liz había tenido con la ley» (tal como Betty lo llamaba) le había dolido mucho.

—Sí —responde Liz.

—Creí que no te caía bien —observa su abuela levantando la ceja izquierda.

—Y así es. Pero me ha hecho un favor y al saberlo me dejé llevar por la emoción —comenta Liz lanzando un suspiro—. La verdad es que no me imaginé que vendría. Y cuando aceptó, ya no podía echarme atrás, ¿verdad?

—No —asiente Betty echándose a reír—. ¿Y quién va a ser el siguiente, Liz? ¿Tal vez invitarás a un ex asesino jubilado?

—¡Voy a ver si encuentro uno! —exclama Liz riendo—. Por cierto, ¿los hay aquí también?

El día de Acción de Gracias, al igual que ocurre en la Tierra, o al menos en Estados Unidos, cae en jueves.

Aldous y Rowena Ghent son los primeros en presentarse, y luego llegan Thandi y

Shelly, que traen unos pasteles, y *Paco*, ataviado con un bonito vestido para celebrar la ocasión.

El último en llegar es Owen Welles. Se ha pasado la mañana inventando unas buenas excusas para no acudir a la fiesta (¿la fosa séptica ha estallado?, ¿una emergencia en el trabajo?). Pero en el último momento decide ir. Estos días tiene más tiempo libre del habitual, porque le han sancionado por haber ido al Pozo a causa del jersey y le han prohibido trabajar durante un mes. Al llegar, le regala una planta en una maceta a la abuela de Liz.

En Otro Lugar el día de Acción de Gracias es como el que se celebra en la Tierra, salvo por el detalle de que todos los presentes están muertos. Como a Betty le gustan las fiestas, pero odia cocinar, ha encargado la cena a una empresa de *catering*, curiosamente a la misma a la que Owen recurre cuando pide una cena en un día especial. Betty sirve a los comensales salsa de arándano (de tarro y casera), puré de patatas, boniatos, relleno de pan de maíz, salsa, panecillos de levadura, judías estofadas, setas rellenas, los cuatro pasteles de Thandi y Shelly (de manzana, pacana, calabaza y boniato) y pavo vegetal hecho con tofu (un plato vegetariano de sabor muy peculiar).

Betty sirve el vino blanco llenando los vasos de los invitados hasta el borde. Aunque Liz ya ha probado el vino antes, es la primera vez que su abuela se lo ofrece, y este detalle hace que se sienta como una persona adulta.

—Me gustaría hacer un brindis —dice Betty después de servir el vino—. Un breve brindis —añade aclarándose la garganta—. Todos hemos tenido que hacer un largo viaje para llegar hasta aquí —prosigue y luego hace una pausa.

—¡Brindemos! ¡Brindemos! —grita Aldous.

—¡Aún no he terminado! —exclama Betty.

—¡Oh, lo siento! —se disculpa Aldous—. Creí que habías dicho «un breve brindis».

—Sí, pero no me refería a uno tan breve —protesta Betty.

—Y como además has hecho una pausa... Observa Aldous.

—¡Era para causar un mayor efecto! —exclama Betty.

—Pues un brindis tan breve habría sido perfecto —dice Rowena Ghent.

—Yo prefiero los brindis breves —confiesa Thandy—. Algunas personas hacen unos brindis interminables. Y la vida es muy corta, como ya sabéis.

—Y la muerte también lo es —tercia Owen.

—¿Es una broma? —le pregunta Liz.

—Sí —responde Owen.

—Mmm... —murmura Liz después de reflexionar en ello un momento—. No está mal.

Owen le hace un guiño.

—Cuando tienes que pensar tanto en una broma, significa...

Betty se aclara ruidosamente la garganta y vuelve a decir:

—Todos hemos tenido que hacer un largo viaje para llegar hasta aquí —y luego hace una pausa, pero esta vez nadie la interrumpe. Mira a Rowena, a Aldous y a Owen, sentados a su derecha, y a Liz, a Shelly y a Thandi, sentadas a su izquierda. Luego mira debajo de la mesa, donde *Paco* y *Sadie* tienen sus propios platos de comida. A *Sadie* le gruñe el estómago.

—¡Lo siento! —ladra *Sadie* disculpándose.

—Ya no me acuerdo de lo que quería decir. Brindemos entonces —prosigue Betty echándose a reír.

—Brindemos por la risa —dice Shelly levantando su vaso en alto—. En la casa de nuestro abuelo siempre solíamos brindar por ella.

—¡Oh, qué idea más bonita! —exclama Rowena—. ¡Por la risa!

—¡Por la risa y el olvido! —añade Liz dirigiendo una traviesa sonrisa a Betty.

—¡Por la risa y el olvido! —dicen todos a coro levantando sus vasos en alto. Liz saborea el vino. Lo encuentra amargo y dulce al mismo tiempo. Al tomar el segundo sorbo, le parece más dulce que amargo.

Después de terminar de comer y de pasar al tradicional estado de coma de la sobremesa, Owen se ofrece para ayudar a Liz a lavar los platos.

—Vale, tú los lavas y yo los seco —le dice ella.

—¡Pero lavarlos es la peor parte! —protesta Owen.

Liz sonríe.

—Me has dicho que querías ayudarme y no que sólo ibas a secarlos.

Él se arremanga la manga izquierda y después la derecha. Liz advierte un tatuaje en su antebrazo derecho. Es un gran corazón rojo con las palabras «Siempre te querré, Emily» grabadas en el interior.

—No sabía que fueras así —observa él en un tono travieso.

—¿Que fuera cómo?

—Pues la clase de chica que hace lavar los platos a los chicos —puntualiza Owen.

Liz observa cómo él se quita la alianza y la coloca con cuidado en el borde del fregadero. Aún no ha acabado de acostumbrarse a la idea de que a los diecisiete años Owen pueda estar ya casado. Pero En Otro Lugar esto sin duda ocurre con relativa frecuencia.

Liz y Owen empiezan a lavar y a secar los platos a un buen ritmo. Mientras los lava, él se pone a silbar una melodía. Aunque Liz no sea exactamente una fan de esta práctica ni le guste, al menos la tolera. En realidad, lo que le gusta no es la melodía, sino el que la silba.

Después de estar silbando varios minutos, Owen se vuelve hacia Liz y le dice:

—Si quieres puedes acompañarme.

—Gracias por tu bonito ofrecimiento, pero en realidad... —Liz hace una pausa—

no me gusta silbar.

Él se echa a reír.

—¡Pero si he estado silbando durante más de diez minutos! ¿Por qué no me lo has dicho?

—Bueno, como ya te he hecho lavar los platos, no quería prohibirte encima que silbaras.

—¿Prefieres que tararee?

—No, no, por mí puedes seguir silbando.

—¡Eh, qué sólo estoy intentando entretenerte! —exclama él echándose a reír de nuevo. Un segundo más tarde, Liz se une a Owen. Aunque no hayan dicho nada especialmente divertido, los dos no pueden evitar reírse a carcajadas. Liz incluso tiene que dejar de secar los platos y sentarse a causa del ataque de risa. Hacía mucho tiempo que no se reía así. Intenta recordar cuándo fue la última vez.

La semana antes de morir, ella y Zooey se habían estado probando unos jerseys en el centro comercial. Al contemplarse en el espejo del probador, Liz había dicho a su amiga: «Mis pechos parecen pequeños tipis». Zooey, que tenía unos pechos incluso más pequeños, había replicado: «Si los tuyos son unos tipis, los míos son unos tipis quemados por los cowboys». Por alguna extraña razón, esta observación les había parecido muy divertida a ambas. Se habían estado riendo tanto y con tanta fuerza que la vendedora había ido a ver qué les pasaba y les había preguntado si necesitaban ayuda.

Este episodio había ocurrido en marzo, y ahora era el mes de noviembre. ¿Era posible que hiciera ocho meses que no se reía tanto?

—¿Qué te pasa? —le pregunta Owen.

—Estaba pensando que hacía mucho tiempo que no me reía tanto —admite Liz—. Muchísimo tiempo —añade lanzando un suspiro—. Fue cuando yo aún vivía, mientras estaba en una tienda con Zooey, mi mejor amiga. Y lo más curioso es que aquello que nos había hecho tanta gracia ni siquiera era divertido, ¿sabes?

Owen asiente con la cabeza.

—Las mejores risas son por cosas por el estilo —comenta él mientras lava el último plato y se lo entrega para que lo seque. Cierra el grifo y vuelve a ponerse el anillo.

—Supongo que echo de menos mi hogar —admite Liz—. Pero es una sensación horrible, porque sé que nunca podré regresar a él ni volveré a ver a mi familia.

—Liz, esto no sólo nos ocurre a los que vivimos En Otro Lugar —dice Owen—. Incluso en la Tierra es difícil poder volver siempre a los mismos lugares o seguir estando con las mismas personas. En cuanto te das la vuelta, aunque sea por un instante, al volverte de nuevo descubres que todo ha cambiado.

Ella asiente con la cabeza.

—Intento no pensar en ello, pero a veces me viene de pronto a la cabeza y, ¡zaaasss!, me acuerdo de que estoy muerta.

—Lo estás haciendo muy bien, ¿lo sabías? —observa Owen—. Cuando yo llegué a En Otro Lugar estuve enganchado a las Cubiertas de Observación un año entero.

—A mí me pasó lo mismo —confiesa Liz—, pero ahora ya estoy mejor.

—En realidad es una reacción de lo más normal. Se llama el síndrome del espectador y algunas personas nunca se curan de él —de pronto Owen mira su reloj—. ¡Ya son las nueve y media y la Cubierta de Observación cierra a las diez! Lo siento mucho, Liz, pero he de irme ahora mismo, cada jueves por la noche voy a ver a Emily, mi esposa.

—Ya lo sé —responde Liz—. Hace varios meses te vi en la Cubierta de Observación sentado a mi lado y te pregunté a quién ibas a ver.

Owen se acuerda ahora vagamente de una chica marchita con el cabello sucio y un desgastado pijama. Al contemplar a la joven de límpidos ojos que tiene delante se pregunta si puede ser la misma persona.

—¿Llevabas un pijama? —pregunta.

—En aquel tiempo estaba un poco triste.

—Ahora tienes mucho mejor aspecto —observa Owen—. Muchas gracias por la cena y dáselas también a tu abuela de mi parte.

Sadie entra en la cocina justo en el momento que Owen se va. Apoya su dorada cabecita rizada en el regazo de Liz para indicarle que quiere que se la acaricie.

—Nadie me amará nunca de ese modo —le comenta Liz a su perra.

—Te quiero —responde *Sadie*.

—Yo también te quiero —le dice Liz. Los perros son los únicos que me quieren, piensa ella.

Owen llega a la Cubierta de Observación cinco minutos antes de que cierren. Aunque Esther no puede dejar entrar a nadie diez minutos antes del cierre, como lo conoce lo saluda al verlo con la mano diciéndole:

—Esta noche llegas tarde, Owen.

Él se sienta frente a los prismáticos de siempre, mete un eternim por la ranura y pega los ojos a las lentes. Descubre a Emily en una de sus típicas posturas: sentada ante el espejo del cuarto de baño cepillándose su larga cabellera pelirroja con un cepillo de plata. La contempla cepillándose durante treinta segundos más y luego se va.

Estoy malgastando mi muerte, se dice a sí mismo. Soy como una de esas personas que se pasan la vida mirando la tele en lugar de mantener unas relaciones verdaderas. Hace casi diez años que estoy aquí y Emily sigue siendo la persona más importante de mi vida. Y ella cree que yo estoy muerto. Y de hecho lo estoy. Mi actitud no le está haciendo ningún bien a ella ni tampoco a mí.

Al irse, Owen le dice a Esther:

—¿Qué estoy haciendo aquí?

—¡No tengo ni idea! —responde ella.

Mientras se dirige al coche, decide llamar a Liz al trabajo la próxima semana. Quizá adoptar un perro sea un buen comienzo, piensa.

Un misterio



¿Por qué se enamoran dos personas? Es un misterio.

Cuando Owen llama a Liz el martes, va directo al grano.

—¡Hola, Liz!, estaba pensando en adoptar un perro —dice él.

—¡Claro! —responde ella—. ¿Has pensado en alguno en especial?

—Pues la verdad es que no. Supongo que me gustaría tener un perro que pudiera llevármelo al trabajo.

—¿Uno pequeño?

—Mientras no lo sea demasiado, ya me va bien, y también me gustaría poder llevármelo cuando salgo a correr, de excursión o cuando hago alguna otra cosa por el estilo.

—¿Así que quieres uno lo bastante grande como para que no sea pequeño? —pregunta Liz riendo.

—Exactamente, quiero un pequeño gran perro —dice Owen también riendo—. Y preferiría que fuera macho.

—¿Por qué no te pasas por aquí? —le sugiere Liz.

Al llegar Owen por la tarde, Liz le presenta varios posibles candidatos. Para que una adopción se lleve a cabo En Otro Lugar, el perro y el humano han de estar de acuerdo. En realidad la decisión depende más del can que del humano.

Los perros se acercan uno por uno a Owen y le huelen la mano y el rostro. Algunos le lamen un poco la mano si lo encuentran aceptable. Como él no habla canino, Liz le traduce lo que los animales le preguntan.

—¿Puedo dormir en su cama o él tiene pensado hacerme dormir en un colchón para perros? —pregunta una hembra golden retriever llamada *Jen*.

—¿Qué dice? —pregunta Owen.

—Quiere saber si puede dormir en tu cama.

Owen contempla a la golden retriever y le rasca la cabeza entre las orejas.

—¡Caramba!, no había pensado en ello, pues no sé, ¿no podríamos decidirlo

sobre la marcha, preciosa?

—¡Claro! —responde la golden retriever asintiendo con la cabeza—, pero me gusta mucho ver la tele acostada en el sofá. No me harás bajar todo el tiempo de él, ¿verdad?

—Quiere saber si la dejarás estar en el sofá —traduce Liz.

—¡Por supuesto! —contesta Owen—, no hay ningún problema.

—¡De acuerdo! —dice *Jen*, la golden retriever, después de pensarlo un momento, lamiéndole la mano a Owen tres veces—. Dile que me iré con él.

—Dice que te acepta —traduce Liz.

—¿No es un poco precipitado? —pregunta él—. No quiero herir sus sentimientos, pero... ya sabes, prefería un perro macho —añade en voz baja.

Liz se encoge de hombros.

—Ella ya lo ha decidido. Pero no te preocupes, los perros no se ofenden por este tipo de cosas.

—¡Ah! —exclama Owen sorprendido por lo deprisa que está yendo todo.

—Además —añade Liz alegremente—, *Jen* ya te ha lamido la mano tres veces. Después de hacerlo, el trato está hecho.

—No lo sabía —responde Owen.

—Así que sólo tienes que rellenar un par de formularios y la adopción estará en regla.

—Vale, pero ¿podrías preguntarle si se marearía al ir en barco?, porque paso mucho tiempo en uno debido a mi trabajo —dice Owen.

—Entiendo la lengua humana, ¿sabías? No todos los perros la entienden, pero yo soy uno de ellos. Lo único que no sé es hablarla —tercia *Jen*—. Y además adoro los barcos y no me mareo en ellos. Al menos no demasiado, a no ser que el agua esté muy movida.

—*Jen* entiende nuestro idioma y dice que le encantan los barcos —traduce Liz.

La golden retriever prosigue con sus instrucciones.

—Dile sobre todo que me gusta beber agua fresca tres veces al día y que prefiero comida blanda y no dura. También me gustan las pelotas de tenis, los largos paseos por el parque y jugar con un Frisbee. ¡Ah!, y también sé utilizar el váter, o sea que dile por favor que deje la puerta del cuarto de baño abierta. ¡Yay yay yay yay! ¡Qué contenta estoy! —exclama *Jen* poniendo una de sus patas sobre el hombro de Owen—. ¡Vamos a llevarnos muy bien, Owen!

—¿Qué está diciendo?

—Que vas a ocuparte muy bien de ella —resume sabiamente Liz.

Después de rellenar todo el papeleo de la adopción, Liz los acompaña al jeep de Owen. *Jen* salta enseguida al asiento trasero y se echa en él.

—Gracias por todo —dice Owen.

—De nada —responde ella sonriendo—. A propósito, ¿por qué decidiste adoptar un perro?

—Aún no me había decidido del todo a adoptarlo hasta que llegué aquí — responde él sonriendo— y *Jen* ha tomado la decisión por mí.

Liz asiente con la cabeza.

—Con *Sadie* también me pasó lo mismo —admite ella.

—Quería preguntarte —dice Owen trasladando el peso de su cuerpo de un pie a otro— si quieres volver a lavar los platos conmigo.

—¿Lavar los platos? —inquire Liz desconcertada.

—Sí —responde él—. Es mi extraña forma de decirte si quieres venir a casa a cenar.

—¡Ah!, ¿se trataba de eso? No lo había entendido —y es verdad, porque Liz no tiene demasiada experiencia en esta clase de situaciones.

—Es para agradecerte lo de *Jen*, ¿sabes? No tendrás que lavar los platos, a no ser que quieras, en ese caso yo no te lo impediré.

—Hmmm... empieza a decir ella.

—¡Liz, tienes una llamada! —le grita *Sadie* desde el otro extremo del parking.

—¡Tengo una llamada! —se disculpa dirigiéndose hacia su despacho, pero al cabo de un momento se detiene—. ¡Llámame cuando quieras, siempre estoy en el trabajo! —añade.

Owen la observa mientras se dirige a su despacho. Su rubia cola de caballo (el pelo le ha crecido ya lo suficiente como para llevarlo recogido de ese modo) se balancea rítmicamente arriba y abajo a cada paso que da. Su cola de caballo le produce una sensación agradable y esperanzadora, piensa él. Espera a que Liz entre en el edificio y luego sube al coche y se va.

De vuelta a casa, *Jen* asoma la cabeza por la ventanilla del coche y deja que sus doradas orejas ondeen al viento. Se pasa todo el viaje ladrando.

—No sé por qué me gusta tanto sacar la cabeza por la ventanilla —dice *Jen* al detenerse el coche en un semáforo en rojo—. Pero lo he hecho siempre, desde que era un cachorro. ¿No te parece extraño? Es muy raro que te guste algo sin saber por qué, ¿no crees?

Al oírla Owen piensa que *Jen* está ladrando de excitación y en realidad su interpretación es totalmente acertada.

¿Por qué se enamoran dos personas? Es un misterio.

Al cabo de una semana Liz y *Sadie* se descubren en el apartamento más bien pequeño de Owen Welles. *Jen* las recibe brincando.

—¡Hola, Liz! ¡Hola, *Sadie*! —exclama excitadísima al verlas—. ¡Me alegro de veros! ¡Owen es un buen chico! ¡Me deja dormir en su cama! ¡Estoy intentando convencerlo para que se vaya a vivir a un lugar más grande con jardín! ¡Intenta cocinar, pero no creo que sea un cocinero demasiado bueno! ¡Aunque no se lo digáis, para no herir sus sentimientos!

Owen sonríe al ver a Liz y a *Sadie* en la puerta.

—Pasad, vamos a cenar. Espero que os guste la pasta.

A pesar de la opinión de *Jen*, Owen no es un mal cocinero. (Todos sabemos que los perros no son unos expertos en cocina.) Y además Liz aprecia mucho sus esfuerzos. Es la primera vez que alguien que no es de su familia cocina para ella.

Después de cenar Liz se ofrece para lavar los platos.

—Esta vez los lavaré yo, pero no es necesario que tú los seques. Ni que silbes ninguna melodía.

Al terminar de lavar los platos, Liz, Owen, *Sadie* y *Jen* van al parque que hay cerca de la casa.

—¿Cómo te va con *Jen*? —pregunta Liz.

—¡Es fenomenal! —responde él sonriendo—. No puedo creer que yo no haya tenido un perro hasta ahora.

—¿No tenías uno en la Tierra?

—No podíamos —dice él—. Emily era alérgica. Y supongo que aún lo es.

Liz asiente con la cabeza.

—Dices su nombre de una forma... —observa ella—. No puedo imaginar que alguien pronuncie nunca mi nombre de ese modo.

—¡Oh, ya veras como sí ocurre! —exclama él.

—Lo digo en serio.

—Te moriste siendo demasiado joven —observa Owen pensativamente—. Lo más probable es que los chicos se sintieran intimidados por ti. Quizás alguien lo pronuncie de ese modo cuando vuelvas a la Tierra.

—Tal vez —dice Liz con poco convencimiento—. Tengo muchos planes para cuando vuelva.

—De haberlo sabido, habría pronunciado tu nombre de ese modo —señala Owen.

—¡Ah! —exclama Liz—, pero una persona sólo puede decir de esa forma el nombre de su pareja. Ya sabes, es una regla.

Owen asiente con la cabeza, pero no dice nada.

Su silencio produce en Liz un extraño sentimiento, aunque no es del todo desagradable. Hace que se sienta más atrevida y decide pedirle a Owen un favor.

—Si no quieres hacerlo, dímelo —empieza diciéndole ella.

—¡No me asustes! —exclama Owen.

Liz se echa a reír.

—No te preocupes, no tienes por qué asustarte, al menos eso creo.

—Y además ya sé que puedo negarme a ello.

—Es que estoy un poco cansada de que Betty tenga que llevarme con el coche a todas partes, pero para sacarme el carné tengo que aprender a hacer la ele y a aparcar en paralelo, porque fallecí antes de...

—¡Claro que sí! —responde Owen antes de que Liz haya terminado de hablar—. No hay ningún problema.

—Podría pedírselo a Betty, pero tuvimos una mala experiencia con el coche...

—Ya te he dicho que no hay ningún problema —la interrumpe él.

—¡Oh, muchas gracias! —dice Liz.

—Sin embargo, no me importaría que me contaras esa mala experiencia que tuvistéis —señala Owen—. En realidad, quizá deba oírla antes de empezar.

¿Por qué se enamoran dos personas? Es un misterio.

Durante la siguiente semana Liz y Owen se encuentran cada día después del trabajo. Ella aprende a hacer la ele con relativa facilidad, pero le cuesta mucho aparcar en paralelo.

—Sólo has de visualizarte en el espacio —observa Owen con paciencia.

—Pero parece imposible —dice Liz—. ¿Cómo algo que se está moviendo hacia delante y hacia atrás puede desplazarse de pronto de un lado a otro?

—El truco está en los ángulos —señala él—. Tienes que girar el volante lo máximo posible y luego has de meterte lentamente dando marcha atrás en el espacio del que dispones.

Transcurre otra semana y Liz no ha aprendido aún ni mucho menos esa difícil maniobra. Casi ha perdido la esperanza de lograrlo algún día y está empezando a sentirse como una inepta.

—Liz —dice Owen—, estoy comenzando a pensar que es algo psicológico. No hay ninguna razón por la que no puedas hacerlo. ¿Hay algo que te impida querer aprender a aparcar en paralelo? Creo que es mejor que lo dejemos por hoy.

Esa noche Liz cavila en la razón de su ineptitud y decide llamar a Thandi.

—¡Al fin das señales de vida! —exclama su amiga.

—He estado trabajando mucho —replica Liz—, y Owen Welles me ha estado enseñando a conducir.

—Seguro que sí.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunta Liz.

—Cuando fuimos a pasear con los perros, *Sadie* le dijo a *Paco* que tú habías estado viendo mucho al señor Welles.

Liz mira a *Sadie*, que está tumbada boca arriba para que le acaricie la barriga.

—¡Traidora! —le susurra a su perra—. Thandi, él está enamorado de otra persona y además no somos más que amigos —puntualiza Liz.

—¡Y un rábano! —responde Thandi.

Liz le cuenta que no consigue aparcar en paralelo y le pregunta a su amiga, una conductora con casi once meses de experiencia a sus espaldas, si puede sugerirle algo.

—Yo creo que no quieres aprender a hacerlo, Liz.

—¡Claro que quiero! —insiste ella—. ¡Pero es demasiado difícil! ¡No es como todo lo demás! ¡No es lógico! ¡Tienes que visualizarte en el espacio, confiar

ciegamente en ti y hacer juegos de manos! ¡Es como ser un maldito prestidigitador!

Thandi se echa a reír.

—¿Quizá no quieres que tus lecciones con Owen se acaben? Me captas, ¿verdad? Porque si realmente lo que querías era aprender a aparcar y a hacer la ele, me lo podías haber pedido a mí.

—¿A ti? ¡Si ni siquiera hace un año que conduces!

—O a Betty —sugiere Thandi.

—¡Venga ya! ¡Ya conoces la experiencia que tuve con ella!

—Creo que te estás enamorando de Owen —le dice Thandi en un tono socarrón—. En realidad, ¡creo que ya te has enamoraado de él! —añade riendo.

Liz le cuelga el teléfono. Thandi era una increíble sabelotodo. A veces ni siquiera podía creer que fuera su mejor amiga.

La siguiente noche, logra aparcar en paralelo tres veces seguidas sin cometer ningún fallo.

—¡Te dije que podías hacerlo si te concentrabas en ello! —exclama Owen y luego mira por la ventanilla—. Supongo que ya hemos terminado con las clases —añade.

Liz asiente con la cabeza.

—A propósito, ¿qué crees que era lo que te impedía hacerlo? —inquire Owen.

—Es un misterio —responde Liz y después le entrega las llaves y sale del coche.

Liz está enamorada



—¿Cómo sabes que te has enamorado de alguien? —le pregunta Liz a Curtis Jest durante el descanso que tienen para desayunar.

—¿Me estás diciendo que te has enamorado de alguien? —inquire él levantando una ceja.

—Se trata de un amigo —responde ella fríamente.

Curtis sonríe.

—¿Me estás diciendo que te has enamorado de un amigo? ¿Me estás intentando decir algo, Lizzie?

Liz se sonroja.

—Mi interés es puramente antropológico —responde ella.

—¿Antropológico? —repite él con una alegre expresión en los ojos que Liz considera inapropiada.

—¡Si no vas a tomártelo en serio, me voy! —exclama ella indignada.

—¡Caramba, que susceptibles estamos! ¡Sólo era una pequeña broma entre amigos, Lizzie! —Como ella no está para bromas, Curtis se pone serio—. De acuerdo, cariño, hablemos de amor.

—¿Y qué opinas?

—En mi humilde opinión, el amor es cuando alguien cree que no puede vivir sin la persona que ama. Tú eres una chica inteligente y supongo que ya lo habías oído antes.

—Pero, Curtis —protesta ella—, ¡estamos muertos! Tenemos que *vivir* sin los seres queridos todo el tiempo, sin embargo no dejamos por ello de amarlos ni ellos de amarnos a nosotros.

—He dicho «cuando una persona cree». En realidad, nadie necesita a otra persona ni tampoco su amor para sobrevivir. El amor, Lizzie, es cuando uno está convencido de un modo irracional de que es así.

—Pero, Curtis, ¿acaso el amor no tiene que ver con ser feliz, con hacerse reír uno

al otro y pasárselo bien?

—¡Oh, Lizzie! —exclama Curties riendo—. ¡Ojalá fuera sólo eso!

—Es una grosería reírse de una pregunta tan natural —observa ella.

Curtis deja de reírse.

—Lo siento —dice de todo corazón—. Es que sólo alguien que nunca se ha enamorado puede hacer una pregunta tan absurda. Hace mucho tiempo que decidí mantenerme lejos del amor y desde entonces he sido un hombre mucho más feliz.

Mientras viaja en el autobús de vuelta al trabajo, Liz medita en lo que Curties le ha dicho. En realidad, él indirectamente ha respondido a lo que ella deseaba en el fondo saber. ¡Claro que no está enamorada de Owen! Al verlo ahora en retrospectiva, casi se siente como una estúpida. Porque en primer lugar él está enamorado de su mujer. Y en segundo lugar, reír, divertirse y ser feliz no tiene nada que ver con estar enamorado. Liz se siente aliviada. Ahora puede seguir viendo a Owen tanto como quiera, ya que la idea de que ella no está enamorada de él ni él de ella la tranquiliza. Y además todo ese asunto del amor no trae más que problemas. Liz decide que probablemente es demasiado joven para mantener una relación amorosa. Se centrará en el trabajo y en sus amigos y así se olvidará del amor.

Sí, por un lado Liz se siente aliviada. Pero por otro... En el fondo le gustaba la idea de que Owen pudiera amarla, aunque sólo fuera un poquito.

La noche siguiente a que Liz aprendiera a aparcar en paralelo, Owen descubre que no tiene nada en qué ocuparse. Se ha pasado casi diez años estando solo y sólo tres semanas con Liz. Y, sin embargo, no puede recordar qué solía hacer por la noche antes de esas tres semanas. Vaga por el apartamento como un alma en pena. Hace la clase de tareas domésticas que uno lleva a cabo cuando no tiene otra cosa que hacer: limpia el espacio entre el horno y la nevera con una larga cuchara de madera demasiado corta como para cumplir su objetivo; barre debajo de la cama; intenta leer *Los hermanos Karamazov*, la nueva traducción que estaba intentando leer incluso antes de morir sin llegar nunca a pasar de la página sesenta y dos; trata de mantener un huevo apoyado sobre uno de sus extremos poniendo un pequeño montículo de sal en la encimera de la cocina (fracasa); talla un barco en una pastilla de jabón y tira a la basura todos los calcetines desparejados. Tarda sólo una hora en hacer todas estas tareas y después se desploma abatido en el sofá.

—Deberías llamar a Liz —observa *Jen*, la golden retriever. Pero por desgracia Owen no habla canino, de modo que no puede aprovechar la sabiduría de su perra—. Estoy segura de que Liz y *Sadie* están haciendo algo divertido. ¿Por qué no vamos a verlas? —sugiere *Jen*.

Owen no responde.

—Owen, tienes que aprender a hablar canino, porque así podría decirte una cosilla o dos —ladra *Jen* exasperada—. ¡Estás enamorado de Liz!, ¿sabes? ¡Se ve a la

legua! —grita rascando la puerta de la entrada y aullando—. ¡Mira lo que me estás obligando a hacer para que me entiendas!

—¿Quieres salir a la calle? —le pregunta Owen.

—¿Tú que crees? —responde *Jen* sarcásticamente—. ¡Venga, vamos! Te estoy sacando a pasear.

Jen tira con fuerza de Owen haciéndole cruzar la ciudad hasta que al cabo de poco se descubren ante la casa de Liz.

Liz, *Sadie* y Betty se encuentran en la entrada decorando la casa para las fiestas que se aproximan. Liz está encaramada en una escalera, fijando con grapas las guirnaldas de luces navideñas en el tejado. Al ver acercarse a *Jen* y a Owen, *Sadie* se pone a ladrar.

—¡Hola, *Jen*! ¡Hola, Owen! —exclama *Sadie*.

Él le sonríe tímidamente a Liz.

—*Jen* me ha obligado a venir. Yo no quería ser un estorbo, chicas.

—¡No eres ningún estorbo, Owen! —dice Betty. Ella le ha cogido más cariño desde que enseñó a su nieta a aparcar en paralelo. Además ha observado que Liz está más contenta desde que ha estado aprendiendo con él a aparcar el coche—. Liz, ya lo acabaré de hacer yo. ¿Por qué no vas a saludar a tu amigo?

Ella baja de la escalera.

—De todos modos iba a hacer un pequeño descanso —observa con frialdad.

—Lo siento —se disculpa él—, fue idea de *Jen*. Debía haberte llamado antes de venir.

—Gracias por las lecciones —responde ella en un tono más cordial—. Siento haber sido tan lenta en aprender.

—Me ha encantado dártelas —responde él sintiéndose de pronto tenso e incómodo—. ¿Cuándo te darán el carné de conducir?

—Al parecer en la jefatura de tráfico de En Otro Lugar están más acostumbrados a retirarte el carné que a dártelo. Los nuevos carnés sólo se expiden el segundo y cuarto martes de cada mes, pero en diciembre la jefatura de tráfico cierra, o sea que tengo que esperar hasta enero.

Owen asiente con la cabeza.

—Te deseo buena suerte —dice él haciendo girar su alianza alrededor del dedo, uno de los nerviosos tics de Owen que Liz encuentra de lo más irritante.

—Tengo que ayudar a Betty con las luces —observa ella—. ¿Por qué no vuelves a pasarte por aquí cualquier otro día? —añade sonriendo mientras se aleja.

—¡Quizá me pase por tu casa cada día! —comenta Owen.

Liz se vuelve y le pregunta mirándole a los ojos:

—Creí que ya habíamos terminado con las lecciones, ¿no es así?

—Aún no te he enseñado a aparcar en paralelo en una pendiente. Dudo de que se dé esta ocasión, pero...

—¡No! —le interrumpe Liz—, es mejor que me cure en salud y aprenda a aparcar

en paralelo en cualquier circunstancia.

—Es lo que yo siempre he pensado —admite Owen.

Al llegar las Navidades Liz le regala a Owen un libro titulado *Aprenda a hablar canino*. Y él le regala un par de esponjosos dados para que los cuelgue del retrovisor de su coche. (O más bien del de su abuela, ya que es el único coche que por el momento Liz conduce, aparte del de Owen.)

Varias semanas antes del examen de conducir, él se dedica a enseñarle a aparcar en paralelo en toda clase de superficies. Liz aparca en caminos sin pavimentar, al lado de ríos, bajo puentes, en la autopista, cerca de estadios, en la playa y, sí, también en las pendientes de las colinas. A medida que el día del examen se va acercando, Liz se descubre casi deseando suspender.

La noche anterior al examen, cuando ella está saliendo del coche, Owen le coge de la mano.

—Liz, me gustas mucho —dice.

—¡Oh! —exclama ella—, a mí también me gustas mucho.

Él no está seguro de si ella ha pronunciado la «O» de Owen o si no ha sido más que un«¡Oh!». Aunque no está seguro de cuál es la diferencia entre una cosa y la otra. Piensa que debe expresarse con más claridad.

—Al decirte que me gustas mucho me refería a «que te quiero».

—O —exclama Liz—, yo también —añade cerrando la puerta tras ella.

—¡Caramba! —se dice a sí mismo mientras conduce de regreso a su casa—, ¡no me lo puedo creer!

A la mañana siguiente, Liz llega a la jefatura de tráfico a las siete en punto, es el primer examen del día. Lo aprueba fácilmente. El examinador comenta que el estacionamiento en paralelo de Liz ha sido el «mejor que ha visto en toda su vida».

—¡Enhorabuena! —le dice Owen esa noche—, pero aún te falta aparcar en paralelo en un lugar. Aunque ya te hayan dado el carné, no me quedaré tranquilo hasta que lo practiquemos.

—¿De veras? ¿Dónde es? —inquire Liz.

—Ten paciencia. Eres mi alumna y tengo la responsabilidad de prepararte bien, no puedo permitir que te lances al mundo del tráfico hasta que no hayas aprendido esta última lección.

—¡De acuerdo! —responde Liz encogiéndose de hombros—. ¿Pero te importaría decirme dónde va a tener lugar ese rito de pasaje de la conducción?

—No —responde él con una sonrisa—, no voy a decírtelo.

Así que Owen y Liz se meten en el coche una vez más. Ella conduce y él le va indicando el camino que tiene que seguir. Al final le dice que se detenga frente al cartel de neón rojo de un autocine.

—¿Vamos a ir al cine? —pregunta Liz contemplando la enorme pantalla.

—No —contesta Owen mientras compra las entradas—, sólo estamos haciendo prácticas de conducción.

—Creo que me estás llevando al cine —insiste ella—, y a nuestra primera cita.

—Si quieres verlo así, tú misma, yo veo las cosas de otro modo —responde Owen riendo.

—A propósito, qué película vamos a ver mientras yo *hago prácticas de conducción* —inquire Liz.

—Es la nueva versión de una historia de amor. Natalie Wood hace el papel de la chica y se enamora de River Phoenix, el chico.

—Parece interesante —comenta Liz—, pero odio las nuevas versiones.

—Por suerte no estás aquí para ver la película.

Después de detenerse brevemente para comprar palomitas y refrescos, Liz aparca en la primera hilera de coches. Se comen las palomitas y esperan a que la película empiece.

—¡Qué extraño! —dice ella—, tú nunca llamas las cosas por su nombre.

—¿A qué te refieres?

—Cuando me invitaste a cenar, lo llamaste «lavar los platos» contigo. Y ahora que has tenido la bonita idea de llevarme a ver una película, dices que es para que «haga prácticas con el coche».

—Lo siento —dice Owen.

—¡Oh!, no estoy enojada, en realidad me gusta —responde Liz—. Es como si hablaras en clave. Así me entretengo, porque tengo que intentar descifrar lo que dices todo el tiempo.

—A partir de ahora procuraré hablarte con más claridad —dice él.

Al empezar la película, Owen le susurra al oído:

—Pensé que ahora que ya te has sacado el carné de conducir, tal vez no volvería a verte nunca más.

—¡A veces eres tan tonto, Owen! —exclama ella poniendo los ojos en blanco.

Al cabo de una semana Owen y Liz vuelven al autocine.

Y la siguiente semana, también.

Y la siguiente.

—¿No crees que es extraño que durante todo el tiempo que hemos pasado en el coche nunca hayamos estado en el asiento trasero? —pregunta Liz.

—¿Me estás hablando ahora en clave? —responde Owen.

—Contéstame a la pregunta. ¿No te parece extraño?

—Liz, no creas que es así porque no siento nada por ti, porque es todo lo contrario. —Owen hace un pausa—. Lo que pasa es que no sé si estaría bien.

—¿Por qué?

—En primer lugar yo soy mayor que tú.

—Sólo dos años —replica ella.

—Sólo dos años y más o menos una vida entera. Pero no es sólo eso. —Owen respira hondo—. Ya he estado antes en asientos traseros de coche. Y lo cierto es que la verdadera intimidad no tiene demasiado que ver con ellos, sino con lavarte los dientes con tu pareja.

Owen se quita la chaqueta. Liz observa el tatuaje de su brazo en el que pone «Siempre te querré, Emily», el cual por alguna razón le hace comprender que Owen hizo el amor con Emily mucho tiempo atrás. De pronto, advierte que el tatuaje parece más intenso y vívido que nunca. Es casi como si brillara.

—Owen —le pregunta Liz—, ¿cómo te hiciste el tatuaje?

—¡Oh!, me lo hicieron cuando tenía dieciséis años, en la Tierra, en aquella época yo era muy estúpido.

—No me refería a eso, sino a por qué brilla tanto.

Owen se contempla el antebrazo.

—Ya me había dado cuenta. Es extraño, ¿verdad? Solía creer que se acabaría difuminando y desapareciendo, pero en cambio se está volviendo cada día más brillante.

—Podrías tatuarte mi nombre en tu brazo, si quieres —añade Liz.

—Podría, pero los tatuajes no funcionan En Otro Lugar. Se van casi en cuanto te los haces —responde Owen—. No vale la pena el dolor que producen.

—Sería un bonito gesto. Ya sabes a lo que me refiero —bromea Liz.

—Si te he entendido bien, ¿me estás diciendo que quieres que soporte horas de dolor y de sufrimiento por un bonito gesto?

—Sí —afirma ella con seriedad—. Quiero ver «Amo a Liz» tatuado en tu culo.

—¿En mi culo?

—Sí, en tu culo. Si no son más que siete letras. No creo que te duelan demasiado.

—¡Eres una sádica, Liz! —exclama Owen.

—¡Y yo que creía que era una buena persona por no hacerte escribir Elizabeth!

—¡Qué generosa! —responde él.

Liz toma el brazo de Owen entre sus manos y estudia el tatuaje de Emily de más cerca. Piensa: «Él en una ocasión amó a una mujer lo suficiente como para tatuarse su nombre en el brazo».

—No tiene ninguna importancia —señala él—. En aquella época era joven y estúpido.

—¿De verdad te dolió tanto? —inquire Liz.

Owen asiente con la cabeza.

Liz le coge el brazo tatuado y pega sus labios a él. Le besa el brazo y después se

lo muerde.

—¡Ay! —exclama Owen.

O sea que esto es el amor, piensa Liz.

Las llegadas



Si estuviéramos leyendo el libro de Thandi, aparecería en él la historia de un lejano y olvidado episodio (del que nadie se acordaba ya, salvo ella) en el que una niña deletrea en una competición escolar la palabra e-c-o, y en el último y decisivo momento, se equivoca y añade una «o» de más al final; y también contaría que el primer amor de Thandi fue un chico rechoncho al que llamaban Flaco que empezó a salir con Beneatha, la prima segunda de Thandi, a la semana siguiente de celebrarse el funeral de Thandi; narraría cómo una bala en la cabeza de una persona lo cambia todo, cómo mucho tiempo después de haberse curado la herida, los colores parecen distintos, los olores se perciben de otra manera e incluso los recuerdos son diferentes; y también nos hablaría de un padre al que nunca conoció, de un padre que ahora vive En Otro Lugar y al que Thandi no tiene ganas de ver. Pero como esta historia no es la de Thandi, nos unimos a ella en un día como cualquier otro. Al menos, para ella.

En la cadena de televisión donde trabaja, Thandi recibe la lista con los nombres de los recién llegados a En Otro Lugar cada día después de almorzar, hacia eso de la una. Como no tiene que leerlos en directo hasta las cinco, aprovecha las horas que le quedan para estudiar la pronunciación de cada nombre. Aunque esta práctica es casi siempre innecesaria, ya que Thandi pocas veces comete algún error, porque tiene una capacidad innata para pronunciar incluso los nombres extranjeros más raros. Y, sin embargo, ese día en particular tiene dificultades para pronunciar un nombre sencillo en concreto y decide llamar a Liz para comentárselo.

—¿Cómo se llamaba la mujer con la que Owen estaba casado en la Tierra? ¿Te acuerdas? ¿Era Ellen y qué más? —Thandi espera que no se trate de la misma persona.

—Emily Welles —responde Liz, que lo conoce tan bien como el suyo—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Emily Welles debe ser un nombre muy común.

—Thandi, ¿qué es lo que me estás queriendo decir? —pregunta Liz.

—Iré al grano. Su nombre se encuentra en la lista de las llegadas que me han dado hoy. Ella llega en el barco de mañana.

De súbito a Liz le late con fuerza el corazón y se queda sin habla.

—No tiene por qué significar nada —observa Thandi.

—No, ya lo sé. ¡Claro que no! Tienes razón —responde Liz respirando hondo—. Me pregunto si Owen lo sabe. Hace años que no mira las noticias de la tele.

Decide ir a decírselo personalmente. Durante el día no puede verlo porque al parecer está siempre en el mar. Pero a veces vuelve al puerto para almorzar, de modo que hacia las dos ella se acerca al muelle para ver si lo encuentra.

Owen sonríe al verla.

—¡Qué sorpresa! —exclama abrazándola.

Liz tenía la intención de decirle lo de Emily en cuanto lo viera, pero no consigue hacerlo.

—¿Va todo bien? —pregunta él.

Liz asiente con la cabeza, pero se queda contemplando el agua sin decir nada durante unos momentos.

—Me preguntaba si hay algún En Otro Lugar en cualquier otra parte —dice al fin—. Es extraño no haber pensado antes en ello, pero ¿todo el mundo viene a parar aquí? Deben haber otros barcos, ¿no crees? Y quizá van a otras partes.

Owen niega con la cabeza.

—Todos acabamos llegando a En Otro Lugar.

—Pero este sitio es más bien pequeño. ¿Cómo puede haber tanta gente en él?

—En realidad es muy grande, sólo depende de la perspectiva de uno —dice cogiendo la mano de Liz y girándosela de modo que la palma le quede hacia arriba—. De hecho es una isla —añade dibujando con uno de sus dedos un mapa de En Otro Lugar en su palma—. Aquí es donde llegan los barcos —dice—, y ahí está el Río que lleva a la Tierra. No sé si lo sabías, pero el Río se encuentra en medio del océano. El océano sólo se separa una vez al día para dejar que los bebés regresen a la Tierra —observa dibujando el serpenteante curso del Río sobre las azules venas de la muñeca de Liz—. Y esto es el Pozo, el lugar donde nos conocimos —agrega señalándolo en el pulgar de Liz con su dedo.

Ella se queda mirando fijamente la palma de su mano. Aún puede sentir los lugares donde Owen ha dibujado las invisibles fronteras. De pronto cierra la mano y el mundo entero desaparece de golpe.

—Emily está a punto de llegar —anuncia.

—¿Ha muerto? —pregunta Owen en un tono moderado y solemne.

—Thandi ha visto su nombre en la lista de llegadas. Estará aquí mañana.

—¡No puedo creerlo! —exclama él sacudiendo la cabeza.

—¿Qué vas a hacer ahora? —inquire Liz casi con un susurro.

—Iré a esperarla al muelle —responde Owen.

—¿Y luego?

—Me la llevaré a casa.

—¿O sea que crees que ella querrá vivir contigo?

—¡Claro que querrá vivir conmigo!

—¿Y qué hay de nosotros? —pregunta Liz con un hilo de voz.

Owen se queda callado durante un buen rato.

—Te quiero, Liz, pero a Emily la conocí antes que a ti —le responde al fin poniendo una de sus manos sobre la suya—. No estoy seguro de qué es lo que debo hacer, de qué es lo correcto.

Liz contempla a Owen. Se ve muy abatido y ella no quiere ser la causa de su sufrimiento. Aparta su mano de la de él y le responde con firmeza, en un tono de una persona adulta:

—Es verdad, Owen, sólo acabamos de conocernos. Tú eres responsable de tu mujer —dice para ver cómo reacciona.

—No quiero perder tu amistad —responde él.

—Seguiremos siendo amigos —le tranquiliza Liz, aunque está decepcionada porque él ha tomado la decisión tan deprisa.

—¡Oh, Liz, eres la mejor! —exclama Owen abrazándola de nuevo—. Emily es una gran chica, estoy seguro de que te gustará.

Más tarde, aquella noche, hecha un ovillo en la cama junto a *Sadie*, Liz se pregunta cómo alguien puede decirle a una persona en un momento que la ama y al siguiente dejar de amarla.

Sin embargo, Liz no tiene demasiada experiencia en el amor. Y como tantas personas han descubierto, es totalmente posible (aunque no sea demasiado deseable) amar con todo tu corazón a dos personas a la vez. Es totalmente posible desear vivir dos vidas, sentir que una sola vida no te basta.

El barco llega al atardecer. Owen se pregunta si Emily lo reconocerá. Después de todo han pasado casi diez años desde la última vez que se vieron. Advierte que la gente del muelle lleva unos carteles de cartón hechos a mano con el nombre de la persona a la que han ido a esperar. Quizá yo también debía haber hecho uno, piensa.

Emily es la segunda pasajera en bajar del barco. Aunque él se encuentre en el muelle, a casi quinientos metros de distancia de la pasarela del barco, la reconoce enseguida. Al ver su característico pelo pelirrojo le entran ganas de ponerse a cantar. Emily ahora debe tener treinta y seis años, pero está igual que cuando él murió.

Al divisar a Owen, Emily sonríe y le saluda con la mano.

—¡Owen! —le grita.

—¡Emily! —responde él abriéndose paso entre la multitud.

En cuanto se encuentran, se abrazan y se besan. A Owen le parece como si fuera una película. Ha estado esperando tanto tiempo este momento, y ahora ella ya está aquí.

—¿Me has echado de menos? —pregunta Emily.

—¡Oh, sólo un poco! —responde él.

Emily lo aparta para poder contemplarlo de arriba abajo.

—Tienes muy buen aspecto —observa ella.

—Y tú también —responde Owen.

Emily le recoge el pelo detrás de las orejas.

—¡Qué joven estás! —dice frunciendo el ceño. Mira a su alrededor—. ¿Todos los que estáis aquí sois tan jóvenes?

—Al final, sí —dice Owen.

—¿Qué quiere decir «al final»? —inquire Emily.

Él sonríe.

—No te preocupes. Al final todo sale bien —responde él—. Ya te lo explicaré más tarde —añade cogiéndole de la mano. Mientras la lleva al parking, siente que por fin ha dejado atrás una época de tristeza.

—¿Cómo funcionan las cosas aquí? —le pregunta Emily después de entrar en el coche—. ¿Voy a vivir contigo?

—¡Claro que sí! Eres mi mujer —responde Owen.

—¿Lo soy? ¿Todavía?

—Claro —dice él riendo—. ¿Por qué no habrías de serlo?

—¿Y qué hay de «hasta que la muerte nos separe» y de todo lo demás? —inquire ella.

—Siempre he pensado que seguíamos estando casados y ahora ya nada volverá a separarnos —responde él.

Emily asiente con la cabeza, pero no dice nada.

—¿Tú también pensabas que seguíamos estando casados? —pregunta Owen.

—Sí, en cierto modo supongo que así era —responde Emily.

—¿Te he dicho lo feliz que estoy de volver a verte? —pregunta él.

Aquella noche, en la cama, Owen le dice a Emily:

—¿Es malo que me encante ahora la gripe? ¿Crees que está mal que desee cantarle canciones de alabanza?

—Me alegro de que mi muerte saque al trovador que hay en ti. Pero estoy muerta, ¿sabes? Un poco de seriedad. ¡De una gripe! —exclama ella echándose a reír—. ¡Qué forma más estúpida de morir! —dice, y luego estornuda—. ¡Eh, creía que aquí no existían las enfermedades!

—Es cierto —afirma Owen.

Sin embargo, Emily vuelve a estornudar. Y entonces él se acuerda de que es alérgica a los perros. (Ha decidido dejar a *Jen* con *Liz* esta primera noche que Emily está en la ciudad, porque prefiere estar a solas con ella.)

Emily... —empieza a decir Owen—, tengo un perro y sé que tú solías ser alérgica

a ellos, pero...

Ella lo interrumpe.

—¿Quizá ya no soy alérgica? Quiero decir que tal vez aquí ya no lo sea.

Él lo duda.

—Quizá —responde.

—Tal vez sólo estornudo porque me estoy recuperando de la gripe. ¿Crees que podría ser eso?

Owen no cree que sea posible, pero prefiere no decírselo.

—Tal vez —contesta él.

Al día siguiente, mientras Emily se encuentra en la cita de aclimatación, Owen va a recoger a *Jen*. Aunque la golden retriever es fiel a Liz, también es pragmática. Sabe que es importante causarle una buena impresión a Emily la primera vez. Según su experiencia, hay muy pocas personas que se resistan a su meneante cola, y en cuanto Emily entra a casa, *Jen* empieza a moverla frenéticamente.

—¡Hola, Emily! Soy *Jen*, el perro de Owen. Encantada de conocerte.

—Hola, *Jen* —responde Emily.

Jen le ofrece una pata para que se la estreche y Emily estornuda sobre ella.

—¡Qué asco! —exclama *Jen*—. ¡Salud! —añade después intentado ser más delicada.

—Gracias —dice Emily—. Owen, qué extraño, tu perro habla, ¿lo sabías?

—¡Estupendo, Emily, entiendes canino! —responde él—. Yo no, pero ojalá pudiera. Algunas personas lo entienden de manera natural, como... —hace una pausa — mi amiga Liz.

Emily vuelve a estornudar.

—¿Eres alérgica a los perros? —pregunta *Jen*.

—Solía serlo en la Tierra —admite Emily—, pero no creo que lo sea aquí, ¿verdad?

Jen la contempla poco convencida.

—Pienso que probablemente soy alérgica porque antes lo era —prosigue ella—, pero quizá sólo sea una reacción psicósomática. —Emily vuelve a estornudar.

—¿Qué quiere decir una reacción «psicósomática»? —pregunta *Jen* preocupada.

—Significa que sólo está en mi cabeza. O sea que al final ya no me darás alergia, estoy segura.

—¿Tú crees? —inquire *Jen* ladeando la cabeza.

—Mmm..., tal vez —responde Emily volviendo a estornudar—. Esperemos que así sea.

Pero a la mañana siguiente Emily se levanta con los ojos hinchados y enrojecidos y se pasa todo el rato estornudando y tosiendo. Pese a su alergia, sigue actuando de traductora entre *Jen* y Owen.

—Mira, Owen, yo no quiero vivir con una persona que está todo el día tosiendo cuando yo estoy cerca —dice *Jen* bajando la cola patéticamente—. Me hace sentir

mal.

—*Jen*, siento mucho lo de mi alergia —se disculpa Emily—. Tu perra dice que no quiere vivir conmigo porque mis estornudos la hacen sentirse incómoda —le dice después a Owen.

—¡De acuerdo! —responde él. En el fondo se alegra de que *Jen* se lo haya sugerido antes de tener que hacerlo él.

—Owen, ¿no vas a protestar ni siquiera un poco? —inquire *Jen* bajando las orejas—. Yo estaba aquí antes que ella. ¿Quizás Emily podría ir a vivir a otra parte?

—*Jen* sugiere que yo me vaya a vivir a otra parte, porque ella estaba aquí antes que yo. Owen, quizá tu perra tenga razón —dice Emily volviendo a estornudar.

—No —responde Owen—. Tú eres mi mujer. Ya se nos ocurrirá alguna solución.

Esa noche *Jen*, que nunca ha dormido fuera de casa, tiene que hacerlo en el porche.

—Ya se nos ocurrirá alguna solución —repite Owen tratando de tranquilizar a *Jen*.

—¿Y no podría dormir al menos en el sofá? —sugiere *Jen* quejándose—. Cuando nos conocimos me prometiste que podría estar en él siempre que quisiera —por desgracia Owen no entiende una palabra de lo que le está diciendo.

Tres días más tarde, Owen deja a *Jen* en casa de Liz. Emily sigue creyendo que su alergia es sólo temporal, pero *Jen* está cansada de dormir en el porche.

—¿Cómo va todo? —pregunta Liz a Owen. Ella cree que él tiene un aspecto cansado, aunque feliz.

—¡Fenomenal! —exclama él—. Espero poder venir a recoger a *Jen* dentro de un par de días —le susurra después—, es que Emily lo está pasando fatal con la alergia.

—¡Claro! —responde Liz con una tensa sonrisa.

—¿Cómo te va con el coche? —pregunta Owen—. Porque si tienes algún problema al aparcar en paralelo, yo podría...

—No —le interrumpe ella.

—Gracias por quedarte con *Jen*.

—De nada —responde Liz encogiéndose de hombros—. A veces las cosas no funcionan.

Owen se da media vuelta para irse.

—A propósito, ¿de qué murió Emily? —le pregunta Liz.

—De una gripe.

—¡Pero si era médico! Seguro que se había vacunado.

—Sí, pero no le sirvió de nada. Como ya sabes, las cosas no siempre funcionan.

—Sí, ya lo sé —responde ella.

Mientras contempla a Owen alejándose con el coche, piensa en la gripe. Todas las personas a las que conoce se han muerto de unas causas más respetables: Aldous y su

mujer (al estrellarse el avión), Betty (cáncer de mama), ella y *Sadie* (arrolladas por un coche), Curtis y Shelly, la prima de Thandi (sobredosis de drogas), Thandi (al recibir un balazo en la cabeza), Owen (asfixiado), Esther (Alzheimer y otras causas afines), *Paco* (ahogado). ¡Eso sí que son muertes!, piensa ella. ¡Sólo las personas muy ancianas se mueren de una gripe! Liz piensa en cómo todo está cambiando sólo porque la estúpida de Emily no se preocupó de lavarse bien las manos.

Cuando Owen regresa, Emily está leyendo un folleto fotocopiado titulado «Guía de profesiones alternativas del Departamento de Servicios Vocacionales de En Otro Lugar».

—Por lo visto ya no ejerceré como médico nunca más. Aunque no estoy segura de si deseaba seguir haciéndolo. Supongo que podría trabajar en algún centro médico, pero este trabajo se parece más al de una enfermera.

—Lo siento —responde Owen.

—No importa. Aunque pudiera ser médico, no estoy segura de si querría volver a serlo.

—¿Hay alguna otra cosa a la que te guste dedicarte? —inquire él.

—Quizá me gustaría ser una de esas personas que capta desde las Cubiertas de Observación lo que lee la gente de la Tierra y que luego transcriben aquí el texto de esos libros.

—¿Te refieres a una conservadora de libros?

—¡Sí, a eso me refiero! Para hacerlo tienes que ser hábil con la ortografía y buena escuchando, y yo lo soy, y además tiene que gustarte irte a dormir tarde, porque es cuando la mayoría de la gente lee, y a mí esto también me gusta.

—Parece un trabajo bastante aburrido —observa Owen.

Emily se encoge de hombros.

—Cuando era doctora nunca tenía tiempo para leer. Y además no pienso dedicarme toda la vida a ello, sólo es algo temporal.

Owen mueve la cabeza mostrando incredulidad.

—Tú siempre fuiste muy ambiciosa. ¡Una conservadora de libros! Pareces otra persona.

—Quizá he cambiado —afirma Emily.

Owen decide cambiar de tema.

—¿Cómo están tus padres?

—Bien —responde Ella.

—¿Y tu hermana?

—Allie se está divorciando de Joe.

—Pero si estaban muy enamorados —observa Owen.

—Pues ya no lo están, O.

—¡No puedo creérmelo! —exclama él.

—Hace bastantes años que no los ves —comenta Emily—, te has perdido algunas cosas.

—Vale —responde Owen—. Explícame todo lo que ha ocurrido en estos últimos diez años en treinta segundos, ¡adelante!

—Mmm... —dice ella—. Yo...

—Apresúrate —dice él mirando su reloj—, te quedan veinticinco segundos, veinticuatro...

Emily se echa a reír. Intenta hablar lo más rápido posible.

—Acabé la carrera de medicina. Me especialicé en quemaduras en tu honor. Me gustaba mi trabajo. Enfermedades, accidentes, muertes. He pasado muchos ratos con mi hermana...

—¡Te quedan diez segundos!

—¡Caramba, entonces es mejor que me apresure! Allie tuvo un bebé, un niño al que llamó Owen. Yo era una buena tía. ¿Sabías que cuando tú falleciste yo estaba embarazada? —le pregunta en otro tono de voz—. Tuvimos un hijo; lo perdí, O.

—¡Se ha acabado el tiempo! —grita Owen con poco entusiasmo—. No lo sabía.

—¿Qué les ocurre a los bebés que mueren antes de nacer? —pregunta Emily.

—Creo que no consiguen terminar el trayecto del Río, y se quedan flotando en él hasta que tienen la fuerza suficiente para volver a la Tierra nadando. No estoy seguro.

—¿O sea que el bebé se convierte en otro bebé? ¿En el bebé de otra persona?

—Más o menos —dice Owen.

—¡Oh, ojalá lo hubiera sabido antes! De ese modo no me habría sentido tan triste.

—Ojalá hubiera podido ayudarte —dice él.

Emily lanza un suspiro.

—Tuvimos un hijo —repite Owen—. ¿Cómo es posible que no lo supiera?

—Porque me enteré después de que tú murieras. Lo perdí en el segundo mes y apenas se me notaba.

—¡Pero de todos modos debería haberme enterado! ¡Me he pasado todo este tiempo contemplándote!

—Hay algunas cosas que no se pueden ver. Algunas cosas no queremos verlas —dice ella.

—Y yo que creí que estabas triste por mí —susurra él.

—Y es cierto.

—Me hubiera gustado conocer a nuestro hijo —dice Owen—. ¿Le pusiste un nombre?

—Sí —responde Emily asintiendo con la cabeza.

—¿Cómo se llamaba?

Emily se lo susurra al oído.

—Me gusta —responde él en voz baja—. No es demasiado rebuscado ni demasiado común. Creo que a él también le habría gustado.

Por la noche Emily duerme por primera vez en el sofá y Owen lo hace en la cama.

Como tienen unos horarios distintos, descubren enseguida que así les resulta más fácil. Además, él ya se siente contento al saber que ella se encuentra al otro lado de la pared. Le hace recordar cuando eran vecinos en Nueva York y se comunicaban en morse dando golpecitos en la pared.

Cada día que pasa con Emily es como un milagro para él. La ve sentada en su silla. Llevando una de sus camisetas. Lavando los platos. Durmiendo. La ve por todas partes. No puede creer que Emily esté ahora por todos lados. Quiere pegarle un mordisco para comprobar que es real. Quiere sacarle fotos porque ahora por fin puede hacerlo. Y se queda sentado contemplándola embobado, cuando debería estar haciendo otras cosas. Y Emily además es tan increíble. Como ella quiere salir un poco, él la lleva a ver sus lugares favoritos. Y ella le hace un montón de preguntas. (Él había olvidado esa costumbre suya.) Intenta respondérselas lo mejor posible, pero ella siempre ha sido más lista que él (y ahora lo es incluso más), así que ni siquiera está seguro de si se queda satisfecha con todas sus respuestas.

Hay un par de cosas que a Owen le molestan un poco. Le avergüenza incluso mencionarlas. Ella es desordenada. Y le gusta empezar nuevos proyectos en la casa, pero nunca los acaba. Y se acuesta muy tarde y hace mucho ruido aunque intente no hacerlo. Y después de ducharse, nunca saca los pelos que quedan en el desagüe. Y es verdad que hace muchas preguntas. Y a veces no saben de qué hablar, porque lo único que tienen en común es el pasado. Por eso muchas de sus conversaciones empiezan con «¿Te acuerdas de cuando...?» Y las cosas que a él más le molestan, a ella no le importan.

Pero Owen intenta ignorar todas estas cosas. Después de todo, Emily siempre ha sido así.

Un sábado por la tarde Liz se pasa por casa de Owen para recoger la pelota favorita de *Jen*. Hace una semana que la perra se lo ha estado pidiendo, pero Liz ha estado buscando una excusa u otra para evitar hacerlo. Cuando por fin decide ir, sólo encuentra a Emily en casa y se pregunta si la mujer de Owen sabe quién es ella.

—Soy Liz —dice tensamente—. La persona que está cuidando de *Jen*. Tú debes ser Emily.

—¡Oh, Liz, me alegro mucho de conocerte! —exclama Emily estrechándole la mano—. Muchas gracias por ocuparte de *Jen*. Espero que yo deje de ser alérgica algún día y pueda regresar a casa.

Liz asiente con la cabeza.

—Sólo he venido para recoger su pelota.

—¡Claro, voy a buscarla! —al cabo de unos momentos Emily regresa con la pelota. Observa a Liz. Piensa que le recuerda a alguien, pero no sabe a quién—. ¿Cómo conociste a Owen? —pregunta Emily.

—Yo... —Liz hace una pausa—, le ayudé a adoptar a *Jen*. Trabajo para el

Departamento de Animales Domésticos. Supongo que acabamos haciéndonos amigos a través de *Jen*.

—Es lógico —responde Emily—. ¿Te apetece tomar una soda o alguna otra cosa? Es que Owen no me ha presentado aún a ninguno de sus amigos y tengo curiosidad por conocerlos.

—Lo siento, pero he de irme —responde Liz.

—De acuerdo. Entonces, podemos vernos algún otro día. ¿Te parece?

Liz asiente con la cabeza. Entra en el coche lo más deprisa posible, lo pone en marcha y sale disparada.

—¡Eh, Liz! —le grita Emily—, ¡te has dejado la pelota de *Jen*!

Al llegar a casa, Liz se arroja a la cama y se echa a llorar sobre la almohada. Betty intenta consolarla.

—No llores, cielo. Ya pescarás otros peces —le dice su abuela.

—¡Por si no te habías dado cuenta, cada vez soy más joven! —exclama Liz con abatimiento—. Ya no me queda tiempo para pescar ningún otro pez. ¡Y además ni siquiera me gustan! ¡Odio los peces!

—Entonces, puedes seguir siendo amiga de Owen, ¿no te parece?

Liz no dice nada.

—¿Quieres que los invite a cenar? —pregunta su abuela.

—¿A quién?

—A Owen y a su mujer, naturalmente.

—¿Por qué?

—Porque es un bonito detalle y él es un buen amigo tuyo.

—Yo creo que es una malísima idea —dice Liz.

—¿Qué te parece si los invitamos el próximo sábado? Siento una gran curiosidad por ver cómo es ella —dice Betty.

—Hoy la he conocido —admite Liz.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo es?

—Es muy bonita —admite Liz—, y muy adulta.

Liz se levanta de la cama y se contempla en el espejo que hay en su cómoda. Se pregunta si su aspecto ya está empezando a ser el de una niña.

Al cabo de una semana Emily y Owen van a cenar a casa de Betty. Él se alegra de ver a *Jen* y está orgulloso de poder presentarles a Emily. Betty y Emily se pasan casi toda la noche charlando. Su conversación está salpicada por los estornudos de Emily, aunque hayan encerrado a los perros en la habitación de Liz mientras los invitados están en casa. Liz se pasa toda la cena sin apenas decir nada. Owen intenta establecer contacto visual con ella, pero Liz lo evita a propósito. A causa de la alergia de Emily y del huraño silencio de Liz, la visita es más bien corta.

Al marcharse Owen y Emily, Betty le pregunta a Liz:

—¿No te sientes mejor después de haberlos invitado?
—Pues no —responde ella.
—Emily es una persona muy agradable —añade Betty.
—Yo no he dicho que no lo fuera —masculla Liz entre dientes.

Mientras se dirigen a casa en el coche, Emily pregunta a Owen:

—Te gusta Liz, ¿verdad?

Él no responde.

—No tienes por qué sentirte mal por ello —prosigue Emily—. Si así fuera, sería lo más natural del mundo. Ella tiene tu edad y tú no podías saber que yo acabaría viniendo aquí.

Él niega con la cabeza.

—Te quiero, Em. Y siempre te querré.

—Lo sé —responde ella.

Esa misma noche, cuando Liz está a punto de meterse en la cama, advierte un charquito amarillo en ella.

—¿Qué ha pasado aquí? —le pregunta a *Sadie*.

—¡No me mires a mí! ¡Ha sido *Jen*! —responde *Sadie*—. Creo que se siente abandonada. Pensaba que Owen vendría a buscarla esta noche.

—¡Owen se está pasando! —grita Liz—. ¡Voy a verle ahora mismo! —añade cogiendo de un manotazo las llaves del coche de su abuela de la repisa y cerrando la puerta de un portazo.

Liz toca el timbre de la casa de Owen con el corazón acelerado.

—¿Piensas venir a buscar algún día a *Jen* —le grita Liz—, o piensas dejarla conmigo por el resto de tu vida?

—Owen, ¿quién es? —grita Emily.

—Sólo es Liz —le contesta él también gritando.

—¡Hola, Liz! —exclama Emily desde el interior de la casa.

«¿Sólo es Liz?», qué increíble, piensa indignada ella.

Owen cierra la puerta tras él y se lleva a Liz fuera del porche.

—¡No me dices una palabra en toda la noche y luego vienes aquí sólo para gritarme!

—Owen —responde Liz—, no me parece justo lo que estás haciendo con *Jen*. La perra se siente abandonada y triste.

—¡Venga, Liz!, estoy seguro de que está muy a gusto viviendo contigo. *Jen* te quiere mucho —señala Owen.

—*Jen*, tal vez me quiera mucho, pero yo no soy su propietaria. Se ha meado en mi cama. Y los perros enseñados sólo se mean en la cama de alguien cuando tienen problemas.

—Pues lo siento —responde Owen.

—¿Cuándo piensas venir a buscarla entonces? —le exige Liz.

—Pronto, muy pronto, en cuanto Emily se haya aclimatado.

—Ya han pasado dos semanas. ¿No crees que ya ha tenido tiempo de hacerlo?

—Sabes que Emily es alérgica —dice Owen lanzando un suspiro—. Yo no sé qué hacer.

—¡Tú te comprometiste con *Jen*! ¡Dijiste que te ocuparías de ella! —exclama Liz.

—Pero mucho antes de conocerla ya me había comprometido con Emily.

—¡Otra vez ella! ¡Estoy hasta el moño de Emily! —grita Liz.

—¡Pues yo no creo que estés así por lo de *Jen*! —grita Owen a su vez.

—Pues para que te enteres, yo no quiero tener nada que ver contigo, ¿sabes? ¡Ni siquiera habría venido si no me hubieras dejado a tu perra!

—¿Ah, sí? —responde Owen.

—¡Sí!

Y, entonces, como ya no les queda nada más por decirse, se besan. Liz no está segura de si es Owen el que la besa o de si es ella la que lo hace. De cualquier modo, el apasionado beso que se dan no es como el primer beso que Liz había imaginado que él le daría.

Cuando ella se aparta al fin de Owen, ve que Emily la está mirando. Pero no tiene una expresión furiosa, sino más bien curiosa.

—¡Hola! —dice Emily—. He oído gritos y he salido a ver qué pasaba —añade sonriendo de una manera muy extraña—. Supongo que es mejor que os deje solos —observa amablemente.

—¡Emily...! —exclama Owen. Pero ella ya se ha ido—. ¡Ha sido por tu culpa! —le grita a Liz.

—¿Por mi culpa? ¡Pero si has sido tú el que me ha besado!

—Sí, porque estás aquí, viviendo en este lugar, haciendo que mi vida sea mucho más difícil —grita Owen.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Liz.

—¡Yo quería a Emily! ¡La quiero! —exclama Owen—. Y quizá si no te hubiera conocido, las cosas serían distintas. Pero ahora todo ha cambiado.

Owen se deja caer sobre los peldaños del porche. Está abatido.

—Es mi esposa, Liz. No puedo hacer nada. Aunque quisiera, no puedo hacer nada.

—Seguiré ocupándome de *Jen* —dice Liz antes de irse.

La cláusula del Evasor



Una noche después del trabajo, Aldous Ghent se pasa por el Departamento de Animales Domésticos. De entre todas las personas a las que asesora, Liz es su favorita y a menudo va a verla para charlar un poco con ella al final del día. Esa noche la encuentra encerrada en su despacho con *Sadie* y *Jen*. Ha estado lloviendo todo el día y las tres están de muy mal humor. Al pelearse por un cuenco de agua que se disputaban, *Sadie* ha mordido a *Jen* en la parte trasera de una pata. Aunque el mordisco ha sido leve, el orgullo de *Jen* está herido y ahora no le dirige la palabra a *Sadie*.

—¡Hola, chicas! —les saluda Aldous alegremente. Por suerte, es la clase de persona que no se deja influir por el mal humor de los demás, ya que casi siempre está de buen humor—. *Jen*, *Sadie*, necesito hablar con Liz a solas un rato —al oírlo las perras se levantan y se van a regañadientes. *Jen* simula cojear para hacerse la importante.

—¿Cómo está Owen? —le pregunta Aldous con una sonrisa de complicidad.

—¿Cómo quieres que lo sepa? —responde Liz.

—Como dice Shakespeare, «El curso del verdadero amor nunca fue tranquilo y sereno» —observa él tomándole el pelo.

—¡Me da igual!

—Si no me equivoco, es un pasaje de *Sueño de una noche de verano*.

—En la clase de inglés yo sólo llegué a leer *Macbeth*, después la palmé.

—Pues para que lo sepas, Elizabeth, aquí también hay libros de Shakespeare.

—Ya lo sé, pero es la clase de autor que sólo lees cuando alguien te obliga a ello —confiesa Liz—. Y En Otro Lugar nadie te obliga a leer a Shakespeare o a ningún otro autor —agrega ella lanzando un suspiro—. ¿Por qué has venido a verme, Aldous?

—Estoy seguro de que enseguida os olvidaréis de la pelea que habéis tenido —observa Aldous.

—Lo dudo —afirma Liz—. La esposa de Owen ha llegado de la Tierra.

—¡Caramba, qué golpe más duro! —exclama él desconcertado por la revelación de Liz. Pero enseguida recupera su eterna sonrisa—. Cuando tengas mi edad descubrirás que el mundo tiene su propia manera de hacer que las cosas funcionen —observa él.

—Si tú lo dices —murmura Liz en voz baja para que él no la oiga.

—He venido para recordarte que la próxima semana hará un año que llegaste a En Otro Lugar. ¡Enhorabuena, Elizabeth! —dice Aldous.

—¿Eso es todo? —responde ella. Aldous suele dar muchas vueltas antes de ir al grano. A Liz este rasgo suyo normalmente le divierte, pero hoy le está dando ganas de gritar.

—No es más que una simple formalidad, pero necesito que me confirmes que no quieres recurrir a la cláusula del evasor.

—¿En qué consiste?

—Un «evasor» es un adolescente o un niño que quiere volver a la Tierra antes de tiempo —le explica Aldous—. Has tenido un año para decidirte. ¿Te acuerdas? Y el año está a punto de finalizar.

Liz considera lo que Aldous le está diciendo. De algún modo toda esa experiencia que ha tenido con Owen y Emily le ha hecho sentirse agotada y pesimista. ¿De qué sirve amar a alguien? Para Liz todo el esfuerzo de trabajar, vivir, amar y hablar le está empezando a parecer precisamente eso, un esfuerzo. Y además dentro de quince años (en realidad, menos) se olvidará de todo. Al considerar todos estos factores, está empezando a pensar que es mejor acelerar un poco el proceso.

—¿O sea que aún puedo irme de aquí? —pregunta ella.

—¿Me estás diciendo que quieres irte, Liz? —inquire él perplejo.

Liz asiente con la cabeza.

Aldous se la queda mirando.

—No lo esperaba de ti, Elizabeth. Nunca pensé que llegaras a ser una «evasora» —exclama con los ojos empañados—. ¡Y yo que creía que te habías aclimatado tan bien!

—¿Qué tengo que hacer? —pregunta Liz.

—Informar a tus amigos y seres queridos de tu decisión. Por medio de una carta o contándoselo personalmente, haz lo que prefieras. Quizá deberías consultarlo antes con tu abuela, Elizabeth.

—Ya lo he decidido, Aldous —responde Liz—. ¿No se lo irás a decir, verdad?

Él niega con la cabeza, con una expresión torturada que no es usual en él.

—Todo cuanto hablamos entre nosotros es confidencial. No podría decírselo aunque quisiera. Pero probablemente debería hacerlo.

Aldous prorrumpe en sollozos.

—¿Es por algo que yo he hecho, Liz? ¿O por algo que no he hecho? —le pregunta—. ¡No tengas reparos en decírmelo!

—No, el problema está en mí —dice ella intentando hacer todo lo posible para tranquilizarlo.

Se decide que la «liberación» de Liz tendrá lugar el domingo por la mañana, en el primer aniversario de su llegada a En Otro Lugar y en el último día que puede recurrir a la cláusula. Liz volverá a la Tierra descendiendo por el Río junto con todos los bebés liberados. ¡Qué extraño!, piensa ella, viajar entre tantos bebés. Además tendrá que hacerlo envuelta en vendas, ¡qué humillante sería si alguien me viera con ellas! Pero por supuesto, nadie la verá.

Curtis Jest es la única persona a la que decide contárselo. Es evidente que las otras opciones que tiene —Betty, Thandi o *Sadie*— intentarían hacerla desistir y Liz no está de humor para soportar ningún otro drama. Y con Owen no se habla. O sea que sólo puede recurrir a Curtis. Él siempre parece divertirse con la vida de los demás y además es desapegado e indiferente. Se entristecerá al saber que ella ha decidido irse, pero no hará nada para impedirsele ni intentará hacerla cambiar de idea. Y eso es exactamente lo que Liz quiere.

Sin embargo, se lo dice por si acaso en el último momento, el sábado por la noche, antes de irse.

—¿Supongo que no puedo hacerte cambiar de idea? —pregunta Curtis mientras los dos están sentados en el muelle con las piernas colgando sobre el agua.

—No —responde Liz—. Ya lo he decidido.

—¿Lo haces por Owen?

Ella lanza un suspiro.

—No —responde al fin—. En realidad, no. Pero ojalá pudiera tener lo que él tiene.

—No entiendo qué quieres decir, Lizzie.

—Owen ya tenía a Emily desde antes, desde que vivía en la Tierra. En cambio yo no tengo nada de la Tierra. Emily fue el primer amor de Owen, y yo también quiero ser el primer amor de alguien. ¿Tan difícil es entenderlo? A veces me da la sensación de que todo lo que me ocurre en esta vida que va hacia atrás es viejo. Todo cuanto me ha ocurrido en ella ya le había pasado antes a alguien más. ¡Me siento como si todo lo que consigo fuera de segunda mano!

—Liz —dice Curtis con seriedad—, yo creo que acabarás viendo que aunque estuvieras en la Tierra, viviendo una vida hacia delante, todo lo que te ocurriría en ella ya le habría pasado a alguien más.

—Sí —admite Liz—, pero las cosas no estarían tan predeterminadas. Yo no sabría cuándo iba a morir. Ni que en menos de quince años volvería a convertirme en un estúpido bebé. Podría ser una mujer adulta. Tener mi propia vida.

—Aquí tienes tu propia vida.

Ella se encoge de hombros. No cree que sea necesario seguir con la conversación.

—Liz, tengo que decírtelo, creo que estás cometiendo un grave error.

De pronto ella se vuelve hacia él.

—¡Mira quién habla! Mírate, Curtis, estás sentado en este muelle todo el día, un día tras otro, ¡sin hacer nada! ¡Sin ver a nadie! ¡Ni siquiera cantas! ¡Si estás medio muerto!

—En realidad, estoy muerto del todo —afirma el músico bromeando.

—Para ti todo es una broma, todo es divertido. ¿Pues por qué no estás cantando entonces? ¿Por qué no cantas alguna vez, Curtis?

—Porque ya lo hice antes —responde él con seguridad.

—¿Y no lo echas de menos? ¿Acaso esperas que me trague que eres feliz siendo un pescador? ¡Si nunca te he visto pescar nada!

—Pesco peces, pero vuelvo a arrojarlos al agua.

—¡Esto es la cosa más estúpida e inútil que he oído en toda mi vida!

—No creas. Así enviamos a los peces de vuelta a la Tierra y además el muelle queda más pintoresco. Pescar es una profesión útil y noble —observa Curtis.

—¡A no ser que se suponga que tengas que hacer otra cosa!

Curtis se queda callado durante unos momentos.

—La semana pasada conocí a un jardinero llamado John Lennon.

—¿Qué tiene que ver eso con lo que estábamos hablando? —pregunta Liz. No está de humor para las gilipolleces de Curtis.

—Nada. Sólo quería decir que aunque hayas hecho algo antes, no significa que tengas que seguir haciéndolo.

—¿Sabes lo que pienso? —dice ella—. ¡Que eres un cobarde! —exclama poniéndose en pie y marchándose.

—¡Sólo un cobarde puede reconocer a otro cobarde! —le grita Curtis.

Liz se pasa toda la noche en vela escribiendo el borrador de la carta a Betty.

Querida Betty:

Cada día es como el anterior y ya no puedo soportarlo más. Me siento como si nunca hubiera disfrutado de lo mejor de la vida. La muerte no es más que una gran repetición, ¿sabes?

No lo hago por Owen.

Cuando leas esta carta probablemente ya habré vuelto a la Tierra.

He regresado a la Tierra como una «evasora».

Por favor, no te preocupes.

Siento que haya sido de esta manera.

Lo siento.

Cuida de Sadie y de Jen por mí.

Te quiero,

Liz

Omitiendo la parte tachada, vuelve a escribir la carta en una nueva hoja de papel y se acuesta.

A altas horas de la noche Owen oye unos golpecitos en la pared. Al ver que suenan con un ritmo constante y familiar, se pone a escucharlos: es Emily comunicándose en morse con él.

«¿Quieres que me vaya?», le dice ella con los golpecitos.

Él no le responde.

«Quiero irme», insiste ella.

Él no le responde.

«Haz dos golpecitos, así sabré que me has oído.»

Él respira hondo y golpea dos veces la pared.

«Lo nuestro no funciona», le dice ella.

«Ya lo sé», responde él en morse.

«Siempre te querré, pero nuestra vida está ahora descompasada», dice ella por medio de golpecitos.

«Lo sé», responde Owen de igual modo.

«Soy una mujer de treinta y cinco años, no soy la misma», observa Emily.

«Lo sé», responde él.

«Tú tienes diecisiete», dice ella en morse.

«Dieciséis», puntualiza él con los golpecitos.

«Dieciséis», repite ella.

«Lo siento», dice él con unos suaves golpecitos.

«Tú no tienes la culpa, O. Así es la vida», responde Emily.

«¡Pero estamos muertos!», dice él en morse.

Owen la oye reírse desde la otra habitación. Pero ya no oye más golpecitos. Ella va a verle.

—Cuando tú falleciste, yo también quise morirme. No quería vivir sin ti —dice Emily—. Eras toda mi vida. Yo no tenía ni un solo recuerdo en el que tú no estuvieras.

Owen asiente con la cabeza.

—Pero tuve que seguir adelante con mi vida. Dejé de esperarte. En realidad, estaba segura de que no volvería a verte —admite Emily.

—Nunca te casaste —observa Owen.

—Ya me había casado contigo. Y sabía que si volvía a hacerlo compararía a mi nuevo marido contigo y que sería un desastre —confiesa riendo—. Lo divertido del caso es que dos meses antes de morir acababa de conocer a alguien. Aún no manteníamos una relación seria, pero tenía posibilidades.

—¡Yo nunca lo vi! ¡Nunca te vi con ningún otro hombre! —exclama Owen.

—Pues supongo que fue porque en esa época no me estabas contemplando demasiado.

Él mira hacia otra parte.

—En el fondo podía sentir que me estabas contemplando, Owen, y también noté cuándo dejaste de hacerlo —le dice ella.

Él no le contesta.

—Tienes todo el derecho del mundo de haberte enamorado de otra mujer. No te sientas culpable por ello —dice Emily con dulzura.

—Al principio creo que ella me gustaba porque me recordaba a ti —admite él en voz baja.

—O a mí hace veinte años.

Owen mira a Emily y, por primera vez desde que ella llegó a En Otro Lugar, la ve tal como es. Es bonita, quizá más que cuando era una adolescente. Pero ahora es distinta. Tiene un aspecto más maduro, más anguloso. Sus ojos también han cambiado, pero él no puede decir exactamente en qué.

—Ya no te conozco, ¿verdad? —dice con tristeza.

Emily le besa en la frente y a él le entran ganas de llorar.

—Algunas parejas funcionan, algunas parejas siguen viviendo juntas aquí —añade Owen—. ¿Por qué no podemos ser como ellas?

—Yo no me preocuparía demasiado por ello —responde Emily—. Y en mi caso, me alegro de volver a verte.

—Pero ¿no te parece injusto? Se suponía que debíamos envejecer juntos y todo lo demás que se dice.

—Pues no va a ser así. Al menos aquí —señala Emily—. Y yo creo que hemos sido más felices que la mayoría de las parejas. Hemos sido muy felices juntos y también hemos tenido una segunda oportunidad. ¿Cuántas parejas pueden decir lo mismo?

—¿Es por lo que pasó aquella noche en el porche? —pregunta Owen.

—No, en absoluto —le tranquiliza ella—. Pero ya que lo has mencionado, ¿quieres saber qué fue lo que vi esa noche? —Emily hace una pausa—. Vi a dos adolescentes enamorados.

Owen cierra los ojos y al volver a abrirlos Emily ya se ha ido. Siente un extraño dolor en el antebrazo. Al examinar su tatuaje, ve que está más vívido de lo que nunca

recuerda haber estado, incluso más que cuando se lo hicieron. El corazón grabado late y palpita casi como un corazón de verdad. Y entonces de pronto el tatuaje desaparece. Aparte de un ligero enrojecimiento, ya no hay nada en su piel. Es como si el tatuaje nunca hubiera estado allí.

Justo antes de dormirse, se promete que lo primero que hará al levantarse por la mañana será ir a ver a Liz.

Hacia la Tierra



El día de su «liberación» Liz se despierta a las cuatro de la madrugada. Todas las partidas tienen lugar en el alba, cuando la marea deja al descubierto el Río, y ella llega quince minutos antes de la hora señalada.

Un grupo de enfermeras está preparando a los bebés para «liberarlos» en el Río. La enfermera asignada a Liz se llama Dolly.

—¡Caramba! —exclama la enfermera al contemplar a Liz—, no solemos ver unas niñas tan crecidas como tú.

—Soy una «evasora» —responde ella.

—Bien. Jolen es la que suele ocuparse de los evasores, pero está de vacaciones. Tanto si eres una «evasora» como si no, tienes que quitarte toda la ropa para que pueda envolverte como a los recién nacidos.

—¿No puedo al menos dejarme puesta la ropa interior? —pregunta Liz.

—Lo siento, todo el mundo tiene que volver a la Tierra tal como vino al mundo —dice Dolly—. Ya sé que a tu edad es un poco embarazoso, pero así es como tiene que ser. La mayoría de bebés ni siquiera se dan cuenta de este detalle. Además cuando te envuelva como un recién nacido nadie sabrá que estás desnuda —añade entregándole una bata de papel—. De momento puedes ponerte esto.

Liz, totalmente desnuda salvo por la bata de papel, se tiende sobre una mesa equipada con ruedas, como las que hay en las maternidades. La enfermera que se ocupa de ella empieza a envolverla con unas blancas vendas de lino. Comienza por los pies, vendándole las piernas juntas y después sigue haciéndolo hasta llegar a la mitad del cuerpo. Entonces le quita la bata de papel y empieza a vendarle el torso con los brazos pegados al cuerpo.

—¿Por qué me vendas también los brazos? —pregunta Liz.

—¡Oh!, porque te ayuda a que la corriente te arrastre con más rapidez hacia la Tierra y además mantiene a los bebés calentitos —dice Dolly.

La enfermera le venda fuertemente todo el cuerpo, dejándole sólo la cara

descubierta. Liz parece una momia. Siente una horrible sensación, apenas puede respirar con todas esas vendas.

Dolly la hace rodar hasta la orilla de la playa y la mete en el mar. Liz siente la fría agua empapándole las vendas.

—¿Qué les ocurrirá a las vendas cuando llegue a la Tierra?

—No te preocupes. A esas alturas la mayoría de las vendas ya se habrán deshecho y el Río se llevará las que queden —responde Dolly—. Cuando el sol empiece a salir por el horizonte, podrás ver el Río. Yo te daré un empujoncito y la corriente te arrastrará entonces hacia la Tierra. Me han dicho que el viaje parece durar una semana, pero probablemente perderás la noción del tiempo mucho antes.

Liz asiente. Ve que el horizonte empieza a teñirse de una luz roja. Pronto saldrá el sol.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —le dice Dolly.

Al asentar Liz con la cabeza para responderle, prácticamente todo su cuerpo se mueve también a causa de las apretadas vendas.

—¿Qué es lo que hace a una persona querer volver antes de tiempo a la Tierra? —pregunta Dolly.

—¿A qué te refieres? —responde Liz.

—A que toda la vida es igual, ¿no es cierto? ¿Por qué tenéis tantas ganas de volver, entonces?

En ese momento el sol sale por el horizonte. El océano se separa en dos y queda el Río al descubierto.

—Está amaneciendo —observa Dolly—. Ha llegado el momento de irte. ¡Que tengas un buen viaje! —dice empujándola hacia el Río.

Curtis Jest no puede dormir. Da vueltas y más vueltas en el catre de madera. Al ver que no consigue dormirse, se levanta de la cama.

Se muere de ganas de cruzar la ciudad para ir a casa de Liz. Sabe que ella vive con su abuela. Decide que debe informar a Betty de la decisión de su nieta, aunque traicione a Liz. Por primera vez desde hace años lamenta haber perdido los privilegios de ser una estrella de rock. (Las estrellas de rock tienen coches veloces.)

A las 6.15 de la mañana Curtis toca el timbre de la casa de Betty.

—Hola, quería ver a la abuela de Lizzie. ¡Caramba! —exclama mirando fijamente a Betty—. ¿No serás su abuela, verdad?

—Sí, soy Elizabeth, la abuela de Liz. ¿Y quién eres tú?

—Yo soy... —empieza a decir él. Por un momento se olvida de su nombre y de la razón por la que ha ido a la casa. En lugar de ello, observa los ojos de Betty e intenta averiguar de qué color son exactamente. Son de un color gris azulado, decide. Gris azulado, como la niebla de la mañana, como el agua de un manantial de montaña, como la luna o tal vez como las estrellas. Betty, la de los ojos gris azulado. Podría

hacer una buena canción con esta letra...

—¿Qué deseas? —le pregunta ella interrumpiendo las ensoñaciones de Curtis.

Él se aclara la garganta, se pone derecho y le dice con voz grave:

—Soy Curtis Sinclair Jest, el ex cantante de Machine, un conjunto musical. Elizabeth, que confía totalmente en mí, ayer me hizo una confesión, por eso he decidido venir a estas horas. Tengo que decirte algo muy urgente sobre Lizzie.

—¿Qué es? —pregunta Owen mientras sale del coche y se acerca a él—. Tengo que hablar con ella enseguida.

—Lizzie se ha metido en un problema, Betty. Necesitaremos tu coche —responde Curtis.

Betty respira hondo.

—¿Qué le ha pasado? ¿Qué le ha pasado a Elizabeth? —Ni siquiera intenta ocultar el terror que refleja su voz—. ¡Quiero saber qué le ha pasado a mi nieta! —grita.

Curtis le coge la mano para tranquilizarla.

—Liz se está marchando a la Tierra, debemos intentar impedirselo —responde él.

—¿Quieres decir que se está evadiendo? —pregunta Owen.

Curtis asiente con la cabeza.

—¡Pero si ya es de día! —exclama Betty.

Los tres levantan la cabeza para contemplar el cielo amarillento, que se está iluminando por momentos.

—Subid a mi coche, deprisa —dice Owen echando a correr hacia él.

—¡Que Dios nos ayude! —susurra Betty antes de seguirle.

A medida que la corriente la va arrastrando con más fuerza hacia la Tierra, Liz se pone a pensar en En Otro Lugar y en todos los seres que ha conocido en él. También piensa en cómo se sentirán al descubrir que ella se ha ido sin decir nada.

Piensa en Thandi.

Piensa en Betty.

Piensa en *Sadie*.

Piensa en *Paco*, en *Jen* y en todos los perros...

Y también piensa en Owen.

Pero sobre todo piensa en ella. Seguir descendiendo por el Río significa, a efectos prácticos, el final de Liz. Y al verlo de ese modo se pregunta de pronto si no habrá cometido un colosal error.

Y después se pregunta si no será ya demasiado tarde para corregirlo.

Porque si ella decide volver a En Otro Lugar no es por Owen ni por ninguna otra persona. Con Owen o sin él, vivir casi quince años es mucho tiempo. Es un regalo. Porque aquí, En Otro Lugar, donde se suponía que la vida de Liz había llegado a su fin, podía ocurrir cualquier cosa.

Si interrumpo esta vida nunca sabré cómo habría sido. Una vida es una buena historia, piensa Liz, aunque sea una vida absurda que va hacia atrás como la mía. Aferrarse a su antigua vida de la Tierra no tenía ningún sentido. Nunca podría recuperarla. Ahora al pensar más detenidamente en ello, se da cuenta de que su vida hacia atrás era en realidad una vida hacia delante. Aún no le había llegado la hora de morir y tenía muchas ganas de saber cómo sería su vida.

Y además, piensa Liz, no sé por qué tengo tantas ganas de volver a la Tierra.

Al entrar en contacto con el agua, las vendas de lino se han vuelto tan duras como el yeso. Liz se balancea de un lado a otro para intentar romperlas. Pero sus movimientos en lugar de liberarla hacen que gire ciento ochenta grados hasta quedar de cara a la corriente. Ve que a su alrededor hay un montón de bebés flotando en el agua.

Las olas le golpean la cara. Los ojos le pican por la sal. Sus pulmones empiezan a llenarse de agua. Liz siente que sus piernas se hunden.

Dobla el cuello hacia delante e intenta romper con los dientes las vendas. Después de esforzarse mucho, consigue hacer un agujerito de lo más pequeño, pero suficiente para permitirle girar el hombro una y otra vez. La maniobra le duele muchísimo, pero por fin logra liberar el bíceps izquierdo, y luego el antebrazo y la mano del mismo brazo. Saca la mano fuera del agua.

Lucha por salir a la superficie con la mano libre, pero es demasiado tarde. Sus pulmones se han llenado de agua.

Liz se hunde. Tarda mucho tiempo hasta llegar al fondo del océano. El agua es cada vez más oscura. Hasta que choca con el fondo del mar emitiendo un golpe seco. A su alrededor se forma una nube de arena y de otros restos marinos. Y entonces se desmaya.

A la mañana siguiente, cuando recupera el conocimiento, no puede moverse y se pregunta si está muerta. Pero descubre que puede abrir los ojos y que el corazón le late, por despacio que lo haga. Se le ocurre que quizá se ha quedado atrapada en el fondo del mar para siempre. Que no está muerta ni viva. Que es un fantasma.

—Lo siento, pero es demasiado tarde —dice Curtis a Owen—. Se ha ido.

—No puedo creer que Liz haya hecho algo así —responde Owen sacudiendo la cabeza—. No parecía ser la clase de persona que fuera a hacerlo.

—Yo tampoco puedo creérmelo —admite Betty moviendo también la cabeza con incredulidad. Lanza un suspiro—. Al llegar aquí estuvo una temporada deprimida. Después pensé que ya se había recuperado, pero supongo que no fue así.

—Voy a buscarla con el barco —dice Owen.

—Se ha ido, Owen. La enfermera encargada de echarla al mar nos lo ha confirmado. Ya no podemos hacer nada —señala Betty fulminando a Curtis con la mirada. Él mira hacia otra parte.

—De todos modos voy a buscarla con el barco —repite Owen.

—Pero... —replica Betty.

—Tal vez ha cambiado de idea. Y si es así, puede que necesite nuestra ayuda —dice Owen.

—¡Te acompañaré! —exclaman Curtis y Betty al unísono.

Durante dos días y dos noches se dedican a rastrear con la embarcación de Owen las costas de En Otro Lugar para encontrar algún indicio de Liz. Pero no encuentran nada. En la segunda noche Owen les dice a Curtis y a Betty que es mejor que regresen a casa.

—Puedo seguir buscándola yo solo —dice.

—Será inútil, Owen. Odio tener que decirlo, pero ella se ha ido. Se ha ido para siempre. Es mejor que tú también vuelvas a casa —dice Betty.

Él niega con la cabeza.

—No —responde—. Voy a intentarlo un día más.

Con el corazón roto, Betty y Curtis deciden volver a casa.

—¿Crees que deberíamos habernos quedado con él? —pregunta Curtis en la cocina de Betty al volver a casa.

Ella lanza un suspiro.

—Creo que estaba intentando hacer las paces consigo mismo, que quería estar solo —responde ella.

Curtis asiente con la cabeza.

—Siento mucho no haber venido a verte el sábado por la noche. Nos peleamos y ella me hizo jurar que yo no diría a nadie que iba a evadirse.

—No ha sido por tu culpa. Yo debería haber visto que algo iba mal. Ojalá Liz me hubiera pedido consejo.

En ese momento Curtis ve una nota pegada en la nevera con el nombre de Betty.

—Mira, Betty, creo que te ha dejado una nota.

Ella cruza la cocina corriendo y arranca la nota de la nevera. ¿Por qué no la habré visto antes?, piensa.

Curtis se pone a mirar por la ventana para que Betty pueda leerla en privado. Cuando aún no ha pasado ni un minuto, ella se desploma sobre una silla.

—¡No dice por qué lo ha hecho! En realidad, no dice nada —exclama con los ojos empañados—. Tú fuiste el último que habló con ella. ¿Por qué crees que lo hizo?

—No estoy del todo seguro —responde al cabo de un momento—. Creo que pensaba que no podía llevar una vida normal aquí. Quería ser un adulto. Quería enamorarse.

—¡Si podía haberse enamorado aquí! —protesta Betty—. Yo creía que ya lo había hecho.

—Creo que en parte se fue por esto —observa Curtis con delicadeza.

—¡Pero podía haber vuelto a enamorarse! De Owen o de cualquier otra persona.

—Creo que pensaba que las condiciones que habían aquí no ayudaban en nada a que el amor durara —explica Curtis.

Betty lo abraza. Al oler él el suave aroma de su pelo, piensa que huele a rosas y a sal marina.

—A decir verdad —dice Curtis en voz baja— las condiciones raras veces son demasiado buenas en ninguna parte, pero aun así el amor sigue surgiendo todo el tiempo.

Liz comprende que nunca podrá tener fuerzas suficientes para salir a la superficie. Seguirá viviendo su vida hacia atrás y respirando en el fondo del mar, pero si no la encuentra, será como si estuviera muerta. Esta vez sí que será como estar muerta de verdad.

Y, sin embargo, no está muerta. Aunque casi sería mejor que lo estuviera. Recuerda la historia que en una ocasión Owen le contó de un hombre que se había ahogado mientras se dirigía al Pozo. Nadie volvió a encontrarlo durante treinta años y cuando por fin dieron con él, ya era un bebé y tuvo que regresar a la Tierra.

Si nadie sabe que estás viva, si ninguna persona de las que te quieren lo sabe, es como si estuvieras muerta, piensa Liz.

Se pone a contemplar el agua que hay encima de ella, en el fondo del mar no puedes hacer otra cosa.

En la segunda noche que pasa bajo el agua, dos sirenas, una es pelirroja y la otra rubia, pasan junto a ella nadando. Se detienen para observarla.

—¿Eres una sirena? —le pregunta la pelirroja.

Liz no puede hablar porque su laringe se cerró de manera refleja al empezar a hundirse en el agua. Parpadea dos veces para intentar comunicarse con ellas.

—¡No creo que lo sea! —exclama la sirena rubia—. No es más que un ser estúpido que ni siquiera habla.

—Y además tiene unos pechos muy pequeños —añade la pelirroja riéndose.

—Yo creo que es un caracol —dice la rubia.

—¡Oh, no digas eso! —responde la pelirroja—. Creo que has herido sus sentimientos. Mira, está llorando.

—¡Me da igual! ¡Qué deprimente es! Vámonos —exclama la rubia. Y las dos sirenas se alejan nadando felizmente.

Las sirenas (unas criaturas crueles y vanidosas) son unos de los numerosos seres que viven en el fondo del mar, en el mundo que hay entre En Otro Lugar y la Tierra.

En el fondo del mar, en el mundo que hay entre En Otro Lugar y la Tierra



El tercer día que está bajo el agua, se despierta al oír un extraño sonido que podría ser una distante sirena en medio de la niebla, el grave tono de una campana o quizás incluso el ruido de un motor. Liz abre los ojos. A lo lejos parpadea un familiar reflejo plateado. Los entrecierra un poco para verlo mejor. ¡Es una góndola! Y luego descubre que la góndola está grabada sobre una luna plateada, y que la luna está unida a una cadenita de plata. Y que el sonido que produce se parece mucho al de un reloj. El corazón le late con fuerza. Es mi antiguo reloj de bolsillo, piensa. Alguien lo ha arreglado, y si consiguiera sacar el brazo fuera del agua, podría recuperarlo.

Así que reúne todas sus fuerzas.

Y levanta la mano que tiene libre.

Pero el reloj está más lejos de lo que había pensado.

Así que reúne más fuerzas aún.

Y consigue despojarse de algunas vendas y liberar la otra mano.

Se impulsa con los brazos.

Pero no puede nadar con los pies atados.

Por fin consigue liberarse de todas las vendas, hasta quedar totalmente desnuda, tal como vino al mundo.

Así que está desnuda.

Pero al menos tiene los brazos y las piernas libres.

Y empieza a nadar.

Liz nada, y nada, y nada, y nada, sin perder nunca de vista la luna plateada. Y la góndola va volviéndose más y más grande. Y el resto del reloj parece desaparecer. Y por fin llega a la superficie, luchando para respirar, luchando para vivir.

Y cuando al fin sus ojos se adaptan a la luz del día, no ve por ningún lado la góndola. En su lugar descubre un familiar remolcador.

—¡Liz! —grita Owen—. ¿Estás bien?

Ella no puede hablar. Tiene los pulmones demasiado llenos de agua y está congelada. Owen advierte que tiene los labios morados.

La saca del agua y, tras tenderla en el barco, la cubre con una manta.

Liz tose durante una eternidad, intentando expulsar el agua de sus pulmones.

—¿Estás bien? —pregunta Owen.

—Por lo visto he perdido toda mi ropa —dice Liz con una voz ronca y quebrada.

—Ya lo he visto.

—Y casi me he muerto —dice ella—. De nuevo —añade.

—Lo siento.

—Y estoy muy cabreada contigo —observa.

—Lo siento mucho. Espero que algún día me perdones.

—¡Ya lo veremos! —responde ella.

—¿Quieres que ahora te lleve a casa?

Liz asiente con la cabeza.

Exhausta, se tiende en la cubierta. Los cálidos rayos del sol acariciándole la cara le producen una agradable sensación. Piensa que es fenomenal estar en un barco que se dirige a casa. Enseguida empieza a sentirse mejor.

—Quizá me gustaría aprender a llevar un barco —dice Liz cuando están a punto de llegar.

—Si quieres puedo enseñarte a hacerlo —responde Owen—. Se parece mucho a conducir un coche.

—¿Quién te enseñó a manejar un barco? —inquire Liz.

—Mi abuelo. Ha sido capitán de barco tanto aquí como en la Tierra. Acaba de jubilarse.

—Nunca me dijiste que tuvieras un abuelo.

—Pues ahora tiene unos seis años...

—¡Espera un momento! ¿Era tal vez el capitán del *Nilo*?

—Sí. Exactamente —responde Owen.

—¡Es el barco en el que yo viajé! ¡Le conocí el primer día que llegué aquí! —exclama Liz.

—El mundo es un pañuelo —responde Owen.

La recuperación



Liz se recupera durante dos semanas en un hospital. Aunque al cabo de varios días ya se siente mejor, disfruta de su período de convalecencia. Es agradable ver cómo los amigos y los seres queridos se ocupan de ti (sobre todo cuando sabes con toda certeza que vas a recuperarte).

Aldous Ghent es una de las personas que van a verla.

—Al parecer, querida, no estás en la Tierra —declara.

Liz asiente con la cabeza.

—Eso parece.

—Esta situación exige un montón de papeleo, ¿lo sabías? —pregunta Aldous lanzando un suspiro y luego le sonrío.

—Lo siento —dice Liz devolviéndole la sonrisa.

—No te preocupes —responde él abrazándola. De pronto se sorbe los mocos sonoramente.

—Aldous, ¿estás llorando!

—Es por mi alergia. Aparece sobre todo durante las reuniones felices —observa sonándose.

—Al fin he leído *Sueño de una noche de verano* —dice Liz.

—Creía que uno sólo leía a Shakespeare por obligación en el instituto.

—Últimamente tengo un poco más de tiempo libre.

Aldous sonrío.

—¿Y qué te ha parecido?

—Me ha recordado a este lugar —responde Liz.

—¿En qué sentido? —pregunta Aldous.

—Pareces un profesor —le reprende ella.

—¡Muchas gracias! Pues antes lo era. ¿Qué me estabas queriendo decir?

Liz se queda pensativa durante unos momentos.

—Pues que en esa obra hay el mundo de las hadas y el mundo real. Y

Shakespeare escribe de una forma que parece que no haya ninguna diferencia entre ambos. Las hadas son como las personas del mundo real, tienen los mismos problemas y los mismos sentimientos que nosotros. Y el mundo de los humanos se encuentra al lado del de las hadas. Están juntos y al mismo tiempo separados. Y aunque el mundo de las hadas sea quizás un sueño, el mundo real también puede serlo. Y esta idea me gusta —observa Liz encogiéndose de hombros—. La clase de inglés nunca se me ha dado demasiado bien. La biología y el álgebra eran las asignaturas que más me gustaban.

—Unas materias excelentes.

—Ahora estoy leyendo *Hamlet*. Pero ya veo que no me gustará tanto como *Sueño de una noche de verano* —confiesa Liz.

—¿Ah, no?

—No, porque Hamlet está demasiado obsesionado con la muerte, como si fuera a resolverle todos sus problemas —dice Liz moviendo la cabeza en un gesto de negación—. ¡Si él supiera lo que yo sé, no pensaría lo mismo!

—¡Tienes toda la razón! —asiente Aldous.

Un día Curtis Jest va a visitarla.

—Lizzie —le dice con un tono de voz muy serio que ella nunca le había oído—, he de preguntarte algo.

—Sí, ¿de qué se trata?

—Es sobre Betty —susurra Curtis.

—¿Qué quieres preguntarme sobre mi abuela? —inquire Liz.

—¿Sabes si hay algún caballero que la visite a menudo? —pregunta Curtis incluso más bajito aún.

—No, no creo, ¿y por qué me lo preguntas susurrando? —observa Liz.

—¿Sigue enamorada de tu abuelo? —vuelve a susurrar él.

—No, mi abuelo Jake volvió a casarse y ahora vive en un barco cerca de Monterrey, California.

Curtis respira hondo.

—¿Me estás diciendo que quizá tengo una oportunidad?

—¿Una oportunidad de qué, Curtis?

—De salir con Betty.

—¿De salir con Betty? —grita Liz.

—Liz, por favor, baja la voz, no quiero que nadie se entere —le suplica él mirando a su alrededor con inquietud—. Tu abuela es la criatura más deliciosa que he conocido.

—Curtis, ¿me estás diciendo que te gusta Betty? —le susurra Liz.

—Estoy bastante colado por ella. Sí, sí, supongo que así es.

—¿No es un poco mayor para ti? —inquire Liz—. Al morir tenía cincuenta años,

¿sabes? Y ahora tiene unos treinta y tres.

—¡Sí, exactamente! ¡Ella tiene un montón de sabiduría! ¡Y de calidez! Y al menos, por ahora, yo tengo veintinueve años. ¿Crees que me encontrará demasiado inmaduro para ella?

—No, Betty no es así —responde Liz sonriendo—. Dime una cosa, ¿sabe ella que le gustas?

—No, aún no, pero estaba pensando que quizá podría escribirle una canción.

—¡Curtis, me parece una maravillosa idea! —exclama Liz sonriendo de nuevo—. ¡Ah!, y si mientras la escribes te quedas corto de ideas, menciona su bonito jardín.

—¡Sí, sí, su jardín! Lo haré y muchas gracias por tu consejo, Lizzie.

Cuando a Liz le dan el alta y vuelve a casa de Betty, se pasa el día holgazaneando en el jardín de su abuela y recuperándose. Mientras Betty se ocupa del jardín, ella permanece cómodamente recostada en la hamaca.

Betty va a comprobar, a menudo, que Liz sigue en la hamaca, donde debe estar.

—No me he ido a ninguna parte —dice ella tranquilizándola.

Su abuela respira hondo.

—Es que creí que te había perdido para siempre.

—¡Oh, Betty! ¿Acaso no sabes que el «para siempre» no existe? —observa Liz columpiándose en la hamaca. Su abuela vuelve a dejarla sola para ocuparse del jardín. Al cabo de cinco minutos, Curtis Jest se presenta y vuelve a interrumpirlas.

Lleva un traje blanco y unas gafas de sol redondas, como si se hubiera ataviado para una ocasión especial.

—Hola, Lizzie —saluda—. Hola, Betty —añade en voz baja.

—Hola, Curtis —responde Liz imitando el tono de voz de su amigo.

Curtis le guiña el ojo. Liz se da media vuelta en la hamaca y finge echar una siestecita. *Sadie* se enrosca detrás de ella. Desde que Liz ha vuelto, la perra no se ha separado de ella un instante.

—¡Caramba, Betty! —exclama Curtis sacándose las gafas—, ¡qué jardín más bonito tienes!

—Gracias, señor Jest —contesta ella.

—¿Te importa si me quedo un ratito? —pregunta él.

—Es que Liz está dormida y yo iba a entrar en casa.

—¡Ah!, ¿estás ocupada?

—Sí.

—Entonces, ya volveré otro día —tartamudea Curtis—. Adiós, Betty. Saluda a Lizzie de mi parte.

Betty asiente con la cabeza.

—¡Adiós! —responde ella.

—¡Oh, Betty! —exclama Liz en cuanto Curtis ya no puede oírla—, has sido muy

cruel con él.

—¡Has sido tú la que se ha dormido en cuanto él ha llegado!

—Creo que ha venido para verte a ti —dice Liz.

—¿A mí? ¿Por qué habría de hacer tal cosa?

—Creo que él venía, mmm... —hace una pausa— para cortejarte.

—¿Cortejarme? —Betty se echa a reír—. ¿Por qué? ¡Es la cosa más absurda que he oído en toda mi vida! Curtis Jest es un joven y yo soy lo bastante mayor como para ser su...

—Novia —añade Liz terminando la frase—. En realidad sólo os lleváis cuatro años biológicos.

—Querida, ya he tenido bastante con el amor, ya he estado enamorada varias veces.

—Decir que ya has tenido bastante con el amor es como decir que ya has vivido bastante, Betty. La vida es mejor con un poco de amor, ¿no lo sabías?

—Después de todo lo que te ha pasado, ¿aún puedes decir eso? —pregunta Betty arqueando una ceja.

Liz sonrío ligeramente y decide ignorar la pregunta.

—Dale una oportunidad a Curtis, Betty.

—Dudo mucho que le rompa el corazón si no se la doy. Estoy segura de que mañana ya se habrá olvidado de mí —señala Betty con escepticismo.

Una semana más tarde, se despiertan las dos en medio de la noche al oír el sonido de una guitarra acústica.

—Esta canción es para ti, Betty —grita Curtis desde abajo, en el jardín.

Se pone a cantar por primera vez desde hace casi dos años. Es una nueva canción. Es la primera vez que Liz la oye, y más adelante se acabará conociendo como «La canción de Betty».

Curtis Jest no está en su mejor momento como cantante, ni tampoco se encuentra en su mejor momento como compositor de canciones. La letra es (debe reconocerse) más bien trillada, habla sobre todo de los poderes transformadores del amor. En realidad, todas las canciones de amor son iguales.

Owen se vuelca por completo en Liz. Va a visitarla cada día.

—Liz, cuando estabas en el fondo del mar, ¿qué es lo que te dio fuerza para salir a la superficie? —inquire Owen.

—Creí ver mi reloj flotando en el agua, pero al final no era más que tu barco.

—¿Qué reloj? —pregunta él al cabo de un momento.

—El que tenía cuando vivía en la Tierra. En realidad, tenía que llevarlo a arreglar. Él mueve la cabeza mostrando incredulidad.

—¿Un reloj estropeado fue lo que te empujó a salir a la superficie?

Liz se encoge de hombros.

—Ya sé que quizá no parece tan importante.

—En Otro Lugar puedes comprarte un reloj, ¿sabes?

—Quizá —responde Liz encogiéndose de hombros otra vez.

Al día siguiente Owen le regala un reloj de oro. El otro que tanto le gustaba era de plata, pero Liz no le dice nada. Tampoco es un reloj de bolsillo, sino un reloj de señora con una pulsera de oro formada de eslaboncitos. No es la clase de reloj que habría escogido para ella, pero tampoco se lo dice.

—Gracias —dice mientras Owen le ajusta la pulsera del reloj alrededor de su delgada muñeca.

—Hace juego con tu pelo —observa contemplando con orgullo el delicado reloj de oro.

—Muchas gracias —repite ella.

Aquella misma tarde *Jen* visita a Liz. (Pudo volver a casa de Owen después de que Emily se marchara para cursar los estudios de conservadora de libros.)

—¿Te ha gustado el reloj? —le pregunta *Jen*—. Yo le ayudé a elegirlo.

—Es muy bonito —responde Liz rascándole entre las orejas.

—Él no estaba seguro de si elegir uno de plata o de oro, pero yo le aconsejé que lo comprara de oro, porque tiene un color muy bonito, ¿no crees? —dice *Jen*.

—Es el color más bonito de todos —asiente Liz—. ¿Vosotros los perros podéis ver los colores? Creía que no era así.

—¡Claro! ¿Quién ha dicho lo contrario?

—Pues en la Tierra la gente dice eso de los perros.

—La gente de la Tierra que dice eso es muy rara —dice *Jen* moviendo la cabeza mostrando incredulidad—. ¿Cómo pueden saber que no vemos los colores si nunca nos lo han preguntado? ¡Si ni siquiera saben hablar nuestro idioma!

—Tienes toda la razón —afirma Liz.

—Cuando estaba en la Tierra vi en una ocasión un reportaje que afirmaba que los perros no tenemos emociones. ¿No te parece increíble? —pregunta *Jen* ladeando la cabeza—. Liz, quería darte las gracias por dejarme estar en tu casa todo este tiempo.

—Ha sido un placer.

—Y siento mucho —dice *Jen* bajando la voz— haberme meado en tu cama aquella vez.

—Ya ni me acordaba —la tranquiliza Liz.

—¡Oh, qué bien! No podría soportar que te hubieras enfadado conmigo.

Liz niega con la cabeza.

—No me enfadé contigo.

—Owen ahora ha mejorado mucho —explica la perra—. Está aprendiendo a hablar canino y está más pendiente de mí.

—¿Y tú no estás enojada con él, aunque sólo sea un poco?

—Al principio lo estaba un poquito, pero ya se me ha pasado. Sé que es una buena persona. Y me ha pedido perdón. Además le quiero. Y cuando quieres a una persona, has de perdonarla a veces. Al menos eso es lo que yo pienso.

Liz asiente con la cabeza.

—Es una buena filosofía —afirma.

—¿Te importaría acariciarme la barriga? —le pide *Jen* echándose patas arriba.

Aquella noche Liz contempla el reloj de oro. El reloj no se parece en nada al que tenía, pero la intención es lo que vale. Mueve la muñeca haciendo que los eslabones del reloj produzcan un agradable tintineo. Se acerca la muñeca al oído y disfruta escuchando el tic-tac del segundero. Cinco tic-tacs más tarde, decide olvidar las imperfecciones del reloj. Besa la esfera con ternura. Realmente es un regalo maravilloso, piensa ella.

Poco tiempo después también perdona a Owen. Sí, él tiene sus defectos, pero también es excelente enseñando a conducir. Si vas a perdonar a alguien, decide Liz, es mejor hacerlo pronto y no dejarlo para más tarde. Más tarde, y esto ella lo sabe por experiencia, puede ser más pronto de lo que quisieras.

Las antiguas tierras

El tiempo pasa volando



Habr  otras vidas.

Habr  otras vidas para los adolescentes nerviosos a los que les sudan las palmas de las manos, para los agris dulces escarceos en los asientos traseros de los coches, para las togas y birretes de color azul real y carmesí, para las madres rodeando el liso cuello de sus hijas con un bonito collar de perlas, para que lean tu nombre y apellidos en voz alta en un auditorio, para las maletas recién compradas que te llevas para descubrir a extrañas personas en extrañas tierras desconocidas.

Y habrá otras vidas para saldar las deudas pendientes, para los ligues de una noche, para visitar Praga y París, para lucir unos dolorosos zapatos de punta, para las indecisiones y las modificaciones.

Y habrá otras vidas para los padres acompañando a sus hijas hasta el altar.

Y habrá otras vidas para los dulces bebés de lechosa piel.

Y habrá otras vidas para convivir con un hombre al que ya no reconoces, para contemplar en el espejo un rostro que ha dejado de ser el tuyo, para asistir a los funerales de las personas más próximas, para encogerte, para perder los dientes, para que te salgan pelos en la barbilla, para olvidarte de todo. De todo.

 Oh, cuántas vidas nos quedan por vivir!  Cu nto nos gustaría poder vivirlas todas a la vez en lugar de una a una! Porque entonces podríamos elegir las mejores partes de cada una y engazarlas como un collar de perlas. Pero no es así. La vida humana es un bella maraña.

El año que Liz cumple trece años de nuevo, le susurra al oído a su abuela:

—La felicidad es una elección.

— Qu  has elegido t ? —le pregunta Betty.

Liz cierra los ojos y en una milésima de segundo toma su decisión.

Transcurren cinco años.

Cuando uno es feliz, el tiempo pasa volando. Liz se siente como si se hubiera ido a la cama una noche con catorce años y a la mañana siguiente se hubiera despertado

con nueve.

Dos bodas



—Alguien de la Tierra está intentando entrar en «contacto» contigo —anuncia Owen una noche después de volver del trabajo. Ahora que es el jefe del Departamento de Delitos y Contactos Sobrenaturales, suele ser el primero en enterarse de esta clase de asuntos.

—¿Qué? —dice Liz sin mirarlo apenas para poder seguir leyendo. Hace poco le ha dado por volver a devorar sus libros favoritos de cuando aprendió a leer en la Tierra.

—¿Qué estás leyendo? —pregunta Owen.

—*Las telarañas de Carlota* —responde ella—. Es una historia muy triste. Uno de los principales protagonistas acaba de morir.

—Tienes que leer los libros del final al principio —dice él bromeando—. Así nadie se muere y la historia siempre acaba bien.

—¡Es la cosa más estúpida que he oído en mi vida! —exclama Liz poniendo los ojos en blanco y retomando la lectura.

—¿No te interesa saber quién está intentando entrar en «contacto» contigo? —inquire Owen. Se saca del bolsillo del abrigo una botella verde de vino vacía y cerrada con un tapón de corcho, con la pegajosa huella de una etiqueta que ha desaparecido en parte por los efectos del agua. Dentro de la botella hay un sobre enrollado de color marfil. (En realidad el sobre está más aplastado que enrollado, porque es de papel grueso)—. La hemos encontrado hoy en las aguas del muelle —dice entregándole la botella—. Los chicos que se ocupan de los artefactos de la Tierra han tenido que abrirla para ver a quién iba dirigida, pero no han tocado el contenido del sobre. Cuando encontramos un MEB intentamos respetar al máximo la intimidad de la persona a la que va dirigido.

—¿Qué es un MEB? —pregunta Liz dejando el libro a un lado para examinar la botella.

—Un mensaje en una botella —responde Owen—. Es una de las pocas formas de

recibir el correo procedente de la Tierra. Nadie sabe exactamente cómo funciona, pero así es.

—Es la primera vez que recibo uno —dice Liz.

—Ya no son tan comunes como antes.

—¿Por qué? —inquire Liz.

—Porque la gente de la Tierra ya no escribe tantas cartas como antaño. Probablemente ni se les ocurre escribir un mensaje y enviarlo en una botella. Y además no es un sistema totalmente fiable.

Liz abre la botella. Saca el grueso sobre, que sigue en muy buen estado a pesar de su viaje marítimo. En el sobre hay una dirección escrita con una elegante caligrafía trazada con una intensa tinta verdinegra:

Señorita Elizabeth «Liz» «Lizzie» Marie Hall que reside en
los Cielos o
en el País Sin Descubrir o
en el País de las Sombras o
en el País del Gran Reposo o
en el Gran Desconocido o
en el Gran Más allá o
en los Campos Elíseos o
en Valhalla o
en las Islas Afortunadas o
en la Isla de los Bienaventurados o
en el Reino del Gozo y de la Luz o
en el Paraíso o
en el Edén o
en el Firmamento o
en el Cielo o
dondequiera que estés, sea como sea como se llame

—El que la ha mandando ha sido muy meticuloso —observa Owen—, pero nunca se les ocurre escribir «En Otro Lugar».

—Nadie de la Tierra lo llama así —le recuerda Liz—. Da la vuelta al sobre. En el remite pone con la misma elegante caligrafía:

192 Reed Street
Medford, Massachusetts 02109

—¡Es la dirección de Zooey! —exclama Liz mientras abre el sobre. En el interior encuentra una invitación de boda en forma de tríptico de color marfil y una larga nota

escrita a mano. Liz se guarda la nota en el bolsillo.

—«Estás invitada a la boda de Zooney Anne Brandon y Paul Scott Spencer» —lee Liz en voz alta—. ¿Mi mejor amiga se casa?

—Querrás decir tu mejor amiga antes de conocerme, ¿verdad? —dice Owen bromeando.

Liz ignora su comentario.

—La boda se celebrará el primer fin de semana de junio. Faltan menos de dos semanas —observa Liz arrojando la invitación al sofá—. ¡Ha esperado al último momento para invitarme! —grita ella.

—Creo que deberías perdonarla. Es muy difícil enviar mensajes aquí, ¿sabías? Probablemente te envió la invitación hace meses —dice Owen cogiéndola—. El papel es de muy buena calidad.

—¿No crees que es demasiado joven para casarse? —pregunta Liz—. Tenemos la misma edad, quiero decir: teníamos —se corrige—. En realidad era un mes mayor que yo, supongo que ahora tiene casi veintidós años.

Owen coge un bolígrafo y se pone a rellenar la tarjeta de respuesta.

—¿Irás la señorita con algún acompañante?

—No —replica Liz.

—¿Y yo? —pregunta él abriendo los ojos de par en par fingiendo estar ofendido.

—Siento defraudarte, O —responde ella quitándole la tarjeta de respuesta de las manos—, pero creo que tenemos un pequeño problema para trasladarnos al lugar de la boda —añade metiendo con cuidado la tarjeta de respuesta y la invitación en el sobre.

—Podríamos verla desde la Cubierta de Observación —sugiere Owen.

—No quiero verla —responde Liz.

—Entonces, podríamos ir buceando hasta el Pozo —dice Owen—, desde allí podrías felicitarla y decirle todo lo que se suele decir en estas ocasiones.

—¡No puedo creer que me estés sugiriendo esto! —exclama Liz moviendo la cabeza mostrando incredulidad—. ¡Precisamente tú que trabajas para el departamento!

—¡Venga, Liz! ¿Dónde está tu espíritu aventurero? ¡Demos a tu amiga nuestro último hurra antes de que seamos demasiado pequeños y no podamos hacerlo! ¿Qué me dices?

Liz reflexiona un momento antes de responder.

—Si cuando fallecí Zooney no fue a mi funeral, no veo por qué tendría que ir yo ahora a su boda.

Esa noche en la cama, Liz lee la nota de Zooney. Advierte que la letra de su amiga es la misma que cuando las dos tenían quince años y solían pasarse notitas en el instituto.

Querida Liz:

Ya sé que te parecerá extraño recibir esta carta después de haber estado sin saber nada de mí durante tanto tiempo, pero es que ¡voy a casarme! Te he echado mucho de menos. Me pregunto dónde te encuentras y qué es lo que estás haciendo. Yo estoy estudiando primero de derecho en Chicago, el lugar donde ahora vivo, te lo digo por si acaso tú también quieres saber lo que yo hago.

Si tienes tiempo y te apetece, y si por casualidad te encuentras en Boston (queríamos casarnos en Chicago, pero mamá ganó), ven a vernos el día de nuestra boda. Mi chico se llama Paul, huele muy bien y tiene unos bonitos antebrazos.

Sé que quizá nunca recibas esta carta (me da la impresión de estar escribiendo a Santa Claus, lo cual es de lo más descabellado, teniendo en cuenta que yo soy judía), pero tenía que intentarlo. Ya traté de decírtelo antes por medio de un medium, B'nai B'rith, el rabino que canta en la sinagoga a la que mis padres van en Brookline. Mamá y papá te mandan saludos. Fue idea de Paul enviar la invitación dentro de una botella. Aunque creo que la sacó de una película.

Te quiero,

Tu mejor amiga en la Tierra (espero),

Zooey

P. D.: Siento no haber ido a tu funeral.

—Quiero hacer un brindis —anuncia Liz la mañana siguiente a Owen.

—Me parece estupendo —dice él sentándose a la mesa mientras levanta su taza de café—. Soy todo oídos.

—¡No me refería a ahora, tonto! —responde Liz—. Quiero decir en la boda de Zooey. Tu idea de ir al Pozo quizá no sea tan mala como yo creía.

—¿Me estás diciendo que quieres ir al Pozo? —inquire Owen con los ojos brillantes de excitación.

—Sí, y necesito que me ayudes en el brindis. La última vez que intenté comunicarme desde el Pozo fue un desastre —recuerda ella.

—Supongo que fue la noche que nos conocimos.

—Como ya te he dicho, fue un desastre —dice Liz bromeando.

—Esto no tiene ninguna gracia —señala él moviendo la cabeza haciéndose el ofendido.

—Todos los grifos de la casa se abrieron de golpe y... —prosigue ella.

—Un error de principiante —le interrumpe él.

—Y nadie pudo entender lo que yo les estaba diciendo —termina de decir Liz.

—Y te arrestaron —añade Owen.

—Sí, y me arrestaron —admite ella—. Así que dime qué puedo hacer para que los dos tortolitos me entiendan y no huyan de la sala gritando.

—En primer lugar tienes que acordarte de no gritar. En cuanto hayas conseguido captar su atención, te entenderán mucho mejor si les hablas susurrándoles. Los fantasmas chillones asustan a la gente, ¿sabías? —observa Owen.

—¡Un buen consejo!

—Y además debes elegir un grifo y centrarte en él. También debes saber controlar tu respiración —agrega—. Yo puedo ir contigo, pero sólo si tú quieres.

—¿No te despedirán si averiguan que me estás ayudando a entrar en «contacto» con ellos?

—Ahora que soy el jefe del departamento, mis colegas suelen hacer la vista gorda —dice Owen encogiéndose de hombros.

Liz sonrío.

—Entonces, supongo que ya está decidido. ¡Por nuestra inmersión! —proclama levantando en alto su vaso de zumo de naranja.

—¡Por nuestra inmersión! —repite él levantando su taza de café—. Me encantan las aventuras, ¿a ti no te pasa igual?

La noche de la ceremonia de la boda de Zooey, Owen y Liz se encuentran en la playa a las ocho. La fiesta empieza a las ocho y media y, según los cálculos de Owen, tardarán cuarenta minutos en llegar buceando al Pozo.

—En cuanto lleguemos a él, sólo dispondrás de poco más de media hora —le advierte Owen—. Les he dicho a mis chicos que vengán a recogernos a las nueve y media.

—¿Crees que tendré suficiente con media hora? —pregunta preocupada.

—Liz, no es una buena idea estar demasiado tiempo ahí abajo. Por si no lo sabías sigue siendo un acto ilegal.

Ella asiente con la cabeza.

—No quiero ser grosero, pero ¿no crees que el traje de neopreno te queda un poco grande en el trasero? —pregunta Owen.

—¿Ah, sí? —dice Liz tirando del flexible tejido que rodea su trasero—. El traje de neopreno debe estar estropeándose, hace casi seis años que no lo uso.

—Parece como si llevaras un pañal.

—Sí, bueno, supongo que también es porque me estoy encogiendo. Por si no te acuerdas, tengo nueve años —responde Liz.

—¡Qué poquitos!

—Aunque en realidad tengo nueve-seis, y ahora tendría veintiuno, o sea que no es lo mismo que sólo tener nueve —puntualiza ella—. Además, tú sólo tienes once. No me llevas demasiados años que digamos.

—¿Tengo once? —pregunta Owen—. Pues no me siento como un niño de esta edad.

—Pues muchas veces actúas como si la tuvieras —dice Liz bromeando.

—Y si no me hubiera muerto ahora tendría cuarenta y uno —añade Owen.

—¡Anda, qué mayor serías! —exclama Liz moviendo la cabeza. ¿Te imaginas? Si tú tuvieras cuarenta y uno y yo veintiuno y siguiéramos viviendo en la Tierra, seguramente nunca nos habríamos conocido.

La inmersión transcurre sin incidentes. Al haberla realizado en tantas ocasiones, Owen es un excelente guía.

Al llegar al Pozo sólo pueden encontrar una salida de agua que dé a la sala donde se celebra la fiesta de la boda: una gran fuente al aire libre que se encuentra al fondo del patio. Desde este lugar, a través de la hilera de ventanales de cristal que cubren las paredes del salón de baile, pueden ver casi por completo la fiesta de la boda de Zooey.

—No estamos muy cerca que digamos —se queja Liz—. Si sólo hubiera querido verlos, me bastaba con haber ido a la Cubierta de Observación.

—No te preocupes. Ya encontraremos un lugar mejor para hacer nuestro brindis —la tranquiliza Owen.

Desde el fondo del patio Liz ve, a través de los ventanales, una fiesta de bodas que se parece mucho a las otras que había visto antes: abundantes rosas amarillas, damas de honor ataviadas de rosa, un cantante con un aspecto de lo más tradicional y aburrido, Zooey luciendo un traje de novia acampanado de color hueso y el novio con un frac gris. Entre la multitud Liz divisa a la madre y al padre de Zooey. Y detrás de ellos, a sus propios padres.

—¡Mira, Owen, mamá y papá! Papá ha envejecido y mamá lleva otro peinado —dice Liz—. ¡Hola, mamá! ¡Hola, papá! —exclama saludándolos con la mano—. ¡Oh, y allí está mi hermano! ¡Hola, Alvy!

—¿Quién es Zooey? —pregunta Owen.

—¡Qué lelo eres! —exclama ella—. Es la que lleva el traje blanco.

—¡Oh, es verdad!

Liz pone los ojos en blanco.

—Cuantos menos años tienes, más tonto te vuelves, O —le suelta Liz contemplando a Zooey. Su amiga tiene veintiún años, ya es toda una mujer. ¡Qué extraño que yo tenga nueve y ella veintiuno!, piensa.

—Liz, debemos buscar un lugar desde el que puedas ofrecerle un brindis —dice Owen—. Sólo nos quedan veinticinco minutos.

Primero lo intentan a través del grifo del lavabo del cuarto de baño.

—¡FELICIDADES, ZOOEY! ¡SOY ELIZABETH MARIE HALL! —grita Liz. Pero el cuarto de baño queda demasiado lejos de la sala y nadie la oye.

—¿Quizá puedo esperar a que Zooey vaya al baño? —le sugiere a Owen—. Al menos así podré hablar con ella.

—No tenemos tanto tiempo. Y las novias siempre se quejan de que nunca tienen tiempo de comer ni de ir al baño. Probemos en la cocina —propone él.

La cocina, aunque se encuentra más cerca del lugar donde se celebra la boda, es increíblemente ruidosa debido a la preparación de los platos, los temporizadores y otros sonidos típicos de esta estancia.

—¡TE QUIERO, ZOOEY! TE FELICITO A TI Y A PAUL —grita de nuevo Liz esta vez desde el grifo de la cocina.

Un ayudante de camarero al oírla pega un grito de terror y se le cae al suelo la bandeja llena de platos sucios de la ensalada.

—¡LO SIENTO! —se disculpa Liz—. Esto está resultando ridículo —dice a Owen—. Todo cuanto he conseguido ha sido asustar a un pobre chico. Hemos de comunicarnos desde algún punto más próximo a ellos.

Espoleada por la desesperación, Liz sugiere el samovar, pero Owen, que sabe más de esas cosas, rechaza la idea alegando que la fuente de agua por la que se comunican ha de estar conectada a las cañerías. Pese a las advertencias de Owen, Liz intenta comunicarse a través de la cafetera, pero no funciona. (Ella se alegra de que no haya funcionado, porque se habría sentido totalmente estúpida felicitando a su amiga desde una cafetera.)

—Volvamos a la fuente —dice Liz desalentada—. Quizá si los dos la felicitamos gritando juntos, nos oirá.

—¡FELICIDADES! ¡FELICIDADES! ¡FELICIDADES! —gritan Owen y Liz desde la fuente.

Siguen gritando durante cinco minutos más, pero nadie los oye porque el ruido de la fuente y las gruesas paredes del salón de baile lo impiden.

—Bueno —dice Liz lanzando un suspiro—, al menos he visto a Zooey luciendo su traje de novia. Supongo que también podríamos haberlo visto desde la Cubierta de Observación.

—Pero no habría sido tan divertido —puntualiza Owen.

—¿Crees que ya debemos irnos?

—No, es mejor que esperemos —responde él—, mis chicos vendrán a recogerlos con el barco dentro de unos diez minutos.

Mientras esperan, Liz contempla a Zooey en el salón de baile. Desde la fuente puede ver a sus padres bailando.

—Tu madre es clavada a ti —observa Owen.

—Mamá tiene el pelo más oscuro. En realidad Alvy se parece más a ella que... —su voz se apaga. Con el rabillo del ojo ve a su hermano saliendo del salón de baile por una de las puertas laterales. Se dirige hacia la fuente.

—¿Liz? —dice Owen al ver que ella tiene una extraña expresión.

—Creo que mi hermano se está acercando —observa ella.

Alvy va directo a la fuente y se pone a contemplar el agua. Liz retiene la respiración.

—Lizzie —Alvy le susurra a la fuente.

—Acuérdate de no gritar —le aconseja Owen.

—Soy yo —susurra Liz.

—Me ha dado la impresión de haberte oído —dice Alvy—. Primero creí que tu voz venía del cuarto de baño. Después de la cocina y luego del patio.

A Liz se le empañan un poco los ojos. ¡El bueno de Alvy!, piensa.

—Alvy, no sabes cuánto me alegro de poder hablar contigo.

—¡Iré a buscar a Zooey! Has venido para felicitarla, ¿verdad? Iré también a buscar a mamá y a papá —dice Alvy—, seguro que quieren hablar contigo.

—Mis chicos van a llegar en cinco minutos —le recuerda Owen a Liz sacudiendo la cabeza para indicarle que no tiene tiempo para hablar.

—Tengo que irme, Alvy, ya no me queda tiempo. Diles a Zooey, a mamá y a papá que les quiero. De un modo que no flipen, claro.

—Voy a buscarlos corriendo.

—¡No! —grita Liz—. Cuando ellos lleguen, puede que yo ya no esté aquí. Aprovechemos este momento que me queda para charlar un poco.

—Vale —asiente Alvy.

—¿Cómo te va el octavo curso? —pregunta ella.

—En realidad estoy en el noveno. Logré aprobarlo.

—¡Alvy, es fabuloso! Tú siempre fuiste muy inteligente. ¿Cómo te va el noveno curso entonces?

—¡Me gusta! —responde él—. Este año participo en los debates escolares, lo cual es mucho mejor que estar en la banda como el año pasado. Venga, Lizzie, no puedo creer que tengas ganas de enterarte de esta clase de cosas.

—Pues así es. Te lo aseguro.

Alvy mueve la cabeza mostrando incredulidad.

—Pienso mucho en ti, ¿sabes?

—Yo también pienso en ti, Alvy.

—¿Te gusta el lugar donde estás ahora?

—Es distinto.

—¿Distinto en qué sentido?

—Es... —ella hace una pausa— difícil de explicar. No es como tú crees. Pero me gusta. Me encuentro bien en él, Alvy.

—¿Eres feliz?

Y por segunda vez desde que está En Otro Lugar, Liz se para a pensar en ello.

—Lo soy —responde—. Tengo muchos amigos. Y una perra llamada *Sadie*. Y veo a Betty. Ella es nuestra abuela, la que falleció. Si la conocieras, te encantaría. Tiene un sentido del humor igualito al tuyo. Os echo mucho de menos todo el tiempo. ¡Oh, Alvy, hay tantas cosas de las que me gustaría hablar contigo!

—¡Lo sé! Yo también quería explicarte y preguntarte muchas cosas, pero ahora no me acuerdo de cuáles eran.

—Siento mucho haberte causado problemas con el jersey la otra vez.

—Liz, ¿no seguirás pensando en ello, verdad? —exclama Alvy encogiéndose de hombros—. Ni siquiera lo menciones. Al final funcionó.

—Siento mucho haberte metido en problemas.

—¡Por favor! Después de tu muerte mamá y papá eran un absoluto desastre. Cualquier cosa les sacaba de quicio. Yo sé que a papá le ha ayudado mucho recibir tu jersey.

—Siento que pasaras un mal rato por mi culpa.

—Lizzie, lo único difícil para mí ha sido perder a mi hermana.

—Tienes muy buen corazón, ¿sabes? Siempre fuiste el mejor chico del mundo. Si yo a veces me enfadaba contigo era sólo porque tú eras mucho más joven que yo y también porque estaba acostumbrada a ser hija única.

—Lo sé, Lizzie, y yo también te quiero.

Owen oye el sonido de la red acercándose a ellos y le susurra a Liz:

—Están aquí.

—¿Quién está contigo? —pregunta Alvy.

—Es Owen. Él es... —Liz hace una pausa— mi novio.

—¡Qué guay! —exclama Alvy asintiendo con la cabeza.

—Encantado de conocerte, chico —dice Owen.

—Ya nos conocemos, ¿verdad? Tu voz me resulta familiar. ¿Eres el tipo que me dijo en qué armario estaba el jersey? —pregunta Alvy.

—Sí —responde Owen—, el mismo.

—Por cierto, ¿cómo me has podido oír esta noche? —le pregunta Liz.

—Yo siempre escucho el agua. La he estado escuchando desde que era pequeño —responde Alvy—. Y ahora siempre espero poder oírte en ella.

En ese momento Liz siente una familiar red que les envuelve, alejándolos del Pozo.

Lanza un suspiro. La boda no ha ido tal como ella imaginaba, pero ¿acaso en la vida hay algo que nos salga como esperábamos?

—Tu hermano es un chico estupendo —observa Owen mientras la red los saca a la superficie.

—Lo es —asiente ella—. Después de todo fue una bonita boda, ¿no crees?

—Lo fue —afirma Owen.

—Y Zooey estaba preciosa —añade Liz.

Él se encoge de hombros.

—No he podido verla bien. De todos modos todas las novias tienen el mismo aspecto.

—A veces me gustaría poder ponerme un traje blanco —confiesa ella agarrándose a la red.

—Ya tienes una prenda blanca, Liz —observa Owen—, aunque tenga más pinta de pijama que de cualquier otra cosa.

—Ya sabes a lo que me refiero. A un traje de novia.

La red se está acercando a la superficie. Cuando están a punto de entrar en contacto con el frío aire nocturno, Owen se vuelve hacia Liz y le dice:

—Si quieres, puedo casarme contigo.

—Soy demasiado joven —responde ella.

—Ya lo habría hecho antes, pero tú no quisiste —dice él.

—En aquella época era demasiado joven y aún no nos conocíamos lo suficiente.

—¡Oh! —exclama Owen.

—Además —añade Liz—, no tenía sentido. Tú ya estabas casado y los dos sabíamos dónde nos encontrábamos, supongo.

—¡Oh! —responde Owen—, pero me habría casado contigo de todos modos.

—Ya lo sé —dice Liz—, y a mí me basta con saber que lo habrías hecho —en ese momento la red sale a la superficie y al cabo de unos momentos los depositan en la cubierta del remolcador.

—¡Hola, jefe! —exclama un detective del departamento saludando a Owen—. ¿Quiere que lo lleve yo de vuelta?

Owen mira a Liz.

—Si quieres puedes llevarlo tú —observa Liz—. De todos modos estoy muerta de sueño —añade bostezando. Ha sido un día maravilloso, piensa y luego se dirige hacia una pila de impermeables y se tiende sobre ellos.

Owen contempla a Liz usando uno de los impermeables a modo de manta. En ese preciso instante decide decirle que quiere casarse con ella mañana, la próxima semana o lo antes posible.

—¡Liz! —grita. Pero hay demasiado ruido en el barco y ella no puede oírle, y Owen ya no vuelve a sacar el tema.

Al siguiente lunes Curtis Jest se dirige al Departamento de Animales Domésticos para ver a Liz. Es muy inusual en él ir a verla al trabajo, pero ella no hace ningún comentario al respecto.

—¿Cómo fue la boda? —pregunta Curtis.

—Fue una boda como cualquier otra —responde Liz—, pero me lo pasé muy bien. Es muy agradable poder ver a personas a las que hacía tiempo que no veías.

Él asiente con la cabeza.

—En el fondo todas las bodas son iguales, ¿no te parece? Flores, esmóquines, trajes blancos, y pastel y café —observa Liz echándose a reír—. En cierto modo, es como si apenas valiera la pena celebrarlas.

Curtis asiente con la cabeza de nuevo. Liz vuelve a mirarlo y advierte que está más pálido de lo habitual.

—¿Qué te pasa?

Curtis respira hondo. Es la primera vez que Liz lo ve tan nervioso.

—Es que una boda apenas parece que valga la pena, Lizzie, a no ser que sea la tuya.

—No te entiendo.

—He venido a verte —Curtis se aclara la garganta— para pedirte permiso...

—¿Permiso para qué?

—¡Deja de interrumpirme, Liz! ¡No me lo pongas más difícil! —exclama Curtis—. He venido a verte para decirte si me das permiso para casarme con Betty.

—¿Quieres casarte con Betty? ¿Con mi Betty? —tartamudea Liz.

—Como sabes hace cinco años que la conozco y hace poco vi con claridad que tenía que ser su esposo —confiesa Curtis—. Como tú eres su familiar más cercano, he pensado que primero debía preguntártelo a ti.

—¡Caramba, Curtis, enhorabuena! —exclama Liz abrazándole.

—Betty no me ha dicho que sí todavía —responde él.

—¿Crees que aceptará? —pregunta ella.

—Esperemos que así sea, querida. Esperemos que así sea —dice él cruzando los dedos. Los mantiene cruzados casi dos días, hasta que va a ver a Betty y ella acepta.

Planean celebrar la boda la última semana de agosto, dos semanas después del día en que Liz habría cumplido veintidós años.

Liz es la primera dama de honor, ya que Betty se lo ha pedido. Y Thandi es la segunda. Las dos llevan unos vestidos de shantung de seda de un vivo color dorado que Betty les ha hecho para la ocasión.

La boda se celebra en el jardín de Betty. Aunque ésta pone una condición: que no se corte ninguna flor para la unión.

Betty llora, y Curtis también, y Owen también, y Thandi también, y *Sadie* también, y *Jen* también, y *Aldous Ghent* también. Pero Liz no. Se siente demasiado feliz para llorar. Dos de las personas a las que más quiere se van a casar y lo van a hacer en el mismo día.

Al final de la ceremonia Curtis canta la canción que escribió para Betty cuando Liz se estaba recuperando.

Liz se acerca a Thandi, que está comiendo una gran porción de pastel de bodas.

—La primera vez que te vi pensé que parecías una reina —le dice a su amiga.

—Pues me despertaste de todos modos —replica Thandi.

—¿Te acuerdas? —pregunta Liz—. Estabas medio dormida.

—Me acuerdo perfectamente. Tengo una memoria de elefante —observa Thandi sonriendo, revelando que le faltan los dos dientes de delante.

—¿Qué les ha pasado a tus dientes? —pregunta Liz.

—Se cayeron —responde su amiga encogiéndose de hombros—. Como ya sabes, no puede decirse que nos hagamos mayores.

—¿No te parece que a los nueve años es un poco temprano para perder los dientes

de adulto?

—A mi me salieron muy tarde —responde Thandi.

Liz asiente con la cabeza.

—¿Qué extraño es irse volviendo cada día más joven!, ¿no te parece?

—Pues la verdad es que no. Para mí sólo significa perder algo que no tiene ninguna importancia. Como una serpiente desprendiéndose de su piel —observa Thandi pegándole otro buen mordisco al pastel—. Hacerse mayor es muy pesado. En cambio yo me siento más liviana a cada día que pasa. Algunas veces me parece incluso como si pudiera echar a volar.

—¿Te da en alguna ocasión la sensación de que es un sueño? —pregunta Liz.

—¡Oh, no! —exclama Thandi sacudiendo la cabeza—. ¡Es mejor que no empecemos con el mismo rollo de antes!

Liz se echa a reír. Curtis Jest está interpretando una antigua canción de Machine.

—Me encanta esta canción —dice Liz—. Voy a pedirle a Owen si quiere bailar conmigo.

—¡Adelante, soñadora! —exclama Thandi sonriendo y luego le pega otro buen mordisco al pastel.

Liz localiza rápidamente a Owen.

—Te estaba buscando —dice él.

—Vamos a bailar —responde ella tirando de él para llevarlo a bailar en medio del jardín de su abuela, transformado para la ocasión en una pista de baile.

Owen y Liz se ponen a bailar. Desde el otro lado de la habitación, Betty sostiene su copa de champán en alto.

—*Mazel tov!* —le grita Liz a su abuela, deseándole buena suerte en hebreo.

—Hoy estás preciosa —le susurra Owen al oído—. Me gusta el vestido que llevas.

—No es más que un vestido —responde Liz encogiéndose de hombros.

—Pues te sienta mucho mejor que el traje de neopreno.

Liz se echa a reír. Cierra los ojos. Escucha la música y aspira la dulce fragancia del jardín de Betty. Una fresca brisa le empuja la falda del vestido de dama de honor contra las piernas, llevándose el verano.

Para mal o para bien, ésta es mi vida, piensa ella.

Ésta es mi vida.

Mi vida.

El cambio



El año en que Liz cumple ocho años, *Sadie* se vuelve un cachorrito de nuevo.

Unos meses antes de su «liberación», *Sadie* va volviéndose cada día más pequeña, su pelaje se vuelve más suave, su aliento más dulce y sus ojos más límpidos. Cada vez habla menos, hasta que deja de hablar. Antes de que se le caigan los dientes, mordisquea varios libros de Liz. Aunque *Sadie* se pasa casi todo el tiempo durmiendo en el jardín de Betty, también tiene extraños ataques de actividad maníaca en los que todo cuanto quiere hacer es jugar luchando con *Paco* y *Jen*. Ambos perros toleran los ataques de actividad de *Sadie* con una considerable serenidad.

Unas semanas antes de su «liberación», *Sadie* se vuelve cada vez más pequeña hasta el punto de parecer casi un gran ratón en lugar de un cachorro. Ya no abre los ojos y Liz tiene que alimentarla dándole gotitas de leche con el meñique. Pero cuando Liz la llama por su nombre, *Sadie* todavía lo reconoce.

En el amanecer de su «liberación», Liz y Owen llevan en coche a *Sadie* al Río. Es la primera liberación a la que Liz asiste desde que participó en la suya truncada hace ahora seis años.

Al romper el alba, el viento empieza a soplar. La corriente se va llevando cada vez más deprisa a los bebés hacia el Río, de regreso a la Tierra. Liz contempla a *Sadie* siendo arrastrada por la corriente durante el máximo tiempo posible, hasta que el cachorro se convierte en un punto y luego en una manchita, y por último se desvanece en la lejanía.

De vuelta a casa Owen advierte que Liz está muy callada.

—¿Estás triste por lo de *Sadie*? —le pregunta.

Liz niega con la cabeza. No ha llorado ni se siente especialmente triste. Ni tampoco se siente feliz. En realidad, lo único que ha estado sintiendo es una extraña sensación en el estómago, como si tuviera un nudo en él.

—No —responde ella—, no estoy triste.

—Entonces, ¿qué te ocurre? —le pregunta Owen.

—No estoy triste —responde ella—, porque *Sadie* hace ya un tiempo que no era la misma y yo sabía que esto acabaría ocurriendo. —Liz hace una pausa intentando expresar con precisión lo que está sintiendo—. Creo que lo que siento es una mezcla de miedo, felicidad y excitación.

—¿Sientes todas esas emociones a la vez? —inquire Owen.

—Sí. Estoy feliz y excitada porque me alegro de que mi amiga haya vuelto a la Tierra. Me gusta pensar en una perra que seguirá siendo mi *Sadie*, aunque le pongan otro nombre.

—También me has dicho que sentías miedo.

—Estoy preocupada por la gente que se ocupará de ella en la Tierra. Espero que se porten bien con *Sadie*, que la traten con alegría y cariño, que la cepillen cada día, y le den cosas de comer variadas, porque no le gusta comer siempre lo mismo. —Liz lanza un suspiro—. Al pensar en ello te das cuenta de lo terriblemente peligroso que es ser un bebé. ¡Hay tantas cosas que pueden salir mal!

Owen la besa en la frente con dulzura.

—*Sadie* estará bien —la tranquiliza.

—¡Y tú qué sabes! —protesta Liz—. *Sadie* podría acabar con gente que la mantenga encerrada todo el día o que la torture quemándole el cuerpo con colillas — exclama con los ojos empañados.

—Sé que *Sadie* estará bien —repite Owen con calma.

—Pero ¿cómo lo sabes?

—Lo sé porque me gusta creer que así será —le responde él.

—¡A veces, Owen, puedes ser tan bobalicón! —exclama Liz poniendo los ojos en blanco.

Él se siente herido. No vuelve a hablar durante el resto del trayecto.

Esa noche Liz llora por *Sadie*. Llora tan fuerte que despierta a Betty.

—¡Oh, cariño! —dice su abuela—, si quieres puedes tener otro perro. Ya sé que no será como *Sadie*, pero...

—No —responde Liz sollozando—. No puedo. No puedo. No puedo.

—¿Estás segura?

—No volveré a tener ningún perro —asegura Liz con firmeza—, y te pido que no vuelvas a decírmelo nunca, nunca más.

Al cabo de un mes Liz cambia de idea al enterarse de que una perrita llamada *Lucy* va a llegar a En Otro Lugar. *Lucy* ha muerto apaciblemente de viejecita a los trece años mientras dormía en la habitación de Liz. (Las cosas de Liz ya no estaban allí, sus padres las habían guardado en el desván años atrás, pero *Lucy* nunca había dejado de

dormir en esa habitación).

Desde la orilla ve a *Lucy*, que camina balanceándose por la artritis y tiene el pelo del rostro más grisáceo a causa de la edad, cruzando la pasarela del paseo marítimo. La perra se dirige directa hacia ella y, al llegar, la saluda meneando tres veces su flexible cola curvada. *Lucy* ladea la cabeza y contempla a Liz entornando sus saltones ojos marrones para verla mejor.

—¿Dónde has estado? —le pregunta.

—Me morí —responde Liz en canino.

—¡Oh, es verdad! —contesta *Lucy* asintiendo con su cabecita arrugada—. Yo intenté no pensar demasiado en ello. Fingí que habías ido a la universidad antes de tiempo y que no podías ir a visitarme con demasiada frecuencia. Todos nosotros, Alvy, Olivia, Arthur y yo, te hemos echado muchísimo de menos.

—Y yo a vosotros —responde Liz levantándola del suelo y sosteniendo a la pesada perrita faldera en brazos—. Has engordado —observa bromeando.

—Sólo he engordado medio kilo o un kilo, o quizá uno y medio —responde *Lucy*—. Personalmente creo que estoy mejor con estos kilitos de más.

—*Multum in parvo* —responde Liz en latín bromeando, una frase que significa «tanto en tan poco», el lema de la perrita y la broma preferida de la familia de Liz, porque *Lucy* tiende a ganar peso.

—Liz —pregunta *Lucy* contemplando con los ojos entrecerrados el cielo—, ¿es esto *ahí arriba*? ¿Estoy en... el cielo?

—No lo sé —responde ella.

—No estoy ahí abajo, ¿verdad?

—Estoy segura de que no —contesta Liz riendo.

—Pues huele casi como en la Tierra —concluye *Lucy* husmeando con suavidad el aire—, sólo que aquí es un poco más salado. Me alegro de que ahora puedas hablar tan bien conmigo —le susurra en la oreja—. Tengo un montón de cosas que contarte de todo y de todo el mundo.

—¡Me muero de ganas de oírlas! —exclama Liz sonriendo.

—Pero primero vayamos a comer algo y luego a echar una siestecita. Y a tomar un baño, y a hacer otra siestecita y después a comer de nuevo y quizá a dar un paseo. ¡Pero sin duda a comer!

Liz deja a *Lucy* en el suelo y las dos se dirigen charlando a casa.

Amadou



El mismo día que Liz se jubila del Departamento de Animales Domésticos un hombre al que ella conoce muy bien, aunque no haya hablado con él personalmente, va a verla a su despacho. El hombre visto en persona tiene otro aspecto del que mostraba a través de los prismáticos. Su mirada es más dulce, pero las líneas del entrecejo son más profundas.

—Soy Amadou Bonamy —dice él con precisión, con un ligero acento francés haitiano.

Liz respira hondo antes de responderle.

—Ya sé quién eres.

Amadou se percata de los globos de la fiesta de jubilación de Liz.

—Veo que estás celebrando una fiesta, volveré más tarde entonces —dice él.

—Estamos celebrando mi jubilación, o sea que si vuelves más tarde ya no me encontrarás. Entra, por favor.

Amadou asiente con la cabeza.

—Fallecí hace poco de un cáncer —cuenta él—. De cáncer de pulmón, yo no fumaba pero mi padre sí lo hacía.

Liz asiente con la cabeza.

—Hace muchos años que ya no trabajo de taxista. Conseguí licenciarme tras asistir a las clases nocturnas de la universidad y me convertí en profesor.

Liz asiente con la cabeza de nuevo.

—No puedes imaginar lo que he sufrido durante todos esos años porque te atropellé con el taxi y ni siquiera me detuve.

—Al menos llamaste al hospital desde una cabina, ¿no es así? —pregunta ella.

Amadou asiente en silencio. Baja la cabeza clavando la vista en sus zapatos.

—He estado pensando en ello, supongo que más que nadie en el mundo. Y he llegado a la conclusión de que aunque te hubieras detenido, las cosas no habrían cambiado —dice Liz poniéndole una mano en el hombro.

—No dejaba de desear que la policía diera conmigo —confiesa él con los ojos empañados.

—No fue culpa tuya —observa Liz—, yo no miré a los dos lados al cruzar la calle.

—Dímelo con toda sinceridad, ¿lo has pasado muy mal aquí?

Liz medita la pregunta de Amadou antes de responderle.

—No, en realidad me lo he pasado muy bien.

—Pero debes haber echado de menos muchas cosas.

—He llegado a ver que mi vida habría sido la misma tanto aquí como en cualquier otra parte —responde Liz.

—¿Estás bromeando? —inquire Amadou sorprendido.

—Si esto te hace feliz, así es —dice Liz riendo un poco—. Amadou, ¿puedo preguntarte por qué no te detuviste aquel día? Siempre he querido saberlo.

—Lo que hice no tiene perdón, pero mi pequeño había estado muy enfermo, y las facturas médicas eran exorbitantes. Si hubiera perdido mi trabajo de taxista o si tus padres me hubieran demandado exigiéndome una indemnización, no habría podido sacar adelante a mi familia. Estaba desesperado. Aunque sé que esto no sirve como excusa —afirma Amadou moviendo la cabeza—. ¿Podrás perdonarme algún día?

—Ya te perdoné hace mucho tiempo —responde Liz.

—¡Pero si eras muy joven! —exclama Amadou—. ¡Yo te robé los mejores años de tu vida!

—La vida no se mide en horas ni minutos. Lo que importa es su calidad y no su duración. Al tener en cuenta todos los factores, he llegado a la conclusión de que he tenido más suerte que la mayoría de personas porque yo he vivido casi dieciséis años maravillosos en la Tierra y otros ocho estupendos años aquí. Y espero vivir ocho más antes de dejar de tener voz ni voto en ello. En total son treinta y dos años, una cantidad que no está nada mal.

—¿Tienes sólo siete años? Nadie lo diría, pareces muy madura.

—Bueno, ahora tengo siete-ocho, que es distinto de tener sólo siete. En la Tierra yo tendría veinticuatro años —observa Liz—. Algunos días realmente siento que me voy volviendo cada vez más joven.

—¿Qué sensación te produce? —pregunta Amadou.

Liz reflexiona unos momentos antes de responderle.

—Es como quedarte dormida en un momento y despertarte al siguiente. A veces olvido las cosas. Y a veces me preocupa olvidarlas —confiesa Liz echándose a reír—. Recuerdo el primer día en que me sentí realmente joven. Fue cuando Alvy, mi hermano pequeño, cumplió doce años. Ese mismo año yo cumplía once.

—Este proceso de volverte cada día más joven debe ser muy extraño —observa Amadu.

Liz se encoge de hombros.

—Te vuelves más vieja, más joven... No estoy segura de que ambas cosas sean

tan diferentes como creía antes. ¿Quieres un globo para tu hijo?

—Gracias —responde Amadou eligiendo un globo rojo del montón que hay sobre el escritorio de Liz—. ¿Cómo sabías que mi hijo está aquí? —pregunta él.

—He estado contemplándote de manera intermitente durante años —admite Liz—. Y sé que él es un niño muy bueno y que tú eres una buena persona.

La infancia



Owen tiene seis años y Liz, cuatro.

Cuando hace buen tiempo, pasan las tardes en el jardín de Betty. Él lleva una corona de papel, ella un tutú rosa.

Al final de dos agradables semanas, Liz deja en el regazo de Owen un viejo volumen de *El misterio del manantial*.

—¿Por qué me lo dejas aquí? —pregunta él.

—Para que leas una historia —dice Liz sonriendo dulcemente, revelando los dientes de leche que acaban de salirle.

—No quiero leer tu estúpido libro de niñas —responde Owen—, léelo tú si quieres.

Liz decide seguir su consejo. Coge el libro y lo sostiene frente a ella. Y entonces le ocurre algo de lo más extraño. Descubre que no puede leer. Quizás es por mis ojos, piensa. Y los entrecierra para ver mejor el texto, pero no le sirve de nada.

—Owen —dice Liz—, me pasa algo muy raro con este libro.

—Déjame verlo —responde él. Abre el libro, lo inspecciona y luego se lo devuelve—. Liz, al libro no le pasa nada —declara.

Liz sostiene el libro lo más cerca que puede de sus ojos y a continuación lo aleja lo máximo posible. De pronto se echa a reír, aunque no sabe por qué. Y se lo devuelve a Owen.

—Léemelo —ordena ella.

—¡Oh!, vale, Liz —responde Owen—. ¡Pero que conste que eres un plomo! —exclama sacando el punto del libro de la página y empezando a leer *El misterio del manantial* con desgana—: «Papá cree que es algo que se ha quedado olvidado de, en fin, de alguna otra planificación sobre cómo debería haber sido el mundo —dijo Jesse—. Algún plan que no funcionó bien, por lo que todo tuvo que cambiarse. Todo menos esta fuente que, de una manera u otra, fue olvidada. A lo mejor, tiene razón. No lo sé. Pero...»

—Owen —le interrumpe Liz.

—¿Y ahora qué? —pregunta él frustrado arrojando el libro—. No deberías pedir a una persona que te lea un libro sólo para interrumpirle después.

—Owen —prosigue Liz—, ¿te acuerdas de ese juego?

—¿De qué juego?

—Éramos mayores —empieza Liz—. Yo era muuuuy mayor, cada día lo era más y nuestras caras tenían esta expresión todo el tiempo —dice frunciendo el entrecejo y arrugando la frente de forma exagerada—. Y había una casa y un instituto. ¡Y un coche, un trabajo y una perra! ¡Y yo era mayor! ¡Mayor que tú! Y todo pasaba rápido, muy rápido, y era difícil, muy difícil. —Liz se echa a reír de nuevo, con una risita de pajarito.

—Sí, me acuerdo —responde Owen al cabo de un momento.

—¿Por qué... —inquire ella—, por qué era tan difícil?

—Sólo era un estúpido juego, Liz.

—Es verdad —asiente ella—. No quiero que juguemos más a él, ¿vale?

—Vale —responde Owen asintiendo con la cabeza.

—Creo que yo estaba... creo que yo estaba... yo estaba muerta —dice ella rompiendo a llorar.

Él no puede soportar verla llorar y la coge en brazos. ¡Qué pequeña es Liz ahora! ¿Cuándo empezó a volverse tan pequeña?, se pregunta él.

—No te asustes, Liz —la tranquiliza—, no era más que un juego, ¿te acuerdas?

—¡Oh, es verdad! ¡Lo había olvidado! —responde ella.

—¿Quieres que te siga leyendo el cuento? —le pregunta Owen volviendo a coger el libro.

Liz asiente con la cabeza y Owen sigue leyendo.

—«... Pero, Winnie Foster, quiero que sepas que, cuando antes te decía que tengo ciento cuatro años, te estaba diciendo la verdad, aunque, realmente, sólo tenga diecisiete. Y, por la impresión que tengo, seguiré teniendo diecisiete hasta el fin del mundo» —Owen deja el libro a un lado—. Es el final del capítulo. ¿Quieres que te lea el siguiente?

—Sí, por favor —responde Liz metiéndose felizmente el dedo en la boca para chupárselo.

Owen lanza un suspiro y sigue leyendo.

—«Winnie no creía en cuentos de hadas. Jamás había soñado con tener una varita mágica, no esperaba casarse con ningún príncipe y, la mayor parte de las veces, no creía en los duendes de su abuela. Así que ahora se encontraba sentada, boquiabierta, con los ojos como platos y sin saber qué hacer con aquella historia tan extraordinaria. No podía, ni una pizca de ella, ser verdad...»

Liz cierra los ojos y al cabo de poco se sumerge en un dulce y apacible sueño.

El nacimiento



En una templada mañana de enero, justo antes del amanecer, Betty entrega a Liz a la enfermera que se ocupará de echarla al agua.

—Tu cara me resulta familiar —dice Dolly cogiendo con suavidad el bebé de los brazos de Betty—. ¿Nos habíamos visto antes?

Betty niega con la cabeza.

—La cara del bebé también me resulta familiar —observa la enfermera sosteniendo en alto a Liz para verla mejor—. Se parece mucho a ti.

—Sí —responde Betty—, sí.

Dolly le hace cosquillitas a Liz bajo la barbilla.

—¡Qué niña más bonita! —le susurra la enfermera al bebé y luego lo deja sobre la mesa y empieza a envolverlo con las vendas.

—Por favor —dice Betty poniendo su mano sobre la de la enfermera—, no se las aprietes demasiado.

—No te preocupes —responde Dolly dulcemente—, no es la primera vez que lo hago.

A la segunda «liberación» de Liz acuden muchas más personas que a la primera.

Además de Betty, ha ido Aldous Ghent, que está casi igual que la primera vez que Liz lo conoció, sólo que ahora tiene más pelo.

Y Shelly, que lleva a Thandi en un moisés. Thandi también hará su propio viaje pronto. Ahora tiene, como es natural, menos cabello.

Y Curtis, ataviado con un traje oscuro, aunque la costumbre sea ir de blanco en los nacimientos.

Y, por supuesto, también ha ido Owen. Acompañado de Emily Reilly (la ex señora Welles), que ahora a veces es su canguro. Ella intenta que Owen se interese por el acontecimiento, pero él prefiere jugar con su barco de juguete en un charco.

—No te alejes demasiado, O —le dice Emily antes de unirse a los demás para contemplar la «liberación».

Owen no contempla sin embargo a la enfermera dejando a Liz en el Río junto a todos los otros bebés que nacerán ese día. Ni tampoco cuando la empuja desde la orilla hacia la corriente que la llevará a la Tierra. Visto desde fuera parece como si la partida de Liz no le afectara en absoluto.

Curtis Jest lo observa antes de decidir acercarse a él.

—Owen, ¿te acuerdas de quién era ese bebé? —le pregunta Curtis.

Él, que está jugando con su barquito, levanta la vista con una expresión confundida, como si la pregunta que acaban de hacerle fuera muy difícil de responder.

—¿Lizzie? —pregunta.

—Sí —responde Curtis—, era Lizzie. Una amiga mía. Y también era tu... tu amiga.

Owen sigue jugando con el barquito y se pone a cantar el nombre de Liz con la despreocupada actitud con la que los niños a veces tararean un nombre.

—Lizzie, Lizzie, Lizzie —canta. De súbito Owen deja la cantinela y levanta la cabeza mirando a Curtis con una expresión horrorizada—. ¿Se ha... ido?

—Sí —responde Curtis.

Owen asiente con la cabeza.

—¡Sehaidosehaidosehaidosehaidosehaido! —grita Owen poniéndose a berrear, aunque no está del todo seguro de por qué está llorando. Curtis lo coge de la mano y lo aleja del charco.

—Puede que vuelvas a verla algún día, ¿sabes? —le dice para tranquilizarlo.

—¡Qué bien! —responde Owen dejando de llorar.

—¡Volvamos a casa para celebrarlo con puros y champán! —grita Betty dando una palmada desde el fondo del aparcamiento.

En la casa de Curtis y Betty cuelga de la puerta una pancarta rosa y blanca que pone: «¡Ha sido una niña!» Curtis reparte puros adornados con lacitos rosas. Además del champán y el ponche, celebran la ocasión con una tarta de hojaldre en la que se lee: «Feliz nacimiento, Liz».

Aldous Ghent al probar el primer bocado de la tarta se echa a llorar.

—Los pasteles de cumpleaños siempre me deprimen —dice como si hablara solo, sin dirigirse a nadie en especial.

Cuando Betty da unos golpecitos en su copa de champán con la cucharilla para hacer un brindis, todo el mundo deja de hablar para escucharla.

—Si no os importa, me gustaría decir unas palabras sobre Liz —anuncia—. Como todos sabéis, era mi nieta, pero si no hubiera venido a En Otro Lugar nunca habría llegado a conocerla, porque yo fallecí antes de que ella naciera.

»Liz ha sido mi nieta y al mismo tiempo una buena amiga. Cuando llegó aquí no era más que una niña, pero se convirtió en una admirable mujer. Le gustaba reír y le encantaba estar con sus perros y sus amigos. De no ser por ella, yo nunca habría conocido a mi esposo —añade Betty cogiendo de la mano a Curtis.

»En Otro Lugar nos engañamos creyendo que sabemos cómo será nuestra existencia porque conocemos con exactitud el tiempo de vida que nos queda. Pero aunque lo conozcamos, no sabemos realmente aquello que nos espera.

»No podemos saber qué es lo que nos ocurrirá —prosigue Betty—, pero yo creo que cada día nos suceden cosas buenas. Aunque estemos pasando por una situación difícil. Y además creo que en un día tan feliz como hoy, también podemos sentirnos un poco tristes. ¿Y acaso la vida no es así? ¡Brindo por Liz! —concluye Betty levantando en alto su copa de champán.

Lo que Liz piensa



He tenido una vida agradable, piensa Liz. Aunque no se acuerda de los acontecimientos que ha vivido, intuye que le ocurrió en ella algo maravilloso. Y la nueva vida que le espera le produce también una bonita sensación.

Al contemplar a los bebés flotando delante y detrás de ella, y a su izquierda y derecha, advierte que la mayoría permanece con los ojos cerrados. ¿Por qué mantienen los ojos cerrados?, se pregunta. ¿Es que no saben que hay un montón de cosas que ver?

A medida que Liz se desliza por el Río alejándose cada vez más de su hogar, de En Otro Lugar, piensa en muchas cosas. En realidad, cuando eres un bebé que está iniciando un largo viaje, te queda mucho tiempo para cavilar.

Una vida vivida hacia delante tiene la misma calidad que una vivida hacia atrás, piensa ella. Al final le había acabado gustando esa vida vivida hacia atrás, porque después de todo era la única que tenía.

Además no está triste por el hecho de ser un bebé. Como las personas más sabias de aquí saben, envejecer no tiene por qué ser motivo de tristeza. En la Tierra los intentos de conservar la juventud al afrontar la madurez son inútiles. Y volverse cada vez más joven tampoco tiene por qué causar tristeza. Hubo un tiempo en que a Liz le daba miedo olvidarse de las cosas, pero cuando empezó a olvidarse de ellas, se olvidó de su miedo a olvidar. La vida es compasiva con uno, piensa el bebé.

Las olas acunan y mecen a los bebés hasta que los pequeños se quedan dormidos. Y este bebé también sucumbe al sueño al cabo de poco.

Duerme y duerme.

Y mientras duerme, sueña.

Y mientras sueña, sueña con una niña que está perdida en el mar pero que un día llega a la orilla.

Epílogo: En el inicio



El bebé, una niña, nace a las 6.24.

Pesa tres kilos y cinco gramos.

—¿Quién eres tú, pequeña mía? —pregunta la madre cogiendo a su bebé en brazos.

Y el bebé, que es y no es Liz al mismo tiempo, le responde riendo.

Agradecimientos

Un excepcional grupo de personas fabulosas, bondadosas y encantadoras son responsables del libro que tienes en tus manos. Desearía dar las gracias a Janine O'Malley, mi editora de Farrar, Straus y Giroux, una mujer incansable que siempre tiene razón y la persona más divertida del mundo. También doy las gracias a mis agentes literarios: Jonathan Pecarsky, de un optimismo y una sinceridad a toda prueba, y Andy McNicol, que siempre lucha por una buena causa. Desearía expresar mi agradecimiento a Sarah Odedina, mi editora de Bloomsbury UK, cuyo entusiasmo y convicción fueron el sol que alumbró *En Otro Lugar*. También me gustaría dar las gracias a Richard y a AeRan Zevin, ya que me siento muy afortunada al tener unos padres que son también unos excelentes lectores. Doy las gracias a la *Mrs. DeWinter (D-Dub)*, mi doguilla, que intenta enseñarme el lenguaje de los perros cada día, aunque yo haya demostrado ser una mediocre alumna. También quiero dar las gracias a Hans Canosa, mi pareja durante los últimos diez años, que leyó hasta el último borrador del libro y que siempre creyó en él.

También me gustaría expresar mi agradecimiento a Kerry Barden, Anna DeRoy, Tracy Fisher, Eugenie Furniss, Stuart Gelwarg, Nancy Goldenberg, Shana Kelly, Mary Lawless, Brian Steinberg y a todos los miembros de William Morris, Bloomsbury, y sobre todo a Farrar, Straus and Giroux.